

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DOCTORADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**EI RÉGIMEN DE PORFIRIO DÍAZ VISTO DESDE CUBA.
1890-1910**

Tesis

que para obtener el grado de:
DOCTORA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Presenta:

Ma. Margarita Espinosa Blas

Asesora: Felicitas López Portillo Tostado

Ciudad Universitaria, México, D.F. 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Este trabajo de investigación es fruto de varios años de trabajo. Tiempo en que paulatinamente fue madurando la investigación hasta lograr el resultado presentado. No ha sido un trabajo en solitario pues he contado con valiosos apoyos. Entre los más importantes debo agradecer a mis maestros del Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM quienes siempre supieron alentarme. Quizá ahora pueda decirles que no fue en vano el tiempo invertido. Gracias a todos, con especial cariño agradezco a Mónica Toussaint, a la maestra Beatriz Ruiz Gaytán, (q.e.p.d.) a Juan Manuel de la Serna y al estimado Rubén Ruiz Guerra de quienes aprendí el valor del rigor y la dedicación.

Una mención especial merecen los miembros de mi comité tutorial y los lectores de tesis. Ha sido para mi un honor haber sido dirigida por la doctora Felicitas López Portillo Tostado reconocida por su labor académica y por la rigurosidad en la dirección de tesis. Le reconozco sinceramente su asesoría y su compromiso con esta investigación. Le doy gracias por dedicarme su tiempo y por corregirme hasta el mínimo detalle. ¡Gracias Fela! Extiendo un merecido agradecimiento a la doctora Laura Muñoz Mata y al doctor Javier Torres Parés, sus comentarios y propuestas orientaron muchos aspectos de la investigación, además, su genuina generosidad y disponibilidad me sirvieron de constante estímulo. Asimismo, no tengo más que agradecer la lectura que hicieron el doctor Ignacio Sosa y la doctora Rosario Rodríguez Díaz, sus comentarios fueron valiosos y en la medida de lo posible fueron agregados a la tesis. No está de más decir, que los errores y omisiones son de mi entera responsabilidad.

Este esfuerzo lo debo también al valioso apoyo de la Dirección General de Intercambio Académico de la UNAM. Desde los estudios de maestría, la dirección me otorgó una beca que mantuve hasta el doctorado. Gracias a ese respaldo puede sostener mis estudios y residir en el Distrito Federal. Retribuyo, en parte, con este trabajo tan invaluable apoyo.

En el proceso de la tesis siempre conté con la compañía de muchas personas a las que quiero y estimo, la mayoría de ellas colegas y amigos de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe. Destaco el constante aliento de Gabi Pulido, Enrique Camacho y Jaime Ortega. De la misma manera agradezco a los alumnos y docentes de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, quienes día a día me infundieron ánimo.

Siempre es infinito el apoyo de los seres más cercanos que son los que viven de cerca el proceso y te echan la mano cuando te desanimas y están ahí viviendo contigo la experiencia. A su modo y con sus recursos te animan. Por eso y por todo el amor recibido, agradezco a mi esposo Oscar, a mi amado hijo Emilio, a mi madre y a mis hermanas.

Índice

El régimen de Porfirio Díaz visto desde Cuba. 1890-1910

Agradecimientos

Introducción -----	1
Análisis historiográfico-----	5
Hipótesis, objetivos, metodología y fuentes-----	15
Capítulo I El debate de la modernidad -----	23
1.1- La modernidad de entre siglos-----	23
1.1.1- Naciones modernas. Ciudades modernas-----	31
1.2- Hacia el México moderno-----	37
1.3- Proyección de la nación-----	50
Capítulo II Cuba 1870-1910 -----	70
1.2.1- Cuba: Del Pacto del Zanjón a la República-----	70
2.2- Cuba: Una perla codiciada-----	93
2.2.1 México y Cuba: Líneas históricas-----	98
Capítulo III La modernidad mexicana desde Cuba -----	104
3.1- Apología del progreso-----	104
3.2- El México moderno y su proyección en Cuba-----	107
3.3- De la política y sociedad-----	117
3.3.1- José Martí y Manuel Márquez Sterling: lecturas sobre México-----	123
Capítulo IV Porfirio Díaz desde Cuba -----	137
4.1- La construcción del héroe-----	137
4.2- Del héroe al dictador-----	147
4.3- La Revolución Mexicana: primeras impresiones-----	171
Conclusiones -----	187
Fuentes consultadas -----	195

Introducción

Las líneas de investigación de la historia de las relaciones internacionales han sido objeto de una reflexión crítica por parte de distintos revisionismos historiográficos. Detractores y defensores de esta área de conocimiento han hecho hincapié en focalizados problemas teóricos y metodológicos, así como en las ausencias en el tratamiento y explicación de ciertos temas. El estudio de los llamados imaginarios nacionales o representaciones colectivas de tipo nacional y su impacto en la conducción y planeación de las políticas internacionales ha sido considerado como una de tales ausencias, pues si bien en los últimos años se han mostrado ciertos avances todavía no se pueden apreciar resultados importantes. Desde los años cincuenta del siglo XX el pionero de los estudios de las relaciones internacionales, el francés Pierre Renouvin, señalaba la necesidad de usar todo el cúmulo de documentos vinculados con la vida internacional de las naciones y avanzar en el camino para explicar la imagen nacional porque, en su opinión,: “Los trabajos consagrados a los movimientos de ideas y a las tendencias de la psicología nacional todavía no son más que esbozos, insuficientes para conocer la imagen que los pueblos se formaban los unos de los otros.”¹

La honesta preocupación de Renouvin no niega el apogeo y la seriedad de los trabajos que historiadores e internacionalistas han realizado a favor del área de los estudios internacionales, de los cuales da cuenta una copiosa historiografía. Sin embargo, el problema de los imaginarios o las imágenes colectivas no se ha abordado lo suficiente ni en aquellos estudios de la historia de las relaciones internacionales con mayor tradición y pasado historiográfico, en los cuales parecen superados los temas “tradicionales”, y el campo se presenta muy fértil para intentar otras interpretaciones, como el asunto de los imaginarios colectivos nacionales. Un caso particular de esta situación historiográfica es el caso de los vínculos de México y Cuba: existe una rica tradición historiográfica en la que se han abordado múltiples facetas de las relaciones pero no se ha explicado el tema

¹ Pierre Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1990, p. 328.

desde los imaginarios como tales. Desde mi opinión, ese es el reto historiográfico de nuestro tiempo.

La escritura de los vínculos cubano-mexicanos ha gozado de buena salud en la historiografía mexicana. Con distintos matices y recurriendo a fuentes comunes, dicha historiografía se ha levantado sobre grandes pilares temáticos y cronológicos, al estudiarse prácticamente desde el siglo XV hasta nuestros días. Estas grandes líneas de investigación han sido las relaciones históricas fundadas entre los dos pueblos desde tiempos pre coloniales, la geopolítica como eje rector de la explicación de las relaciones, la empatía y solidaridad de pueblo a pueblo manifestada en gestos de simpatía y apoyo frente a los movimientos sociales y revolucionarios suscitados en suelo caribeño y mexicano, así como los intercambios culturales que abarcan numerosos escenarios tales como el arte, los movimientos migratorios, el exilio y las redes intelectuales, políticas y sociales. En los aportes de esta historiografía subyacen elementos para hablar de la existencia en nuestro país de un imaginario construido alrededor de Cuba y lo cubano, imaginario situado en la larga duración y alimentado de distintos argumentos, como los histórico-culturales creando una comunidad de intereses considerados comunes. Además, se ha construido en diferentes niveles que abarcan el mundo oficial de las relaciones interestatales como el de la sociedad civil y, además, en su construcción han participado tanto mexicanos como cubanos inmigrantes en México. No obstante, hasta la fecha no se ha realizado en un estudio integral sobre estos imaginarios difundidos en nuestro país.

Ahora bien, en mis intereses personales, desde que he venido estudiando el tema de las relaciones entre México y Cuba, reiteradamente me ha llamado la atención el desbalance historiográfico que existe respecto a lo producido en México y en Cuba. Del lado cubano el saldo muestra claros signos de desventaja. Esto me ha llevado a preguntarme las razones de este olvido o ausencia. Así nace la idea original de donde surgió la presente tesis. El periodo elegido es el porfiriato considerado, por lo que se verá más adelante, un periodo en que se intensificó el interés de México por Cuba por circunstancias particulares del proceso histórico de fines de siglo XIX. Me interesa rastrear si durante esta época es posible

encontrar en Cuba un imaginario sobre México y, si lo hay, qué características comporta, qué intereses defiende, explicar los argumentos sobre los que se construye, cómo se difunde y ver si es posible vincularlo con las decisiones que en política exterior asumió el gobierno mexicano.

Ahora bien, cómo entender el concepto de imaginario nacional. El concepto de imaginario desata muchas controversias por su ambigüedad o por la flexibilidad con la que ha sido abordado desde diferentes disciplinas, tanto de las ciencias sociales como de las humanidades. La tradición del estudio de lo imaginario se inserta en el campo de las mentalidades, abierto desde los años treinta por la Escuela de los Annales. Marc Bloch y Lucien Febvre definían el imaginario como: “el conjunto de representaciones mentales por medio de las cuales los hombres reconstruyen un mundo interior distanciado de la realidad material, que deviene en realidad inventada”.² Más adelante, Jacques Le Goff y Georges Duby proponían el término “representaciones sociales”, que permitía abarcar la totalidad de las estructuras intelectuales sin desvincularlas del sistema social en que se originaban. Por su parte Georges Lefebvre, al margen de los Annales, introdujo el término de mentalidades colectivas.³ El acento del factor político generó interesantes estudios sobre el papel de lo político e ideológico en los imaginarios colectivos. El historiador Maurice Agulhon estudió el imaginario nacional en su obra, *Marianne au combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 a 1888*, en la que analizaba las imágenes republicanas en el contexto de la Revolución francesa.

Desde los años ochenta del siglo XX, el tema ha cobrado otras dimensiones con los aportes de varias disciplinas, como la psicología social. Desde la historia, los imaginarios o representaciones colectivas se han abordado desde cuatro áreas: formas mentales complejas (memoria, actitudes, creencias y valores); temas específicos (tiempo, espacio, trabajo, poder, instituciones); en función de un sujeto (biografía, profesión, género, nación,) y, por último, en función de un

² Georges Duby, “Historia de las mentalidades”, en *Obras selectas de Georges Duby*, presentación y compilación de Beatriz Rojas, México, FCE, 1999, p. 47.

³ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 11-13.

periodo temporal concreto. Las barreras no son infranqueables y un tema puede atravesar todos los tópicos.⁴ En ciertas áreas de la comunicación social o de la historia de las relaciones internacionales se habla de imaginarios nacionales e internacionales, como el conjunto de imágenes e ideas que acerca de otras naciones y/o culturas posee un individuo como integrante de diferentes grupos sociales, así como miembro de una cultura determinada y diferente a la que observa. Este imaginario se compone por estereotipos, prejuicios, convicciones, creencias, imágenes –representaciones gráficas-, conceptos, percepciones; elementos que forman en su conjunto una tipificación subjetiva de una cultura ajena a la propia.⁵ De esta manera, se acepta como imaginario la serie de construcciones sobre una entidad nacional expresadas a lo largo de la historia, las cuales son redefinidas en el transcurso de la misma por causas obligadas como determinadas coyunturas –una guerra, la alianza contra un enemigo común, cuestiones geopolíticas, una reconfiguración de poder, los movimientos migratorios, etc. Un imaginario sobre una nación puede ser entendido como el conjunto de representaciones, impresiones, prejuicios, estereotipos y creencias, entre otras tantas.

Pero los imaginarios colectivos no solo son un proceso endógeno en el cual una colectividad nacional construye un conjunto de imágenes sobre otras colectividades, el proceso es complejo porque el imaginario colectivo también es una construcción desde el interior de esa colectividad. Por diversos canales se registran procesos de construcción de imaginarios. Para este caso de estudio se identifican ciertos sectores ligados al poder estatal, son capaces de levantar un constructo que englobe lo nacional y, en ese sentido, el imaginario es una interpretación de la nación desde el poder. De esta manera, para el caso del imaginario nacional del Porfiriato se ubica en esta vertiente apuntada. De todos los imaginarios posibles construidos alrededor de cuestiones cubanas o mexicanas,

⁴ Carlos Barros, “Historia de las mentalidades, posibilidades actuales”, en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993, pp. 49-67.

⁵ Juan Carlos Pereira Castañares, “El estudio de la sociedad internacional contemporánea”, en Juan Carlos Pereira, (coord.) *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Barcelona, Ariel, 2001, p. 46.

me interesa analizar este imaginario oficial construido desde arriba, con intereses específicos.

Análisis historiográfico

Los estudios sobre el tema de las relaciones de México con el Caribe, y en especial con Cuba, se han realizado con un enfoque perfectamente identificable. Por un lado, se han explotado los acervos nacionales que registran a detalle la serie de vínculos institucionales, sobre todo para el siglo XIX, como son los documentos diplomáticos, -crónicas consulares y diplomáticas-, los informes presidenciales y las memorias de los hombres públicos relacionados con el quehacer exterior, entre otros. Por otro lado, estos estudios también se han respaldado en buena medida en los testimonios de otros campos de análisis, como son la opinión pública y la historiografía, para dar una interpretación de los nexos insulares y mexicanos. Con todo y que una parte importante de estas lecturas respaldan el discurso oficial interesado en realzar la relación solidaria, otras han comenzado a ir más a fondo y han realizado interesantes matices del tema. El recuento historiográfico de las páginas siguientes confirmará lo expresado.

Para el siglo XIX, la historia de la relación entre México y Cuba podría dividirse por periodos concretos que responden a momentos específicos de ambos territorios. Uno de los estudios pioneros fue el de Luis Chávez Orozco, titulado *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*,⁶ el cual reunía una considerable cantidad de documentos diplomáticos que daban cuenta de los intentos mexicanos por incidir en los destinos cubanos en el contexto de la guerra de independencia de nuestro país. En el breve ensayo introductorio, Chávez Orozco, más que analizar el rico legado reproducido, insistía en demostrar la estrecha solidaridad de aquellos años como motivo suficiente para entender por qué México se interesaba por los

⁶ Luis Chávez Orozco, *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano). Del mismo autor, *El comercio de la Nueva España y Cuba: 1809-1811*, México, Banco Nacional de Comercio Exterior, 1960, (Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México, núm. 5).

sucesos insulares. Más adelante tocaría el turno al cubano José Luciano Franco, quien abordaría la estrecha relación mantenida durante la colonia, interrumpida tras la independencia nacional. En *Documentos para la historia de México*, quedaba claro el papel de México en la isla, la situación de dependencia en que se circunscribió el contacto y la compleja situación del diálogo intercolonial en el contexto de la guerra de independencia mexicana.⁷ En 1968 Evangelina Rivera Carbajal obtuvo el grado de maestra en Historia Universal por la UNAM con un trabajo de tesis titulado “México y Cuba. Sus relaciones políticas, económicas y sociales durante los siglos XVIII y XIX”,⁸ estudio pionero que paradójicamente casi no se registra en la historiografía sobre el tema. La investigación se centra sobre todo en el siglo XVIII para resaltar la cantidad de vínculos económicos y políticos existentes entre los dos territorios coloniales, poniendo énfasis en la ocupación inglesa de La Habana en 1763 y sus repercusiones más importantes, para luego, mostrar la crisis intercolonial desatada con el inicio de los movimientos independentistas explicando el interés de México por colaborar en la emancipación antillana. Las fuentes documentales y bibliográficas que utilizó la autora fueron documentos del Archivo General de la Nación sobre todo para reconstruir las relaciones económicas y en la parte bibliográfica se apoyó en textos clásicos de la época de Julio Le Riverend, José Luciano Franco, Ramiro Sánchez y Guerra, etcétera.

En 1982 se publicó el libro colectivo *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*,⁹ producto de la labor de investigadores cubanos y mexicanos de reconocido prestigio, tales como Julio Le Riverend, Ramón de Armas, Lucila Flammand y Boris Rosen Jéloner; el periodo estudiado abarca desde el siglo XVI hasta la época de su edición. La colección de documentos, al final de cada capítulo, proviene de diversos acervos cubanos y mexicanos, y muestran a carta cabal la intensidad y complejidad

⁷ José Luciano Franco, *Documentos para la historia de México*, La Habana, Archivo Nacional de Cuba, 1961. (Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, núm. 53). El mismo ensayo fue reeditado en 1975 por Casa de Las Américas, con el nombre de *Armonías y contradicciones hispano-mexicanas 1554-1830*.

⁸ Evangelina Rivera Carbajal, “México y Cuba. Sus relaciones políticas, económicas y sociales durante los siglos XVIII y XIX”, Tesis de Maestría en Historia Universal, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1968.

⁹ *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 2 tomos, 1982.

de los vínculos establecidos con el correr del tiempo. Pese a ello, se denota como signo distintivo de la obra la intención evidente de querer encontrar en cada gesto, declaración y acción la huella indeleble de una sempiterna amistad cultivada hasta el extremo por estos dos pueblos, por lo que priva la idea de que la historia del contacto entre México y Cuba ha sido de armonía y de amistad, donde no existe el conflicto. Esta visión se encuadró con el discurso oficial, el cual buscaba en los ochenta fortalecer su contacto con la tercera frontera, la del Caribe.

La prensa mexicana se constituyó como un documento imprescindible para explicar las percepciones y opiniones de los mexicanos frente a los intentos separatistas de los cubanos. En uno de estos primeros esfuerzos destacó la obra del puertorriqueño Andrés Cabán Rojas quien a través de periódicos mexicanos explicó las expresiones de amistad y solidaridad de los grupos de opinión de ideología liberal defensores de la causa libertaria de los cubanos. Ahí es posible identificar rasgos de un imaginario construido desde la trinchera de estos grupos de ideario liberal afectos a la libertad insular; rasgos que perduraron hasta fines del siglo XIX.

Ahora bien, en los últimos años ha surgido otro tipo de acercamiento que supera la idea estatista de la vida internacional, ampliándose el campo de estudio de las relaciones internacionales. El estudio del pionero Daniel Cosío Villegas dejó abierta la posibilidad de hacer un análisis más integral de la vida exterior de nuestro país. A partir de ello, los aportes, aun cuando han privilegiado el estudio de las relaciones de México con Estados Unidos, comienzan a centrar la atención en las diferencias culturales de ambas naciones, como punto de partida para entender las complejas relaciones, que trascienden las viejas tesis de la determinación fronteriza.¹⁰

En este terreno, las relaciones de México con la isla antillana durante el largo periodo del gobierno de Porfirio Díaz han marcado dos características primordiales.

¹⁰ Cabe citar como estudios representativos los de James Callahan, *American Foreign policy in mexicans relations*, New York, 1967; John Robert Deger Jr., "Porfirian foreign policy and mexican nationalism. A study of cooperation and conflict in Mexican-American relations. 1884-1904" Tesis de doctorado, Indiana, University of Indiana, 1974; Josefina MacGregor, *México y España. Del porfiriato a la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992; Jürgen Buchenau, *In the shadow of the giant. The making of Mexico's Central America policy, 1876-1930*, Tuscaloosa, The Alabama University Press, 1996.

Por un lado, es exhaustivo el tratamiento que en ambos países ha recibido la figura y pensamiento de José Martí en relación con México. Para Cuba, la razón de tal atención es la centralidad de Martí en la ideología revolucionaria y la necesidad de señalar su latinoamericanismo y su postura frente al imperialismo estadounidense. Para México, los motivos son reforzar el mito de la solidaridad y ubicar el papel de México en la vocación continentalista de Martí. Dichos estudios, por lo general, han ahondado en la tesis de la solidaridad.

Por otro lado, los análisis de enfoque internacional, ya vista la isla como parte de la región Carribe, ya en análisis centrados solamente en Cuba, han tomado como eje la coyuntura de los movimientos independentistas cubanos para explicar la toma de posición de México, tanto en el plano oficial como en el de la sociedad, expresada en la voz de la opinión pública de la época. Una primera muestra la encontramos en la obra *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, ya citada. En el capítulo dedicado a la guerra de 1895, Ramón de Armas nos pone al tanto de la intensa labor de José Martí en tierras mexicanas, así como de la organización de clubes para apoyar la lucha independentista, y no deja de resaltar el papel proselitista de un sector de la prensa que favoreció la causa cubana; sin embargo, no ofrece ni siquiera una vaga explicación sobre la actitud del gobierno porfirista, situación que entendemos por el afán de demostrar la armonía de dicha relación. Del lado cubano, los estudios generales que abordan las relaciones internacionales de Cuba en el marco de su lucha independentista, por centrar la atención en el papel hegemónico de Estados Unidos y España, dejan muy poco margen para analizar las reacciones latinoamericanas, y en términos generales se inclinan a calificarlas como actitudes apáticas, si no es que contrarias a la independencia cubana.¹¹

¹¹ La historiografía cubana continuó defendiendo las tesis sustentadas por estudios anteriores que abordaban superficialmente el papel de Latinoamérica durante el proceso independentista cubano. Entre tales estudios sobresalen el capítulo de Herminio Portell Vilá en la libro, *La guerra de Cuba y Estados Unidos contra España*, La Habana, Jesús Montero Editor, 1941; de Emeterio Santovenia, *Armonías y conflictos en torno a Cuba México*, FCE, 1956; y la parte de Philip S. Foner, del libro *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2 vols., 1978. A su vez, el internacionalista Miguel Antonio Pisani, en su obra *Cuba en lo internacional (1510-1898)*, La Habana, Ciencias Sociales, 1988, sigue buscando respuestas en argumentos similares.

En nuestro país, el tema cobró auge en la víspera y conmemoración del centenario de la independencia cubana y de la guerra hispanoamericana, hecho que además reforzaba la línea oficial que postuló el carácter del área caribeña como la tercera frontera de México. Fue durante la última década del siglo pasado cuando se intensificó el estudio de los vínculos de México con Cuba. La investigadora Laura Muñoz Mata, en su trabajo titulado, *El interés geopolítico de México por el Caribe como espacio regional en el siglo XIX*,¹² hacía evidente un constante interés mexicano por los acontecimientos caribeños, mientras destacaba un singular cuidado en el estudio de la isla de Cuba. Desde el enfoque geopolítico, pone énfasis en la importancia geográfica y política de Cuba dentro de la percepción de la seguridad nacional mexicana, así como en las distintas acciones emprendidas por los gobiernos mexicanos para mantener una red de información consular estructurada alrededor del importante puerto habanero. Su empeño por esclarecer los vínculos desde la perspectiva estatal se refleja en una nutrida base de información, proveniente tanto de acervos mexicanos como caribeños. El estudio logra ofrecer una visión de conjunto sobre la práctica política mexicana decimonónica y su incidencia en la Gran Antilla, lo que le permite hacer una comparación de las rupturas y continuidades que han moldeado el interés de México por la región.

El interés por el tema volvió necesaria la mirada hacia la significación de la opinión pública. Al respecto, las investigaciones tales como "La opinión pública en México frente a la guerra hispano-cubana-americana de 1898",¹³ y *El Nacional y El Hijo del Ahuizote: dos visiones de la independencia de Cuba. 1895-1898*,¹⁴ son relevantes para situar la importancia que adquirió la hemerografía como fuente de análisis. Sin embargo, en estos trabajos la historia diplomática seguía siendo el hilo

¹² Texto publicado como: Laura Muñoz Mata, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.

¹³ Leticia Bobadilla González, "La opinión pública en México frente a la guerra hispano-cubano-americana de 1899", Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

¹⁴ Margarita Espinosa Blas, *El Nacional y El Hijo del Ahuizote: dos visiones de la independencia de Cuba. 1895-1898*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1998, (Alborada Latinoamericana, núm. 12).

conductor. De esta forma, el estudio de Gabriela Pulido Llano, *Aproximaciones a la política exterior del porfiriato. La gestión diplomática de Andrés Clemente Vázquez*,¹⁵ revelaba cómo la isla de Cuba fue un importante objetivo de la política mexicana, reflejada en la trascendente labor consular de dicho representante mexicano.

En 1998 el estudioso cubano Salvador Morales Pérez dio a conocer una colección documental, bajo el título *Espacios en disputa. México y la independencia de Cuba*.¹⁶ En la presentación de la misma, el autor analiza los aspectos más relevantes para explicar la conducta de México en torno a la independencia insular. Según él, la política del general Díaz, más que fundamentarse en un proyecto nacional, atendió a un sinfín de intereses derivados de la dependencia económica que ataba al país con Estados Unidos, y de la presión gubernamental española ligada a la presencia de la fuerte colonia de peninsulares residentes en el país. Así, las élites políticas mexicanas sólo respondían a las presiones exteriores, y no hacían más que plegarse a estos dictados. En ese sentido, aún falta adentrarnos más en la mentalidad de estos grupos y saber cómo incidían en las decisiones de gobierno. Basada en una amplia consulta de fuentes cubanas y norteamericanas, la obra enumera las relaciones informales entre el Partido Revolucionario Cubano y el gobierno mexicano, relaciones que, aunque nunca pasaron de tal terreno, demuestran los pasos diplomáticos de México. De forma paralela, la obra rescata la valiosa actividad proselitista desarrollada en México por los clubes pro cubanos, así como los distintos grupos de opinión que adoptaron posiciones divergentes frente al suceso finisecular. Los juicios emitidos por Salvador Morales se sostienen en la sección documental, donde se retoma la actividad de Andrés Clemente Vázquez con la reproducción de su vasta correspondencia, enviada regularmente a la Secretaría de Relaciones Exteriores durante los años de 1895 a 1898.

¹⁵ Gabriela Pulido Llano, “*Aproximaciones a la política exterior del porfiriato. La gestión diplomática de Andrés Clemente Vázquez en Cuba*”, Tesis. Licenciatura en Historia, Unam, 1997.

¹⁶ Salvador Morales Pérez, *Espacios en disputa. México y la independencia de Cuba*, México, SRE, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1998.

En el mismo año, el autor citado y Agustín Sánchez publicaron el libro *Diplomacias en conflicto. España y Cuba en el horizonte latinoamericano del 98*,¹⁷ dividido en dos partes. La primera de ellas emprende la tarea de explicar la política exterior española en Latinoamérica y el Caribe, mientras que la segunda se dedica al análisis de las distintas acciones emprendidas por el Partido Revolucionario Cubano para lograr el respaldo oficial de los países hispanoamericanos. En la parte que atañe a nuestro país, Morales interpreta la cuestión desde dos enfoques: en el primero explica los acercamientos informales encaminados a obtener el apoyo moral para el movimiento, y en el segundo, retoma los esfuerzos de la diplomacia cubana en pos del respaldo oficial de los gobiernos latinoamericanos. Este último aporta valiosos elementos críticos pues, más que remitirse al argumento ya conocido, rastrea en las particularidades de las políticas latinoamericanas, así como en sus relaciones con España, las razones del alejamiento gubernamental de la causa independentista cubana; pero, además de ello, cuestiona la eficacia de los dirigentes cubanos, así como las estrategias fallidas en sus intentos de lograr el apoyo latinoamericano.

El tema paulatinamente ha extendido su campo de interpretación y se comienzan a evaluar otras variables, como la que ofrece Leticia Bobadilla en su libro *La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México*,¹⁸ que retoma el factor sociocultural para explicar el tipo de vínculos establecidos entre cubanos y mexicanos. En ese sentido, nos muestra una relación en claroscuro, donde liga perfectamente los factores ideológicos del México porfirista para explicar la recepción sociopolítica del movimiento independentista cubano. De tal manera, la obra de esta autora es uno de los primeros esfuerzos por extender el análisis a los factores culturales del México porfirista.

¹⁷ Salvador Morales Pérez y Agustín Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto. España y Cuba en el horizonte latinoamericano de 1898*, México, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1998.

¹⁸ Leticia Bobadilla, *La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México*, México, SRE, 2001.

A su vez, el cubano Rafael Rojas, en su libro *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*,¹⁹ también aborda el tema de las relaciones mexicano cubanas. Rojas, a través de un amplio recorrido por el siglo XIX mexicano, sugiere los diferentes momentos en los cuales México puso en práctica políticas intervencionistas en la isla, y cómo ésta constituyó un elemento esencial en la vida internacional de nuestro país. Además, apunta en su explicación la existencia de elementos de un imaginario imperial que ha servido de cobijo y de telón de fondo a las relaciones entre ambos países. El trabajo está fundamentado en diversas fuentes norteamericanas, cubanas y españolas pero, sobre todo, mexicanas. Con éstas devela y conecta interesantes datos que dan soporte a la tesis del sueño anexionista mexicano. Su novedoso enfoque establece una relación compleja, donde existen puntos que unen como otros que separan y también enfrentan.

En los últimos años se han publicado dos obras importantes. En 2002 salió a la luz el ambicioso trabajo de citado investigador Salvador Morales, titulado *Relaciones interferidas: México y el Caribe. 1813-1982*,²⁰ en el cual analiza el largo periodo buscando en la historia de México y esa amplia región los momentos y eventos que han marcado las relaciones internacionales, bilaterales y multilaterales; en su investigación, Cuba ocupa un gran porcentaje de protagonismo en la historia de casi dos siglos. Las fuentes son básicamente mexicanas y cubanas; es relevante el rescate iconográfico de hombres y eventos ligados a estas relaciones. En el año 2003, María del Socorro Herrera Barreda publicó su libro *Inmigrantes hispanocubanos en México durante el porfiriato*, en el cual analiza la cuestión de la migración cubana a tierras mexicanas durante el porfiriato.²¹ Más allá de ver el asunto desde el enfoque cuantitativo, Herrera logró calar a fondo en las diversas redes establecidas entre la inmigración hispanocubana y la sociedad porfirista. Asimismo, estableció los distintos medios por los cuales estos inmigrantes pudieron

¹⁹ Rafael Rojas, *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*, México, SRE, 2001.

²⁰ Salvador Morales Pérez, *Relaciones interferidas: México y el Caribe. 1813-1982*, México, SRE, 2002.

²¹ María del Socorro Herrera Barreda, *Inmigrantes hispanocubanos en México durante el porfiriato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Porrúa, 2003.

establecerse legalmente en México, a la vez que enfatizó cómo se integraron a la vida nacional. Un aspecto interesante de este estudio es el tratamiento brindado a las actividades políticas de los cubanos residentes en México en el contexto de las guerras independentistas de su país; con ello demuestra, basándose en una importante documentación, cómo fue el apoyo de estos cubanos a la guerra desatada en la Gran Antilla.²²

En ese mismo año, se publicó la tesis de maestría de mi propia autoría, titulada “La política exterior de México hacia Cuba. (1890-1902)”,²³ trabajo ubicado en la línea historiográfica de los anteriores. De forma paralela se van mostrando los principales movimientos que realiza el gobierno de Porfirio Díaz ante los sucesos cubanos, así como las reacciones que ellos generaron al interior de los grupos de opinión en México. Asimismo, se intenta encontrar un referente de la idea de solidaridad y amistad de los mexicanos y cubanos. En ese sentido, el pensamiento liberal decimonónico nos da variadas respuestas en torno a dicha idea. Como los trabajos anteriores, el mayor porcentaje de fuentes es de origen mexicano.

En 2002, al cumplirse los cien años de la independencia cubana, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara tuvo como país invitado a Cuba. De las actividades de la feria Gladys Lizama Silva coordinó la obra colectiva titulada *México y Cuba, siglos de historia compartida*,²⁴ en el cual reconocidas plumas de la academia cubana como Arturo Sorhegui, Olga Cabrera y Sergio Guerra Vilaboy colaboran reescribiendo la historia de las relaciones desde sus respectivas líneas de investigación. Otros escritores, como Carlos Martínez Assad, Félix Julio Alonso López y Arturo Lomelí, entre otros, hacen sus aportaciones. Sin embargo, en buena medida el artículo de Guerra Vilaboy es el que centra la obra, al recrear en un amplio

²² Señalamos que el tratamiento del tema en la historiografía cubana contemporánea está relegado entre los historiadores insulares, pues, fuera de aislados artículos, la atención mayor se ha centrado en analizar el tema desde el paradigma de la injerencia norteamericana, en un afán por demostrar la serie de agresiones que ha sufrido la nación cubana. En ese sentido, la obra de los cubanos Salvador Morales y Rafael Rojas se ha realizado en el extranjero, particularmente en México y en Estados Unidos. Cabe señalar que sus argumentos difieren en muchos aspectos.

²³ Margarita Espinosa Blas, *La política exterior de México hacia Cuba, 1890-1902*, México, SRE, 2003.

²⁴ Gladys, Lizama Silva, (coord.), *México y Cuba, siglos de historia compartida*, México, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005.

arco temporal la historia compartida entre México y Cuba; para ello, se basa en visiones clásicas que han estudiado el fenómeno.

Paulatinamente, la historiografía mexicana de esta década comienza a dar un giro interesante al mostrar renovadas visiones del tema de las relaciones mexicano-cubanas. La presencia y actividades de mexicanos de diverso signo y con intereses políticos y económicos bien definidos han obligado a los estudiosos a regresar a las fuentes clásicas como la prensa, la literatura y los documentos diplomáticos para hacer un seguimiento puntual de la actuación e importancia de los mexicanos en la isla. Un trabajo reciente es *México y Cuba: del porfiriato a la revolución. Diplomáticos, diplomacia e historia política 1900-1920*, cuya coordinación estuvo a cargo de Enrique Camacho y mía.²⁵ Obra colectiva en donde se hace hincapié en la labor de sobresalientes figuras relacionadas con el mundo diplomático o político, que estuvieron en la isla y asumieron determinadas posturas de acuerdo con los profundos cambios traídos por el proceso revolucionario con el que culminó la larga era dictatorial de Porfirio Díaz. La inclusión de personajes cubanos de la talla de Carlos García Vélez y Manuel Márquez Sterling redundó en beneficio del libro al explicar cuál fue su papel en ese escenario.

El proceso revolucionario y su impacto de diverso calado en Cuba ha llamado el interés por conocer a detalle la actividad política de los grupos de exiliados de diverso cariz político. En ese sentido, destaca la tesis de doctorado de Claudia González Gómez, de título “Intelectuales, exilio y periodismo en Cuba durante la Revolución mexicana”, que escudriña la vida y obra de exiliados mexicanos en la isla, donde asumen con valentía su condición de exiliados haciendo uso de los espacios públicos y de opinión para continuar sus actividades políticas. Muchos de estos exiliados ven a la isla como lugar de paso para llegar a Estados Unidos o Europa.²⁶ La tesis de González Gómez corona varios esfuerzos individuales que analizaban casos de personajes centrales de este exilio.

²⁵ Enrique Camacho y Margarita Espinosa Blas, (coords.), *México y Cuba: del porfiriato a la revolución. Diplomáticos, diplomacia e historia política 1900-1920*, México, CIALC-UNAM, 2009.

²⁶ Claudia González Gómez, “Intelectuales, exilio y periodismo en Cuba durante la Revolución mexicana”, Tesis de doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2009.

Como se puede observar en el tema de las relaciones de México y Cuba, es notorio en primer lugar que la escritura de la historia de las relaciones se ha hecho desde nuestro país, es decir, son historias realizadas desde México, lo que se comprueba no sólo por las fuentes utilizadas, ya que un buen porcentaje de los documentos e información hemerográfica proviene de acervos mexicanos, -hasta la última década se han comenzado a usar fuentes cubanas-, sino también por la tendencia a ver la relación desde nuestro país: cómo ve México a Cuba, cuáles son las opiniones de los mexicanos sobre la isla, cuáles son las actividades de los grupos de cubanos residentes en México, qué intereses persigue el Estado mexicano en su política exterior desplegada en torno a Cuba, cuáles son los temores que abriga México en su flanco caribeño y por qué la Gran Antilla despierta tantas reacciones en la sociedad mexicana. En su mayoría los aportes historiográficos se han realizado teniendo como centro el universo de lo político como factor determinante de las relaciones entre los dos territorios. En ese sentido, factores como la cultura, las migraciones, las relaciones informales o los intercambios culturales, casi siempre han gravitado en torno de la relación diplomática y sus altibajos. Con esto en mente se desarrolló la presente investigación cuyo objetivo central es escudriñar si hubo en Cuba una construcción y difusión de un imaginario sobre México y buscar los elementos que articularon tal imaginario.

Hipótesis

La hipótesis central de esta investigación considera que el contexto internacional identificado con los paradigmas del progreso y la modernidad, así como el contexto regional caracterizado por el ascenso de la hegemonía estadounidense, - la sombra del gigante a decir de J. Buchenau- en el Caribe y Centroamérica, así como las condiciones y circunstancias del proceso de consolidación nacional de México crearon las condiciones más idóneas para que el gobierno mexicano – gobernante y élite- construyera un conjunto de ideas y/o representaciones de la nación, al que llamaremos imaginario oficial de tipo nacionalista. Dicho imaginario

oficial se vinculaba con el plan de promoción internacional que tenía como objetivo enlazar a México con el circuito capitalista internacional y hacer del país el Estado-nación que cumpliera los estándares promovidos por el proyecto patrocinado por la modernidad occidental. Una parte nodal de la política promocional fue dirigida hacia países considerados epítomes del fenómeno moderno como Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, en los cuales el gobierno mexicano esperaba cosechar triunfos políticos, modificando la imagen nacional y enalteciendo al régimen y su gobernante, como premisa para lograr objetivos económicos, estrechando los vínculos comerciales y atrayendo inversiones directas.

Para nuestro estudio, la tesis es demostrar que en esa política de promoción y difusión del imaginario oficial hubo también objetivos de tipo estratégico y político. La proyección y difusión del imaginario oficial en Cuba, particularmente en La Habana, tenía como objetivo medir la capacidad o nivel de respuesta que se le otorgaba a México y si era posible considerarlo como un actor importante en el diferendo de fines de siglo. Encontramos dos planos en que se mueve este imaginario de tipo oficial: primero, la versión de la nación interpretada y difundida por sectores y de personajes ligados al gobierno y por otro, una débil y poco articulada respuesta de los sectores de opinión habaneros interesados en debatir otro tipo de asuntos más centrales en los que se jugaba el destino de la nación.

Los intereses políticos que respaldaban el imaginario oficial difundido en Cuba se basaban en la necesidad de México de convertirse en una potencia regional y erigirse en la cuestión cubana como un mediador importante en el rejuego imperial. La autopercepción optimista y exagerada del crecimiento del poder mexicano en la escena regional hizo abrigar al gobierno mexicano la posibilidad de poner en marcha una política ofensiva en los asuntos regionales. Para el caso de Cuba, el trauma fue mayúsculo porque el gobierno mexicano no logró convertirse en una voz importante ni fue considerado como una fuerza a tomar en cuenta ni por los estadounidenses, ni por los españoles, ni por los cubanos divididos por intereses anexionistas e independentistas. Sin embargo,

más allá de los pobres resultados, lo interesante es explicar y analizar cómo en esta construcción y difusión del imaginario oficial se está en presencia de una construcción idealizada de la nación y cómo el gobierno mexicano moldea su política exterior en el plano regional con base en ese imaginario, como lo demostró en 1909 al recibir como exiliado a José Santos Zelaya, presidente derrocado de Nicaragua, pese a la oposición de Estados Unidos.

El proceso de construcción de este imaginario fue sumamente complejo y no se circunscribió únicamente a la isla. El proceso podemos ubicarlo en el momento en que comienza a verse el éxito de la política porfirista, cuando comienza también la exaltación y construcción de Díaz como el único gobernante capaz de dotar de estabilidad a la nación. El fortalecimiento del Estado trajo aparejado la construcción de un imaginario centrado en la prosperidad material y en la búsqueda de nuevas oportunidades en el plano internacional. El gobierno mexicano concebía al país con características de potencia regional y al gobernante como el gran estadista que lo había llevado por la senda de la modernidad. Estos elementos, para el caso de la difusión y proyección en Cuba son retomados y adaptados a las condiciones y metas esperadas. No obstante, el imaginario difundido en Cuba sí explotó muchos argumentos provenientes de la histórica relación mantenida con la isla entre los que destacaron los lazos históricos, la fuerza de la lengua, los intercambios culturales, la condición geográfica, etcétera.

Una segunda hipótesis considera que tal imaginario oficial no encontró gran resistencia en Cuba pues pese a la emisión y publicación de ideas antagónicas al régimen porfirista, no existió un afán evidente por contrarrestar la imagen oficial. Esto demuestra una vez más que la opinión pública cubana, por la complejidad de su proceso histórico, estaba más enfocada en debatir otras cuestiones de mayor urgencia, como el futuro político y económico de la isla que en defender o denostar problemáticas mexicanas. En este sentido, si un imaginario se construyó en la Cuba de este periodo no giró alrededor de México sino de Estados Unidos, país determinante en la historia y destino cubanos de ayer y de hoy. Si un

proyecto de modernidad tuvo como norte la historia cubana, fue el norteamericano, poco había que envidiarle a México.

Una tercera hipótesis tiene que ver con los medios utilizados por el gobierno mexicano para difundir el imaginario porfirista de nación. Se utilizó la tradicional presencia oficial de México en la isla, primero a través del consulado general y de los viceconsulados, y después de 1902 con la creación de la legación diplomática mexicana en La Habana. Esta estructura oficial fue idónea para echar a andar la política promocional. El consulado y luego la legación fueron las áreas coordinadoras de la campaña recurriéndose para ello a la prensa y a la literatura apologética como canales de difusión. También se crearon diversas asociaciones cuyos miembros emigrados mexicanos y gente cubana mostró entusiasta participación en la tarea. Fue recurrente la colaboración de los funcionarios consulares y diplomáticos, quienes asiduamente publicaron artículos favorables a México así como la prestación de servicios periodísticos de hábiles plumas de escritores cubanos y mexicanos quienes de buena gana y por la paga, fueron agentes al servicio de la campaña enaltecedora del México porfirista dejando sus testimonios en forma de artículo periodístico, obra historiográfica o notas de viaje.

Objetivos

En la investigación se establecen diversos objetivos a cumplir:

- Analizar los diferentes argumentos en la construcción de un imaginario oficial mexicano. El papel que juega la política, la economía y la cultura en esa construcción. Se buscan los temas, variables y personajes presentes en ese imaginario difundido en la isla.
- Explicar la necesidad del régimen porfirista por construir y difundir un imaginario nacional con referentes a la modernidad occidental, y analizar el lugar que desempeñó Cuba en esta política.
- Analizar la actividad de las oficinas consulares y diplomáticas en Cuba tendiente a realizar su labor en la construcción de una imagen

positiva del régimen porfirista en el exterior. Examinar cómo operaron estos agentes diplomáticos en Cuba, y si fue exitosa su labor.

- Y, finalmente, analizar el impacto de la Revolución mexicana, es decir, cómo se transformó la imagen nacional difundida en Cuba con la irrupción del movimiento revolucionario.

Metodología

El tema de los imaginarios ha sido abordado en la historiografía mexicana aunque sigue un patrón metodológico definido. Los análisis de Juan Antonio Ortega y Medina que estudiaban lo mexicano a través de la visión del extranjero como lo analizó en el libro *México en la conciencia anglosajona*,²⁷ que aborda las imágenes o lecturas de lo mexicano a través de lo que se ha llamado la literatura viajera o literatura de viajeros. La corriente ha crecido de manera notable, y fruto de ello son interesantes estudios que avanzan más allá de lo meramente literario para encontrar en los testimonios escritos –novelas, ensayos, memorias, biografías y relatos históricos- una rica fuente de análisis para explicar una imagen multifacética de México, donde se reinterpretan con recursos históricos, antropológicos, psicológicos y sociológicos las actitudes y percepciones políticas, así como el mundo religioso y social, dando por resultado un cuadro interesante sobre México y lo mexicano.²⁸

Otra línea importante en el estudio de lo imaginario, tomando a la nación como sujeto de análisis, ha sido fomentada desde la teoría y metodología de la historia de las relaciones internacionales. Desde la escuela francesa Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle proponían el término de fuerzas profundas para abordar el estudio de las relaciones internacionales. Estas fuerzas profundas iban más allá de los factores tradicionales como el territorio, la soberanía, la

²⁷ Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona II*, México; Antigua Librería Robledo, 1955.

²⁸ Vid, Brígida Margarita Von Mentz de Boege, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1982. José Enrique Covarrubias, *Visión Extranjera de México, 1840-1867. I El estudio de las costumbres y la situación social*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, UNAM, 1998.

política exterior, la ideología de los gobiernos, etc., fomentados por la visión estatista de las relaciones, y revaloraban otras variables más relacionadas con aspectos subjetivos de éstas como las mentalidades colectivas, los representaciones e imágenes nacionales, la personalidad de los estadistas y los choques culturales como aspectos a tener en cuenta cuando se estudiaran los vínculos entre las naciones. En este camino ha venido trabajando lentamente este tipo de estudios, pero todavía los resultados son poco convincentes y la metodología presenta serios escollos. En ese sentido, en nuestro caso de estudio, partir también de estas variables resulta conveniente porque nos permite apreciar a detalle cómo se proyecta nuestro país en suelo cubano, lo cual puede servir para posteriormente explicar qué tipo de intereses son los que gravitan en la isla y cómo éstos han determinado a su vez, las decisiones en materia exterior. En esta vertiente ubicamos el presente trabajo.

Fuentes

Las fuentes utilizadas en esta tesis tienen un denominador común: en su mayoría tienen un nexo con el poder al ser de carácter oficial. Aún aquellas calificadas como neutrales o alejadas de la visión oficial-gubernamental estuvieron condicionadas o determinadas por la voz oficial. Un gran porcentaje de la información es de carácter consular y diplomático: informes tradicionales y/o confidenciales, cartas particulares e información cruzada entre las diversas instancias gubernamentales ligadas a la vida internacional. De este tipo son también los testimonios centrales de personajes como José Martí y Manuel Márquez Sterling; ambos se mueven en las esferas políticas y diplomáticas del México porfirista. Otro porcentaje importante es el proveniente de la opinión pública cubana; sobre todo, se privilegiaron aquellos órganos periodísticos que fueron “contratados” o fungieron como “agentes” al servicio de la campaña promocional mexicana. La ausencia de lecturas contrarias publicadas en la prensa habanera se explica, por un lado, porque se publicaron muy pocos artículos de este estilo, pero también porque las opiniones aisladas no pudieron ser

consultadas por el estado de deterioro en que se encuentra el material hemerográfico. Otro tipo de información, apoyo colateral de la investigación, fue la prensa mexicana, así como algunos testimonios de viajeros que pasaron por México y una abundante bibliografía de los aspectos más importantes de la investigación como el de modernidad, de historia mexicana, de literatura apologista del Porfiriato, y en menor medida de historia cubana.

Estructura de la tesis

La investigación está articulada en cuatro capítulos. En el primero de ellos me pareció crucial explicar cómo el proceso de la modernidad fue central en el proyecto nacional del régimen porfirista, por qué era necesario asumir el paradigma de la modernidad y cómo fue, finalmente, el proceso de consolidación del Estado-nación. Esta parte sirve de entrada para explicar cómo fue la política de proyección del régimen. En un segundo capítulo, se hace un sucinto recuento de la historia cubana con el fin de presentar las grandes líneas sobre las que se estructura la misma. Paradójicamente, la isla entró en un proceso de modernización económica desde muy temprano; sin embargo, mostró un rezago en lo político independizándose hasta principios del siglo XX. Este capítulo es necesario también para mostrar cómo la historia articula la relación tripartita entre México, Cuba y Estados Unidos, mostrándose un papel hegemónico incuestionable del país del norte; dicha hegemonía determinó los intereses de Cuba y fue un factor central en la definición y rumbo de la nación insular determinando también su política internacional de ayer y de hoy.

Los capítulos tres y cuatro se centran en explicar el imaginario promovido por el gobierno mexicano en Cuba. El tercero es la suma de los argumentos privilegiados en la difusión de la imagen nacional de México. Se resalta, sobre todo, los triunfos de la modernización porfirista, haciendo apología del progreso. Se destacan también elementos de modernidad como la consecución de la paz y el crecimiento y surgimiento de ciudades ligadas a la modernización, sobre todo la capital, y su inserción en el mundo de las grandes ciudades modernas. El mundo

de las letras y la actividad intelectual son enfatizados como signos de modernidad. Un poco de contraste lo representan las opiniones de Márquez Sterling y José Martí.

El cuarto y último capítulo tiene razón de ser en virtud de la fuerza y centralidad que la figura de Porfirio Díaz ocupó en la política promocional. Esto no era gratuito porque en la época el papel de los hombres públicos y su acción política eran considerados importantes en la construcción nacional. El enaltecimiento del general Díaz como el constructor de la nación no era atípico en el ambiente de entre siglos. De esta manera, la difusión en Cuba de su figura fue intensa, como lo demuestra el número de artículos e interpretaciones casi místicas de su papel rector como gobernante; a fin de cuentas el hombre necesario. Este engrandecimiento del personaje se desmoronó con la proyección que logró el movimiento revolucionario, que rompió de tajo con el plan promocional del régimen y abrió de par en par la discusión de la situación mexicana y la necesidad de un cambio. Finalmente, se presentan las conclusiones pertinentes y la sección de fuentes consultadas.

Capítulo I

El debate de la modernidad

1.1-La modernidad de entre siglos

Posmodernidad, altermodernidad, hipermodernidad y demás conceptos, han estado presentes en el debate de las últimas décadas del siglo XX y en los primeros años del actual. La complejidad del fenómeno ha requerido voltear la mirada y repensar el término mismo de modernidad. ¿Qué es la modernidad? El primer problema planteado es la historicidad, dónde situar cronológica y espacialmente la modernidad. Para algunos la modernidad, entendida como un proceso histórico amplio que revolucionó la vida material y espiritual de la humanidad, irrumpió justo en el Renacimiento del siglo XV, cuando había existido un verdadero rompimiento con el pasado medieval, y que culminaba en 1789 con la Revolución francesa, que en términos de cortes históricos conocemos con el inicio de la Edad Moderna. Para otros, en cambio, la modernidad entendida como un amplio proceso cultural, sólo había sido posible durante la Ilustración del siglo XVIII, convirtiéndose en el gran proyecto de Occidente, el cual había tenido su apogeo en los siglos XIX y XX, sobre todo gracias a la Revolución industrial de fines de la centuria y a la hegemonía del sistema capitalista. Una posición intermedia ha considerado que el largo proceso con orígenes renacentistas tuvo su cenit en los siglos XIX y XX, donde se experimentaron cambios considerables en todos los órdenes de la vida. No existen dudas en torno al carácter eurocentrista del término: la modernidad tenía como centro la cultura europea para de ahí irradiar sus rayos –o sus sombras- a los otros continentes.

Más allá de la discusión sobre la temporalidad del fenómeno de la modernidad, son más importantes las características de ésta. Desde el Renacimiento se había ido afirmando la centralidad del hombre en la historia, lo cual superaba el paradigma anterior basado en la hegemonía de lo divino. A ello se agrega la primacía de la razón como criterio regulador de la nueva sociedad. Este triunfo de la racionalidad se manifestó como una nueva organización de la sociedad. Se regula el comercio y el derecho internacional se perfecciona; se

robustece la administración pública y el Estado de derecho; hay una difusión de la lectura y del libro; se organiza, asimismo, la ciencia. Todo apunta hacia un nuevo orden.

Durante ese periodo, la idea de modernidad –presente por más que la palabra misma todavía no exista– da a los conflictos sociales la forma de una lucha de la razón y de la naturaleza contra los poderes establecidos...La concepción clásica de lo modernidad es, pues, ante todo la construcción de una imagen racionalista del mundo...¹

El esplendor de la modernidad, a partir de 1789, ha sido definido como un nuevo universo de valores, una “serie de mutaciones culturales”,² que modificó los valores y los imaginarios de las sociedades. Sin embargo, estos cambios en los referentes se venían configurando lentamente desde siglos anteriores. En los escenarios políticos el desplazamiento de la esfera privada a la pública presagió el nacimiento de una “nueva legitimidad –la de la nación o el pueblo soberano-, una nueva política con actores de una clase nueva, que por primera vez pueden ser llamados políticos en tanto se constituyen para conquistar esa nueva legitimidad”.³ Sin duda alguna, el nuevo escenario se encaminó hacia la total secularización de las sociedades; se intentaba por los medios legales constreñir a la Iglesia a la esfera privada e individual, y quitarle el poder político que había disfrutado durante muchos siglos. De tal manera, el siglo XIX hace honor a lo moderno porque existen nuevas prácticas políticas y económicas; algunos países europeos y Estados Unidos son el prototipo de la nación moderna. En lo político, es el triunfo de la voluntad como principio de regulación política; surgen las tertulias, las academias, las logias, las sociedades económicas y se robustece el papel de la prensa y de la opinión pública; se crean a la par nuevas prácticas electorales de tipo democrático y moderno.⁴ El marco idóneo para esta nueva aventura de la humanidad, según las concepciones clásicas de la modernidad, fue la nación, “forma política de la modernidad, pues reemplaza a las tradiciones, al derecho

¹ Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 35.

² Guerra, Francois Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, FCE, 1992, p. 13.

³ *Loc. cit.*

⁴ *Ibid.*, p. 23.

consuetudinario y a los privilegios por un espacio nacional integrado, reconstruido por la ley que se inspira en los principios de la razón”.⁵

La modernidad decimonónica también fue el escenario para la organización y profesionalización de las ciencias. El apogeo de las ciencias permitió nuevas interpretaciones de los problemas del mundo. A su cobijo se legitimó el modelo civilizatorio europeo que aseguraba la superioridad racial de los blancos. Las corrientes de pensamiento como el positivismo, el evolucionismo y el darwinismo social se centraron en la explicación racial como paradigma científico. Desde la morfología histórica y la eugenesia se debatió la superioridad de las razas y el problema de la degeneración de las mismas.⁶

Si en términos políticos y sociales ocurren estas transformaciones, sin duda alguna otra característica esencial es la transformación económica con la expansión capitalista y su poder hegemónico. La maduración de las relaciones capitalistas producto de una acelerada Revolución industrial en la Europa del siglo XIX, modificó el escenario de la economía mundial, transformando radicalmente las reglas del juego. Los escenarios sociales se trastocan y hay una proliferación de vida urbana asociada al crecimiento fabril y a la explosión demográfica en detrimento de lo rural. El abandono en masa de la población rural hacia las grandes ciudades industriales, llamado por Carlos Marx la “armada de reserva”, hizo surgir la conciencia de clase y la formación del proletariado.⁷ Así, junto a las ciudades tradicionales como Londres y París, comenzaron a crecer otros centros urbanos ligados a la dinámica capitalista. Para Marx, todos estos cambios son propios del llamado capitalismo industrial.⁸

⁵ Para autores como Anthony Giddens, el industrialismo, el capitalismo, la industrialización de la guerra y la vigilancia de todos los aspectos de la vida social, son las cuatro dimensiones de la modernidad. Dimensiones que conviven en un sistema “autoproducido, autocontrolado y autorregulado”, donde se difumina la idea de sujeto. Touraine, *op. cit.*, p.136.

⁶ Rafael Rojas, “Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98”, *Historia Mexicana*, núm., 4, México, El Colegio de México, abril-junio de 2000, p. 597.

⁷ Carlos Marx, “Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, Tomo I, Madrid, Editorial Fundamentos, 1977.

⁸ Touraine, *Crítica, op. cit.*, p. 35. Ideas que presenta Giddens en su obra *The consequences of modernity*, Cambridge, Polity press, 1990.

La manifestación más clara del violento cambio que trajo la Revolución industrial de mediados del siglo XIX fue, según Hobsbawm, la división del mundo en dos sectores de un mismo sistema global: “los desarrollados y los atrasados, los dominantes y los dependientes, los ricos y los pobres...”⁹ El primero tenía lazos históricos y geográficos, además de ser el centro del desarrollo capitalista; al segundo sólo lo unía la situación de dependencia frente al primero. Sin embargo, había grandes diferencias en el mundo “desarrollado”; el hecho de constituir Europa –Japón y Estados Unidos fueron casos sui géneris de modernidad- no los hacía partícipes del mismo grado de desarrollo. Era un abigarrado mundo en el que también convivía el atraso y la tradición frente al desarrollo moderno. Como un ejemplo de esta contradicción destacan Rusia y Estados Unidos. El primero, atrasado en su modernización, era moderno por su aporte al terreno cultural con Dostoievski, Tolstoi, Chéjov, Tchaikovsky, entre algunos de sus preclaros hijos; Estados Unidos deslumbraba por su vertiginoso encumbramiento económico, pero aún faltaban décadas para ser considerado plenamente moderno:

La cultura norteamericana, más democrática e igualitaria, no alcanzó su mayoría de edad hasta la época de la cultura de masas en el siglo XX. Por el momento, incluso en aspectos tan estrechamente vinculados con el progreso técnico como las ciencias, los Estados Unidos quedaban todavía por detrás, no solo de los alemanes y los ingleses, sino incluso del pequeño país neerlandés, a juzgar por la distribución geográfica de los premios Nobel en el primer cuarto de siglo.¹⁰

La parte material de la modernidad se convirtió en la modernidad misma, de ahí que modernidad y modernización se piensen como sinónimos, pero no es así. La modernización comprendida, según Néstor García Canclini, como el conjunto de procesos interrelacionados que se manifiestan en diferentes aspectos como la maduración de las relaciones de producción capitalistas, el movimiento de recursos, el desarrollo de las fuerzas productivas; mientras que en lo político, opera la consolidación de los poderes políticos y también se genera la formación

⁹ Eric, Hobsbawm, *La era del imperio*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 24.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27.

de identidades nacionales.¹¹ Desde esta concepción, es claro que fueron los países europeos y Estados Unidos los primeros en consolidar este proceso, y fueron los referentes obligados –el modelo dominante o civilizatorio, según Norbert Elias- para los otros países que, inmersos en la lógica del progreso, orientaban las políticas nacionales en el camino de la modernización europea; de tal manera, que retrospectivamente modernidad y modernización parecieron sinónimos, cuando en realidad la primera es sólo un aspecto, el material, del proceso amplio de la modernidad.

En la historiografía contemporánea de América Latina la cuestión de la modernidad siempre ha despertado polémicas y hasta se ha llegado a negar que exista. El problema deviene de la forma en que nuestro continente entró en la ruta de la historia occidental. Sin adentrarnos en tan compleja cuestión, nos interesa resaltar que América Latina, a pesar de permanecer bajo dominio del imperio español desde el siglo XV –con la excepción de Cuba y Puerto Rico, que fueron colonias hasta 1898- tuvo contacto con el mundo europeo, desarrollándose un pensamiento propio que pretendía resolver problemas propios; paulatinamente, fueron germinando ideas de independencia. Sin embargo, a tono con la idea de Francois-Xavier Guerra, a raíz de las revoluciones de independencia de principios del siglo XIX, los Estados en formación tendrán que batallar con la modernidad y la tradición, binomio en constante tensión en toda la centuria que, finalmente, se resolverá al cierre del siglo cuando triunfa el proyecto liberal-modernizador y se consolida el Estado-nación en el continente.¹² Nadie mejor que Leopoldo Zea ha descrito esta paradójica situación de Latinoamérica frente al mundo moderno occidental:

El mundo iberoamericano colonizado por España y Portugal entra en el siglo XIX en la más extraña aventura en que un conjunto de pueblos pueda entrar en el campo de las ideas: la aventura que significa tratar de deshacerse de la propia formación cultural para adoptar otra. El mundo iberoamericano se encuentra frente a un mundo dentro del cual se siente inadaptado: el mundo moderno. Mientras los países iberoamericanos permanecían en el mundo de ideas y creencias, de hábitos y costumbres establecidos por los poderes de la

¹¹ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1989.

¹² Guerra, *Modernidad*, *op. cit.*, p. 52.

Península Ibérica, el resto del mundo marchaba por otros caminos distintos, caminos que, ante los sorprendidos ojos iberoamericanos, se presentaban como opuestos y casi inconciliables con los que ellos habían recibido como herencia. Inglaterra con su revolución industrial y sus instituciones políticas; Francia con su revolución política e ideológica, y los Estados Unidos con sus nuevas instituciones de carácter liberal y democrático mostraban otras rutas al mundo.¹³

Fruto de la tensión mencionada fue el constante choque entre los proyectos de nación ensayados en América Latina. Por un lado, una reminiscencia y defensa de la tradición defendida por los conservadores y, sin duda, presente en la cultura de los pueblos y, por el otro, la tenaz lucha secularizadora y el afán de dotar de constituciones modernas al Estado latinoamericano en formación a pesar del grave desfase frente a la realidad. De tal manera que en una apretada síntesis, la modernidad marcó su acento en un proyecto modernizador con mejores frutos en la economía vinculada al mercado mundial capitalista; mientras que, en lo político, se fincará en la extensión de formas democráticas sin llegar a un verdadero ejercicio democrático, porque más bien se recurrió al cesarismo democrático confiándole a un hombre carismático la soberanía del pueblo, ya fuera con carácter de presidente vitalicio o de dictador liberal. Para Hobsbawm, es imposible calificar a las repúblicas latinoamericanas de “democráticas”, debido a que se negaba el derecho de voto a los analfabetos, y por la presencia de reiterados golpes de Estado.¹⁴ Aunque el mismo autor señala que ni en Europa o Estados Unidos se podían encontrar democracias puras, puesto que la manipulación fue asunto cotidiano para poner coto a la participación abierta de los ciudadanos.

Para el caso latinoamericano el problema central es cómo ubicar la modernidad. Si se le compara con los referentes clásicos de la modernidad francesa o inglesa, por ejemplo, es una modernidad “inacabada”, “incompleta” o de plano “ficticia”, como la califica Guerra; pero si hablamos de muchas experiencias de modernidad o modernidades, es claro que las élites políticas e intelectuales latinoamericanas aceptaron el paradigma de la modernidad, y con

¹³ Leopoldo Zea, *Filosofía y cultura latinoamericana*, México, UNAM, 1976, p. 179.

¹⁴ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 31, 96 y 97.

base en los referentes europeos hicieron sus proyectos nacionales.¹⁵ En ese sentido, fueron receptivas al modelo civilizatorio occidental, en el cual gravitaban, aunque en de manera subordinada.¹⁶ Es pertinente señalar que el problema que subyace en este punto de querer adjetivar la modernidad en América Latina es que nos hemos acostumbrado a pensar la modernidad como un proceso holístico e integral, en el que se desarrollan al unísono todas las facetas; ello no fue así ni en la misma Europa, su pretendida cuna. El proceso operó por distintos caminos, en variadas intensidades, y siempre existió una tensión modernidad vs tradición; hubo casos en que se lograron mejores resultados en la parte económica que en la social o política, y viceversa. Con tal reflexión, García Canclini construye el término hibridación para hablar de modernidades latinoamericanas como un producto de la heterogeneidad sociocultural; entrecruzamiento e intersección –que operan en una especie de distribuidor vial cultural- donde conviven tradición y modernidad, para generar manifestaciones híbridas de lo moderno.¹⁷ En esta atmósfera se genera el debate latinoamericano decimonónico.

La prolija producción intelectual –con tema sociológico, económico, filosófico, etc.,- que recorre el continente de norte a sur en el siglo de las independencias tiene como norte el proyecto de nación, en el cual está presente el tema de la modernidad. En el debate, surge por supuesto la tensión existente entre modernidad y tradición/civilización y barbarie, así como el modelo a seguir, la experiencia europea o el vertiginoso ejemplo norteamericano. En ese ambiente surgen los escritos de José María Luis Mora y Lucas Alamán en México, los de Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en Argentina, José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao en Chile, por mencionar algunos.

Desde México hasta la Patagonia, las sociedades latinoamericanas del siglo XIX están enfrascadas en la discusión de la modernidad; con mayor o menos éxito, las élites dialogan con ella. Tal debate cobrará nuevos bríos al calor de la

¹⁵ Véase: Hugo Cancino, (coord.) *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, AHILA / Iberoamericana / Vervuert, Francfort, 2004.

¹⁶ Norbert, Elias, *The History of manners. Civilizing Process*, Vol. I I, Pantheon Books, New York, 1982.

¹⁷ Canclini, *Culturas, op. cit.*

llegada de las ideas positivistas de corte comtiano y spenceriano, pues los proyectos nacionales se nutren con argumentos científicistas y positivistas. Descuellan como ejemplos de este tipo de mancuerna política el gobierno de Porfirio Díaz en México y el de Juan Vicente Gómez en Venezuela, apoyados por los positivistas. En el caso venezolano, Laureano Vallenilla Lanz se convirtió en ideólogo del régimen que ostentó el poder en el país sudamericano desde 1908 hasta 1935. El discurso de Vallenilla Lanz ha sido clasificado como parte del lenguaje moderno al debatir cuestiones como la soberanía popular, el Estado-nación y la democracia.¹⁸ La urgencia de alcanzar el progreso hace a los gobiernos de los Estados latinoamericanos forzar las realidades locales para hacerles entrar en la camisa de fuerza de la modernidad. Como en Europa, unos países tuvieron mejores resultados en la modernización, porque también se pensó que el progreso era sólo material, mientras que otros se quedaron rezagados del proceso, y no fue sino hasta bien entrado el siglo pasado que algunos dieron señales de modernidad. Se ha señalado con insistencia el carácter endógeno de la modernidad latinoamericana, en el cual las élites importaron el modelo que está presente en los proyectos nacionales que a su vez genera un consenso real en la esfera de lo público. El fin es el progreso, con su orden y su paz, y no importa qué obstáculos haya que vencer. En ese sentido, los paradigmas de la modernidad y el progreso debían buscarse en los países más avanzados de Europa occidental: Francia e Inglaterra, o, en América con el caso paradigmático de Estados Unidos. Solo así, siguiendo la estela, Nuestra América podría conquistar un sitio en las naciones “civilizadas”.¹⁹

¹⁸ Laureano Vallenilla Lanz es un intelectual con un pensamiento complejo. Tiene varias reflexiones muy novedosas sobre filosofía de la historia y es destacable su idea de que la historia latinoamericana debería ser escrita por latinoamericanos y no debería buscar paralelos con la historia europea. Carmen Bohórquez, “Caudillismo y modernidad en Laureano Vallenilla Lanz”, en Cancino, *Los intelectuales*, *op. cit.*, pp. 36, 42, 49.

¹⁹ Hugo Cancino, *Modernidad y tradición en el pensamiento latinoamericano en los siglos XIX y XX, Sociedad y Discurso*, Departamento de Español y Estudios Internacionales, Instituto de Lenguas y Estudios Interculturales, Universidad de Aalborg, Núm 3 (39), 2003.

1.1.1-Naciones modernas. Ciudades modernas

Un modelo general o una tipología de las características políticas y sociales de la modernidad es difícil de establecer pero, pese al riesgo de generalizar, para Hobsbawm sí existía un modelo general de condiciones para calificar a un país de avanzado. Tenía que ser un estado territorial más o menos homogéneo y soberano, de preferencia con una gran extensión que asegurara el desarrollo económico. Tenía que estar administrado por instituciones políticas y legales de carácter liberal y representativo; debería estar constituido por ciudadanos representados en la ley. “Todo esto eran aspiraciones y promesas, y no sólo para los países “desarrollados” (todos los cuales se ajustaban de alguna manera a este modelo en 1880), sino para todos aquellos que pretendieran no quedar al margen del progreso moderno.”²⁰ El modelo, al menos formalmente, era seguido no sólo en los países modernos, pues muchos de los “no modernos” eran Estados-nación. El caso de América Latina es ilustrativo: existían 17 repúblicas y el imperio de Brasil, vuelto república al cerrar el siglo. Sin embargo, en el mundo aún no se extendía el sufragio universal, y todavía tenía fuerza la monarquía que avanzaba hacia la constitucionalidad. En otros aspectos culturales también se denotaba lo moderno. La igualdad ante la ley cundió como criterio universal; mientras que la vida intelectual se emancipó de la tradición, lo que dio como resultado una secularización del pensamiento político y científico. Asimismo, como manifestación cultural existía la necesidad de extender la educación básica a todos los ciudadanos y borrar el analfabetismo, hecho que no incidía en el carácter elitista de la cultura.²¹

Estas características no se presentaban de manera homogénea en ninguno de los países porque, insistimos, la modernidad no fue monolítica; es decir, aunque hubiera países “muy modernos”, seguían existiendo regiones donde no se asomaba la luz de la modernidad. Sin duda, en las ciudades, sujetos centrales de la modernidad, agentes del progreso, fue donde mejor se evidenciaron sus signos.

²⁰ Hobsbawm, *La era, op. cit.*, p. 30

²¹ *Ibid.*, pp. 30-32.

En las ciudades modernas se generó una infraestructura ligada a la vida material, puertos remozados, barcos más potentes, tendido de vías férreas, redes eléctricas y telegráficas, actividad fabril y la creación de un mercado interno donde las élites e incipientes clases medias satisfacían sus necesidades básicas y suntuarias. Es, en suma, un nuevo paisaje, alejado de la experiencia urbana anterior.²²

Estas ciudades modernas, en su mayoría europeas y norteamericanas, actuaban como “burbujas” de la modernidad, eran “núcleos cosmopolitas, financieros y culturales que concentraban y combinaban tendencias nacionales e internacionales”. Con todas las contradicciones inherentes al mismo proceso moderno, dichas ciudades se presentaban como los símbolos de modernidad. No en vano, se construyeron representaciones de “bolsillo” de la ciudad moderna que circulaban en las pomposas ferias internacionales de fines del siglo XIX y principios del XX.²³ Las ciudades más importantes eran, obviamente, las capitales de las grandes naciones modernas, Inglaterra con Londres; Berlín, el gran centro moderno de Alemania, Viena, capital austriaca; todas rebasaban el millón de habitantes.²⁴

La ciudad moderna se distinguía por la espectacularidad de los grandes almacenes. El Bon Marché, el Whiteley’s Universal Emporium y el Wanamakers eran las nuevas tiendas de la clase pudiente de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.²⁵ Este status económico era correspondido en la política y la cultura; sólo estos grupos tenían acceso a las esferas políticas, intelectuales y artísticas. Los círculos intelectuales seguían siendo de acceso restringido para los sectores populares, como también estaban imposibilitados para asistir al deslumbrante espectáculo brindado en los suntuosos teatros, donde se presentaban las mejores obras operísticas. Sin embargo, el cambio sí entrañaba a futuro la masificación de la cultura, y muestra de este camino fue la proliferación de periódicos y diarios, actividad alentada tanto por los adelantos técnicos como

²² Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1988, p. 5.

²³ Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, p. 13.

²⁴ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 27.

²⁵ *Ibid.*, p. 37.

por el crecimiento de la opinión pública. En las potencias centrales de Europa y en Estados Unidos, surgió un periodismo moderno caracterizado por los grandes tirajes y el sensacionalismo. Empresas periodísticas como las de Hearst y Pulitzer aparecieron en las grandes capitales europeas, donde circulaban diarios como *Le Petite Parisien*, *Le Matine*, *Berlinermorgenpost* y el *Daily Mail*.²⁶

El referente obligado para hablar de ciudades modernas era París. Sobre la centralidad de Francia como referencia de modernidad y, en particular, de París, se han ocupado muchos historiadores de la modernidad. Walter Benjamín escribió sobre el papel de la Ciudad Luz, llamándola la “capital del siglo XIX”. Para David Harvey, París fue el centro donde se conjugaron todas las características de la modernidad, con sus luces representadas por los fastuosos proyectos urbanos, así como el papel que juega el capital financiero y por las diferentes reformas sociales, y sus partes oscuras como el aumento de las tensiones entre las clases sociales, fruto de la maduración de las relaciones capitalistas. Así, París cerraba el siglo XIX como el gran centro moderno de Europa, y por tanto, como la voz y la luz de la modernidad occidental que era el faro de los centros urbanos que aspiraban parecerse a esta gran ciudad.²⁷ En el aspecto cultural también descollaba la Ciudad Luz; era la cuna del pensamiento, hubo un fuerte auge de actividades académicas y se crearon asociaciones internacionales de intelectuales²⁸ que se

²⁶ Jean Baptiste Duroselle, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, España, Akal, 1990, p. 444.

²⁷ David Harvey, *Paris, capital of modernity*. New York and London: Routledge, 2003. Para Francois Xavier Guerra, como para Marshall Berman, Francia, en general, se convierte en el modelo lógico de la modernidad, es el modelo que se exporta sobre todo a América Latina. Guerra, *Modernidad*, *op. cit.*, p. 54.

²⁸ A lo largo del texto se hace referencia a los escritores utilizados en el texto – diplomáticos, periodistas, escritores- llamándoles con el término “intelectuales”. Según la definición de Norberto Bobbio, existen dos acepciones del término para definir a los intelectuales. Una lo define como el estrato social particular distinguido por la instrucción y competencia científica, técnica o administrativa superior a la media; grupo donde están los investigadores sociales, médicos, abogados, ingenieros, etc., Una segunda más difundida, es la que ubica a los intelectuales como parte del mundo letrado (artistas, escritores, periodistas, literatos) y que tienen peso o influencia en la esfera de la opinión pública. Se comenzó a usar con mayor frecuencia tras el Manifiesto de los intelectuales de 1898, en el contexto del caso Dreyfus. Norberto Bobbio, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, Tomo II, 2000, pp. 819-820. Guillermo Zermeño habla de la construcción del concepto de intelectual hispanoamericano desde los trabajos de James D. Cockcroft y Roderic Camp. Explica también que el término “intelectual” forma parte ya del léxico

reunían en la capital francesa para discutir las tendencias del mundo del conocimiento.²⁹

En América Latina también la vida urbana adquirió rasgos modernos. La preponderancia del mundo rural era innegable, como lo era en Europa; sin embargo, a fines del siglo XIX, vinculados al sistema económico internacional, los centros urbanos experimentaron muchos cambios; algunas ciudades tradicionalmente ligadas al comercio exterior fortalecieron sus posiciones; otras nacieron al calor de la demanda de materias primas, como las mineras, madereras, azucareras, cafetaleras, etc., según fuera la necesidad de los países industriales.³⁰ Para el historiador argentino José Luis Romero, si bien es cierto que las pujantes burguesías aliadas a las oligarquías tradicionales aceptaron la ideología del progreso, también es cierto que, pese a la constante imitación del modelo europeo, particularmente francés, en el proceso surgió una ciudad típicamente latinoamericana, en la cual hay rasgos tradicionales. Mucho cambió pero también mucho permaneció.³¹ Este autor define de manera clara este proceso:

Desde 1880 muchas ciudades latinoamericanas empezaron a experimentar muchos cambios, esta vez no sólo en su estructura social, sino también en su fisonomía. Creció y se diversificó su población, se multiplicó su actividad, se modificó el paisaje urbano y se alteraron las tradicionales costumbres y las maneras de pensar de los distintos grupos de las sociedades urbanas. Ellas mismas tuvieron la sensación de la magnitud del cambio que promovía, embriagadas por el vértigo de lo que se llamaba el progreso, y los viajeros europeos se sorprendían de esas transformaciones que hacían irreconocible una ciudad en veinte años...³²

hispanoamericano hacia finales del siglo XIX. Sin embargo, su transformación en un concepto generalizado cobra evidencia hasta la década de 1920. Vid, Guillermo Zermeño, "El concepto *intelectual* en Hispanoamérica: Génesis y evolución", en *Historia Contemporánea*, No. 27, Bilbao, Universidad del país Vasco, 2003, pp. 777-798.

²⁹ Duroselle, *Historia, op. cit.*, pp. 447 y ss.

³⁰ La vinculación al mercado internacional se ha destacado como el factor más importante para el cambio del paisaje urbano latinoamericano. Vid. James R., Scobie, "El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930", en Leslie Bethell, (ed.) *Historia de América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, Tomo 6, 1991, pp. 202-230.

³¹ Véase el excelente libro de José Luis Romero, *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, Buenos, Siglo XXI, 2001.

³² *Ibid.*, p. 247.

Un aspecto esencial fue el crecimiento demográfico, experimentado sobre todo en las capitales latinoamericanas. Se estima que en 1850 la población de América Latina era de 30,5 millones de habitantes, pero en medio siglo se duplicó esa cantidad, y en 1930 ya había alcanzado la cifra de 104,1 millones de habitantes.³³ La distribución era heterogénea y respondía al grado de desarrollo de los países. Río de Janeiro, de un poco más de medio millón de habitantes que tenía al iniciar el siglo XIX, rebasó el millón en 1920. Por su parte, la Ciudad de México, que en 1900 apenas llegaba a los 390.000 habitantes, luego de la crisis revolucionaria superó el millón en 1930. El “regio Buenos Aires”, como llamaba Rubén Darío a la capital argentina, llegaba casi a los dos millones ese mismo años. No todas las ciudades alcanzaron cifras tan sorprendentes. Algunas ciudades-puerto como Valparaíso, Guayaquil y El Callao tuvieron un crecimiento modesto, con todo y su importancia comercial. Otros puertos prosperaron, como Barranquilla en Colombia, Recife y Bahía en Brasil y Puerto Cabello y Maracaibo en Venezuela, por citar los más relevantes. Otras ciudades tuvieron una vertiginosa pero corta vida. Manaus, la del caucho en Brasil fue típica de este tipo. Creció alentada por la explotación de este producto, decayendo de la misma forma cuando el preciado material se empezó a cultivar en Asia. Hubo ciudades interiores que cobraron importancia al impulso del progreso como Bello Horizonte, en Brasil, Antofagasta y Punta Arenas en Chile y Monterrey, Guadalajara y Puebla en México.³⁴

El cambio fue más perceptible. La vida moderna latinoamericana ligada a la economía internacional, impactó la tradicional vida apacible de las ciudades. El espacio urbano tuvo una febril actividad ligada a la economía, bancos de preferencia de capital extranjero, oficinas y agencias comerciales y aduanales, casas de negocios, firmas comerciales. “...Sus calles, sus cafés y sus barrios bajos se llenaron de gentes que con artes diversas medraban con lo que sobraba de tanta riqueza concentrada en lo que era el viejo casco urbano colonial...”³⁵ En la lógica del progreso era necesario cambiar la fisonomía de lo urbano. De esta

³³ *El crecimiento, op. cit.*, p. 206.

³⁴ Romero, *Las ciudades, op. cit.*, pp. 251-257.

³⁵ *Ibid.*, p. 249.

manera, existieron proyectos para cambiar los paisajes arquitectónicos a tono con el estilo moderno, y muchas ciudades fueron objeto de una reestructuración, perdiéndose, en muchos casos, la huella del pasado. Otra vez París fue el modelo idóneo. Se puso especial atención al proyecto de urbanización de Napoleón III planeado por el barón de Haussmann, el cual preveía el futuro crecimiento urbano y abandonaba el viejo esquema arquitectónico por otro caracterizado por grandes avenidas, construcciones monumentales, suntuosos monumentos y estatuas, estilo denominado como barroco francés; todo para “asombrar al viajero”, según expresión de la época. En este periodo se inauguraron las estatuas ecuestres de San Martín y Bolívar en varias ciudades, el monumento a Sarmiento y a Juárez en Argentina y México, respectivamente.³⁶

Fue la época de las grandes construcciones, espacios para las nuevas élites latinoamericanas, mezcla de la antigua oligarquía con las pujantes burguesías. El Palacio de Bellas Artes en México, inaugurado hasta 1934, el Teatro Colón en Argentina, el Politeama en Lima o el Solís de Montevideo fueron los lugares donde estos grupos hacían gala de su poder político y económico. Era la marca visible de la modernidad:

Los imponentes vestíbulos, los anfiteatros de mármol, las colgaduras, las butacas tapizadas de terciopelo, la moderna iluminación y los efectos escénicos, a menudo rivalizaban con los de Milán, Londres o Nueva York y atraían a algunos de los mejores intérpretes mundiales de la Scala, el Covent Garden y la Metropolitan Opera House...³⁷

El contraste latinoamericano generó diversas reacciones. Unos elogiaban el triunfo del progreso sobre el pasado; otros miraban con nostalgia ese pasado, y denostaban las luces del progreso que borraban las costumbres latinoamericanas. La narrativa resguardó estas reacciones. El mexicano Rafael Delgado, en *Los parientes ricos*, describía el ambiente provinciano alterado por el progreso; mientras el ecuatoriano Jorge Reyes, en *Quito, arrabal del cielo*, recordaba la vida plácida de la capital ecuatoriana. Sin embargo, a la larga, ganó la batalla el

³⁶ *Ibid.*, pp. 274-278. Las cifras coinciden en general con otras fuentes, y se señalan algunos problemas típicos de las estadísticas, sobre todo por la poca fiabilidad de los documentos de la época.

³⁷ *El crecimiento, op. cit.*, p. 225.

discurso de la modernidad, la vida metropolitana invitaba a todo tipo de aventuras y el provincialismo fue ocupando la nostalgia.³⁸

1.2- Hacia el México moderno

La década de los setentas del siglo pasado fue pródiga para los estudios de historia mexicana decimonónica. La obra monumental de Daniel Cosío Villegas, titulada *Historia moderna de México*, analizaba el juarismo y el porfiriato como los dos periodos que le dieron el signo moderno a esta historia.³⁹ Por su parte, con el título de *Hacia el México moderno*, el historiador norteamericano Ralph Roeder explicaba el periodo del porfiriato. México no era moderno del todo, pero hacia allá se encarrilaba, era la lectura de la obra publicada en 1973.⁴⁰ Las historiografías mexicana y extranjera que han escrito la historia del porfiriato, han revalorado, luego de la interpretación maniquea que sobre el periodo porfirista impuso la Revolución, el adelanto material experimentado por México en los más de treinta años de gobierno del militar oaxaqueño Porfirio Díaz, y han coincidido con Cosío y Roeder sobre la inserción del país en la modernidad, entendida como modernización, de fines del siglo XIX. De tal manera ha cobrado importancia este aspecto, que los estudios historiográficos señalan la preponderancia del tema en los análisis que ha merecido el periodo dictatorial de este personaje. Destacan las obras del maestro don Daniel Cosío Villegas y del francés Francois-Xavier Guerra.⁴¹

Ahora bien, si tomamos en cuenta el modelo propuesto por Hobsbawm para calificar a un país como moderno y se aplica al caso mexicano, es evidente que la conclusión es un claroscuro, porque hubo aspectos donde se logró imponer el proyecto de progreso, como en el ramo de la modernización y otros, como en el

³⁸ Romero, *op. cit.*, 258. Richard M. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*, México, Sep-setentas, 1973.

³⁹ Daniel Cosío Villegas, (coord.), *Historia moderna de México*, 10 vols., México, Editorial Hermes, 1955-1972.

⁴⁰ Ralph Roeder, *Hacia el México moderno*, 2 vols., México, FCE, 1973. (obra póstuma)

⁴¹ Daniel Cosío Villegas fue coordinador y autor de varios tomos de la *Historia Moderna de México*, citada en varias partes de esta investigación. De Guerra es más que conocido su libro *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, publicado en 1988.

político, en que se ostentaron formas democráticas, pero que en realidad era una democracia “ficticia”, apoyada en un sistema represivo. Hubo, asimismo, un desfase en lo social, porque la modernidad solo benefició a sectores reducidos, principalmente a las élites y a los sectores medios. Se aplicó con rudeza la exclusión de los indígenas del modelo civilizatorio, de tal manera que bajo la justificación del progreso, se puso en marcha una política para enajenar las tierras comunales y un programa militar para sofocar los movimientos indígenas que reclamaban sus derechos. Sin embargo, los balances de la época resultaban bastantes aduladores porque sí anunciaban una época de paz y de bonanza para el país, máxime cuando mediaba medio siglo de situación caótica.

Sin embargo, muchos de los adelantos y puntos centrales del éxito del gobierno porfirista tuvieron su antecedente más importante durante el gobierno de Benito Juárez, fase donde se derriban las viejas estructuras para imponer un nuevo proyecto de nación moderna. La secularización, la eliminación del catolicismo como religión oficial, la tolerancia de cultos, las leyes que atacaban los corporativismos de la Iglesia, que prohibieron la propiedad eclesiástica e indígena, la monopolización por el Estado del control de la milicia y los asuntos civiles, fueron de tiempos juaristas cuando, por primera vez, hubo una hegemonía y un proyecto de corte liberal; aunque en la práctica las reformas no dieron los resultados esperados, sí sentaron las bases para la modernización tan deseada.⁴²

En 1876 Porfirio Díaz, de cuarenta y seis años, llegó al poder mediante un golpe de Estado. Un año después, mediante elecciones presidenciales, ratificó su triunfo. Al término del periodo presidencial en 1880 se fue a su natal Oaxaca con el puesto de gobernador, mientras su compadre el general Manuel González cubría el periodo presidencial hasta 1884, año en que regresó Porfirio para ocupar la presidencia, que abandonó hasta mayo de 1911, cuando presentó su renuncia motivado por el movimiento revolucionario. En los inicios de su gobierno el panorama no se presentaba halagüeño. A la par de la grave crisis de poder se aunaban miles de problemas en lo económico y en lo social y, por supuesto,

⁴² Friederich Katz, “México: La restauración de la república y el porfiriato, 1867-1910”, en Leslie Bethell (ed.) *Historia de América Latina, c. 1870-1930*, Tomo 7, Barcelona, Crítica, 1990, p. 15.

descollaba la grave situación que en el plano internacional tenía el país, aislado diplomáticamente desde tiempos juaristas y con un vecino al norte que no estaba dispuesto a aceptar al general Díaz como presidente de México, condicionándole el reconocimiento del gobierno mexicano. Hasta los años noventa, el gobierno pudo echar a andar el proyecto nacional, y en dicha década se afianzó el poder presidencial de Porfirio Díaz y comenzó la etapa de bonanza nacional y el país fue visto de otra manera en el exterior. Cosío Villegas decía que el primer periodo fue el más difícil para el militar oaxaqueño. Entre 1876 y 1888 tuvo un aprendizaje político-administrativo en el que trató de negociar con todas las fuerzas en pugna, junto con la formación de un grupo político que le sirviera de apoyo. Después de esto, dice Cosío Villegas, Díaz logró un poder incontrastable.⁴³

Por su parte, Friederich Katz considera que el primer objetivo del gobierno porfirista fue la pacificación del país. Controlar de una vez por todas las continuas revueltas causadas no sólo por la desarticulación geográfica y política del mismo, sino por el choque de intereses locales y caudillistas, herencias de las continuas revueltas. Díaz, mediante la política de conciliación, logró apaciguar la situación dándoles cierta autonomía política y económica a estos caudillos regionales. Logró muy buenos resultados porque la violencia se concentró sólo en los grupos indígenas, que continuaron alzándose en armas, como los yaquis en la frontera norte y los mayas en el sur, los que fueron reprimidos en los albores del siglo XX.⁴⁴ Otro gran acierto del primer periodo fue la reorganización del ejército. La profesionalización del brazo armado del Estado permitió tener el control sobre un sector que se había caracterizado por su autonomía frente al poder central y que históricamente había sido protagonista de las rebeliones y levantamientos. Muchos estudiosos consideran esto como el primer paso a la modernidad.⁴⁵

Al cerrar los años ochenta, el gobierno mexicano había sorteado los principales problemas internos. En lo internacional, Porfirio Díaz también había

⁴³ Daniel, Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, vol. IX: *El Porfiriato. La vida política interior...*, p. XV.

⁴⁴ Katz, *op. cit.*, p. 41.

⁴⁵ Francois Xavier Guerra, *México, op. cit.*, Tomo I, México, FCE, 1988, pp. 147-148. Mauricio Merino, *Gobierno local poder nacional. La contienda por la formación del Estado mexicano*, México, Colegio de México, 1988, pp. 78 y 132.

sorteado el difícil problema del reconocimiento norteamericano⁴⁶ y había logrado, mediante hábiles negociaciones, reanudar el diálogo con sus pares europeos, principalmente con los gobiernos de España, Francia e Inglaterra, países con quienes se habían roto relaciones desde los tiempos de Juárez, con los que se esperaba el pronto arreglo diplomático para contar nuevamente con los créditos y la inversión europea. También se iniciaron o fortalecieron relaciones con otros países como Italia, Alemania, Japón y China, entre otras, a manera de contrapeso a la influencia norteamericana. Así, a partir de los noventa, México empezaba su carrera al progreso, la meta: un Estado moderno como el que más.

Para Katz, durante el periodo de 1884 a 1911, “México conoció su más profunda transformación económica, política y social desde su independencia en 1821”.⁴⁷ Hecho reconocido también por Arnaldo Córdova, para quien: “El porfirismo, como ha sido señalado con justeza, produjo el primer gobierno en México con una estrategia dirigida a lograr el desarrollo económico, y desde el comienzo dicha estrategia se centró en crear las condiciones para atraer al capital extranjero y fortalecer por todos los medios [...] a los propietarios mexicanos”.⁴⁸ En el aspecto económico se han señalado varios pilares en que se asentó el progreso material del país, como la infraestructura –transportes principalmente- y el de la producción ligada al comercio internacional. La vinculación al mercado mundial y, particularmente, al norteamericano, hizo impostergable la creación de una infraestructura necesaria para la circulación de las mercancías. El crecimiento ferroviario vivió su edad de oro en los años noventa, sin embargo, ya se había iniciado el proyecto. En el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada se inauguró la primera línea de ferrocarril que unía la ciudad de México con el puerto de Veracruz y, en 1884, durante el gobierno de González, se abrió la primera línea que unía a México con Estados Unidos. Al terminar el siglo existía una red ferroviaria que

⁴⁶ Tema que ha sido trabajado por Daniel Cosío Villegas y Josefina Zoraida Vázquez, y continuado por otros como María de Jesús Duarte, *Frontera y diplomacia. Las relaciones México-Estados Unidos durante el porfiriato*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.

⁴⁷ Katz, *op. cit.*, p. 34.

⁴⁸ Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 2003, p. 42.

alcanzaba los 14.000 kilómetros;⁴⁹ en 1910 ya eran 19 280.3 kilómetros de vías férreas.⁵⁰

Los puertos también experimentaron una renovación, también ligada al movimiento internacional de la economía. Al tradicional puerto de Veracruz se sumaron otros igualmente importantes, como los de Tampico y Mazatlán. Por ellos entraba el comercio de importación y, sobre todo, se embarcaban las materias primas con destino a Europa. Se considera que por la región del Golfo existían nueve rutas que unían comercialmente a México con Estados Unidos y Europa, mientras que en el Pacífico siete rutas conectaban al país con Asia, región donde la plata mexicana tenía un excelente mercado.

En otro rubro, la inversión de capital extranjero creció a casi 1.200 millones de dólares y se elevó el producto nacional bruto a una tasa anual del 8%. La inversión se repartía en los principales rubros como la minería, la construcción de ferrocarriles, la infraestructura bancaria e industrial, así como en los servicios públicos, y los principales inversores en orden jerárquico fueron norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes.⁵¹ Como economía dependiente, México experimentó un crecimiento desigual, ya que se privilegiaron los ramos que interesaban a la economía y comercio internacionales. La minería se diversificó y de la explotación tradicional de metales preciosos se pasó a una explotación intensiva de cobre, hierro, zinc y plomo. Asimismo, la plata se mantuvo en una alza sorprendente: de modestos 607.037 kilogramos que se exportaban en la década de los setentas, alcanzó la cifra de 1.816.605 kilogramos en 1900. En la misma lógica creció el ramo agrícola. Los cultivos comerciales, principalmente el

⁴⁹ *Ibi.*, pp. 26-34.

⁵⁰ La cantidad de kilómetros de ferrocarril coincide, con escasas variantes, en casi todos los estudiosos del tema; y casi todos retoman el estudio de Francisco Calderón. Francisco Calderón "Los ferrocarriles", en Luis Nicolau d'Olwer, F. Rosenzweig, Francisco R. Calderón, *et. al.*, *El Porfiriato. La vida económica*, (t. I), en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México*, México, Hermes, Vol. VIII, 1974. Crf. John Henry Coatsworth *El impacto de los ferrocarriles en el porfiriato*, México, SEP, 1976, pp. 13 y 36-37.

⁵¹ Véase, Véase, Luis Nicolau d'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en Luis Nicolau d'Olwer, F. Rosenzweig, Francisco R. Calderón, *et. al.*, *El Porfiriato. La vida económica*, (t. II), en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México*, México, Hermes, Vol. VIII, 1965.

henequén, aumentaron de forma considerable. Esta planta tuvo un mayor rendimiento y demanda, llegándose a exportar en 1900 la cantidad de 80,000 toneladas.⁵² En cifras redondas los resultados fueron tajantes. De 1877 a 1910 el comercio de exportación creció de 40 millones y medio de pesos a casi 288 millones, y los porcentajes mostraban la diversificación de las mercancías que anteriormente se concentraban en la minería.⁵³ Este dato es muy importante, si se compara no sólo con la economía mexicana de años anteriores, sino con otras economías continentales. Tulio Halperin Donghi señala que una de las economías exportadoras más desarrolladas de Hispanoamérica fue Cuba, que alcanzó entre 1861 y 1864 un valor promedio de 57 millones de pesos anuales. En los años 70, en plena Guerra de los Diez años, las exportaciones cubanas eran casi el doble de las de los países latinoamericanos. Argentina, Chile y Perú exportaban un valor promedio de 30 millones de pesos, mientras que en México en 1870 alcanzaban los 24 millones de pesos.⁵⁴

La industria ligera también vivió un periodo próspero. A la tradicional industria textil se incorporaron nuevos capitales, de origen francés primordialmente, y surgieron plantas textiles con tecnología moderna como las fábricas de Río Blanco. También nacieron otras industrias como la papelera, la de zapatos y la cervecera. En el último periodo se fortaleció la industria pesada, con la creación de la planta Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey.⁵⁵ Asimismo, la industria petrolera comenzó su despegue y, aunque ligada a los intereses norteamericanos e ingleses, vivió su primera etapa de gloria en tiempos porfiristas.

El espectacular crecimiento fue colmado con un superávit, que desde 1896 se mantuvo, hasta el estallido revolucionario. La estabilidad económica también benefició el equilibrio de la deuda pública, pues gracias a la pericia de José Yves Limantour se consiguieron nuevos préstamos para paliar el gasto público; para

⁵² Fernando Rosenzweig, "El comercio exterior", en *Ibid.*, p. 675.

⁵³ *Ibid.*, pp. 635-636.

⁵⁴ Tulio Halperin Donghi, "Economía y sociedad", en Leslie Bethell, (ed.) *Historia de América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, Tomo 6, 1991, p. 32.

⁵⁵ Katz, *op. cit.*, p. 36.

1910 sólo un 5% del presupuesto del gobierno se destinaba a dicho ramo.⁵⁶ En la misma lógica, se eliminaron los impuestos tradicionales que estorbaban al mercado interno, las pesadas alcabalas, lo cual generó un impacto positivo en el mismo. La economía comenzó a dar signos de inestabilidad con la adopción en 1905 del patrón oro, medida con la que se esperaba la estabilidad del peso mexicano a largo plazo, y que coincidió con la crisis económica en Estados Unidos en 1907, la cual generó diversas reacciones a nivel de la inversión y el crédito.⁵⁷ La agitada vida económica necesitó también de una eficiente red bancaria que administrara los capitales; el Estado reformó en 1897 el Código bancario con el fin de tener un mayor control sobre las casas crediticias. Se considera que alrededor de veinte bancos autorizados, entre los más importantes el Banco de Londres y México y el Banco Nacional de México, repartían la tarea con otra gran cantidad de fundaciones, compañías aseguradoras y otras firmas bancarias, principalmente de capital extranjero.⁵⁸

Por supuesto que este crecimiento no fue homogéneo; fue desigual en todos los ramos y no fue extensivo en sus beneficios. El proyecto modernizador se topó con demasiadas trabas que impidieron el fortalecimiento industrial y agrícola; las trabas tenían origen en el carácter tradicional de la economía, pero también faltó un proyecto que estimulara el desarrollo de un mercado y una industria nacionales.

Los logros en lo económico no tienen parangón con lo experimentado en otros campos, como el político y el social. Sin embargo, muchos de los aspectos menos favorecidos pueden ser explicados a la luz del proyecto modernizador-liberal. Desde esa lógica es entendible que se hayan privilegiado unos aspectos y otros hayan sido secundarios. Mucho se ha cuestionado la exclusión del indígena en ese proyecto, pero el caso mexicano no dista mucho de las políticas antindigenistas asumidas por otros países en su carrera hacia el progreso, política que era parte de la cultura de la modernidad: excluir, apartar lo que obstruya el

⁵⁶ Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2003, p. 171.

⁵⁷ *Ibid.*, 173.

⁵⁸ *Loc. cit.*

progreso. De los métodos y las consecuencias de ello, hay una amplia historiografía para confirmarlo; en otros campos hubo más atención, como fue el interés que despertó la educación básica como medio de superar los problemas del país.

Si tomáramos en cuenta la modernidad como modernización, es evidente que para el caso de México hubo mayor modernización que modernidad, sobre todo al analizar la cuestión político-social. Por mucho tiempo pesó la interpretación del porfiriato como un régimen represivo donde imperaba el miedo y la represión más brutales. Paulatinamente se ha ido modificando o matizando esta posición, y la lectura y la escritura más recientes de esa parte de la historia nacional nos muestra una política de claroscuro. Un paisaje en que opera un sistema formal de legalidad, pero que en la práctica impone una verticalidad desde el poder. De ahí que se llame democracia ficticia y demás adjetivos para mostrar la apariencia democrática del país. Mucho hay de cierto en ello. Por ello, es menester no dejar en el olvido que el régimen se afianza en el liberalismo como ideología.

Sobre el tema del liberalismo mexicano se han escrito muchas páginas, tanto en la historiografía mexicana como extranjera, de tal manera que el tema por sí mismo es extenso y los debates están a la orden del día. Sin embargo, me interesa centrarme en la idea generalmente aceptada según la cual el liberalismo, en todas sus vertientes, fue fundamental en el proceso histórico del México decimonónico. Para entender la fuerza del liberalismo durante dicha centuria me parece pertinente la tipología de Alan Knight, quien antes que definir un liberalismo “puro” prefiere distinguir tres tipos de liberalismo que operaron durante la centuria antepasada. Un primer tipo de liberalismo fue el constitucional, que apostaba por las reformas políticas y el amparo legal de una constitución liberal; un segundo tipo sería el institucional, al estilo de las demandas de José María Luis Mora, que en esencia abogaban por reformas radicales que sustituyeran las viejas formas del gobierno colonial y que minaran el poder de las antiguas corporaciones, como la Iglesia y el ejército. Este liberalismo tuvo su máximo esplendor en la República Restaurada. Un tercer liberalismo, llamado “desarrollista”, combinado con positivismo, que busca la estabilidad y el desarrollo aún a riesgo de menguar la

tradición constitucionalista y los derechos civiles. Esta corriente comenzó a fraguarse desde los tiempos de Benito Juárez y de Sebastián Lerdo de Tejada, y encontró su mejor expresión en el porfiriato.⁵⁹ En ese sentido, los postulados de Knight coinciden con la idea de Cosío Villegas de que el éxito de Díaz fue que cambió la bandera de la libertad por la del bienestar, traducido en posibilidad de crecimiento económico.⁶⁰ Gracias a ello se entiende la política liberal del porfiriato, apoyada antes que nada en el factor económico que convenció, por medio de pingües beneficios, a los grupos políticos y económicos más reacios a respaldar la dictadura.

El planteamiento central de Knight coincide con la mayoría de los estudiosos al ubicar al liberalismo como eje vertebral de la historia mexicana del siglo XIX, sobre todo a partir de la derrota del imperio de Maximiliano y el regreso al poder de Benito Juárez. No en vano, Luis González tituló a una de sus obras *El liberalismo triunfante*, para hacer hincapié en la fuerza de esta doctrina durante este periodo.⁶¹ Para Charles A. Hale, en su clásico libro sobre el liberalismo, el *corpus* de ideas liberales fue mimetizado con la nación misma a partir de 1867; el liberalismo se convirtió en la espina dorsal del proyecto de nación, tal como lo expusiera Gabino Barreda en su Oración Cívica. Se había alcanzado una segunda independencia y el comienzo de una nueva era para México, cuando se oficializaba la tradición liberal; en suma, era el arribo del positivismo.⁶² Las ideas de Barreda tardaron diez años para comenzar a sentirse como fuerza política en el escenario mexicano. En 1878, un grupo de jóvenes intelectuales encabezado por Justo Sierra, Francisco G. Cosmes y Telésforo García, al fundar el periódico *La Libertad*, dieron paso a la generación preconizada por Barreda, la generación de la política científica que paulatinamente se convertiría en brazo ideológico de la

⁵⁹ Alan Knight, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución. (Una interpretación)", *Historia Mexicana*, núm. 137, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 1985, pp. 59-61.

⁶⁰ Cosío Villegas, "*El porfiriato*", *op. cit.*, p.113.

⁶¹ Luis González y González, "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, tomo 2, México, Colegio de México, 1994.

⁶² Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, pp. 18-20.

dictadura.⁶³ Apoyados en las ideas del positivismo europeo, particularmente las ideas de Augusto Comte, Henri Saint-Simon y de Herbert Spencer, propagadas en Europa desde la década del veinte, los intelectuales mexicanos abogaron por el método científico como la panacea para solucionar los problemas de México. Esta defensa a ultranza de la ciencia aplicada a los problemas sociales fue la causa principal para que en 1893 se les colgara el mote de “científicos”. La originalidad de los positivistas mexicanos fue que hicieron una mezcla sui géneris mezcla de las ideas comtianas con el liberalismo como mito político unificador. Un liberalismo práctico en que se pasara del nivel metafísico al positivo, según el esquema de niveles de Comte. Fue esta flexibilidad lo que les permitió convertirse en el apoyo ideológico de un régimen autoritario afincado en el liberalismo.⁶⁴

Así, la discusión de la vida política se dio alrededor del liberalismo, pues la corriente conservadora, aunque pendiente y activa y siempre crítica de las prácticas gubernamentales, está tanto fuera del debate como fuera del poder. De tal manera que en el centro de la discusión se encuentran los liberales de viejo cuño, defensores a ultranza del constitucionalismo, llamados peyorativamente “jacobinos”, que son quienes hacen la oposición en el poder Legislativo y en la prensa y, por otro lado, los representantes del liberalismo conservador, que son el grupo de los “científicos”, quienes luchan por aplicar la ciencia a la política, y defienden las reformas constitucionales por considerar que el texto constitucional de 1857 no corresponde a la realidad mexicana. Son liberales porque abogan por la aplicación de los principios del liberalismo en la economía y en la política, y son conservadores porque defienden el orden y la autoridad fuerte como medios necesarios para arribar a una amplia libertad. De estos dos grupos heterogéneos destacó la actividad de viejos liberales como José María Vigil y Filomeno Mata; mientras que los hermanos Justo y Santiago Sierra, Porfirio Parra, así como Telésforo García y otros importantes intelectuales, fueron las voces positivistas.

Sin duda, la adhesión del grupo de intelectuales positivistas al mito liberal como mito del poder, fue lo que les permitió convertirse en el brazo ideológico de

⁶³ *Ibid.*, p. 51.

⁶⁴ Guerra, *op. cit.*, pp. 378, 385-388.

la dictadura de Díaz. Este amarre entre la filosofía científica y la política liberal fue considerado por Leopoldo Zea como la originalidad del positivismo mexicano,⁶⁵ pero sin pretensiones de hacer una valoración desde la filosofía, sólo constatamos la participación del grupo como motor intelectual de la política impuesta por el general Díaz en sus tres décadas de gobierno. Si el grupo inició sus actividades en la oposición al abogar por los derechos de José María Iglesias y denostar el golpe de Estado del militar oaxaqueño, paulatinamente fue formulando argumentos que lo hicieron atractivo para el presidente.⁶⁶ A inicios de los años noventa era innegable el lugar de los positivistas en el gobierno. En 1892, con la cuarta reelección presidencial, estos “teóricos del porfirismo”, como los califica Zea, conformaron un partido político llamado “Unión Liberal”, con el consiguiente manifiesto o programa del nuevo partido. En él justificaban con viejas tesis positivistas del orden, el progreso y la libertad, así como la teoría de la tiranía honrada, la continuación del caudillo en poder. A cambio de esta plataforma política e ideológica, el grupo pudo gozar de amplias prerrogativas en el campo político y económico, lo que permitió a sus miembros convertirse en importantes hombres de la vida económica y política de México, donde resaltó a todas luces el afrancesado ministro de Hacienda, José Yves Limantour.⁶⁷ Como puede observarse, el mito liberal tuvo su momento de auge durante el porfiriato, y tanto se mimetizó con el régimen, que sólo así se explica el fuerte rechazo del movimiento revolucionario al porfirismo y al liberalismo.

Por otro lado, y a tono con el debate de la modernidad, independientemente de la influencia del liberalismo, para distintos estudiosos del periodo la confusión deviene de creer que la modernidad es real cuando en realidad opera a nivel de ideal, es una meta a alcanzar; como meta es la democracia patrocinada por la modernidad. No sólo en el México porfiriano impera la ficción y la democracia

⁶⁵ Vid. Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

⁶⁶ Esta tesis de la identificación entre porfiriato y positivismo fue desarrollada también por Abelardo Villegas. En esencia, coincide con el planteamiento de Zea de considerar la influencia decisiva del grupo en la esfera del poder. Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, Secretaría de Educación Pública, 1972, Sep-Setentas.

⁶⁷ Guerra, *op. cit.*, pp. 401-406.

legalista, es una realidad mundial. Hasta en países de lo más modernos, la corrupción electoral y las prácticas simulatorias eran cosa corriente; la democracia consolidada llegaría mucho tiempo después. Según Álvaro Matute, el modelo porfiriano no es atípico:

Lo raro, más bien, es la democracia representativa que funciona con dificultades en los Estados Unidos, que se llegan a ver en el dilema de una posible tercera elección del primer Roosevelt. Es la época de los últimos zares (que no se sabía que eran los últimos), del káiser y de una gama variada de gobernantes absolutos. Por otra parte y con música de quenás y charangos, es una era de fermento dictatorial latinoamericano...⁶⁸

Ese era el contexto mundial del porfiriato. Daniel Cosío Villegas hablaba en su momento de una fachada constitucional, necesaria para que el sistema funcionara. Era el engranaje inevitable que daba legalidad y legitimidad al gobierno porfirista, y pilar elemental para el éxito de la *pax porfirica*. Había una formalidad electoral y una aparente profesionalización del sistema de elección y votación. Este rasgo ha llamado la atención de los “porfirólogos”, empezando por él mismo. Había un respeto por los rituales y la mística de las elecciones; fiestas cívicas del país. Había elecciones federales, estatales, municipales, y también las correspondientes al poder Legislativo; todo controlado y manipulado “desde arriba”, con la aquiescencia de una clase política beneficiada por el régimen. Gracias a ello, y a la serie de reformas sufridas por la Constitución, el régimen se aseguró la continua reelección y rotación de los cargos públicos. No sólo pesaron sobre Díaz siete reelecciones, eso fue cosa común y corriente en las gubernaturas, las municipalidades, el Senado, las diputaciones y demás puestos, llamados eufemísticamente de elección popular.

Por ejemplo, en las elecciones para el congreso de 1896, no fueron reelectos sólo 35 de un total de 258 diputados que habían ocupado su sitio en 1892. Se ha estimado también que el 86 por ciento de los diputados electos en 1910 habían ocupado su puesto al menos desde 1902. Hubo también casos de individuos electos para más de un puesto, como, por ejemplo, el caso de Genaro Raigosa, quien, en 1892, fue electo como diputado por el Estado de México y como senador suplente por dos estados diferentes, Colima y Chihuahua. También hubo casos de diputados electos repetidamente para

⁶⁸ Álvaro Matute, “A cien años Porfirio Díaz”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 7, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1979, pp. 189-193.

periodos sucesivos en el cargo, como era el caso de Francisco Bulnes, quien fuera reelecto no menos de 15 veces entre 1880 y 1910.⁶⁹

Durante los treinta años de gobierno, el titular del poder Ejecutivo ejerció un control efectivo sobre el resto de los poderes, pero más allá de recurrir a la supresión o persecución de estos poderes, estratégicamente los mantuvo bajo dominio. El Legislativo permaneció en funciones, el sistema Judicial también asumió su papel en el equilibrio de poderes. En el nivel administrativo, el presidente se rodeó de un grupo de hábiles consejeros sobre asuntos políticos y económicos, destacándose en los cargos hombres como Matías Romero, en Hacienda y en Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, quien murió en 1910 como titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el ministro de Hacienda, José Yves Limantour, quien también tuvo un papel importantísimo en el ramo económico.⁷⁰

Esta centralidad y verticalidad del gobierno personalista de Porfirio Díaz, también generó la tesis de que operaba una total censura en la libertad de expresión. El régimen sí controlaba hábilmente los resortes para mantener la estabilidad del país, pero también es cierto que con el paso de los años fue menor el recurso a la violencia como medio de control. La oposición se debilitó y creció el consenso en torno al gobierno caudillista. De la misma manera, los brotes de descontento fueron perdiendo fuerza, aunque resurgirían hasta vísperas de la Revolución. En ese sentido, sí existían voces opositoras que disentían en el Congreso o en la opinión pública, pero muchas veces no radicalizaban su postura, o bien, eran miembros del grupo privilegiado, como fue el caso del renombrado Francisco Bulnes y de Justo Sierra. Gracias a estos intersticios se pudo armar una verdadera oposición que se fue organizando en los primeros años del siglo con la actividad de los hermanos Flores Magón y otros valientes antiporfiristas.

⁶⁹ Garner, *op. cit.*, p. 109.

⁷⁰ Todos estos puntos de lo político han sido profusamente tratados por la historiografía mexicana y extranjera. Particularmente, Cosío Villegas fue pionero en desmadejar los modos en que se ejerció el poder en México. En los últimos años se han publicado importantes análisis de historia regional y local durante el porfiriato, que hacen hincapié en cómo operaba la red de poder en México.

Por último, cabría señalar que el tipo de gobierno ejercido por Porfirio Díaz no era un caso atípico en el escenario mundial. Al menos en el paisaje republicano de Latinoamérica, la dictadura fue la forma de gobierno recurrente para lograr la estabilidad política y económica; tanto fue así que se generó un discurso legitimador, presente en la teoría del Gendarme Necesario del venezolano Laureano Vallenilla Lanz. Del mismo tipo fueron los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, sin olvidar el ramillete de dictadores en Centroamérica.⁷¹

1.3- Proyección de la nación

El gobierno de Porfirio Díaz se insertó en un contexto mundial donde imperaba el paradigma del progreso como meta de la modernidad. Todos los Estados-nación, o en vías de serlo, conformaban sus proyectos nacionales teniendo como referente el progreso; todos ansiaban subirse a este tren. En este proceso se construyen imágenes o representaciones de la nación moderna, conceptos contruidos para difundir los valores del progreso como la libertad, la prosperidad, los adelantos económicos y tecnológicos, la democracia representativa y electoral, etc. De manera que hay una deliberada proyección de un ideal de nación moderna, ideal que moldea o sirve de referente a las realidades nacionales. El proyecto nacional del Porfiriato tiene como referente esa idea de nación moderna, punto central de la promoción internacional, aunque la realidad fuera diametralmente opuesta.⁷²

Una mirada retrospectiva al prologado gobierno de Díaz obliga a detener la vista en lo que don Daniel Cosío Villegas tituló “La vida exterior” para referirse a las acciones, intereses y proyectos del gobierno relacionados con su actuación

⁷¹ El positivista e ideólogo del régimen de Juan Vicente Gómez (1908-1935), Laureano Vallenilla Lanz, teorizó sobre la presencia del caudillo en la historia latinoamericana. Si libro más importante fue *Cesarismo democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, (1919) donde retoma ideas de Hippolyte Taine y Edoard Leboulaye para afianzar sus tesis.

⁷² Mauricio, Tenorio, *Artilugio, op. cit.*, pp. 13-17.

frente al mundo.⁷³ Desde el mismo momento del triunfante golpe de Estado suscitado con el alzamiento de Tuxtepec a fines de 1876, el caudillo oaxaqueño tenía en mente que había que negociar el reconocimiento internacional como un medio de legitimar un poder obtenido por medios no legales y para obtener capitales imprescindibles para el crecimiento. De este primer periodo destacan las negociaciones con el gobierno estadounidense para el logro del reconocimiento de su gobierno. Asimismo, las tareas primordiales del nuevo gobierno eran lograr un mejor acercamiento con el mundo, particularmente con los países europeos y Estados Unidos, pero también con otros como Japón o Rusia. En 1884, con la vuelta al poder tras la administración del general Manuel González, Porfirio Díaz anunciaba orgulloso la vuelta a la normalidad de las relaciones con España, Inglaterra y Francia, y el inicio de tratos oficiales con Italia, Alemania y Rusia, entre otros países.⁷⁴ En la siguiente década se ufanaba de los resultados de su política exterior, la que apuntaba como un gran logro en la historia del país. Y lo era.

Por supuesto que la vida exterior abarcaba diversos tópicos y se constituía de intereses y objetivos de diverso calado, donde resaltaban los intereses económicos indispensables para echar a andar una política vinculada al sistema capitalista mundial.⁷⁵ Pero más allá de emprender una política exterior con claros tintes económicos, las estrategias frente al exterior abarcaron un amplio espectro que rebasó este aspecto, hasta convertirse en una política compleja con un alto sentido de planeación y racionalidad, la cual supera en mucho la idea tradicional de que fue una política exterior de tinte pro estadounidense. En ese sentido, un punto central de la misma consistió en una agresiva campaña de difusión de una imagen de México como nación moderna, en la cual se puso el acento en el dirigente Porfirio Díaz como el realizador del milagro. Para lograr este objetivo se utilizaron diversas medidas que requerían recursos económicos e intelectuales de diversa índole; participaron activamente escritores mexicanos y extranjeros, periodistas de renombre, y todo el personal relacionado con los cuerpos consular y

⁷³ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, Vols. V, VI, *El Porfiriato. La vida política exterior*, México, Hermes, 1960, 1963.

⁷⁴ Vid, Roberta Lajous, *México y el mundo. Historia de sus relaciones internacionales*, México, Senado de la República, Tomo IV, 1990.

⁷⁵ Katz, *op. cit.*, pp. 27-28, 41.

diplomático acreditados en el mundo. En esencia, la campaña proponía modificar la imagen negativa del México bronco y ofrecer una renovada imagen de progreso y modernidad que supliera la imagen de un país violento, anárquico y poco apto para el autogobierno.⁷⁶

Es obvio que esta estrategia de difusión cobijaba fines políticos y económicos. Se trataba de convencer a los inversionistas que el país había cambiado, que ahora era un territorio seguro donde la autoridad era garante de los capitales foráneos; además, las demás naciones podían entablar lazos políticos y económicos, y obtener, de paso, jugosas ganancias en un territorio necesitado de inversión. Por el lado político, la estrategia era evidente: vender la imagen de un México moderno con quien valía la pena relacionarse, con un gobierno apegado a los principios liberales y en pleno camino hacia la modernización, donde la amenaza de la anarquía era sólo un fantasma del pasado. Hacia el interior, la táctica no podía ser más directa: silenciar las voces de la oposición y conjurar cualquier intento de sublevación que modificara la situación política de México y, además, extender la idea de que efectivamente se había efectuado un cambio radical, cambio que había logrado el general Díaz, y que solo él podría sostenerlo, de ahí la necesidad de perpetuar al caudillo en el poder como medio de mantener el milagro.

La maniobra de propaganda tuvo sus momentos de auge y otros de declive, pero podemos decir que se mantuvo activa desde los años ochenta. Las actividades emanadas de tal objetivo se denotan en la intensa participación de México en eventos internacionales tales como ferias, exposiciones, conferencias, etc., además de sus intentos de incidir en la opinión pública internacional mediante una constante publicación de artículos en la prensa mundial que alababan el progreso mexicano y enfatizaban el papel protagónico del presidente.⁷⁷ Se hacía

⁷⁶ Paolo, Riguzzi, "México próspero: Las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato", *Historias*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, número 20, abril-septiembre, 1988, pp. 137-157. Las mismas ideas las presenta en "Las dimensiones de la imagen nacional en el Porfiriato", en Enrique Montalvo (coordinador), *El águila bifronte. Poder y liberalismo en México*, México, INAH-CNCA, 1995, pp.197-222.

⁷⁷ Mauricio Tenorio Trillo estudia particularmente la participación mexicana en esos foros internacionales y hace un análisis interesante de las ferias mundiales de la época.

especial énfasis en sus cualidades de estadista y en su heroico pasado militar; otro punto fue la constante necesidad del régimen de hacer patentes sus logros y dejar constancia de ellos en libros, biografías, obras conmemorativas, informes, folletería, testimonios de viajeros, entre otros; así como el despliegue de diversas estrategias y planes que deberían cumplir los diplomáticos y cónsules que representaban los intereses de México en el mundo.

La imagen nacional antes de la llegada al poder de Porfirio Díaz había estado dominada por apreciaciones negativas, en las que se señalaba el carácter levantisco del pueblo mexicano, el atraso y barbarie de la población y, de manera particular, ganaba fuerza la idea de que México carecía de recursos para el autogobierno. No era raro que antes de 1876 los titulares de la prensa inglesa, por ejemplo, estuvieran centrados en temas negativos como *Bandit Republic*, *Rotten Republic*, *Trouble in Mexico* o *Mexico land of broken pledges*, por mencionar unos cuantos; situación que cambió drásticamente una vez que las relaciones entre México e Inglaterra se normalizaron en los años ochenta. A partir de entonces, fue común ver como encabezados las palabras de regeneración, oportunidad, crédito y progreso, las que estarían presentes en las siguientes décadas.⁷⁸ El cambio en la actitud de la prensa fue consecuente con los intereses de los inversionistas ingleses, ansiosos de recuperar el mercado mexicano, pero también respondió a la tenacidad de la diplomacia mexicana, empeñada en modificar la imagen negativa. Este viraje, además, no fue exclusivo de la prensa inglesa; fue un fenómeno presente en la opinión pública norteamericana, francesa, española y latinoamericana. La imagen positiva del régimen cambió prácticamente la percepción de Europa: “La admiración del mundo **civilizado** europeo por los logros de la administración porfirista socavó casi por completo la imagen de México como una tierra sin ley y como la república nacida a raíz del regicidio de Maximiliano de Habsburgo.”⁷⁹ De manera particular, se anota como patrón de esta modificación operada en Rusia donde:

⁷⁸ *Ibid.*, p. 154.

⁷⁹ Evgueni Dik, Dovgiallo, “La percepción que el gobierno imperial ruso tenía del México porfirista: 1890-1911”, *Signos Históricos*, Universidad Autónoma Metropolitana, Núm. 5, enero-junio de 2001, p. 196.

...la percepción oficial rusa de México seguía el patrón común europeo hacia este país: república progresista que prosperaba bajo la mano dura de un gran hombre, Porfirio Díaz. Desde esta perspectiva, el desarrollo de las relaciones entre Rusia y México a partir del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre las dos naciones en 1890 y hasta la caída de Díaz en 1911, se desarrolló bajo la sombra del gran dictador mexicano.

Esta proyección al exterior tenía su contraparte en la escena nacional. Una activa prensa mexicana hizo eco de las glorias del régimen y aplaudió el cambio de rumbo de la imagen del país. No es raro encontrar en el periodo una importante sección dedicada a publicar las opiniones de la prensa internacional, para convencer a los despistados o renuentes de que el progreso de México era real y avalado por el mundo. Además, un buen porcentaje lo ocupaban las planas dedicadas al halago de Díaz. De acuerdo con la campaña oficial, en la sección se insistía en la presencia de México en el extranjero, las posibilidades para el futuro, las diferencias positivas entre nuestro país y el resto de las naciones latinoamericanas, y la necesidad de la continuidad del caudillo en el poder. No es extraño encontrar titulares como “El progreso de México”, “Porfirio Díaz, estadista americano”, “México ayer y hoy”, “Los hombres del gobierno mexicano”, “México en Francia”, etc. La opinión de la prensa encontraba correspondencia con la intención abierta del dictador de hacer inmortal su imagen y dejarla para la posteridad con un saldo positivo.

No pasa desapercibido que un objetivo de la campaña mencionada tenía que ver directamente con la megalomanía del general Díaz, quien hizo uso de todo medio moderno para plasmar su imagen y su obra. El estudioso Enrique Krauze señala también la importancia de la figura presidencial como un pilar central en la política de gobierno. El culto cívico se construyó y circuló con vehemencia:

En los muros de oficinas públicas, palacetes de la Reforma, casas de clase media en Santa María, vecindades de Santa Julia o los jacales más humildes, la gente conservaba al menos una estampa del “caudillo necesario”. Como un padre entre padres, la figura de don Porfirio –como casi todo el mundo,

reverencialmente le llamaba- presidía las mesas a la hora de la comida y las salas a la hora del reposo...⁸⁰

Desde esta lógica, en 1896, en los albores cinematográficos, Gabriel Veyre filmó *El presidente de la república paseando a caballo en el bosque de Chapultepec*, hecho que se puede calificar como la primera película del cine mexicano.⁸¹

Desde el primer momento, Díaz apreció las ventajas propagandísticas de que su efigie filmada se difundiera a lo largo y ancho del país y del mundo; fue la primera estrella mexicana del cinematógrafo. En los cinco meses de su estancia en México, Veyre y Bon Bernard captaron al general en toda clase de eventos oficiales y familiares: *El general Díaz, paseando a caballo en el bosque de Chapultepec*; *El general Díaz, acompañado de sus ministros, en desfile de coches*; *El general Díaz recorriendo el Zócalo*; *El general Díaz despidiéndose de sus ministros*; *El general Díaz con los secretarios de Estado en el Castillo*; *El general Díaz en carruaje regresando a Chapultepec*.

En 1906 se exhibió una película de Toscano dedicada a relatar el viaje de Porfirio Díaz a Yucatán. La narración iconográfica pretendía dar una idea completa de toda la actividad del presidente desde su salida de la ciudad de México hasta su despedida de Yucatán. El apogeo cinematográfico de inicios de siglo favoreció la política propagandística del régimen. Una película considerada la más importante del porfirismo fue la *Entrevista Díaz-Taft* en El Paso, Texas, de 1909, porque tenía una longitud de 800 metros, incluía cuarenta vistas de movimiento y era explicada con letreros que detallaban cada imagen.⁸²

Así, los adelantos en materia fotográfica fueron aprovechados para enaltecer la imagen del gobernante. Las primeras empresas dedicadas al ramo trabajaron para construir una imagen conveniente del caudillo. Por ejemplo, los hermanos Casasola, Agustín Víctor y Miguel, se convirtieron en grandes empresarios del negocio fotográfico en México, aunque su obra más importante data de los tiempos revolucionarios. Durante los últimos años del porfiriato, la familia

⁸⁰ Enrique Krauze y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio. El poder, (1884-1900)*, México, Clío, T. IV, 1993, p. 64.

⁸¹ Federico Dávalos Orozco, "La primera función de cine en México y las primeras películas filmadas en México", <http://hyperlab.politicas.unam.mx>. 2002, hh. 3

⁸² Aurelio de los Reyes, *Medio siglo de cine mexicano. (1896-1947)*, México, Trillas, 1987, pp. 40-42

se dedicó a documentar la línea de progreso y modernidad que el régimen preconizaba...Las imágenes más conocidas de los Casasola durante el Porfiriato son precisamente las que documentan la construcción e inauguración de obras públicas (canal del desagüe de la ciudad de México, ferrocarriles, etc.), así como eventos sociales de la burguesía y los ministros de Estado.⁸³

El perfeccionamiento de las técnicas fotográficas y de reproducción masiva sirvieron para difundir al por mayor la imagen de la élite política mexicana que le dio tanto renombre al país. Estas fotos se reprodujeron en muchos diarios nacionales e internacionales; la imagen más reproducida, obviamente, fue la del general Porfirio Díaz, al grado de servir de fuente a los estudios iconográficos, pues las imágenes del caudillo registran el proceso de gobierno y cómo se entronizó como el hombre necesario.⁸⁴ De la misma manera, la manipulación fotográfica posibilitó la proyección de Díaz acorde con los objetivos generales de promoción. Se proyectó, así, la figura de un estadista moderno más que un militar, se borró con muchos recursos la parte indígena del presidente, recalcándose su mestizaje y su refinamiento progresivo. La recepción fuera del país fue positiva:

...con la “aculturación”, las características indígenas eran removidas en lo posible, y cuando las características eran físicas, se ignoraban cortésmente; el indio era “blanqueado”. Como señaló un norteamericano con veinticuatro años de residencia en México, Porfirio Díaz aportó el fuerte “gobierno de un hombre blanco” que como país indígena México, requería; de ahí que -deducía- Díaz “supuestamente sólo era indígena en una octava parte (*sic*)”, en realidad, “quizá todo él era blanco”.⁸⁵

Treinta años antes, la parte indígena de Díaz había causado elogios en el viajero francés Charles Etienne Brasseur, que en su testimonio preconizó el futuro político del oriundo de Oaxaca:

Su aspecto y su porte me impresionaron vivamente (...) ofrecía el tipo indígena más hermoso que hasta ahora he visto en todos mis viajes: Creí que era la aparición de Cocicopij joven o de Guatemozín, tal como me lo había imaginado a menudo. Alto, bien hecho, de una notable distinción; su rostro de una gran

⁸³ Ariel Arnal, “Construyendo símbolos. Fotografía política en México. 1865-1911”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 9, núm. 1, Universidad de Tel Aviv, Israel, enero-junio de 1998, p. 6.

⁸⁴ Hasta la fecha no se ha realizado un estudio profundo sobre la imagen durante el porfiriato. Krauze ha realizado un gran avance al reunir un acervo iconográfico importante.

⁸⁵ Alan Knight, *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Porfiristas, liberales y campesinos, México, Grijalbo, Vol. 1, 1996, p. 23.

nobleza (...) sería de desear que las provincias de México fueran administradas por hombres de su carácter.⁸⁶

Las cualidades vistas por el francés fueron defectos en la estrategia de “hermoseamiento” de la imagen presidencial que intentaba por todos los medios el blanqueamiento del caudillo, y que mucho tuvo que ver con la labor hecha por Carmen Romero Rubio, su esposa, quien “le enseñó que no era correcto escupir en los tapetes, usar mondadientes, poner los codos sobre la mesa, hacer buches, andar desaliñado. Lo pulió, le cortó el bigote y, como por ósmosis, hasta lo blanqueó.”⁸⁷

La otra labor importante fue la extendida presencia del país en eventos de corte internacional, principalmente en las ferias y exposiciones, donde no había límite para desplegar todo el brillo que hiciera a México uno de los países más vistosos. Rigguzi considera que este rubro fue probablemente el de mayor significación en el trabajo de modificación de la imagen nacional, y que por ello requirió toda una infraestructura y recursos humanos para coordinarla. También opina que los logros fueron más que satisfactorios:

México fue uno de los más importantes participantes –en términos de atención, consistencia y resultados- en la mayor parte de las exposiciones internacionales del último cuarto del siglo; sus asignaciones y gastos superaban con mucho los de cualquier otro país latinoamericano y esta superioridad se reflejó siempre en resultados particularmente favorables.⁸⁸

Diferentes sectores de la política, la economía y la sociedad mexicana se involucraban en las diversas funciones que requería la promoción nacional. A través de la Secretaría de Fomento se planeaba la participación de México y el papel que asumirían los diferentes estados de la República. Sin embargo, todas estas actividades eran organizadas por un grupo específico de hombres elegidos para tal tarea; grupo que Tenorio Trillo califica como los “magos del progreso”. La existencia de este grupo de expertos en promoción nacional nos permite observar cuán importante fue en la agenda de política exterior. Los selectos miembros del pequeño grupo eran personas cercanas al presidente, y con suficientes contactos

⁸⁶ Enrique Krauze, *Porfirio Díaz, místico de la autoridad*, México, FCE, 1987, p. 10, (Col. Biografía del poder)

⁸⁷ *Ibid.*, p. 85.

⁸⁸ Rigguzi, *México, op. cit.*, p. 149.

sociales y políticos, tanto en México como en el exterior, que les permitieran planear la participación del país en los foros internacionales. Pero más allá de estos datos, “su efectividad se basaba en la fidelidad tanto a un conjunto de intereses compartidos, como a los valores del nacionalismo cosmopolita moderno, así como en la lealtad a la autoridad del presidente”.⁸⁹ La mayoría de estas personas estaban vinculadas con la diplomacia mexicana, destacándose el ingeniero Gilberto Crespo y Martínez y el abogado José Francisco Godoy.

Se considera que Díaz cuidaba todo detalle para que no se escapara nada y vigilaba de cerca el desarrollo de los diversos pabellones que se montaban en México; la inversión creció conforme avanzaron los periodos presidenciales. Entre las ferias más importantes en que México tuvo representación destacaron la de Berlín (1883), Nueva Orleans (1884-1885) –coordinada por Porfirio Díaz como secretario de Fomento-, París (1889), en la que se destinaron 400 mil pesos para el montaje de la participación mexicana. Esta exposición fue particularmente importante, al mandar un claro mensaje de la nueva imagen nacional, en la cual no estaba peleado el progreso con el gran pasado prehispánico donde anclaba sus raíces el nacionalismo mexicano. El pabellón en forma de palacio azteca acrisolaba la historia y el presente del país. A decir de Enrique Florescano: “La imagen final de este mensaje decía que México era un país moderno, estable, que había iniciado la marcha hacia el progreso conducido por un gobierno comprometido con los desafíos que le imponía la coyuntura internacional”.⁹⁰ En los siguientes eventos de este tipo los gastos fueron elevados. Chicago (1892-1893), donde México gastó 700 mil pesos, la tercera parte de los dos millones invertidos por los países latinoamericanos. En 1896 se organizó la Exposición Internacional Mexicana de Bellas Artes, y en 1900 se asistió a otra exposición en París. Ya en el siglo XX, México participó en la exposición de Buffalo y en 1904 en la de St. Louis,

⁸⁹ Trillo, *Artilugio*, *op. cit.*, p. 81.

⁹⁰ Enrique Florescano, “Patria y Nación en la época de Porfirio Díaz”, en *Signos Históricos*, Núm. 13, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, núm. 13, enero-junio de 2005, p. 168.

Lousiana.⁹¹ En 1901, nuestro país fue sede de la Segunda Conferencia Internacional Americana patrocinada por Estados Unidos, que reunió a delegados latinoamericanos para discutir problemas continentales y legitimar el panamericanismo *made in USA*.

En la lógica de la modernidad occidental, la presencia de los países en dichas exposiciones internacionales era imprescindible para ubicarlos como naciones modernas o en el camino de serlo. El común denominador era hacer gala de los adelantos obtenidos en el terreno de la modernización, pero también se pretendía mostrar la riqueza histórica y cultural de los pueblos, todo con el fin de exportar una imagen nacional conveniente. Desde 1880, el gobierno mexicano se esforzaba por crear esa imagen nacional; los ingredientes de dicha construcción no variaban mucho: unas veces se hacía hincapié en el pasado indígena, otras veces en el legado español para acentuar el cosmopolitismo, se mostraba con entusiasmo el exotismo natural de los paisajes mexicanos, así como el carácter singular del pueblo.⁹²

El esplendor logrado por México en las exposiciones y ferias internacionales ponía en entredicho su calidad de país latinoamericano, y se le comparaba con los países más desarrollados, como Estados Unidos o las potencias europeas. Por su parte, los gobiernos latinoamericanos que participaban no podían invertir demasiado dinero, excepto los más ricos. México, en más de una ocasión, ofreció apoyo y espacio a los salvadoreños, como en la exposición de París de 1900, en la que cedió un departamento especial al pequeño país centroamericano, considerado por Federico Gamboa como “el pueblo querido y predilecto de México”.⁹³ Además, la participación nacional en tales eventos tenía una amplia

⁹¹ Gene Yeager, “Porfirian commercial propaganda: Mexico in the world industrial expositions” *The Americas*, Nueva Orleans, Academia of american franciscan history, vol. 4, núm. 2, octubre de 1997, pp. 234-235.

⁹² Mauricio Tenorio, “Hannover 2000”, en Günter Maihold, (comp.), *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, México, Porrúa, Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina, H. Cámara de Diputados LIX Legislatura, 2004, pp. 667-682.

⁹³ Verónica González Arriaga, *La política exterior de México hacia Centroamérica, 1890-1906*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000, (Alborada Latinoamericana, núm. 13), p. 71.

cobertura de escritores, corresponsales, dibujantes y fotógrafos encargados de enviar el material correspondiente a la prensa nacional e internacional.

Otro punto central de la campaña de proyección internacional recayó en el personal diplomático y consular. Durante el porfiriato se extendieron formidablemente las redes diplomáticas del país; había representación en muchos países, destacándose la presencia en Estados Unidos -con una embajada creada en 1898- España, Italia, Alemania, Francia, Portugal, Inglaterra, Japón, Rusia, Bélgica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador. Se contaba con una estructura consular compuesta de 136 representaciones consulares diseminadas en el mundo.⁹⁴ Los distintos representantes diplomáticos y consulares, y en general, todo el personal ligado a las oficinas mexicanas, tuvieron como tarea primordial apoyar y fomentar la difusión de una imagen favorable del país. La representación oficial permitía al diplomático mexicano el establecimiento de vínculos políticos y sociales útiles para echar a andar este proyecto. También se hacía uso de todo medio de información, sobre todo de la prensa, para dar a conocer la imagen de una nueva nación. El representante diplomático o consular encontraba en los círculos intelectuales un espacio óptimo para hacer su labor difusora, porque gracias a estas relaciones podía encontrar como aliados a escritores o periodistas locales que de buena gana, o mediante alguna generosa retribución económica, participaban entusiastamente en actividades culturales, o insertaban artículos en la prensa local. Los informes enviados regularmente a la Secretaría de Relaciones Exteriores por los representantes diplomáticos y consulares dan cuenta del interés por la remisión de cuanto artículo favorable al país era publicado en los periódicos. También se enviaban informes detallados de las actividades culturales que involucraban la imagen de México. La importancia del tema incidía en el presupuesto de las oficinas, y era un rubro que contaba con un buen porcentaje de recursos, como testimonian las cuentas del ramo y los informes diplomáticos.

La importancia del quehacer diplomático hizo necesaria una cuidadosa designación del personal acreditado. El papel a realizar necesitaba la dirección de

⁹⁴ *Guía diplomática y consular*, México, 2 a edición, Francisco Díaz Impresor, 1902.

una persona con habilidades para la diplomacia y que, además, respaldara los objetivos nacionalistas del régimen. Los favoritos para llenar los cargos diplomáticos y consulares fueron políticos con pasado diplomático y avezados intelectuales y profesionistas relacionados con la vida intelectual del país. Por eso resaltan las tareas de escritores, abogados, ingenieros que fungían como diplomáticos y cónsules de México. Sobresale la función de Matías Romero y Manuel Zamacona como hábiles diplomáticos representantes de México en Estados Unidos, quienes demostraron una ilimitada capacidad para llevar a buen término los objetivos planteados desde el ramo de relaciones exteriores. Mientras que en España llamó la atención el reconocido escritor y político Vicente Riva Palacio, que logró hacerse de un renombre y una influencia real que apoyaba los objetivos del gobierno mexicano. Por su parte, Emilio Velasco hizo lo propio en Francia, como Gonzalo A. Esteva en Italia, Gabino Barreda en Alemania, Ignacio Manuel Altamirano en España⁹⁵ y Federico Gamboa en Centroamérica, por mencionar algunos de estos destacados representantes diplomáticos, compañeros del general Díaz en las batallas del pasado.

La importancia de esta labor propagandística de México ha sido destacada como una de las causas para promover la inmigración que no alcanzó los frutos esperados; se esperaba la llegada de europeos principalmente. Para el caso de la inmigración cubana a México, desde la década de 1890 era común la idea de un México próspero y en paz; idea construida desde el gobierno y puesta en marcha por diferentes actores.⁹⁶ Durante la época, nuestra representación en Cuba estuvo a cargo de tres insignes diplomáticos: Andrés Clemente Vázquez (1884-1901); Gilberto Crespo y Martínez (1902-1905), y José Francisco Godoy (1906-1912), quienes contaron con el respaldo de un grupo de hábiles funcionarios del servicio exterior, destacándose la figura de Arturo Palomino, quien tuvo diferentes cargos consulares desde la década de 1880 hasta después de la caída del general Díaz. Los tres voceros de los intereses del país dejaron constancia en sus informes de la imperiosa tarea de modificar la imagen de México. En estos informes son

⁹⁵ Vid, Nicole Girón, "Altamirano diplomático", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 9, núm. 6, California, University of California Press, verano de 1993, pp. 161-185.

⁹⁶ Herrera Barreda, *Inmigrantes, op. cit.*, p. 35.

recurrentes las notas sobre la importancia que le dieron a la opinión pública, espacio donde intervinieron de forma abierta o subrepticia para llevar a buen término sus objetivos. La labor del cubano nacionalizado mexicano, Andrés Clemente Vázquez,⁹⁷ siempre se inclinó a la salvaguarda de una imagen conveniente del país adoptivo, y su inquietud era cómo hacer para cambiar las percepciones que había sobre México, y de forma particular sobre el gobierno porfirista. En su papel de cónsul buscó todo contacto y buen diálogo con las autoridades españolas, para tenerlas de su lado en su campaña en pos del prestigio nacional. Aparte de ello, hizo cuanto pudo para tener presente al país en los medios informativos insulares, y aconsejó mantener en circulación una revista sobre los intereses conjuntos.

Por su parte, el ingeniero Gilberto Crespo y Martínez llegó a La Habana en una situación política diferente, al inaugurarse la República de Cuba en 1902.⁹⁸ El ministro logró ganarse el favor de las nuevas autoridades y refrendó el tradicional entendimiento amistoso entre México y Cuba. Fruto de ello fue la creación de la legación mexicana y la permanencia del consulado general. Los buenos vínculos que hizo el representante, junto con el cónsul general Arturo Palomino, redituaron en palpables éxitos. Ambos crearon una Sociedad Patriótica y la publicación mensual de un boletín con propaganda pro mexicana, reforzaron la campaña periodística y mediante diversas tácticas lograron un espacio permanente en la prensa de la época. El último representante en la isla durante el porfiriato, José Francisco Godoy, intentó mantener el pacto logrado por sus predecesores. Sin embargo, diferentes circunstancias, tanto personales como de la realidad nacional, frustraron sus actividades a favor de la imagen conveniente. El ministro se vio envuelto en la crisis de desprestigio que envolvió la figura del presidente mexicano, una vez comenzado el movimiento revolucionario de 1910.

La importancia de la plaza habanera en la política de proyección de una imagen nacional es evidente cuando se analizan los perfiles de los enviados con

⁹⁷ Andrés Clemente Vázquez, Expediente personal, Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (en adelante AHGE-SRE), exp. 40-2-11. Tres partes.

⁹⁸ Gilberto Crespo y Martínez, Expediente personal, AHGE-SRE, exp. 1-19-11. Cuatro partes.

cargo consular y diplomático. Especialmente, el ingeniero Gilberto Crespo y Martínez y el abogado José Francisco Godoy fueron parte del selecto grupo de artífices de dicha promoción; ellos organizaron la participación mexicana en la Exposición Internacional de París, en 1889.⁹⁹ Antes de representar a México en Cuba, el ingeniero Crespo y Martínez gozaba de una buena reputación en la vida política y diplomática mexicana. El título de Ingeniero de Minas y Metalurgia otorgado en 1879 por la Escuela Nacional de Ingenieros le permitía ser parte de la élite científica de México. En lo político mantuvo un bajo perfil, y el cargo máximo que detentó fue el de Subsecretario de Fomento. Sin embargo, tuvo un papel relevante en el grupo porfirista encargado de la proyección nacional en las ferias internacionales. Las publicaciones del ingeniero estuvieron ligadas a sus intereses profesionales y políticos relacionados con la vida internacional del país. Entre las más importantes se citan: *Bélgica: museos comerciales, servicio consular, enseñanza y propaganda industrial y mercantil*, publicada en 1892; *Las patentes de invención* de 1897 y *Elogio del ilustre navegante Vasco de Gama*, publicada en 1898.¹⁰⁰

Una parte muy importante de su trayectoria fue su paso por la diplomacia. En 1885 ocupó el puesto de cónsul interino en La Habana, antes del nombramiento de Andrés Clemente Vázquez. En 1902 fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Cuba, cargo que desempeñó hasta 1905, cuando fue enviado con el mismo título al imperio de Austria-Hungría. Entre 1910 y 1911 detentó el cargo de embajador de México en Washington; murió en 1917.¹⁰¹

Por su parte, José Francisco Godoy tuvo una activa labor diplomática destacándose su papel de propagandista y cronista oficial de la participación de

⁹⁹ Vid, Trillo, *Artilugio*, op. cit., pp. 80-102.

¹⁰⁰ Vid, Enrique Camacho Navarro, "Gilberto Crespo y Martínez como representante porfirista en Cuba. Diplomacia e iconología", en Enrique Camacho y Margarita Espinosa, (coords.), *México y Cuba*, op. cit.

¹⁰¹ Gilberto Crespo y Martínez, Expediente Personal, AHGE-SRE, exp. 1-19-11 Cuatro partes.

México en las exposiciones internacionales.¹⁰² Esa era su tarea, la cual, aparte de la remuneración económica, le brindaba un estatus envidiable. Hasta los años treinta del siglo XX, alejado de los puestos diplomáticos mantuvo su actividad de propagandista como lo muestran las obras que escribió. *México en París. Reseña de la participación de la República Mexicana en la Exposición de París en 1889*,¹⁰³ *La ciudad de Chicago y la Exposición Universal de 1893*¹⁰⁴ y *México en Sevilla. Breves apuntes acerca de la Feria o Exposición Iberoamericana que se verificará en el año de 1929 en la ciudad de Sevilla, y de lo que se está haciendo para que nuestro país sea dignamente representado*.¹⁰⁵ El ministro Godoy renunció a su puesto diplomático a fines de 1912, pero aún se encontraba en la isla durante la Decena Trágica. Después viajó a Estados Unidos, alejándose de los asuntos diplomáticos para concentrarse en su faceta de escritor de temas internacionales y colaborador del periódico *Excelsior* en México; murió en 1930.¹⁰⁶

De igual manera, este quehacer específico de la diplomacia mexicana en Cuba utilizó como medio de difusión a la pequeña pero activa colonia de mexicanos residentes en la isla, cuyos miembros entusiastamente se unieron a la campaña de proyección porfirista porque, o bien eran convencidos amantes del

¹⁰² José Francisco Godoy nació en Tampico en 1851. Se relacionó desde muy joven con la vida diplomática porque su padre José Antonio Godoy fue cónsul en San Francisco con el gobierno juarista. Para los años noventa, con el título de abogado Godoy se colocó rápidamente en la escena diplomática, ocupó varios cargos administrativos y fungió como encargado de negocios en la embajada de Washington. De 1903 a 1905 fue ministro mexicano en Centroamérica, cargo que dejaría al ser nombrado como ministro mexicano en Cuba a fines de 1905. José Francisco Godoy, Expediente personal, AHGE-SRE, exp. 10-21-1. Cuatro partes. *El País*, México, 18 de julio de 1905. *El País*, 1 de noviembre de 1905.

¹⁰³ José Francisco Godoy, *México en París. Reseña de la participación de la República Mexicana en la Exposición de París en 1889*, México, Tipografía de Alfonso E. López, 1890.

¹⁰⁴ José Francisco Godoy, *La ciudad de Chicago y la Exposición Universal de 1893*, Chicago, Cía. Panamericana, 1892.

¹⁰⁵ José Francisco Godoy, *México en Sevilla. Breves apuntes acerca de la Feria o Exposición Iberoamericana que se verificará en el año de 1929 en la ciudad de Sevilla, y de lo que se está haciendo para que nuestro país sea dignamente representado*, México, Papelería Nacional, 1928.

¹⁰⁶ Trillo, *Artilugio*, op. cit., pp. 69. Enrique Camacho Navarro y Margarita Espinosa Blas, "José Francisco Godoy (1851-1930). Obra escrita y diplomacia", *Memoria del 1er. Encuentro Nacional de Investigación Biobibliográfica 2003*, Nueva Gaceta Bibliográfica, Año 6, núms. 23-24, julio/diciembre 2003. Número Especial, pp. 218-226. México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

régimen, o hacerlo era una forma de mantener presencia e influencia en los medios de información insulares y también representaba una recompensa monetaria. La presencia de mexicanos en Cuba no era un asunto nuevo porque a lo largo del siglo XIX la isla sirvió como destino o refugio de muchos compatriotas y durante el porfiriato se registraron numerosas salidas por motivos políticos, las que se acrecentaron en los convulsos años revolucionarios. En 1899, una estadística del censo norteamericano celebrado en Cuba calculaba en 1108 el número de mexicanos asentados allí, de los cuales un importante porcentaje del 76% vivían en La Habana. Durante la primera década del siglo XX llegaron a Cuba millar y medio de inmigrantes mexicanos. Entre esos mexicanos destacaban los que llegaron por motivos políticos al calor de la revolución como Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Luis Rosado Vega, José Peón del Valle, Francisco Modesto de Olaguíbel; escritores como Federico Gamboa, Querido Moheno, Francisco Bulnes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Antonio Mediz Bolio, Francisco Elguero, Antonio de la Peña y Reyes, Esteban Maqueo Castellanos, Jorge Uzeta, Juan Sánchez Azcona, Manuel M. Ponce, etc. Alejo Carpentier explicaba que muchos de los hoteles habaneros estaban ocupados por mexicanos que platicaban de la experiencia revolucionaria.¹⁰⁷ En este primer éxodo se destacaba el grupo porfirista, quienes crearon en abril de 1912 el Centro Mexicano “un club aristocrático privado de emigrados de México situado en el edificio “Miramar” en la entonces selecta zona de Prado y Malecón”.¹⁰⁸ Después con la muerte de Madero y el golpe de Estado de Victoriano Huerta hubo otra ola de inmigración hacia la isla, acrecentada en tiempos de Venustiano Carranza por sus políticas anticlericales. La tendencia general del exilio mexicano en Cuba fue hacer de la isla el lugar de tránsito para Estados Unidos principalmente.¹⁰⁹

Otro punto central de la campaña de difusión fue la obra escrita. El régimen patrocinó parcial, o de manera total, una producción de obras destinadas a

¹⁰⁷ Miguel Ángel Argüelles Espinosa, *Temas Cubanomexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 92-93.

¹⁰⁸ Sergio Guerra Vilaboy, “Contrapunteo histórico cubano-mexicano. Del siglo XVI a la Revolución Mexicana”, en Lizama Silva, (coord.), *México y Cuba, op. cit.*, p. 269.

¹⁰⁹ Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Porrúa, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2002, pp. 55-57.

modificar el adjetivo común del país como “bárbaro o incivilizado”, por el de “moderno y civilizado”. A la par, el discurso escrito debería exaltar la gran obra como un éxito del señor presidente. En última instancia, la intención era mimetizar a Porfirio Díaz con México. Para hablar en detalle de este punto debo respaldarme en la obra de Daniel Cosío Villegas, que a pesar de la crítica contemporánea sigue siendo una referencia obligada para el análisis del periodo. En un artículo publicado en los años cuarenta del siglo pasado, este autor hacía un análisis detallado de la literatura del porfiriato y, con base en una cuidadosa selección, sorprendía a los lectores al establecer que sólo la literatura política comprendía unas trescientas obras entre libros y folletos, “que burdamente suman unas cincuenta mil páginas”.¹¹⁰ La razón de producción tan considerable la encuentra el autor en la lógica de las dictaduras, que tienden a multiplicar la literatura apologética, y que tienen todo a su favor al contar con los recursos para pagarse a sus “historiadores”. Pero Porfirio Díaz y sus colaboradores fueron más allá:

La astucia, la previsión, consistió en que Díaz y sus colaboradores tuvieron un fino sentido de la posteridad y de la historia: quisieron conquistar éste y el otro mundo, la fama presente y la postrera, pues se dieron cuenta clara, primero, de que la fama oral perece con la lengua y el oído del contemporáneo; y que la escrita, a la inversa, sube de valor con el tiempo; y se dieron cuenta finalmente, de que si uno no escribe su propia historia, otros la escribirán: y todas las probabilidades son en el sentido de que la segunda sea menos placentera que la primera.¹¹¹

Esta capacidad de previsión está presente en las obras apologéticas del periodo. En las *Memorias* dictadas por Díaz y ordenadas por Matías Romero, se denotan las ansias de posteridad y trascendencia del general, así como el deseo de pasar a la historia como héroe nacional. Colofón de este deseo es la obra de *México. Su evolución social*, “cuyo *ritornello* filosófico es el muy conocido de que todo era caos hasta que Dios creó al mundo.”¹¹²

Después de un análisis cuidadoso, Cosío Villegas hace una selección de la literatura porfirista y elige sólo 286 obras –entre libros y folletos- que se centran

¹¹⁰ Daniel Cosío Villegas, “El porfiriato: su historiografía o arte histórico”, en *Extremos de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 110.

¹¹² *Ibid.*, p. 113.

específicamente en el porfiriato. Nuevamente le parece exagerado el número para un periodo de la historia mexicana. El hecho puede atribuirse al fenómeno tecnológico que facilitó la emisión y circulación de la obra escrita; pero más que eso, al “increíble sentido de la publicidad” de Porfirio Díaz. En términos cuantitativos de las obras elegidas, 82 son biografías, de las cuales 61 son dedicadas al caudillo. Ahora bien, en cuanto al tema, esta literatura tiene una trama común: está dedicada a narrar sus primeros treinta y siete años de vida, su aguerrida posición en el plano militar, sus servicios a la guerra de Reforma e Intervención, y muy pocas abundan en su periodo de gobierno. Además, en la forma son iguales y se caracterizan por el tono monótono. En este apartado de las biografías otro estudioso, Luis González y González, elevaba a cien el número de estudios biográficos, de lo que llamó *porfiriografías*. En el análisis coincidía con los argumentos de Cosío Villegas, al calificar la producción hagiográfica como cortesana y servil.¹¹³

En otra sección de la bibliografía, Cosío Villegas señala los “estudios de época”, dedicados en su mayoría al relato de la etapa de plenitud del porfiriato. La característica de esta literatura es que toda ella es insustancial y de carácter laudatorio. Ello aplica no sólo para los escritos de halago descarado, sino para la obra de escritores e historiadores de renombre como Ireneo Paz y Hubert H. Bancroft. Cosío salva de este juicio a la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra¹¹⁴ y a *La Revolución histórica de México*, de Emilio Rabasa.¹¹⁵ En la última parte de la bibliografía se dedica una sección a las obras generales, compuesta de ocho estudios. Sin embargo, como reflexión final, el mencionado estudioso opina que el criterio de estas obras bien puede eliminarse, porque las

¹¹³ Luis González y González, “La dictadura de Díaz”, en Julio Labastida Martín del Campo, (coord.), *Dictadores y dictaduras*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 161-178.

¹¹⁴ Justo Sierra, *México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas, en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc. etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, 2 t. en 3 v., México/Barcelona, J. Ballezá y Compañía, 1900-1902.

¹¹⁵ Emilio Rabasa, *La Revolución política de México*, México, Librería de la Vda. De Ch Bouret, 1920.

fronteras entre ellas son bastante difusas; de cualquier manera, todas están dedicadas a la figura de Díaz, “como la explicación final de cuanto ocurría en el país, lo mismo en la política que en las finanzas o en las letras, acaba por hallarse en Díaz, resulta que la vida de éste, sus pasiones, sus intereses, sus meros caprichos, sigue siendo el hilo conductor del relato y la materia sobre la cual recae el juicio histórico”.¹¹⁶ Como bien lo dijera Nemesio García Naranjo, “la historia de Porfirio Díaz fue la historia de México”.¹¹⁷

Sin entrar en pormenores sobre la extensa bibliografía citada por don Daniel, anotaremos las principales obras que gozan de buena o mala fama en la actualidad, como son *History of Mexico* y *Vida de Porfirio Díaz, reseña histórica y social del pasado y del presente*, de Hubert H. Bancroft¹¹⁸; *Datos biográficos del General de División Porfirio Díaz*, y *Los hombres prominentes de México*, de Ireneo Paz;¹¹⁹ *México 1876-1892* de Luis Pombo,¹²⁰ *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, de Rafael de Zayas Enríquez¹²¹ y *El verdadero Díaz y la Revolución*, del polémico Francisco Bulnes.¹²² Otro dato que me interesa, por estar relacionado directamente con el tema de la presente investigación, es la participación en la producción apologética de los representantes mexicanos en Cuba, así como las obras publicadas o conocidas en La Habana en diferentes periodos por escritores cubanos y mexicanos. La Gran Antilla estuvo muy relacionada con la circulación de obras laudatorias de Díaz y su gobierno. Los agentes diplomáticos favorecieron los espacios de la prensa y cultura cubanas al dar a conocer las obras del

¹¹⁶ Cosío, “El porfiriato”, *op. cit.*, p. 130.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 131.

¹¹⁸ Hubert, Bancroft, *History of Mexico*, Seis vols., San Francisco, The Historical Co., 1885-1893. *Vida de Porfirio Díaz, reseña histórica y social del pasado y del presente*, San Francisco, The History Co., Publicaciones, 1887.

¹¹⁹ Ireneo Paz, *Datos biográficos del General de División Porfirio Díaz*, México, Imprenta de Ireneo paz, 1884, 248 p. *Los hombres prominentes de México*, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1888. Esta obra fue encargada por el gobierno mexicano al periodista, quién recibió 2 500 pesos para la lujosa edición trilingüe, la cual se presentaría en la Exposición Internacional de París en 1889. Trillo, *Artilugio*, *op. cit.*, p. 95.

¹²⁰ Luis Pombo, *México 1876-1892*, México, Siglo XIX, 1892.

¹²¹ Rafael de Zayas Enríquez, *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, Nueva York, Appleton, 1908.

¹²² Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1920.

régimen. Andrés Clemente Vázquez, a la par de sus escritos de variada índole, escribió una obra titulada *El ilustre mexicano Manuel Romero Rubio*¹²³; por su parte, el ingeniero Gilberto Crespo y Martínez fue un activo difusor de los adelantos mineros en México y reseñó en la prensa los diferentes estudios sobre el país y su gobernante. Ni qué decir de José Francisco Godoy, que se ganó a pulso la calidad de cronista de la vida internacional de México, y cobró renombre gracias a la ostentosa obra publicada en inglés y español *Porfirio Díaz, president of Mexico. The master builder of a great commonwealth*.¹²⁴ También hizo la versión en inglés de *Los hombres prominentes de México*, coordinada por Ireneo Paz. Por otro lado, las obras editadas en Cuba son las siguientes: Antonio Zaragoza y Escobar, *La reelección en México*¹²⁵ y *El monroísmo y Porfirio Díaz*,¹²⁶ Gabriel Antonio Goyeneche, *Biografías de hombres notables. El General Porfirio Díaz*.¹²⁷ También fue anunciada en la prensa la obra de Mario García Kohly con el título de *En la patria de Juárez*, reseña de un viaje a México del autor.¹²⁸ Por último, mencionaré la obra de Mario Guiral Moreno, titulada *El régimen porfirista en México: su apoteosis*.¹²⁹ En la medida de lo posible se intentó la consulta de estas obras, pero solo tuvimos acceso a unas cuantas porque algunas están catalogadas pero no se encuentran disponibles para consulta, mientras otras están en bibliotecas norteamericanas o en venta vía Internet y no fue posible consultarlas.

¹²³ Andrés Clemente Vázquez, *El ilustre mexicano Manuel Romero Rubio*, La Habana, El Fígaro, 1896.

¹²⁴ José Francisco Godoy, *Porfirio Diaz, president of Mexico, the master builder of a great commonwealth*, New York and London, G.P. Putnam's Sons, 1910. Versión en español, *Porfirio Díaz, presidente de México. El fundador de una gran república*, México, Muller, 1910.

¹²⁵ Antonio Zaragoza y Escobar, *La reelección en México*, La Habana, El Fígaro, 1896.

¹²⁶ Antonio Zaragoza y Escobar, *El monroísmo y Porfirio Díaz*, La Habana, 1896.

¹²⁷ Gabriel Antonio Goyeneche, *Biografías de hombres notables, El General Porfirio Díaz*, La Habana, Rambla, Bouza y Cía., 1927.

¹²⁸ Mario García Kohly, *En la patria de Juárez*, México, Imprenta de Juan Buxo y Ca. 1897.

¹²⁹ Mario Guiral Moreno, *El régimen porfirista: su apoteosis*, La Habana, El Siglo XX, 1920. Publicado en abril de 1913 en la revista *Cuba Contemporánea*.

Capítulo II

Cuba 1870-1910

2.1- Cuba: Del Pacto del Zanjón a la República

Sobre historia colonial cubana se ha escrito mucho, pues ha sido un tema muy apreciado en la historiografía insular. No obstante, por muchos años se generalizó la idea, errónea por cierto, de que esa condición supuso un obstáculo insalvable para que se generaran experiencias de pensamiento y prácticas específicas en el territorio de la Gran Antilla. Tal idea encuentra un argumento en la imposición política metropolitana; es decir, la corona, en su papel director, define no sólo el qué ocurre en su dominio caribeño, sino el cómo lo viven los insulares. Asimismo, parece ser que "lo externo" del territorio sólo se circunscribiera a la condición de dependencia política de España, y que no existieran más influencias. Este punto de vista mediatiza en extremo la relación metrópoli-colonia, al suponerle a la isla un papel de sujeto pasivo y reactivo moldeado por la península. Otra idea que deriva en gran medida de un planteamiento cerrado como el anterior se refiere al terreno de las ideas y prácticas políticas. El binomio metrópoli-colonia incide en las interpretaciones sobre la historia del siglo XIX cubano, y de éste se derivan otros que inciden en lecturas, tales como peninsular-insular, hacendado-comerciante, incondicional-reformista, por mencionar las principales contradicciones. Con ello, se ha hecho una dicotomía que tiende a explicar la realidad colonial como dos polos: el que defiende la presencia española y el que trata de modificarla. Estas posiciones son vistas como posturas cerradas sin fisuras, visión que simplifica los fenómenos ocurridos en la Cuba colonial al negar la complejidad del mundo cubano, las singularidades que presenta, las diversas tendencias políticas, las diferentes concepciones e ideologías dentro de sectores aparentemente homogéneos, la implantación de tendencias de pensamiento europeas, el nacimiento de un pensamiento netamente insular, etc. Con ello en mente, se intentará en las siguientes páginas mostrar un panorama general de Cuba en el último tercio del

siglo XIX, concretamente a partir de 1878, cuando se modifica el "pacto colonial" tras diez años de guerra independentista, hasta 1910, es decir, los primeros ocho años de vida independiente.

De entrada, se puede establecer el lugar de Cuba en el proceso histórico experimentado en América a partir de la llegada de los europeos. Para el siglo XVIII y XIX, se resalta la inserción de la isla en el sistema capitalista como uno de los centros proveedores de materia prima, el azúcar, situación central en la historia colonial e independiente de Cuba. A pesar de la importancia de la presencia europea en el derrotero cubano, es evidente que el proceso se experimentó en forma distinta, que las ideas promovidas por Occidente no se trasplantaron en la isla sin una previa adecuación a la realidad insular, y así, las diversas propuestas económicas, políticas y sociales tuvieron un marcado acento colonial, de ahí que resulte importante revisar los principales aspectos del siglo XIX cubano para poder entender el periodo específico que nos ocupa.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII, y con mayor fuerza después del breve periodo de la ocupación inglesa de agosto de 1762 a julio de 1763, Cuba estructuró su vida económica y política alrededor de la producción azucarera.¹ La apertura del mercado norteamericano tras la independencia de Estados Unidos y la ruina de la industria azucarera de Haití, permitieron el auge del azúcar cubano, y establecieron las bases de una economía monoexportadora que pervivió durante todo el siglo XIX y buena parte del siguiente. La adhesión de Cuba a la metrópoli, en el contexto de la lucha independentista de inicios de siglo, fue producto de un pacto de intereses conjuntos entre los metropolitanos y los sectores cubanos vinculados a la producción de azúcar. Estos perseguían objetivos prácticos de tipo económico, como era la apertura comercial y el mantenimiento de la esclavitud, mientras en lo político demandaban mayores derechos para los cubanos blancos y propietarios. La permanencia en el sistema español aseguró a la élite blanca la

¹ Hugh Thomas, "La colonia española de Cuba", en Frank Moya Pons, et. al., *Historia del Caribe*, Barcelona, Crítica, Cambridge, 2001, p. 43.

cesión de varias prerrogativas económicas que reafirmaron el control del proceso de producción posponiendo las exigencias políticas.²

Desde los sucesos de 1808 en España, Cuba se introdujo de lleno en el debate ideológico del liberalismo, debate que enfrentó y contrapuso a los intelectuales liberales metropolitanos e insulares. La situación insular, como sabemos, no condujo a una independencia como en muchos de los territorios de ultramar, pero se generó una intensa discusión en torno a los preceptos liberales, tanto que podemos afirmar que el liberalismo fue el eje rector de la vida política e intelectual de la isla, sin por ello decir que se dio un movimiento ideológico homogéneo, plano y sin fracturas. Se reconoce para la primera mitad del siglo XIX que las ideas liberales dinamizaron el pensamiento y la política insular:

Liberales fueron, en gran medida, casi todos los criollos importantes de la primera mitad del siglo XIX cubano. El padre Varela, Arango y Parreño, José Agustín Caballero, más tarde su sobrino José de la Luz, José Antonio Saco, los reformadores de la economía y de la conciencia nacional, todos repetían fórmulas sacadas de las reflexiones liberales: autogobierno, libertad de comercio, libertad de imprenta, Estado laico, leyes equitativas, y un largo etcétera.³

El control del azúcar fue el mejor argumento para aglutinar los intereses de los sectores políticos y económicos cubanos. Desde los años veinte del siglo XIX, Cuba fue la colonia más rica y el primer lugar mundial en producción azucarera, posición que no cambiaría hasta el último tercio del siglo.⁴ A mediados de la década de 1820, la propuesta independentista comenzó a lograr fuerza al calor de los movimientos separatistas continentales que buscaban la independencia de los reductos coloniales de Cuba y Puerto Rico. La situación obligó a las autoridades metropolitanas a reforzar el control de la colonia y a cerrar las libertades otorgadas al liberalismo reformista como medio de mantener su soberanía sobre Cuba. En

² Este sector cubano es el que Manuel Moreno Fragnals denomina la "sacarocracia cubana, liberal como burguesía y terriblemente conservadora frente a la esclavitud". La obra de Moreno Fragnals es indispensable para entender el papel de la esclavitud en el entramado cubano decimonónico. Destaca sin duda *El Ingenio*, *op. cit.*

³ Carlos Alberto Montaner, "Cuba, una aproximación liberal", Prólogo a *Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX*, España, Fundación Liberal José Martí, 1994, p.16.

⁴ Thomas, *Cuba, op. cit.*, pp. 75, 89.

los años treinta, los reformistas, voceros de los intereses azucareros, volvieron a la carga. José Antonio Saco, Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero, paladines de este nuevo movimiento, a diferencia del anterior, ya presentaban un programa cobijado en la idea nacional, reivindicando lo cubano, entendido como la cultura del blanco nacido en Cuba, frente a lo español. Sin embargo, sus propuestas políticas seguían siendo de carácter autonomista en beneficio de los grupos criollos esclavistas; la principal diferencia devino de su postura frente a la esclavitud, inclinándose por la abolición gradual que impediría el ascenso numérico de la población negra y evitaría la repetición del caso haitiano. No obstante, y a pesar de las prerrogativas dadas a estos reformistas, a fines de la década el poder de los sectores azucareros estaba minado. Aún cuando los sectores azucareros habían extendido su base y contaban entre sus filas con gente de la clase media -funcionarios e intelectuales- su dominio se debilitó. En lo político, terminó su control en la Real Junta de Fomento, fueron marginados de la Sociedad Económica de Amigos del País, y además, perdieron su órgano de difusión, la *Revista Bimestre Cubana*,⁵ y en el Cabildo cedieron espacios a los peninsulares. Así, el reformismo se transformó en anexionismo. Según Moreno Friginals, el anexionismo sólo fue la forma radical del reformismo:

El reformismo pretendía asegurar de modo inmediato la esclavitud, liberarse del comerciante negrero español, conseguir la abolición con indemnización o cuando hubiese un mercado barato de mano de obra, y contar con un fondo de inversión para industrializarse y desarrollar un régimen burgués pleno. El anexionismo perseguía exactamente los mismos objetivos: se diferenciaban en que los reformistas aspiraban a dar el primer paso unidos a España, y más tarde pasar a integrarse a la Unión Americana. Los anexionistas eliminaban el paso inicial a través de España, e iban directamente a la integración con Norteamérica.⁶

⁵ El quehacer periodístico en Cuba se fue desarrollando paulatinamente. En 1720 se introdujo la primera imprenta, pero fue hasta 1782 cuando se publicó *La Gaceta de la Habana*, que sería la precursora del periodismo cubano. Desde la primera década del XIX existió en la isla una importante actividad periodística, circulaban alrededor de una docena de revistas donde poco a poco se va notando una identidad cubana. En la *Revista Bimestre Cubana* se publican los trabajos de Luz y Caballero, Varela, González del Valle. Beatriz Bernal, (comp.), "Estudio introductorio", en *Cuba, op. cit.*, p. 27.

⁶ Un dato interesante es que la mayoría de estos defensores del abolicionismo retórico son esclavistas de altos vuelos: José de la Luz y Caballero, (500 esclavos); Domingo del Monte, (1000 esclavos); *Ibid*, pp. 42 y 43

La especial situación que se desarrolló en Cuba generó un amplio abanico de posiciones políticas no exentas de contradicciones; sin embargo, la mayoría de ellas, desde una trinchera liberal, peleaban por intereses de grupo bien definidos. Sin duda, la prolongada existencia de la esclavitud hizo proliferar un debate intenso no solo de carácter moral o ético, sino, sobre todo, alrededor de la conveniencia o no del sistema esclavista para la economía colonial. Sólo en este contexto se puede entender de modo cabal las propuestas y proyectos de los grupos anexionistas, que bajo el manto del liberalismo pedían la incorporación de la isla a Estados Unidos como medio de enlazar los intereses esclavistas con los estados sureños de la Unión Americana. Pese a la evidente contradicción frente a la libertad como pilar del liberalismo, los anexionistas se decían tan liberales como el más liberal de los anti esclavistas.

Después de la victoria del norte sobre el sur en la Guerra de Secesión norteamericana, en Cuba se aceleraron los cambios anunciados desde los años cuarenta, década en que muchos hacendados cubanos comenzaron a señalar la necesidad de modernizar la industria azucarera con la consiguiente liberalización del comercio, atado al arcaico sistema comercial español. Los reformistas cubanos aprovecharon el marco favorable de las administraciones de los capitanes generales Francisco Serrano y Domingo Dulce para poner en práctica el proyecto reformista centrado en la libertad de comercio, mayor participación en el gobierno y la abolición gradual de la esclavitud, debido a que la misma ya no era rentable al rezagarse de los cambios internacionales del sistema de producción capitalista. El asunto abrió más la brecha entre los cubanos y los peninsulares radicados en la colonia quienes dominaban el comercio y la administración. De esta manera se dividió el tema colonial. En la Junta de Reformas de Ultramar los reformistas no se ponían de acuerdo: mientras unos pedían mayor apertura política, otros se inclinaban a mantener la situación colonial. No obstante, las reformas no congeniaban con los intereses metropolitanos, empeñados en utilizar los recursos antillanos para solucionar los problemas financieros de la metrópoli. La Junta fue disuelta bruscamente en 1867 a dos años de su apertura.⁷ Pese al creciente

⁷ Luis E. Aguilar, "Cuba, c. 1860-1934", en Moya Pons, et. al., *Historia, op. cit.*, p. 56.

antagonismo los reformistas no abrigaban ideas de independencia total, seguían pensando en fortalecer los lazos con Estados Unidos, “país que a sus ojos simbolizaba tanto el progreso económico como la democracia”.⁸

La posición de los reformistas criollos en el esquema de poder también se modificó tras la paulatina pérdida de dominio económico y político que experimentaban desde décadas anteriores. Los reformistas perdieron poder como grupo de presión económica.⁹ El dominio de la producción azucarera -terreno que daba razón de ser a la sacarocracia cubana- pasó a control peninsular. Los tres mayores ingenios de 1865 no eran propiedad de cubanos, sino de españoles como Julián de Zulueta y Juan Poey, entre otros.¹⁰ Así, a fines de la década los únicos valores que defienden los antiguos productores cubanos eran la tierra y los esclavos.

Como puede observarse, la sociedad cubana era más compleja de lo que pretende verla un enfoque colonialista. Y si bien el problema social y político pareció dividirse entre los sectores criollos y peninsulares, existió, sin embargo, un abigarrado sistema ideológico que fue moldeando las visiones al interior de estas posturas políticas. Un problema central del debate político fue sin duda la cuestión de la población negra -esclava y libre-. Desde la independencia de Haití creció el temor de una sublevación en Cuba, temor fomentado por las reiteradas conspiraciones negras lideradas por cimarrones, negros libres o esclavos. De éstas sobresalió la conspiración de La Escalera, surgida en la región de Matanzas donde se juntaron más de 2,000 negros libres y 1,000 esclavos; muchos de ellos murieron en la consiguiente represión, como fue el caso del poeta mulato Plácido.¹¹

La existencia de un gran porcentaje de población de color hacía difícil para la clase política insular respaldar un concepto amplio de libertad al estilo inglés, ya que la extensión de libertades ponía en riesgo el *status quo*.¹² La cuestión de la

⁸ *Ibid.*, p. 57.

⁹ Isabel Monal y Olivia Miranda, *op. cit.*, p. 39.

¹⁰ Thomas, *La colonia, op. cit.*, p. 52.

¹¹ Thomas, *Cuba, op. cit.*, p. 172.

¹² Las estadísticas poblacionales registran el incremento de la población blanca frente a la población negra. En 1846 había 425 767 blancos, 149 226 negros libres y 323 759

gente de color, además, ganaría fuerza con la presencia de otros sectores marginados, como el incipiente sector obrero. La defensa de los derechos de los sectores explotados en Cuba cobró impulso desde mediados de siglo con el apogeo de las ideas socialistas en Europa, particularmente las ventiladas en la península. Las propuestas de Álvaro Flores Estrada, Joaquín Abreu y Joaquín Muns, entre otros, sólo eran un reflejo de los vientos que soplaban bajo el influjo del carlismo inglés, de las ideas de Saint Simon, Roberto Owen, Fourier, Proudhon y Luis Blanc, quienes eran los voceros del incipiente movimiento obrero europeo.

Las demandas de la población esclava se aunaban a la presencia de trabajadores libres –entre ellos, muchos españoles- organizados en sociedades de socorros mutuos para defenderse del oprobioso sistema de dominio y dispuestos a no repetir la fórmula esclavista, situación que causaba alarma entre los altos sectores económicos y políticos. Hasta la primera mitad del siglo XIX, estos grupos lograron mantener a raya tanto a la población esclava como a los negros libres y trabajadores blancos; sin embargo, después estos grupos se convertirían en importantes respaldos para la lucha social en contra del régimen español.¹³ En esta confrontación cobraría un papel central la inmigración procedente de España: gallegos, catalanes, asturianos, quienes exportaron a Cuba las ideas de reivindicación obrera. Sin olvidar que desde los años cuarenta existió un fuerte contingente de asiáticos que trabajaban en condición de hombres libres, pero atados a contratos leoninos. En 1865 surgió el primer periódico del movimiento obrero, de nombre *La Aurora*, dirigido por el español Saturnino Martínez, tabaquero de Partagás. Asimismo, los obreros conformaron diversas organizaciones mutualistas y sindicalistas y, por primera vez, la figura de la huelga

esclavos, lo cual daba una cifra total de 898 752 habitantes. Para 1862 había 793 484 blancos y 232 433 negros libres, 370 553 esclavos dando un total de 1 396 470 habitantes. Louis A. Pérez Jr, *Cuba*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1988, p. 86. Una obra de la época coincide en términos generales con este recuento, y consigna para 1870 1,400.000 habitantes divididos a partes iguales entre las razas. José Ferrer de Couto, *Cuba puede ser independiente*. Folleto político de actualidad, Nueva York, El Cronista, 1872.

¹³ José Luciano Franco, “Introducción al 68”, *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas*, La Habana, Año IX, núm. 50, septiembre-octubre, 1975, p. 14.

apareció en la isla en la fábrica "Carbajal".¹⁴ Por tanto, en la época había dos sectores de diversa extracción pero con un sentimiento común: la reivindicación de sus derechos. Este sería el paisaje previo a la Guerra de los Diez Años, la llamada guerra de independencia.

Entender a cabalidad la guerra de 1868 conocida como la Guerra de los Diez Años implica hacer un alto para retomar nuevamente el tema del azúcar y cómo se tejió la historia cubana alrededor de él. Desde el florecimiento de la industria azucarera, a fines del siglo XVIII, surgió una división favorecida por la geografía insular. En el Occidente –Pinar del Río, La Habana, Matanzas y una parte de las Villas- se concentró el 80 por ciento de la población y el 90 por ciento de la riqueza azucarera; el Oriente –Camagüey, Santiago y la otra parte de las Villas, siempre fue una región atrasada.¹⁵ Esta región experimentó un rezago en la producción azucarera. Los productores de azúcar no pudieron competir con la rica zona central industrializada con base en la introducción de novedosas máquinas para refinar la caña, producción que alternaba con la mano de obra esclava. En cambio en el Oriente la producción se basaba en métodos tradicionales como las unidades productivas conocidas como trapiches, “que producían un producto de menor calidad para el mercado interno y que funcionaban con pocos esclavos”. En 1860 se considera que existían en la isla unos 1.365 molinos, que producían 450.000 toneladas de azúcar que equivalían a unos 30.545.852 pesos en exportación. Los más modernos se localizaban en la parte occidental; no se incluyeron en la cifra los 750 trapiches que producían mascabado.¹⁶

El movimiento del 68, conocido como la Guerra de los Diez Años, nació en la parte oriental de la isla, región donde había pequeños y medianos propietarios azucareros para quienes la institución esclavista ya no representaba utilidad alguna por la transformación en el proceso de producción. Estos productores se enfrentaban con una difícil situación económica porque, a diferencia de los

¹⁴ Véase: *Historia del movimiento obrero en Cuba*, vol. 1, La Habana, Política, 1982.

¹⁵ Aguilar, *Cuba, op. cit.*, p. 59.

¹⁶ Thomas, *Cuba, op. cit.*, pp. 115-119. Cfr. Eduardo Torres-Cueva, *et. al.*, “La revolución del 68 fundamentos e inicio” en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, Editora Política, 1966, p. 3.

productores del occidente, carecían de recursos para sostener el ritmo de la producción demandada por las reglas de la economía internacional, situación agravada por el decreto de 1867 que introdujo la tributación directa para paliar la crisis económica del año anterior. La proyección social de la guerra de 1868 presentó diversas reacciones en la corriente reformista. Unos, como José Antonio Saco, no dudaron en denunciarla, mientras que otros trataron de moderarla; no obstante, nuevamente el temor de la integración o reacción violenta de los grupos de color frenó el apoyo de los reformistas. Ante ello, la guerra se radicalizó al decretar la abolición de la esclavitud con el fin de integrar a los esclavos a la lucha bajo la promesa de la extensión de derechos. Se logró una base legal con la proclamación de la República de Cuba en armas, que tenía los requerimientos institucionales como Constitución, ejército y asamblea parlamentaria. La Constitución aprobada en Guáimaro en 1869 aprobaba una moción a favor de la anexión a Estados Unidos.¹⁷ Aun cuando la metrópoli logró, tras diez años de conflicto solucionarlo mediante el Pacto del Zanjón, que brindaba a Cuba una serie de reformas políticas y administrativas, además de otorgar amnistía a los insurgentes y la libertad a los negros esclavos que se unieron a la lucha, no detuvo ya la idea de cubanidad ni la conciencia independentista. Muchos de los líderes del 68, como Antonio Maceo y Calixto García, repudiaron la negociación y no abandonaron el camino revolucionario para obtener la libertad. Después de dos levantamientos sofocados, uno en 1879, conocido como la “Guerra Chiquita”, encabezado por Calixto García,¹⁸ y el de 1883 al mando de Ramón Leocadio Bonachea, los independentistas aunaron fuerzas y, bajo el mando de Martí, comenzaron a planear el levantamiento definitivo que comenzaría con el Grito de Baire de 1895.¹⁹ El levantamiento de 1868 ha sido considerado central para la nacionalidad cubana:

¹⁷ Aguilar, *Cuba, op. cit.*, p. 60.

¹⁸ En este levantamiento no participó el mayor Máximo Gómez; calificado como desorganizado y carente de sentido por los mismos ex combatientes del 68, fue sofocado por las fuerzas españolas. Pedro Pablo Rodríguez y Ramón de Armas, “El inicio de una nueva etapa del movimiento patriótico de liberación nacional”, en *Las luchas, op. cit.*

¹⁹ Javier Rodríguez Piña, *Cuba*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, pp. 94-100.

El conflicto... contribuyó al crecimiento y la madurez de una conciencia nacional. El vago sentimiento de identidad colectiva que había aparecido a comienzos del siglo XIX dio paso a otro más profundo, ardiente...los recuerdos de los héroes y las victorias de Cuba despertaban emociones patrióticas que hacían que la reconciliación total fuera difícilísima.²⁰

A la par del fortalecimiento de la idea de independencia, se fue modificando también el mapa económico de la isla con la creciente entrada de capitales norteamericanos en la industria azucarera. El proceso de industrialización experimentado en Estados Unidos tras la guerra de Secesión trajo aparejada la necesidad de su expansión y un cambio de visión frente al tradicional aislacionismo en política exterior. El azúcar cubano fue parte central en la política económica al ser de las principales demandas del mercado norteamericano. Desde los años sesenta la tendencia a la centralización culminó con la creación de un poderoso trust azucarero con capitales estadounidenses, que definió una desventajosa relación para los productores del dulce cubano, quienes se convirtieron en proveedores de materia prima para la industria norteamericana. La importancia de Cuba para el mercado del país del norte, finalmente llevó a la política de la Casa Blanca al terreno del intervencionismo político como medio de defender los intereses comerciales de importantes grupos, lo cual quedó evidenciado en la firma en 1891 del Tratado de Reciprocidad Comercial entre España y Estados Unidos, en donde la reciprocidad era imposible dada la asimetría de las economías, asimetría evidenciada en las cifras comerciales del periodo.²¹ En 1850 Cuba exportó siete millones de pesos a España y veintiocho a Estados Unidos; diez años más tarde, la cifra fue de 21 y 40 millones, respectivamente. En 1890, el comercio de Cuba con España retrocedió a los siete millones de mediados de siglo, mientras 61 millones se comerciaban con Estados Unidos.²²

A pesar de que la isla continuó dependiendo del control metropolitano, el Pacto de Zanjón permitió una apertura real en términos políticos. El hecho más

²⁰ Aguilar, *Cuba, op. cit.*, p. 61.

²¹ Oscar Zanetti, "El factor comercial en la crisis colonial", en Carmen Almodóvar, (comp.), *Cuba España. En torno al 98*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, Centro Cultural de España, 1996, pp. 40-49.

²² Aguilar, *Cuba, op. cit.*, p. 63.

importante, sin duda, fue la abolición gradual de la esclavitud mediante un sistema de patronato, aprobado en 1880, que establecía un trato entre los propietarios y esclavos mediante el cual los últimos podían comprar gradualmente su libertad.²³ La igualdad jurídica de Cuba, reconocida bajo el sistema político español, derogaba las pesadas Leyes Especiales que habían funcionado desde los años treinta. Además, España como monarquía constitucional extendía a Cuba una serie de derechos civiles fundamentales, incluyendo el voto (censitario), libertad de imprenta, libre ejercicio de opinión pública y la oportunidad de participación política mediante la creación de partidos políticos, fundándose entonces las dos grandes agrupaciones de este tipo: el Partido Liberal Autonomista y el Partido Unión Constitucional, que representaban la ya tajante división entre criollos y peninsulares.

En 1878 se conformó el Partido Autonomista, heredero del reformismo y asimilismo –postura política llamada así por el apego a la idea de una asimilación pacífica, donde Cuba pasara a formar parte del sistema español como provincia cubana- abogó por una transición pacífica basada en reformas, pero no buscaba la separación política de la metrópoli. Sus demandas se publicaron en su órgano *El Triunfo*; entre los principales autonomistas se citan a José María Gálvez, Eliseo Giberga, Leopoldo Cancio y el líder Rafael Montoro.²⁴ La agrupación política sufrió escisiones a lo largo de sus dos décadas de vida, producto de divergencias en las ideas en torno al destino político de la isla. Una ala defendía a capa y espada la idea de la pertenencia política a España; mientras la otra, donde se ubicaba la labor de José Enrique Varona y Raimundo Cabrera, opinaban que era posible una independencia pacífica.²⁵

²³ El patronato solo duró seis de los ocho años establecidos, porque económicamente no fue redituable para los patronos, quienes se inclinaron por otras formas de trabajo asalariado; pero tampoco tuvo buena recepción entre los esclavos, que también buscaron nuevas formas de negociación con sus dueños. *Vid*, Rebeca Scott, *La emancipación de los esclavos en Cuba. La transformación del trabajo libre. 1860-1899*, México, FCE, 1989.

²⁴ Isabel Monal y Olivia Miranda, *Filosofía, op. cit.*, p. 52. Cfr. Luis Miguel Mora, “Del Zanjón al Baire: A propósito de un balance historiográfico sobre el autonomismo cubano”, en Josef Opatrný, (coord.) *Cuba algunos problemas de su historia*, Praga, Universidad Carolina de Praga, 1995, pp. 29-46.

²⁵ Mildred de la Torre, “El partido liberal autonomista: estructura y etapas, 1878-1898”, en Almodóvar, *Cuba España, op. cit.*, p.102.

El Partido Unión Constitucional era la agrupación leal a la Madre Patria, aun cuando sus intereses reales fueran insulares, su ideología se definía como un integrismo irrestricto e incondicional. Sus órganos de difusión fueron el *Diario de la Marina* y *La Unión Constitucional*. Los miembros de ambos partidos pertenecían a los sectores de comerciantes y políticos vinculados de muchas formas al aparato burocrático impuesto por la corona. Ninguno era colonialista o anticolonialista, ya que ambos configuraban sus proyectos bajo el manto metropolitano, lo que los alejaba eran los medios para lograr sus fines políticos y estar separados entre sectores cubanos y peninsulares²⁶ La base política de ambas agrupaciones seguía siendo de carácter cerrado; si bien los autonomistas dieron cierta entrada a los independentistas, con el fin de asegurar votos en las elecciones locales y en las Cortes, en los hechos los grupos campesinos, los trabajadores libres y los antiguos esclavos siguieron excluidos del juego político.²⁷

Cuba, como el resto de América Latina, fue receptiva a las ideas del positivismo que logró gran influencia en el continente en las últimas décadas del siglo XIX. Este positivismo sui géneris, como ha sido calificado por su adaptación a las realidades americanas y como respuesta a los problemas políticos, encontró en Cuba un campo fértil en la intelectualidad insular, ávida de interpretar su situación histórica.²⁸ El positivismo se presentaba como una filosofía progresista y como signo de modernidad, de ahí que se alentaran las mismas metas logradas en algunos países europeos, como la secularización, la tolerancia, el respeto a la individualidad, etc. El pacto del Zanjón permitió la entrada de las ideas positivistas y, a partir de los ochenta, se reconocen importantes pensadores ligados al positivismo, donde destaca el trabajo pionero del eminente maestro Enrique José Varona. Positivistas también fueron Andrés Poey, Manuel Sanguily, Raimundo Cabrera, Enrique Piñeiro y Fernando Ortiz, entre otros. Ellos, con excepción de Poey, apegado al pensamiento comteano, vieron en las ideas spencerianas la fórmula conveniente para hacer de Cuba un país independiente y moderno.

²⁶ Aguilar E., "Cuba 1860-1934", p. 70.

²⁷ Manuel Moreno Fraguas, *Cuba/España, España/Cuba*, Barcelona, Crítica, 1995, (Mitos Bolsillo), pp. 300-310.

²⁸ Pablo Guadarrama, *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana, Ciencias Sociales, 2004, pp. 12 y 13.

En aquellas condiciones el positivismo se presentaba como una filosofía optimista, llena de confianza en la ciencia, en la industria, en la cultura, en el progreso social. Estaba aliado al liberalismo, a la defensa de la democracia, la cual, a pesar de su carácter burgués, de lograrse resultaría favorable, puesto que significaba, en última instancia, acabar con el poder colonial.²⁹

Pero, aparte de sus convicciones y anhelos políticos, estos hombres colaboraron activamente en el desarrollo de las ciencias, la educación y la cultura de Cuba, convirtiéndose en intelectuales claves para entender la sociedad cubana de entre siglos. El Pacto del Zanjón favoreció también el apogeo de una clase ilustrada interesada en difundir la cultura cubana. Para la época hay un vivo resurgimiento de la prensa política, que debate en torno a los problemas de la isla. Resaltan diarios reformistas e incondicionales como *El Siglo*, *El Triunfo*, *El País*, el *Diario de la Marina*, *El Comercio*, etcétera.³⁰

El *problema negro*, como era conocido, era todavía un punto neurálgico del sistema político cubano, maxime con el auge que ganaron algunos sectores de este origen tras su participación en los diez años de guerra colonial. Sin embargo, era un hecho que ningún grupo político se interesaba por integrarlos genuinamente en un programa, y menos darles voz en un proyecto nacional; todavía pesaban mucho los prejuicios raciales y los temores haitianos. Por lo mismo, era prácticamente imposible pensar en una igualdad entre hombres blancos y de color. En ese sentido, se intentaba sólo ganarlos como grupo, sin ofrecerles demasiado. Esta estrategia de mantener la división racial estuvo presente en el interés de la corona por crear un partido negro liderado por Juan Gualberto Gómez, quien no aceptó la propuesta con el argumento de que la libertad era un asunto político y no racial; ello obligó a la autoridad metropolitana a ganarse el favor de este sector brindándoles diversas prerrogativas de igualdad social y cultural.³¹

Por su parte, desde la clandestinidad los separatistas sostenían posturas irreconciliables entre los intereses metropolitanos e insulares y la necesidad de la

²⁹ *Ibid.*, p. 18

³⁰ *Vid*, Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba: proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba, principalmente durante el siglo XIX*, 2 vols., La Habana, Trópico, 1938. Bernal, *op. cit.*, p.28.

³¹ *Loc. cit.*

ruptura. En la última década del siglo se fraguó la definitiva separación de la isla del sistema colonial español. Desde el exilio, bajo el liderazgo de José Martí, comenzó a planearse la guerra de independencia. La cúpula del movimiento pertenecía a los sectores criollos ilustrados, aunque destacaba también un fuerte contingente de combatientes -negros y blancos- de la guerra anterior. En 1892, la creación del Partido Revolucionario Cubano proporcionó a la guerra una dirección política e ideológica precisa, en donde los negros ya eran considerados parte de la cubanidad, aún cuando no se especificara la forma de su integración en el futuro de la isla. En 1895, con el Grito de Baire, los cubanos comenzaron la guerra definitiva contra la metrópoli. El conflicto se extendió a toda la isla a pesar de los esfuerzos metropolitanos, que fueron desde la política conciliatoria de Arsenio Martínez Campos hasta la política agresiva del general Valeriano Weyler, quien impuso la reconcentración de la población campesina para cortarles el apoyo a los insurrectos, que peleaban principalmente en áreas rurales conocidas como la manigua.³²

Para 1897 la situación se complicaba, porque ambos bandos estaban enfrascados en la guerra y, además, la presión internacional comenzaba a hacerse sentir en el gobierno español. La poca recepción de las cancillerías europeas frente al desastre español agilizó la puesta en práctica de la agresiva política intervencionista de los norteamericanos. En 1898, pese a la concesión de la autonomía en los territorios coloniales de Cuba y Puerto Rico, la vuelta al poder de los republicanos con William McKinley como presidente aceleró la intervención militar. Tras la publicación, el 9 de febrero de ese año en el *New York Herald* de la infortunada carta dirigida al político peninsular, José Canalejas, por Enrique Dupuy de Lome, representante español ante Washington, donde acusaba al gobierno estadounidense de intervenir descaradamente en el conflicto, aunada a la estridente voladura del acorazado "Maine" en aguas cubanas días después, la Casa Blanca encontró los argumentos perfectos para emitir el 19 de abril la famosa *Joint Resolution*, documento que de hecho era una declaración bélica al

³² Véase: Francisco Pérez Guzmán, "La revolución del 95. De los alzamientos a la campaña de invasión", en *Historia de Cuba, op. cit.*, pp. 439-470.

declarar pronunciamientos innegociables para la corona española como el artículo primero que establecía el derecho de Cuba a ser libre e independiente, y el siguiente que exigía la renuncia española a la autoridad y gobierno de la isla; para lograr estos objetivos Estados Unidos ponía a la disposición fuerzas militares.³³ En un desdibujado artículo cuarto, el gobierno norteamericano se comprometía a no ejercer dominio en la isla y dejar el gobierno en manos cubanas. Toda la atmósfera fue aprovechada por una descarada prensa amarillista interesada en explotar el sentimiento bélico, atizada desde los altos círculos de poder.³⁴

El ejército norteamericano, en ventajosa alianza con el ejército insurrecto, venció en pocas batallas a las fuerzas metropolitanas, y los políticos y militares estadounidenses, conscientes de su poderío, extendieron el conflicto hasta aguas filipinas y puertorriqueñas. En escasos cuatro meses, Estados Unidos logró lo que el Partido Revolucionario llevaba tres años: arrancarle la independencia a España. En agosto de 1898, mediante la representación francesa en Washington de Jules Cambon, el gobierno español cedió su dominio en tierras americanas. En diciembre se levantó la bandera de las barras y las estrellas en tierras cubanas tal como lo estipulaba el Tratado de París, documento que finiquitó el final de la hegemonía española en tierras americanas y que fue negociado sin la presencia de las fuerzas cubanas.³⁵

Empero, la independencia no se consolidó como lo delineaba el primigenio proyecto martiano. De 1899 a 1902 los estadounidenses tuvieron el poder absoluto en Cuba, puesto que se cuidaron de que el grupo revolucionario cubano no tuviera acceso al nuevo esquema de dominación, hecho que fue facilitado por las continuas riñas partidistas entre los líderes insurgentes. Asimismo, la política norteamericana tuvo como punto central desarmar por cualquier medio al ejército cubano, pues existía el temor de una revancha contra el nuevo poder, de manera que dicha política era alentada por el temor a la población de color, ya que un alto

³³ Enrique Pérez-Cisneros, *En torno al "98" cubano*, España, Editorial Verbum, 1997, pp. 29-39. *Vid*, Santovenia, *Armonías*, *op. cit.*, pp. 254-261, 271-273.

³⁴ *Vid*, Manuel Leguineche, *"Yo pondré la guerra" (W. R. Hearst) Cuba 1898: la primera guerra que se inventó la prensa*, España, Aguilar, 1998.

³⁵ Rolando Rodríguez, *Cuba. La forja de una nación*, Tomo II, La Habana, Ciencias Sociales, 1998, pp. 607-610.

porcentaje de los insurrectos provenía de la población negra y mulata, hecho que no encajaba con la estrategia de control de la República imperial. La táctica conveniente fue la de silenciar al ejército mediante la indemnización, que consistió en tres millones de dólares para los libertadores, repartidos por Máximo Gómez. Este suceso causó más divisiones entre el frente independentista.³⁶ Se reconoce, sin embargo, que en estos años de gobierno militar, Estados Unidos puso en marcha un programa de reconstrucción que incluía una campaña sanitaria, necesaria tras la desolación de los campos y la proliferación de epidemias y diversas enfermedades causadas por la reconcentración de los campesinos; también contemplaba un levantamiento del censo y un programa educativo, sobre todo para el nivel básico. Mientras en lo económico no había duda de que todo el proyecto estaría vinculado en su totalidad a la economía norteamericana.³⁷

En el terreno político la situación se encaminó a la imposición de nuevas reglas del juego por parte del nuevo poder, reglas en las cuales no se respetó en ningún momento el principio de la Resolución Conjunta de abril de 1898, en el sentido de que la intervención militar era para hacer respetar el derecho de los cubanos a su independencia. No se trató de negociar con el grupo insurrecto; la política era clara: o eran atraídos hacia el nuevo esquema de dominación, o simplemente quedaban relegados de la vida pública. Esta dirección fue aplicada desde el primer momento del traspaso de la soberanía, cuando el general John R. Brooke tomó el mando de los asuntos cubanos. En 1900, la política de dominio total se refrendó con el nombramiento del general Leonard Wood como gobernador militar, quien pondría en práctica la táctica del divisionismo al interior del grupo insurrecto, allanando así el camino para la inclusión de la Enmienda Platt como apéndice constitucional, que estaría vigente hasta 1934.

Fue este gobernador quien convocó a la Convención Constituyente de 1900, donde se originó la primera Constitución para la República de Cuba, firmada el 21 de febrero de 1901, a la cual se le agregaría en junio de ese año la citada

³⁶ Julio Le Riverend, *La República*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975, pp. 6-8.

³⁷ Vid, Planos Viñals, Concepción, "La primera ocupación norteamericana: objetivos y resultados", en Oscar Zanetti Lecuona, (coord.) *Historia de Cuba. La neocolonia, organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, La Habana, Instituto de Historia de Cuba-Editora Política, 1998.

enmienda, que aseguró el dominio absoluto de Estados Unidos.³⁸ Las estipulaciones centrales sujetaban al gobierno cubano en materia económica y militar al limitar su comercio internacional y al impedir el pleno derecho de su soberanía. Más explícito no podía ser el incómodo artículo tercero del documento el cual dejaba la seguridad de la isla en manos norteamericanas:

El gobierno de Cuba consentiría en que los Estados Unidos ejerciesen el derecho de intervención para preservar la independencia cubana el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual y para cumplir las obligaciones que el tratado de París imponía a los Estados Unidos y que debía asumir y tomar a su cargo el gobierno de Cuba.³⁹

A pesar de la serie de discusiones y confrontaciones generadas a raíz de tan onerosa carga para Cuba, la enmienda fue aprobada por quince votos contra catorce. Las explicaciones fueron muchas pero, sin duda, pocas opciones existieron en ese momento para tomar un camino más radical. Después de todo, como arguyó Manuel Sanguily:

había cooperado a la aceptación de la enmienda porque, por sus términos, la juzgaba favorable a la organización de la República y a la personalidad cubana, que de otro modo desaparecerían para siempre, y sobre todo, porque, tratándose de una imposición, la resistencia contra ella sería definitivamente funesta para las aspiraciones liberadoras...⁴⁰

Para 1903, la Enmienda se transformó en el Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos, año también en que se firmaba el Tratado de Arrendamiento de Bases Navales y Militares.⁴¹ La República de Cuba nacía como un semiprotectorado norteamericano; situación que fue determinante en la historia insular de la primera mitad del siglo XX.

El primer gobierno cobijado por la presencia norteamericana fue el de Tomás Estrada Palma, destacado político de la guerra de independencia que contendió en las elecciones contra Bartolomé Masó, otro personaje con realce por

³⁸ Vid, Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana*, La Habana, Ciencias Sociales, 1973.

³⁹ Santovenia, *Armonías*, *op. cit.*, p. 288.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 293.

⁴¹ Planos Viñals, *“La primera,” op. cit.*, pp. 17-25.

su participación en la guerra de independencia.⁴² Su periodo presidencial cubriría cuatro años, como lo estipulaba la Constitución cubana. De esta manera, durante su administración, de 1902 a 1906, el gobierno se caracterizó por un servil respeto a las exigencias norteamericanas y una apertura irrestricta a las políticas económicas estadounidenses encaminadas a controlar los principales rubros de la economía insular, como la industria azucarera y tabaquera, así como la adquisición extensiva de tierras y la inversión directa en infraestructura ferroviaria.⁴³ Durante el gobierno de Estrada Palma las relaciones comerciales entre Cuba y los Estados Unidos se estrecharon mediante el tratado de reciprocidad de 1903, que daba trato preferencial al azúcar cubano, reducía los derechos sobre las importaciones norteamericanas y estimulaba la inversión estadounidense, lo que favorecía la recuperación de los sectores ganadero y tabaquero.⁴⁴

Estrada Palma había mostrado desde la guerra de independencia una postura ambivalente frente a la influencia de la poderosa nación del norte; sin embargo, una vez en el poder afianzó su sentimiento pro norteamericano y creyó que, lejos de ser nociva, la presencia estadounidense era imprescindible para que Cuba fuera una república sólida.⁴⁵ Tal posición le generó la amistad de los grupos intervencionistas –casi siempre identificados con el conservadurismo insular- pero, a su vez, le mereció el desagrado de los aferrados liberales, que deseaban una verdadera independencia sin Estados Unidos. Alentado por el visto bueno del gobierno de la Casa Blanca y atrincherado en el Partido Moderado, cuyo origen era el Partido Republicano que lo llevó a la presidencia en 1902, Estrada Palma buscó la reelección y emprendió una violenta campaña contra sus opositores organizados en el Partido Liberal. Los métodos para la lucha fueron desde la tergiversación de los principios constitucionales hasta el uso de la violencia y el

⁴² Teresita Yglesia Martínez, *Cuba, primera república segunda ocupación*, La Habana, Ciencias Sociales, 1976, pp. 126-127.

⁴³ Le Riverend, *La República*, *op. cit.*, pp. 63-77.

⁴⁴ Aguilar, *Cuba*, *op. cit.*, p. 72.

⁴⁵ En las elecciones de 1901 sólo hubo el voto masculino restringido, a la mayoría de edad y que supieran leer. Un 70 % eran blancos y un 30 % de color. El sector negro fue perjudicado porque de 123.298 cubanos con posibilidad de votar, 96.463 no lo hicieron porque no sabían leer. Yglesia Martínez, *Cuba*, *op. cit.*, pp. 52-53.

asesinato de los enemigos políticos, como Enrique Villuendas, destacado personaje del bando liberal.⁴⁶ Las elecciones fueron ganadas mediante un aparatoso fraude, lo que ocasionó la decisión de los liberales de volver a las armas para defender sus derechos políticos, desarrollándose de esta forma la “Guerrita de agosto” de 1906, la que daría pie a la aplicación de la Enmienda Platt, medida propuesta por el gobierno de Estrada Palma.

La intervención de Estados Unidos en los asuntos cubanos de 1906 fue el pretexto ideal para reforzar la idea de que los cubanos no estaban preparados para el autogobierno. El gobierno provisional de Taft, secretario de Guerra, dispuso el cese de las hostilidades, y mediante la presencia de unos 5 000 *marines* se impuso nuevamente el orden en la isla. Después de manejarse varios nombres para la designación de gobernador militar, el cargo fue ocupado por Charles A. Magoon, quien estaba en Panamá como gobernador de la zona del Canal. Su gobierno comenzó en octubre de 1906.⁴⁷ De acuerdo con los planes de Teodoro Roosevelt, el nuevo gobernador debería calmar la situación y reconciliar a los liberales, quienes promovían el desorden. Magoon fue preciso y usó la corrupción como camino idóneo para la reconciliación nacional. A través de puestos en la administración pública, el gobernador se ganó el favor de los diversos grupos políticos, quienes fueron testigos del derroche económico expresado en el nivel de endeudamiento, que arrojó un saldo de once millones de pesos al final de su breve gestión.⁴⁸ Si la guerra de 1868 fue decisiva para estimular el nacimiento de la identidad cubana, la intervención de 1906 afectó profundamente el sentir colectivo de pesadumbre. Como comenta Aguilar: “Provocada por ellos mismos, pareció justificar las dudas de los cubanos acerca de su capacidad de autogobernarse. Minó el nacionalismo cubano y reforzó la “mentalidad plattista” que prefería dejar en manos de Washington las decisiones políticas de naturaleza definitiva.”⁴⁹

⁴⁶ Teresita Yglesia Martínez, “Organización de la república neocolonial” en Lecuona, *Historia, op. cit.*, pp. 69-71.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 75-80.

⁴⁸ Yglesia, *Cuba, op. cit.*, p. 92.

⁴⁹ Aguilar, *Cuba, op. cit.*, p. 75.

En 1908, por diferentes motivos en los que destaca el deseo del gobierno norteamericano de suavizar el rechazo que provocaba en Latinoamérica la política intervencionista, se realizaron las elecciones para el segundo gobierno republicano en Cuba. Otra vez, el enfrentamiento se dio entre el Partido Moderado, que postuló al general Mario García Menocal y Rafael Montoro para la presidencia y vicepresidencia. Mientras que los liberales decidieron unirse con la apuesta política de José Miguel Gómez y Alfredo Zayas. La fórmula liberal resultó electa; así comenzó en enero de 1909 el cuatrienio del presidente José Miguel Gómez –conocido como *El Tiburón*, porque salpicaba - que culminaría en 1913.⁵⁰ Sin embargo, Gómez “nunca fue del agrado de Washington, pues allí se le consideraba un elemento excitable, capaz de iniciar una insurrección, ligero y violento”, según palabras de Elihu Root, secretario de Estado norteamericano.⁵¹ Su administración, aunque reafirmó el carácter liberal de su gobierno y prometió hacer de la isla una verdadera república democrática, mantuvo en esencia la misma política de corrupción y prebendas de su antecesor Estrada Palma. En materia económica reforzó la dependencia hacia Estados Unidos, mientras que en el campo político mantuvo cerrada la entrada a todo aquel que no perteneciera a los grupos de poder. Durante su ejercicio resaltó la brutal represión contra el Partido Independiente de Color, liderado por Evaristo Estenoz, el cual, después de no encontrar espacios para el debate legal, decidió alzarse en armas a mediados de 1912. La represión fue aplaudida por los grupos de poder, porque en la sociedad que ostentaba raíces conservadoras pesaba mucho darle espacios de cualquier género a la población negra y mulata de la isla. El hecho, además, enfrentó al gobierno cubano con los norteamericanos, al negarse el presidente Gómez y Manuel Sanguily, secretario de Estado, a aceptar la ayuda militar ofrecida por los norteamericanos para sofocar la rebelión.⁵²

Sin embargo, aunque la situación política seguía la misma tendencia, el escenario de la década de 1910 era diferente para Cuba. Creció la población y aumentó la inmigración, sobre todo de españoles. Desde 1908 Cuba tenía dos

⁵⁰ *Ibid.*, p. 97.

⁵¹ Yglesia, “Organización”, *op. cit.*, p. 84.

⁵² Le Riverend, *La República*, *op. cit.*, pp. 122-127.

millones de habitantes, un 70% blancos; La Habana, su capital y principal ciudad de la isla, tenía 300.000 habitantes y había cambiado su fisonomía. El barrio del Vedado se convirtió en el sector de los ricos, europeos y norteamericanos principalmente. El nuevo escenario también era un amasijo de tradiciones españolas y el modo de vida a la norteamericana, un escenario heredero de la tradición pero ansioso de modernidad.⁵³

Tras el logro de la independencia y de manera paralela a la discusión sobre el futuro político del Estado cubano y sus relaciones con Estados Unidos, también surgió de manera importante la discusión sobre la idea de lo nacional, sobre los elementos para construir la *cubanidad*. 1902 vio nacer un Estado sin un cimiento de lo nacional. De ahí la urgencia de crear imágenes propias, tejer una historia nacional con tintes de cubana, y una identidad fuerte, sobre todo que marcara la diferencia de la isla frente a Estados Unidos y demostrara que había una cultura nacional capaz de respaldar un proyecto político y hacer de Cuba una nación en toda la extensión de la palabra.⁵⁴ Desde la primera década del siglo se sentaron las bases sobre las que descansaría la cubanidad, los que se fortalecerían en los años treinta. La cuestión racial, la gesta independentista, la tradición, la herencia hispana, fueron los elementos más importantes a discutir por la intelectualidad cubana de la primera mitad del siglo, donde destacó el pensamiento de Enrique José Varona, Ramiro Guerra, Emilio Roig de Leuchsenring y el eminente antropólogo Fernando Ortiz, quien modificó el sentido de la cubanidad al entenderla no desde el prisma de la raza, sino de la cultura. En la opinión de los especialistas:

Ello contribuyó a que Ortiz fuera uno de los principales intelectuales que elaboraron un nuevo imaginario nacional, en el que las diferencias de color y de culturas fueran elementos de riqueza y no de exclusión, pobreza o degeneración. Fue precisamente el estudio de las culturas y no de las razas lo que desembocó en la definición de la cubanidad como una categoría de cultura en la que la fusión de todos los aportes étnicos de la isla llevaría a la integración

⁵³ Hugh Thomas, *Cuba. La lucha por la libertad*, Barcelona, Debate, 2004, pp. 361-363.

⁵⁴ *Vid*, Consuelo Naranjo Orovio, "Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, Vol. 58, núm. 2, octubre-diciembre 2003, pp. 517-519.

de todas las fuerzas sociales que formaban parte de Cuba y de su nacionalidad.⁵⁵

Respecto al carácter moderno de Cuba cabe hacer algunos comentarios. En la historiografía de la historia cubana se establece que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, con el despegue del auge azucarero, inició el proceso modernizador de la isla. Antes de este proceso, los estudiosos del tema indican que en los siglos anteriores la isla era un lugar pobre y atrasado frente al resto del imperio hispanoamericano.⁵⁶ Se ha destacado la opulencia del reino de la Nueva España, que en los albores del siglo XVIII la ciudad de México tenía 300 000 habitantes, cuando “La Habana y Nueva York no eran más que dos modestos puertos”.⁵⁷ El proceso comenzó cuando la colonia se integró en el circuito mercantil del azúcar, generándose las primeras transformaciones materiales ligadas a la producción del dulce. De la misma manera, el contacto comercial trajo aparejada una intensa red de relaciones mercantiles y culturales, evidenciadas por la llegada de inmigrantes atraídos por la pujanza azucarera de la isla. El primer impulso modernizador surge del grupo de criollos conocidos como sacarócratas, donde destacó la labor de Francisco de Arango y Parreño. En la última década del siglo XVIII se sucedieron muchas innovaciones en Cuba. Se fundó una biblioteca pública, se crearon hospitales, un manicomio y escuelas públicas para los niños blancos. Se introdujo una máquina de vapor de la firma Reinhold destinada a la producción azucarera. Se comenzaron a usar los trapiches hidráulicos en la parte occidental de la isla y diferentes técnicas, así como el mejoramiento del azúcar con la introducción de la caña *otahití*.⁵⁸ La ventajosa situación de la producción azucarera cubana tras la ruina de Haití catapultó esta modernización, por lo que la isla se convirtió en el primer productor azucarero a nivel mundial.

La situación bonancible afectó también el desarrollo de las ciencias y las artes. Ligadas al factor productivo, instituciones como el Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio fueron abiertos a los seglares y superaron a la Universidad

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 536 y 537.

⁵⁶ Richard, M. Morse, “Cuba”, en Morse, *Las ciudades, op. cit.*, El crecimiento, Vol. 2, pp. 141-161.

⁵⁷ Franco, *Documentos, op. cit.*, p. XIII.

⁵⁸ Thomas, *La colonia, op. cit.*, p.46.

de La Habana por sus modernas cátedras, como álgebra superior, cálculo diferencial e integral, química moderna y física experimental, todas impartidas en castellano. Se inauguró una cátedra de economía política en 1818, mismo año que se imparte en la Universidad de Harvard. Se estimuló también un intenso intercambio intelectual entre la élite cubana y los centros de investigación europeos, y comenzó a surgir una literatura defensora de los derechos de los esclavistas, escrita por voceros como José Antonio Saco y Francisco de Arango y Parreño.⁵⁹ Por tanto, la modernización de Cuba era atípica en el mundo colonial hispanoamericano. A decir de Moreno Fraginalls: “La sacarocracia cubana probaba una vez más ser el sector de más alto nivel cultural, y más consciente, agresivo y *moderno*, que conociese América Latina en la primera mitad del siglo XIX”.⁶⁰

Los años treinta fueron testigos de otro gran suceso que contradecía el papel de Cuba como colonia moderna frente a España como metrópoli atrasada. Los ferrocarriles llegaron primero a la isla que a España. La línea de La Habana a Bejucal se inauguró en 1837, y la de La Habana a Güines en 1838. En 1848, cuando España abre su primer tramo Barcelona-Mataró con 29 kilómetros, en Cuba había ya 618 kilómetros de vías férreas ligadas al circuito azucarero. A la saga ferrocarrilera le siguió el cambio del paisaje urbano. A La Habana y Santiago de Cuba, ciudades principales de la primera mitad del siglo XIX, se les unieron nuevos centros urbanos como Matanzas, considerada en 1840 como la *Atenas de Cuba* por su importancia cultural ligada a su desarrollo económico y demográfico. Cienfuegos también experimentó un considerable crecimiento, así como Trinidad y Puerto Príncipe (Camagüey).⁶¹ Para los sesenta, el paisaje urbano cubano reflejaba el peso del mundo del azúcar. La parte occidental era la parte más modernizada y próspera, mientras el oriente era la parte olvidada del proceso. Esta situación de Cuba frente a su metrópoli durante el siglo XIX ha sido objeto de varios análisis, al ser la isla un caso atípico de colonización. “Cuba era una colonia política de España sin ser, en el sentido de la economía clásica, una colonia

⁵⁹ Moreno Fraginalls, *Cuba/España, op. cit.*, pp. 174-175.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 179.

⁶¹ Moreno Fraginalls, *Cuba/España, op. cit.*, pp. 243-258.

económica".⁶² O como afirmara en 1841 Adolphe Jollevet, analista francés, Cuba no era una colonia.⁶³

2.2- Cuba: Una perla codiciada

La isla de Cuba, desde la llegada de los españoles, fue considerada una posesión importante para los planes expansionistas del imperio español. La situación estratégica del territorio se fue acrecentando con las guerras imperiales de los siglos XVI, XVII y XVIII. Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca, fueron tras el rastro de la experiencia imperial de España; el Circuncaribe se convirtió en el escenario de las guerras imperiales de esos siglos. Esta intensa pugna fue responsable de la configuración histórica de la región. Las grandes Antillas fueron objeto de innumerables reacomodos surgidos de las rivalidades imperiales. El imperio español sufrió los embates de Francia e Inglaterra, que mostraban interés en posesionarse de las estratégicas Antillas mayores como Puerto Rico, Cuba y La Española. Tras la ocupación inglesa de La Habana entre agosto de 1762 y junio de 1763, España cedió La Florida a la corona inglesa, y en los noventa asintió pasar a Francia la parte española de Santo Domingo.⁶⁴ Un acontecimiento americano reconfiguró la historia de la región, convirtiéndose en eje rector de la misma. En 1776 la independencia de las Trece Colonias y la posterior conformación de los Estados Unidos de Norteamérica significó el origen de un interés por la región Caribe, considerada central en la seguridad nacional norteamericana. Cuba, la perla de las Antillas, ocupó un lugar central en la agenda política de los gobiernos estadounidenses. De tal manera que la historia antillana del siglo XIX es una historia engarzada a la norteamericana. En un proceso complejo, Estados Unidos planeó la política exterior con especial cuidado. Quería poseer la isla, pero acorde con sus intereses. Y, a su vez, este interés generó una activa respuesta manifestada en los continuos proyectos anexionistas gestados al

⁶² *Ibid.*, p. 181.

⁶³ *Loc. cit.*

⁶⁴ Este proceso ha sido estudiado con detalle por Juan Bosch, *El Caribe: frontera imperial. De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, La Habana, Ciencias Sociales, 1983.

interior de la isla, que buscaron por todos los medios formar parte de la Unión como medio de resolver los problemas con la metrópoli y evitar a la par las consecuencias de un movimiento emancipador. En apariencia había concordancia entre los deseos norteamericanos y los anexionismos cubanos; sin embargo, el asunto fue complejo por el choque de intereses y, sobre todo, porque Estados Unidos defendió a ultranza la política respecto a Cuba de poseerla sin negociar con los cubanos. Pese a las connotaciones y cargas ideológicas que han pesado en las relaciones de Estados Unidos y Cuba, la realidad, al menos para el siglo XIX, es que fue una relación de ida y vuelta, con ventajas y desventajas, con bastante antagonismo pero también con convergencias muy fuertes. Estados Unidos vio con buenos ojos la posesión de Cuba y para muchos criollos cubanos, la anexión se convirtió en la panacea de sus problemas, muchos proyectos políticos se sustentaron en la posibilidad de contar con el cobijo norteamericano. Esta historia es la que está tejida alrededor del anexionismo cubano, pero también estuvo presente en las apuestas independentistas fraguadas en la isla y en el exilio. En este sentido, cabría señalar que si Estados Unidos siempre vio con ojos expansionistas a Cuba, la isla también se orientó hacia el poderoso vecino.

Desde muy temprana hora, el gobierno norteamericano dibujó el plan de su política exterior con miras a lograr el predominio marítimo del área. En 1805 el presidente Jefferson ponía en primer lugar el papel estratégico de Cuba en la defensa de la nación y cuidaba con esmero que la codiciada isla no pasara a manos de otra potencia, como Inglaterra. De este principio deriva la condición de que España continuara con la posesión de la isla hasta que pudiera ser norteamericana. En 1823, en el contexto de las independencias americanas John Quincy Adams, secretario de Estado en el gobierno de James Monroe, enunció la teoría de la “fruta madura”; en la nota dirigida al gobierno español advierte del interés norteamericano sobre la isla y la conveniencia de que siga siendo española.⁶⁵ En una larga argumentación geopolítica, Adams habla de la fuerza de la geografía que ha unido el destino de su país a la isla caribeña. El destino de ambos es promisorio para tiempos venideros, pero para hacerlo realidad España

⁶⁵ Santovenia, *op. cit.*, pp. 26-29.

debería mantener el dominio. Con una explicación de carácter científico el político norteamericano sellaba el ineludible destino de Cuba:

...hay leyes de gravitación política como las hay de gravitación física y así como una fruta separada de su árbol por la fuerza del viento, no puede aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez separada de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, es incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión Norteamericana, y hacia ella exclusivamente, mientras que a la Unión misma, en virtud de la propia ley, le será imposible dejar de admitirla en su seno.⁶⁶

A fines de 1823, la política estadounidense se afianzó con la proclama de la doctrina Monroe, que alejaba todo peligro europeo del continente, y en especial de Cuba. Sin duda, la tendencia anexionista que veía en la unión con Estados Unidos la más óptima salida para Cuba, respondió también al proceso histórico desarrollado en Cuba centrado en el azúcar y en la esclavitud. Desde principios del siglo XIX surgió el anexionismo como postura política. Un sector de la élite cubana buscó por todos los medios convencer a la política norteamericana para que se aceptara la unión de la isla a Estados Unidos. Para la Casa Blanca, el asunto fue considerado prematuro, y prefirió esperar a que soplaran mejores vientos. Se inclinó a favorecer la permanencia del dominio español, impidiendo la proliferación de movimientos independentistas o el traspaso de la colonia a potencias europeas. De esta manera se resumía la postura estadounidense: “Cuba para España, mientras no pueda pertenecer a los Estados Unidos; pero nunca para los cubanos”.⁶⁷

Nuevamente el anexionismo resurgiría en los años treinta con el endurecimiento de la política española que excluyó a la isla de las Cortes metropolitanas; alrededor de las ideas de José Antonio Saco, la idea anexionista volvió a figurar en el horizonte político. Las rebeliones de esclavos ocurridas entre 1842 y 1844 suscitaron graves temores para los esclavistas cubanos, que pedían efusivamente la protección estadounidense. La política anexionista fue favorecida, además, por una nutrida emigración cubana a los Estados Unidos que huía de la isla ante la feroz represión del capitán general Miguel Tacón.

⁶⁶ Roig de Leuchsenring, *op. cit.*, p. 195.

⁶⁷ Philip S. Foner, *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, La Habana, Ciencias Sociales, Tomo 2, p. 9.

Las motivaciones de los anexionistas eran de carácter prioritariamente económico. Estados Unidos era el principal mercado del azúcar cubano y la política restrictiva de la corona española impedía crear lazos económicos favorables a los insulares. La unión como parte de la Federación los ubicaría en posiciones envidiables y, por supuesto, perpetuaría el sistema esclavista.⁶⁸ La defensa de estos intereses forzó a los anexionistas a ensayar todas las fórmulas para hacer realidad su sueño.

La demanda anexionista, además ganaría fuerza con el despegue de la tesis del Destino Manifiesto, la cual además de los preceptos morales y providencialistas, urgía a ganar territorios para la nación norteamericana.⁶⁹ Después de la guerra entre México y Estados Unidos, donde se perdió una gran porción territorial, los cubanos anexionistas vieron la oportunidad de que el gobierno norteamericano adquiriera la isla mediante compra. Los miembros del Club de La Habana, poderosa asociación de cubanos anexionistas, en concordancia con políticos norteamericanos como John L. O'Sullivan, hicieron presión al gobierno de James Polk, para negociar la compra. Los propios cubanos se comprometían a crear un fondo de cien millones para pagarle a España. El plan estaba armado; el general venezolano español Narciso López, comenzaría una rebelión en la isla a la que seguiría la oferta de compra de Estados Unidos. Pero, una vez más, el gobierno estadounidense prefirió esperar, y en una maniobra diplomática denunció el plan a España, asegurándole la posesión de la colonia de Cuba.⁷⁰ Pese a tal revés, el empeñado general siguió intentando la anexión de Cuba mediante la invasión.

Todavía a mediados de siglo el debate anexionista tenía vida. Las posturas se radicalizaron con la política metropolitana de intransigencia ante cualquier medida que discutiera el derecho de posesión de la colonia antillana. En Estados Unidos se levantó una ola a favor de la anexión que engarzaba a la perfección con la propagación de las tesis del Destino Manifiesto, donde destacaba la labor de

⁶⁸ Foner, *Historia de Cuba, op. cit.*, p. 11-13.

⁶⁹ Rosario Rodríguez Díaz, *El destino manifiesto en el discurso político norteamericano (1776-1849)*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1997. (Alborada Latinoamericana, 10).

⁷⁰ Foner, *Historia de Cuba, op. cit.* pp. 22-30.

prominentes políticos norteamericanos como James Buchanan y William H. Seward, interesados en fortalecer el poder del sur esclavista.

Empero, la tendencia anexionista menguó, tanto por la retractación de políticos como José Antonio Saco, que desde 1848 alertó sobre el peligro anglosajón y la inminente pérdida de la identidad cubana si se daba la anexión, como por la Guerra de Secesión en Estados Unidos, iniciada en 1860, así como el endurecimiento de la resistencia española a la presión británica para que cerrara el mercado esclavista. De esta manera, en los años sesenta los otrora anexionistas y esclavistas como Miguel Aldama y Francisco Frías, conde de Pozos Dulces, entre muchos otros, acercaron más sus propuestas reformistas a las reivindicaciones del liberalismo político: autogobierno, libertades políticas, Estado de derecho, libertades económicas, etcétera.⁷¹

Desde inicios de siglo XIX alentada por las intensas relaciones económicas entre Estados Unidos y Cuba, creció una importante inmigración cubana en el país del norte. Con fuertes vínculos en el sector productivo y comercial y una importante presencia en los círculos de opinión pública, la colonia cubana pronto se convirtió en un importante grupo de presión en Estados Unidos. Tras la muerte del anexionismo como postura política, los cubanos exiliados comenzaron a activar redes de diplomacia informal tendientes a buscar el apoyo estadounidense para la consecución de la independencia cubana. Esta diplomacia fue en extremo activa en las dos guerras principales, la de los Diez Años y la de 1895. Esta situación de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos generó una rica red de relaciones y un imaginario que pervive hasta el día de hoy.

⁷¹ *Ibid.*, p.17. Isabel Monal, Olivia Miranda, “Bosquejo de las ideas en Cuba hasta finales del siglo XIX”, en *Filosofía e ideología de Cuba (siglo XIX)*, México, Centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos, ccydel, UNAM, 1994, (Panoramas de Nuestra América), pp. 38, 39.

2.2.1 México y Cuba: Líneas históricas

En los territorios de México y Cuba antes de la llegada de los españoles se registraron vínculos culturales entre los pueblos de la costa del Caribe; sin embargo, hasta el proceso de conquista y colonización ambos territorios se enlazaron a la lógica imperial de la corona española, para entrar de lleno en el mundo de rivalidades entre las potencias del viejo mundo escenificadas en los territorios americanos. Cuba, por su importante posición geoestratégica rápidamente fue convertida en punta de lanza para la conquista de los territorios en Tierra Firme, erigiéndose como un bastión militar del gobierno español. Por su parte, la conquista de México pronto evidenció la riqueza de las nuevas tierras conquistadas, las cuales fueron llamadas Virreinato de la Nueva España. Muy pronto adquirió rasgos de un *imperium in imperio*. Dentro de su jurisdicción gravitaban las audiencias de México, Guadalajara, Guatemala, Santo Domingo y Manila, y era la suma de varios reinos.⁷²

“Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico –durante los siglos XVI y XVII y gran parte del XVIII- eran, en el Caribe, los parientes pobres y molestos de la gran familia imperial hispánica”. Con estas palabras define José Luciano Franco la historia del Caribe español.⁷³ La situación especial que tuvieron estas islas respecto al territorio continental fue determinante para generar dicha molestia. El papel ejercido por el Virreinato novohispano en la economía y la política de la isla de Cuba pronto hizo sedimentar la idea de dependencia, hecho señalado como el primer gesto de sentimientos imperiales de las élites novohispanas primero, y mexicanas después. Quizá el aspecto más relevante en el afianzamiento de los vínculos intercoloniales entre la Nueva España y Cuba sea el de los situados, una especie de remesas -en metálico y diversos productos y bienes- enviadas a Cuba con las cuales se financiaban rubros estatales, militares y administrativos.⁷⁴ Estas remesas se mantuvieron desde 1556 hasta 1811; los estimados calculan en una

⁷² Rojas, *Historia*, *op. cit.*, p. 35.

⁷³ Franco, *Documentos*, *op. cit.*, p. XI.

⁷⁴ Julio Le Riverend, “Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518-1820), en *Revista de Historia de América*, núms. 37 y 38, México, Instituto Panamericano de Historia, 1954, p. 87. Rivera Carbajal, *México*, *op. cit.*, pp. 85-96.

fuerte suma el dinero enviado a la isla en forma de situados. Jacobo de la Pezuela, uno de los primeros estudiosos del caso, decía que entre 1511 y 1811 se enviaron 168 150 504 pesos fuertes desde Nueva España a Cuba.⁷⁵

Las colonias, además, mantenían una compleja red de relaciones mercantiles según la disposición de la corona española, pero también se tejieron dichas relaciones a contrapelo de la estipulación metropolitana. En los siglos XVI y XVII el comercio fue muy activo entre las dos colonias. La Nueva España enviaba a Cuba harina, jabón, bizcocho, –pan dulce-, lana, palo de tinte, cueros, granos. Mientras de la isla llegaban al virreinato azúcar, melado de caña y esclavos. Se calcula que a mediados del siglo XVII las exportaciones de la Nueva España a la isla fluctuaban entre 200 000 y 400 000 reales, mientras las exportaciones de Cuba al virreinato no rebasaban los 15 000 reales.⁷⁶ Sin embargo, esta balanza sufrió con los vaivenes del proceso económico insular, pues con el auge tabaquero y posteriormente azucarero, la isla comenzó a tejer relaciones comerciales más allá del mercado colonial colocando sus productos en los mercados europeos y norteamericano e importando mercancías para comerciar con las colonias americanas. De esta manera, a fines del siglo XVIII de la Nueva España la isla se abastecía de productos ya conocidos como harina, tasajo, pescado curado, maíz en grano, etcétera.⁷⁷

La condición que guardaba Cuba respecto al virreinato de la Nueva España desembocó en ideas de pertenencia sobre la región insular. El puerto de La Habana fue considerado durante mucho tiempo dependencia de Nueva España, al igual que las Filipinas. El papel militar de la isla en la defensa de la Nueva España fue enfatizado por el barón de Humboldt en su célebre ensayo político sobre la isla de Cuba, donde explicaba la sumisión que tenía la isla respecto de México. Aseguraba que en Madrid consideraban a Cuba y las Filipinas, como “unidas a la

⁷⁵ Rojas, *Historia, op. cit.*, p. 56.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 48.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 50-51.

metrópoli mexicana por todos los vínculos de comercio, de asistencia mutua y de los más antiguos afectos".⁷⁸

Estos datos y situaciones de las relaciones intercoloniales entre Nueva España y Cuba se tornaron, una vez iniciada la lucha por la independencia mexicana, en fuertes argumentos para la ejecución de una política exterior donde muchas veces se apostó por la anexión. Rafael Rojas ha encontrado en sus valiosas investigaciones la existencia de un imaginario imperial en las élites mexicanas y cubanas, presente de 1821 a 1898. Desde la fundación del incipiente Estado mexicano la idea de formar un gran imperio en la América Septentrional rondará la mente de los insurgentes mexicanos. Ese gran imperio se sustentaba en el pasado colonial del virreinato que influía en los destinos de las colonias españolas en el Caribe y la zona centroamericana. México, una vez lograda la independencia y derribado el imperio iturbidista, entra a la carrera imperial por la posesión de La Habana. Activa de pronto una política aguerrida que busca negociar cerca de los poderes imperiales la legitimidad para iniciar una política encaminada al logro de la independencia de Cuba con la anexión a México como antesala de ésta. En las negociaciones con el gobierno inglés, en 1824 Mariano Michelena, enviado mexicano en Londres, insiste en el Memorándum sobre el pretendido derecho de México sobre el suelo cubano:

Basta echar la vista sobre el mapa y medir la distancia que hay entre el Cabo Catoche y el Cabo de San Antonio para convencerse de que la isla de Cuba es un apéndice del continente americano, al cual parece haber estado unida en tiempos anteriores; que bajo el dominio de la España, La Habana ha estado bajo la tutela de México y ha recibido de aquella capital los auxilios pecuniarios que ha necesitado... En fin, si se considera que esta isla es la llave del gran seno sobre cuyas bases se extiende la población mexicana, fácilmente se convendrá que ninguna potencia americana tiene mejor derecho que México para reclamar la posesión de Cuba...⁷⁹

La política seguida por México tomó como punto de partida este principio de posesión amparado en la historia colonial. Las empresas fraguadas en México por grupos de cubanos y mexicanos que buscaban la independencia cubana, como la

⁷⁸ Vid, Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, Estudio introductoria de Miguel Ángel Puig Samper, Consuelo Naranjo, Armando García González, Madrid, Doce Calles, Junta de Castilla y León, 1998.

⁷⁹ Rojas, *Historia*, *op. cit.*, p. 112.

Gran Legión del Águila Negra, así como la Junta Promotora de la Libertad Cubana, tuvieron en su contra muchos factores, entre los principales la política norteamericana dirigida a mantener por todos los medios el dominio español en Cuba, e interesada por ello en obstaculizar cualquier empresa que llevara por meta el cambio político de la isla, pero también pesó en mucho la respuesta de los cubanos frente a los deseos mexicanos. Para la sacarocracia, el patrocinio de México a la independencia cubana resultaba hasta contraproducente, pues no deseaban la independencia, sintiéndose más seguros al cobijo de la bandera española; más temor les causaba el ejemplo de Haití que la esperanzadora libertad continental. No eran renuentes al anexionismo, pero esperaban que la oferta viniera de Estados Unidos. “Así, desde 1808, la opción política de las élites insulares se fue desplazando íntegramente hacia una lealtad realista que les permitiera conservar el esquema económico de la plantación esclavista y, a la vez, acelerar la integración al mercado norteamericano del azúcar.”⁸⁰ Los argumentos esgrimidos por Arango y Parreño, líder de la élite azucarera, apuntaba que, más allá de la naturaleza y la cultura, la experiencia histórica y el proceso económico de Cuba estaban más cerca de Estados Unidos.⁸¹

Mientras para el grupo de cubanos con deseos independentistas que laboraban en México o en Estados Unidos, si bien apoyaban el patrocinio mexicano a la independencia, no dejaron de percibir cierto peligro en el apoyo mexicano. Así lo confirman las actitudes y pensamientos de Antonio José Valdés, cubano cercano al gobierno mexicano desde tiempos de Agustín de Iturbide, así como los testimonios del padre Félix Varela, quien en los años veinte, desde tierras norteamericanas, escribía en el periódico *El Habanero. Papel político científico y literario*, en cuyas páginas emitía sus opiniones alrededor de una independencia con auxilio externo. Interesante es la crudeza con la que califica la postura de los peninsulares y criollos: “Es preciso no equivocarse. En la isla de

⁸⁰ Rojas, *Historia*, op. cit., p. 222.

⁸¹ *Ibid.*, p. 223.

Cuba no hay amor a España, ni a Colombia ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café.”⁸²

También en esos años, pero desde México, el poeta José María Heredia mostraba reticencia de la ayuda o promoción mexicana para la independencia de su patria. Más tarde, ya involucrado en los asuntos políticos al ser nombrado 5° oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores con el gobierno de Guadalupe Victoria, fue suavizando su sentir respecto a la intromisión de México; el cambio quizá fue genuino, o quizá respondía a la lealtad con el presidente Victoria.⁸³

El fin de estos episodios de tan activa diplomacia mexicana en la isla fue condicionado por el gobierno español al firmar en 1836 el tratado Santa María-Calatrava, en el cual impone a nuestro país un artículo secreto por el que México se abstenía de promover un cambio en el estatus político de la isla. El peso de esta cláusula definió la futura política del gobierno mexicano. La situación en Cuba tras los años treinta, y su gradual inclinación política y comercial a los Estados Unidos, apagaron los deseos anexionistas de México. Sin embargo, durante el siglo XIX el país continuó recibiendo inmigrantes cubanos con clara filiación independentista, los cuales, al instalarse en diferentes puestos de la administración gubernamental, se apegaron al principio estipulado en el artículo secreto de 1836, por medio del cual el gobierno mexicano moldeó su conducta frente a los movimientos independentistas gestados en la isla. Pero, tras la consolidación del Estado nacional durante el gobierno de Porfirio Díaz, México reactivaría su política exterior en la región del Caribe, y el tema de la anexión volvió a la mesa. Tras bambalinas se ventiló oficiosamente la posibilidad de ofertar una vez más la anexión como salida de emergencia a la guerra librada por los cubanos en 1895. En esta ocasión se intentó negociar una indemnización a España y mediar con el gobierno norteamericano. El grupo insurrecto no fue considerado como actor o sujeto de negociación, lo cual irritó el ánimo de los independentistas, que buscaron afanosamente el apoyo latinoamericano, pero sin

⁸² Luis Navarro García, “Los proyectos de invasión y el pensamiento de Varela”, en Luis Navarro García, *La independencia de Cuba*, Madrid, MAPFRE, 1992, p.109.

⁸³ *Ibid.*, pp. 345-346.

negociar la independencia total. Los planes y la aguerrida propaganda recurrió a la historia de los primeros años de la independencia y utilizó los argumentos ya sabidos de la vecindad geográfica y del papel dependiente que la isla tuvo respecto a México.⁸⁴ El asunto de la anexión a la mexicana, ha sido espinoso porque se ha alentado la idea de una simpatía ideológica entre México y Cuba fundada en sentimientos y solidaridades comunes, sin embargo, el análisis de este anexionismo pone al descubierto “el realismo político con que siempre actuaron esas élites (mexicanas) en la satisfacción del interés de su Estado”.⁸⁵ Más allá de la historia y la geografía o condicionadas por ello, Cuba y México han sido vecinos más bien distantes y hasta hubo empeño de ambos lados del Caribe porque así lo fuera.

⁸⁴ Este tema de la propuesta anexionista ha sido abordado desde diferentes ángulos por la mayoría de los estudiosos citados en la introducción. Adolece, sin embargo, de la opinión cubana sobre él.

⁸⁵ Rojas, *Historia, op. cit.*, p.33.

Capítulo III

La modernidad mexicana desde Cuba

3.1- Apología del progreso

A fines del siglo XIX el paradigma del progreso y la modernidad era el reinante. Sus contradicciones, si bien merecieron críticas, no opacaban las voces que apoyaban la ineludible ley del progreso lineal. La ciencia y la industria eran considerados los fundamentos primordiales; con esos parámetros se medía lo moderno de los países y del mundo. Detrás de dichos parámetros existían otras ambiciosas metas como alcanzar la democracia, hacer extensiva la educación y dar solución a los problemas sociales mediante la extensión de las garantías individuales y sociales. No había duda de que esa era la senda correcta. En este sentido, los proyectos nacionales se fincaban en esos parámetros patrocinados por la modernidad y México no escapó a ese patrón.

En 1896, en pleno esplendor del progreso mexicano, el presidente Porfirio Díaz presentaba a la opinión pública, en un extenso informe, “una síntesis de la Administración Pública desde principios de ochenta y cinco a la fecha”.¹ En la parte introductoria el gobernante exponía las tareas prioritarias de su gobierno, las cuales no eran más que las exigencias de la modernidad decimonónica. Si México deseaba ser una nación moderna, el camino a seguir a partir de 1876 era:

...explotar sus elementos naturales de riqueza; la de repoblar su territorio que las guerras extranjeras e incontables contiendas civiles con su siniestro cortejo de miserias y calamidades, habían casi despoblado; la de surcar el territorio con amplias y rápidas vías de comunicación; la de abrir a nuestros productos nuevos mercados; la de procurar el ensanche de nuestras transacciones mercantiles, la de acabar de una vez por todas con la penuria fiscal y sus funestas y hasta entonces inevitables consecuencias; la de restablecer el perdido crédito nacional; la de difundir la instrucción en el pueblo y, en suma, la de promover en todos sentidos y todas formas la prosperidad pública y privada, redimiendo con ello al pueblo de la doble esclavitud de la ignorancia y de la

¹ Porfirio Díaz, *Informe del ciudadano general Porfirio Díaz presidente de los Estados Unidos Mexicanos. A sus compatriotas. Acerca de los actos de su administración en los periodos constitucionales comprendidos entre el 1° de diciembre de 1884 y 30 de noviembre de 1896*, México, Imprenta del gobierno, 1896.

miseria y elevando a la Nación por su riqueza y su poderío al alto nivel que le corresponde ocupar en el concierto de los pueblos civilizados.²

En 1896 ya se había avanzado un tramo de la ruta, sobre todo en el aspecto material del proyecto. Como ya se ha mencionado, el régimen vivía sus mejores glorias en el plano hacendario; en lo internacional, las relaciones habían mejorado y el país había ensanchado su presencia diplomática en el mundo. Todos estos adelantos fueron explotados y reseñados a detalle en el mencionado informe; todo para que no quedara duda del adelanto de la nación mexicana.

La necesidad de proyección de este logro también se denotó en el interés que suscitaron en la opinión pública las opiniones generadas en la prensa extranjera. A partir de los noventa se evidenció una atención por reproducir notas de este tipo. Por una parte, se hacía eco de los artículos lisonjeros de la prensa europea y norteamericana, y, por la otra, se publicaban artículos de periódicos latinoamericanos con tema mexicano. Son interesantes muchos artículos de periódicos chilenos y centroamericanos que debatían la pretendida modernidad mexicana, los que causaron furibundas réplicas de los algunos intelectuales mexicanos. Sin embargo, la modernidad y el progreso como metas finales de la humanidad eran avaladas aún por los más férreos críticos del régimen porfirista, quienes no ponían en duda la necesidad de ser modernos, sino, sólo la caricatura que era ese México porfiriano frente a los parámetros europeos y norteamericanos.

Entre 1900 y 1902 otra gran síntesis del progreso mexicano impactaría y trascendería más que los elogiosos informes presidenciales. La obra cumbre coordinada por el maestro Justo Sierra titulada *México: su evolución social...*³ se convertiría en el reflejo del cambio generado en México en todos los niveles; pero, sobre todo, mostró el giro de la historia mexicana del liberalismo al positivismo. Justo Sierra y sus doce colaboradores, todos ellos escritores positivistas y encumbrados personajes de la política y la administración porfirista, tomaron la pluma para explicar los principales peldaños que sustentaban la evolución y el

² *Ibid.*, p.7.

³ Justo Sierra, (coord.) *México, op. cit.*

progreso del país. El título, en opinión de Matute, encerraba la esencia de la obra monumental:

El concepto de evolución da, por sí mismo, todo un contenido. Implica una trayectoria entre dos puntos, pero además, ascendente. Se va de lo primitivo a lo desarrollado; de lo simple a lo complejo. El concepto evolución trae implícita la idea de un camino progresivo y de cambio natural; de un movimiento que se da necesariamente, a veces eurítmico, a veces violento, pero siempre hacia adelante. La palabra social complementa la idea de evolución. Se trata, entonces, de la evolución de un todo orgánico, plenamente interrelacionado y totalizante.⁴

La obra abarcó prácticamente toda la historia mexicana. Los tres volúmenes estaban organizados cronológica y temáticamente. Los colaboradores se concentraron en materias de las que eran considerados especialistas. Entre los escritores más destacados resaltan los nombres de Agustín Aragón, prominente escritor positivista; Ezequiel A. Chávez, encargado de la parte de la educación nacional; los hermanos Pablo y Miguel Macedo, prominentes abogados relacionados con la escuela positivista; Porfirio Parra, otro positivista y Bernardo Reyes, quien escribió la sección del ejército nacional. Todos ellos, honestamente convencidos del papel de la ciencia en la historia y en las leyes del progreso. Con mayor o menor éxito los textos individuales mantienen el positivismo como cuerpo teórico. El texto en conjunto pretendía demostrar “que la sociedad mexicana había ido evolucionando paulatinamente, en medio de atroces convulsiones, siguiendo siempre la ruta del progreso”.⁵ La obra es interesante historiográficamente por este fundamento teórico, pero también porque, a pesar de no ser abiertamente oficial, sí sirvió para legitimar la dictadura porfirista como el paso previo a la consecución de la libertad y de la democracia. Su función también se engarzó con la política de proyección del régimen, que buscaba vender una imagen favorable del México de la época. Por ello, la edición trilingüe del libro en inglés y francés,

⁴ Álvaro Matute y Evelia Trejo, “La historia antigua en *México: su evolución social*”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 14, 1991, pp. 89-106.

⁵ Benjamín Flores Hernández, “Las letras y las armas en *México: su evolución social*”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 9, 1983, pp. 35-95.

los idiomas de la modernidad, y en español. La obra fue objeto de grandilocuentes elogios.

En 1903, se publicó en Cuba una reseña de la obra coordinada por Sierra. Especial primacía se le daba a la parte dedicada a la minería, escrita nada menos que por el ingeniero Gilberto Crespo y Martínez, ministro de México en la isla, a quien se tenía como un notable escritor:

El trabajo del Sr. Crespo es acabado en todas sus partes; y es de notar que a pesar del asunto tratado, que a primera vista pudiera parecer árido a muchos, ha sabido darle el autor una amenidad tal realizada por su estilo brillante, que al menos amante de esa clase de trabajos, lo lee con gusto y sin cansancio... Las páginas que sirven de introducción son un canto al progreso alcanzado en el siglo actual...⁶

La lógica de la reseña era la misma que guiaba la monumental obra; la verdadera historia del progreso mexicano era la actual, la porfirista. Los otros periodos habían sido de caos y violencia. El progreso era obra de un solo hombre: Porfirio Díaz.

3.2- El México moderno y su proyección en Cuba

Antes de analizar las interpretaciones y lecturas que circularon en Cuba respecto a México durante el Porfiriato, es pertinente hacer una reflexión de las fuentes y del tipo de información utilizada en esta parte del trabajo. La parte más gruesa de la documentación utilizada tiene su origen en la política de promoción patrocinada por el gobierno mexicano, la cual se cimentó en una imagen de nación moderna. Existen muchos testimonios para fundamentar el hecho de que México destinó una cantidad importante de dinero a la actividad propagandística fuera del país para promocionar la imagen de un México renovado. Esta actividad propagandística recurría a varios medios, destacándose el papel de los cuerpos diplomáticos y consulares que canalizaban esos recursos para comprar los favores de periodistas o publicistas reconocidos que, *mottu proprio* elogiaban los adelantos en el país y enaltecían el papel del gobernante.⁷ En algunos casos los

⁶ *Cuba y América*, La Habana, 18 de octubre de 1903.

⁷ Para el caso de Europa, Tenorio Trillo apunta que en París el gobierno mexicano contrató los servicios del publicista Gustave Gostkowsky como agente de prensa. El

nexos son claros y ciertos periodistas son fácilmente reconocidos; en otros es imposible saber si recibieron alguna remuneración por su trabajo, o si fue genuino su interés por los asuntos mexicanos. Este tipo de fuentes para el caso de Cuba son, en primer lugar, la documentación diplomática existente tanto en el Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores como en el Archivo Nacional de Cuba; se utilizan también los libros con tema mexicano que llegaron a la isla y la prensa cubana y mexicana.

El parámetro de selección de la prensa cubana fue un poco arbitrario, porque en primer lugar se privilegiaron aquellas publicaciones –periódicos, semanarios, revistas, panfletos, etc.,- donde se publicaron artículos o notas sobre México y que estuvieran en condiciones de consulta en la Biblioteca Nacional “José Martí”. Los datos sobre las publicaciones, principalmente habaneras, fueron proporcionados por las mismas fuentes periodísticas, por notas de los documentos diplomáticos y por bibliografía sobre la historia del periodismo cubano. La información sobre algunos autores o firmantes de los artículos ha sido muy difícil de rastrear. En esta parte, registramos *grosso modo* las principales fuentes periodísticas en que se basa parte de esta investigación.

Con la promulgación de la Ley de Libertad de Imprenta promulgada en el sexenio liberal español de 1868-1874, la isla de Cuba se vio beneficiada. El auge posibilitó una extensa propaganda del ideario liberal. Tres de los diarios mayores: *El Siglo*, *El Triunfo* y *El País*, fueron portavoces de dicha ideología. El primero, fundado en 1862, era la palestra de los intereses de los hacendados e industriales. En él se insertaban todo tipo de loas al progreso; y paulatinamente comenzó a ser más político, al pedir reformas de la metrópoli que hicieron que se clausurara en 1869. Fue dirigido por el conde de Pozos Dulces y en él escribió Enrique José Varona, considerado como “la mente más preclara del Partido Reformista”. *El*

publicista, a su vez, contrató los servicios de varios periodistas que publicaban en diarios parisinos de gran renombre, como *La Liberté*, *Échos du Paris* y *Le XIX Siecle*. Asimismo, se erogaron importantes sumas a escritores afamados para que escribieran obras sobre México, entre los que destacaron F. Bianconi, autor de *Le Mexique á la portée des industriels, des capitalistes, des négociants importateurs et exportateurs et des travailleurs avec une carte du Mexique commerciale, boutiére, minière et agricole*, editado en París en 1889 y por el que se le pagaron 4 000 francos. Otros escritores fueron Alfred Picard, Elisee Reclus, Roland Bonaparte y Louis Burgeoisie. Tenorio, *Artilugio*, *op. cit.*, p. 96.

Triunfo y *El País* eran portavoces del Partido Liberal Autonomista, los que se fundaron en 1881 y 1885, respectivamente. En estos periódicos escribían los liberales autonomistas Govín, Giberga, Manuel Sanguily, Cortina Montoso y Lara, entre otros. Estos se enfrentaron en agudas polémicas con los diarios conservadores como el *Diario de la Marina*, e independentistas como *La Discusión*. En esa época existían periódicos en el exilio, como *Patria*, fundado por José Martí en Nueva York, y *América*, fundada en París.⁸ En los testimonios, Andrés Clemente Vázquez dejó constancia de la filiación política de los principales periódicos habaneros. Destacó el papel de periódicos republicanos como *La Lucha* y *La Tribuna*; autonomistas como *El País* y *La Tarde*, y conservadores monárquicos como *La Unión Constitucional* y el *Diario de La Marina*. Por otra parte, Arturo Palomino en sus reseñas hace una relación de los periódicos cubanos.: “*El Nuevo País* de raíz del antiguo partido autonomista, *El Comercio* órgano de los detallistas, *La Discusión* representa las aspiraciones del pueblo cubano y *La Lucha* es un diario republicano de la oposición”.⁹

Dos revistas utilizadas profusamente en la investigación son *El Fígaro y Cuba y América*. La primera fue una revista de amplia circulación en La Habana y se caracterizó por ser adicta a la diplomacia mexicana. Su público fue la clase acomodada de la isla. En los anexos enviados a la Secretaría de Relaciones es común encontrarla como evidencia de los informes diplomáticos. Fue dirigida por Manuel S. Pichardo y Manuel Catalá, y circuló entre 1897 y 1928. Escribieron en ella, además de los directores, Manuel Márquez Sterling y otros periodistas de renombre. *Cuba y América*, fundada por Raymundo Cabrera, se publicó primero en Nueva York en 1897, en plena guerra por la independencia, en 1899 se publica ya en La Habana, donde circula hasta 1913. Entre sus escritores destacan, además de Cabrera, Enrique José Varona, Nicolás Heredia, Manuel Sanguily, Leopoldo Romanach, Alfredo Zayas, Rafael Montoro, Rafael M. de Labra, Antonio Govín, Manuel Márquez Sterling y los diplomáticos mexicanos Gilberto Crespo y Martínez

⁸ Vid, Medardo Vitier, *Las ideas, op. cit.*

⁹ Arturo Palomino a Gilberto Crespo y Martínez, La Habana, 9 de junio de 1904, AHGE-SRE, exp. 15-12-46, s/f.

y el cónsul Arturo Palomino.¹⁰ En sus páginas constantemente alabó el progreso mexicano y al gobierno de Porfirio Díaz. Su postura política tras los eventos de 1902 fue condescendiente con la dominación norteamericana, y favoreció también la intervención de 1906. Así se expresó de la situación cubana en 1907 cuando enfatizó la tarea de la revista:

Alejados de los partidos, sin prestar a ninguno sumisión oficial ni oficiosa, absolutamente independientes, pero consecuentes y firmes en nuestro ideal político, que consiste hoy en el restablecimiento de la república asegurada por la acción o control eficaz de los Estados Unidos, que supone en ellos una facultad y un deber nacidos de un concierto entre ambos pueblos, perseveramos y duplicamos nuestras tareas, confiados en las simpatías y apoyo de todos.¹¹

Otras fuentes, las menos, provienen de los testimonios o artículos periodísticos de los constantes viajeros e inmigrantes cubanos que estuvieron en México y que, miembros del grupo letrado y de la esfera pública, puesto que eran políticos, literatos o periodistas, tuvieron la oportunidad de dejar documentos valiosos donde plasmaron su visión de México. También parte de esa información fue de algún modo la herencia de muchos años de contacto entre Cuba y México, sobre todo en el siglo XIX, cuando México se convirtió en la segunda casa de muchos cubanos alejados de la isla por sus posiciones políticas. También debe contarse la importante inmigración que arribó al país para buscar mejorar su calidad de vida, pero para este trabajo no se han consultado los testimonios.

De esta manera, gracias a los testimonios de periodistas y escritores que visitaron México y a los periodistas que en la isla dedicaron parte de sus artículos al tema de México; así como de aquella literatura o prensa patrocinada por el gobierno mexicano, es que podemos reconstruir la imagen o el imaginario que existía en Cuba respecto al régimen de Porfirio Díaz. Entre los más conocidos y estudiados están José Martí, pero pese a los innumerables estudios que existen alrededor de su obra, se han analizado muy poco sus opiniones críticas respecto a México. Andrés Clemente Vázquez es otro de los personajes centrales que dejaron testimonio sobre el país y, sin duda, Manuel Márquez Sterling es el más

¹⁰ *Cuba y América*, La Habana, 1 de abril de 1907.

¹¹ *Ibid.*, 4 de diciembre de 1907.

halagado por su defensa de Madero y el apoyo que prestó a la familia de éste en su exilio obligado; de él se ha destacado su postura pro revolucionaria.

La primera visión de la modernidad decimonónica, como se ha comentado, residió en la transformación material de las sociedades, que traería como consecuencia un cambio radical de los valores y el modo de vida de las mismas. La nación moderna era un paisaje dominado por el tendido de vías férreas y carreteras que comunicaban las ciudades y las provincias interiores; asimismo, la actividad portuaria, principal vía para el comercio exterior y el tránsito de personas, era un parámetro novedoso. El México porfirista ha pasado a la historia como el periodo del auge ferrocarrilero; esta suposición no es gratuita. El empeño del gobierno no solo se centró en la creación de esta infraestructura en el país, pues más perseverancia hubo en erigirlo como el tema privilegiado de la propaganda gobiernista. La literatura del periodo que glorifica la acción ferrocarrilera es abundante, y su apoteosis fue, sin lugar a duda, el capítulo de “Comunicaciones y Obras Públicas” escrito por el positivista Pablo Macedo, incluido en la gran obra histórica del porfirato *México, su evolución social*. Igualmente, el texto fue incluido como monografía en una obra publicada en 1905 por Macedo y editada por Ballescá.¹²

La proyección del adelanto material, principalmente de los ferrocarriles, se concentró de manera primordial en una intensa labor propagandística dirigida al público o lector extranjero. El tren era el ícono de lo moderno. Desde esta lógica, el gobierno porfirista proyectó una imagen moderna del país centrada en el desarrollo ferrocarrilero. En 1903 Julio Poulat, publicista mexicano, escribió un artículo sobre los ferrocarriles para la revista *Cuba y América* en su número monográfico con tema mexicano. El autor señalaba la importancia de dicho transporte en la historia de México, pues desde la inauguración de la importante línea Veracruz-México, en 1873, no se había conocido un despegue tan importante como el logrado con la política económica del gobierno porfirista. La construcción de los ferrocarriles Central y Nacional permitían el enlace con el

¹² Pablo Macedo, *La evolución mercantil. Comunicaciones y obras públicas y La Hacienda pública. Tres monografías que dan idea de una parte de la evolución económica de México*, México, J. Ballescá y Cía, 1905.

mercado mundial. Aparte de los productos tradicionales, se comenzaban a valorar otros productos gracias a la eficiencia en la transportación.¹³ El resultado no podía ser mejor: México se equiparaba con las naciones modernas, como lo expresaba la conclusión del artículo:

La Nación Mexicana... hoy ocupa el sexto o séptimo lugar, entre todos los países del Globo por la extensión de sus líneas y en breve subirá todavía un punto, hizo crueles sacrificios, se impuso muchas privaciones, para alcanzar este resultado; pero el suelo de nuestra patria que en un tiempo era solo removido para sepultar cadáveres de hijos suyos, muertos en luchas fratricidas; hoy entre el dulce canto de los pastores y los mineros, se estremece de placer, cuando lo surcan el arado y la piqueta, cuando lo atraviesa la locomotora saludándole con sus gritos estridentes que anuncian el espléndido triunfo de la paz y el progreso.¹⁴

No sólo el tendido ferroviario mostraba la modernidad mexicana, a la par, la actividad portuaria reflejaba los vínculos comerciales de México con el mundo, y a la vez lo presentaba como un país cosmopolita que abría sus brazos al viajero extranjero. Esta representación servía de faro para la región. De manera particular, en el programa de proyección difundido en Cuba, una vez que la isla fue independiente de España, se enfatizó el abanico de posibilidades que se abrían entre ambos países. En lo comercial, Arturo Palomino auguraba un crecimiento del comercio entre Cuba y México, aunque señalaba la dificultad de hacerlo porque ambos territorios producían mercancías similares. La esperanza residía, sin embargo, en la anunciada industrialización de México.¹⁵

El papel regional de México se enaltecía constantemente en la prensa insular. Se reconocía la labor de Porfirio Díaz al encontrar la fórmula para hacer de México una de las naciones más ricas y prósperas de América Latina y, por ello, modelo continental.¹⁶ Constantemente se hizo hincapié en el papel que México debería asumir frente a Centroamérica, región “condenada a la barbarie”, idea que alimentaba el mito del destino manifiesto a la mexicana tantas veces debatido en

¹³ Julio Poulat, “Ferrocarriles”, *Cuba y América*, La Habana, diciembre de 1903.

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ Arturo Palomino “Relaciones comerciales entre México y Cuba”, *Cuba y América*, diciembre de 1903, La Habana, p. 354.

¹⁶ A. J. Arazoza, “Sobre México”, *Cuba y América*, La Habana, 1903.

la opinión pública norteamericana. Por ello, se aplaudían los esfuerzos mediadores de México y Estados Unidos.¹⁷

Cuando dos chiquillos malcriados empiezan por darse de puñadas, desoyendo las advertencias de los mayores, es un deber de éstos intervenir para terminar la disputa. Las repúblicas de Centro América como naciones, han probado ser menores de edad, incapaces de tener el suficiente conocimiento para responder plenamente de sus actos.¹⁸

Además, la vida internacional y la influencia como nación solo era posible en un país de progreso, era una responsabilidad más. Las naciones modernas tendían a crecer a costa de los Estados débiles.

Bancroft, en su apología sobre Porfirio Díaz, también señalaba el papel trascendente de las vías de transportación modernas que permitirían además del crecimiento económico y el fortalecimiento del mercado externo e interno, acercar al país al turismo internacional, mostrándolo al extranjero en todo su esplendor. Para el autor apologético:

Hasta hace muy pocos años los medios para viajar eran tan limitados, las penalidades del viaje al interior tan recias, y los gastos tan crecidos, que pocos de los que iban a la república mejicana [sic] visitaban más que la capital y algunas de las grandes ciudades. Pero ahora es de esperarse que antes de que pasen muchos años se verá al turista, al especulador y al viajero científico en los distritos remotos que hasta hoy no han sido frecuentados por extranjeros, pudiendo asegurar que con mayores oportunidades se dedicará mayor atención al estudio de las ruinas antiguas esparcidas por todo el país de norte a sur, reposando en las montañas pedregosas, u ocultas en los espesos bosques.¹⁹

La historia antigua fue retomada también en *México: su evolución social*. Si bien en términos generales fue muy poco profundizado este aspecto porque se basaron en los autores clásicos del tema, como Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero, sí existió un interés por rescatar el pasado mexicano como parte de la historia nacional. Justo Sierra fue el más preocupado por demostrar la heterogeneidad cultural del pasado precolombino, destacando otras culturas como la maya y la tolteca, lo cual restaba centralidad a la azteca o mexicana. En general, se glorifica el pasado y se enaltece el valor de los vestigios arqueológicos.²⁰ Como

¹⁷ *Cuba y América*, La Habana, 28 de julio de 1906.

¹⁸ *Cuba y América*, 4 de mayo de 1907.

¹⁹ Bancroft, *Vida, op. cit.*, p. 652.

²⁰ Vid, Matute y Trejo, "La historia", *op. cit.*

ya se ha mencionado, el aspecto histórico precolombino fue explotado al máximo en la imagen del México moderno. Fue común ilustrar artículos destinados al público no mexicano con fotografías y grabados de monumentos precolombinos.

La imagen de modernidad también se reflejaba en la remodelación de los espacios urbanos. La lucha entre la modernidad y la tradición se libraba en el constante remozamiento y erección de nuevos símbolos de la modernidad. El proyecto también daba cuenta del rescate del glorioso pasado del país como una parte importante de la nacionalidad. El epítome de este nuevo espacio urbano fue la Ciudad de México, la cual también fue proyectada hacia el exterior.

La necesidad de construir nuevos símbolos respondía sin duda a la nueva atmósfera que existía en torno a la añeja discusión de los principios de la nacionalidad mexicana; parte importante de la discusión fue el factor hispano como constituyente de dicha nacionalidad. Las voces de los recalcitrantes liberales “jacobinos” que exigían romper todo lazo moral con la ex Madre Patria comenzaban a opacarse frente a una política hispanoamericanista impuesta desde la península, encaminada a reconquistar su papel en la historia y cultura americanas; política bien recibida tanto por las activas colonias de peninsulares, como por los gobiernos ansiosos de extender su influencia en Europa.²¹ Los nuevos símbolos de la historia mexicana no pasaron desapercibidos para el extranjero.

José E. Triay, periodista cubano de renombre, en un viaje realizado en 1899 por la República mexicana envió sus impresiones al *Diario de la Marina*. En una de estas colaboraciones reseñó la transformación del Paseo de la Reforma, “que en 1873 se llamaba todavía Calzada del Emperador”. Se admiraba del cambio radical del paisaje transformado por la construcción de los grandiosos edificios y la calidad del pavimento. En la Ciudad de México no había ni un bache, “ni el más

²¹ Los conceptos hispanoamericanismo e hispanismo se han utilizado para definir las relaciones entre España y los pueblos de origen hispanoamericano. Tienen que ver también con la definición de Hispanoamérica usada en el siglo XIX. También ha designado la serie de proyectos encaminados a reafirmar la unidad cultural entre la antigua metrópoli y los países latinoamericanos. Aimer, Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005. pp. 19-21.

pequeño escollo que haga saltar el coche que te lleva, tirado por dos mulitas. Nuevas construcciones, la luz eléctrica, las estatuas de hombres célebres como el monumento ecuestre de Carlos IV, la de Guatimoc ([sic]Cuauhtémoc), la de Colón obra del escultor Cordier, etc.”

Para el observador cubano la convivencia de estos personajes en Reforma era natural, ya que daba cuenta del clima de reconciliación que reinaba en México. Sin embargo, el camino para llegar a dicho consenso había sido difícil. La erección de la estatua de Colón, tan admirada por Triay, tuvo un arduo debate. Hasta inicios del porfiriato, cuando los vientos eran proespañoles, se erigió la estatua de Cristóbal Colón. En el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, se avivó una política ardua de levantamiento de monumentos. Pablo Escandón le propuso hacer un reconocimiento al almirante mediante una estatua, y así se le encargó al francés Charles Cordier la elaboración del monumento, el cual fue costeadado por el mismo Escandón e inaugurado en 1877 en Paseo de la Reforma, llamado así desde 1872.²²

El reconocimiento a Colón no significó el olvido de la parte prehispánica de la identidad nacional; el debate sobre la dualidad fue candente. Existía una postura anti hispánica que continuó ensalzando el pasado precolombino como el único con derecho de ser el pilar de la nacionalidad mexicana; dicha postura fue perdiendo peso conforme se fueron fortaleciendo los vínculos con España. Así, en 1892 con bombo y platillo se celebraba en México el cuarto centenario del descubrimiento de América, y como prueba de ello se levantó en la Plaza de Buena Vista otra estatua del genovés.²³ En el acto de inauguración, asistido por la alta jerarquía porfirista encabezada por el presidente, se expresaron diferentes gestos de reconocimiento hacia el almirante. Joaquín Baranda, secretario de Justicia, emitió un apasionado discurso con énfasis en los vínculos

²² Carlos Martínez Assad, *La patria en el Paseo de la Reforma*, México, FCE, UNAM, 2005, p. 35. Verónica Zárate Toscano, “El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, Vol. 58, núm. 2, octubre-diciembre 2003, p. 424.

²³ La autoría del monumento se atribuye a Manuel Vilar. Pese a la importancia del monumento de 1892, fue más reconocida la estatua de Colón de la avenida Reforma. En 1903 éste se difundía como uno de los mejores exponentes de la arquitectura civil mexicana. *Cuba y América*, La Habana, 1903.

hispanoamericanos, mientras el maestro Justo Sierra dedicaba una poesía para enaltecer la labor del navegante. Mucho boato mereció la primera celebración del descubrimiento, el cual se convirtió en fiesta nacional.²⁴ México hacía eco de la moda de los grandes centenarios y celebraciones realizadas en el mundo, entre los cuales destacaban el centenario de la independencia norteamericana en 1876 y el de la Revolución francesa en 1889.

Sin embargo, antes del fastuoso reconocimiento a Colón ya se habían erigido dos monumentos a Cuauhtémoc. En 1869 se erigió una estatua del héroe mexica en el Paseo de la Viga y en 1887, con bombo y platillo, se inauguró el flamante monumento en el Paseo de la Reforma, el “libro abierto a la historia” como un homenaje al “verdadero padre de la raza mexicana”.²⁵ El monumento, “También abrió la brecha para expresar el discurso de una nación que reconocía a las diferentes civilizaciones que le dieron origen. Era la construcción del mestizaje cultural aunque, por cierto, en el mismo paseo sólo aparecerían unos cuantos indios más, como si el panteón patriota estuviera destinado más a los criollos”.²⁶ Para muchos, era claro el uso de la imagen del indio, como lo expresara en su momento Manuel Gutiérrez Nájera: “...mientras el indio se nutra mal y no sepa leer, podemos levantar estatuas a Cuauhtémoc, pero estaremos matando a sus hijos”.²⁷

La avenida Reforma era la arteria principal y el panteón cívico de la capital, pero sus alrededores también expresaban la modernidad. El centro de la capital era el privilegiado: “...en esa dirección es donde ha ido a expansionarse la población de México, donde está el México moderno: San Cosme, la colonia

²⁴ Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento de México (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, (Colección Nuestra América, núm., 21). pp. 29-30, 38-39. Miguel Rodríguez, “El 12 de octubre: entre el IV y el V centenario”, en Roberto Blancarte, (coord.) *Cultura e identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 127-131.

²⁵ Granados, *Debates*, *op. cit.* p. 231 y 236. El monumento de 1887, situado en Reforma, fue esculpido por el escultor Miguel Noreña. Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Citado en Krauze, Zerón-Medina, *Porfirio. El derrumbe, (1900-1911)*, Tomo V, México, Clío, 1993, p. 72.

²⁶ Martínez Assad, *op. cit.*, p. 39.

²⁷ *Ibid.*, p. 38.

Bucarelli... se han poblado, erigiendo pintorescos y poéticos chalets y grandiosos edificios que han convertido esos lugares en los barrios aristocráticos de la ciudad...”²⁸ No sólo el exterior hablaba del México cosmopolita, el interior de esas casas aristocráticas mostraba también el refinamiento ansiado por sus propietarios. La visita a la casa de Alfredo Chavero le confirmó a Triay lo anterior. Había, además de dos pinturas de Velázquez y Murillo, unos “espléndidos tibores de China”, pero lo que más llamó el interés del cubano fue que “en una vitrina, tiene Chavero lo que no existe en museo alguno del mundo: juguetes e ídolos aztecas labrados en oro por los artífices que existieron en esta tierra antes del descubrimiento y la conquista”.²⁹

En su elogiosa descripción llamaron su atención los lujosos hoteles que había en la Ciudad de México, como era el Iturbide, “situado en la calle de San Francisco”; muy amplio, “ocupa casi una gran manzana de terreno, y tiene salida a tres calles...” Era un hotel importante, pero más imponente era el hotel construido en una parte del espacio del Teatro Nacional, con “habitaciones elegantemente amuebladas y bien servidas”. Además, los huéspedes podían ver desde sus balcones a la “sociedad elegante” que asistía al teatro.³⁰

3.3- De la política y sociedad

La vida intelectual también sorprendía al viajero cubano. En 1899, en sus valiosas observaciones, José F. Triay se asombraba de la intensa actividad periodística que existía en México y del auge de publicaciones periódicas y literarias. Si bien se lamentaba de la desaparición de la prensa combativa, al estilo de *El Monitor Republicano* y *El Siglo XIX*, así como de otros en los cuales había colaborado, se regocijaba del amplio espectro de posturas políticas que se expresaban en la prensa. Era de la opinión de la necesidad de modernizar el trabajo periodístico, de ahí las loas que hacía de los empresarios de la prensa en

²⁸ *Diario de la Marina*, La Habana, octubre de 1899. Citado en José F. Végez, *Recuerdos de México*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia. En Comandita, 1902.

²⁹ *Idem*.

³⁰ *Idem*.

México, quienes habían tomado el ejemplo de los estadounidenses. Asimismo, señalaba el papel oficioso de *El Imparcial* y *El Mundo*, ambos, propiedad de Rafael Reyes Spíndola.³¹

La modernidad de México también se reflejaba en el mundo de las letras. Se reconocían los nombres clásicos de la literatura mexicana, como Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora; en la escritura de la historia se destacaba la labor de Francisco Javier Clavijero. Sin embargo, se insistía en cómo la actividad intelectual había estado supeditada a los vaivenes de la política. La paz del porfiriato brindó la oportunidad para el florecimiento de las letras y de las artes. Vérguez, en sus apuntes de viaje citados anteriormente, señalaba la labor de grandes literatos ya fallecidos, como Manuel M. Flores, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano. El autor cubano consultó la *Guía general descriptiva de la República Mexicana*,³² de la cual tomó datos importantes para dar una descripción del adelanto de las letras en nuestro país. Entre los literatos vivos en 1899, se destaca la labor de José María Vigil, director de la Biblioteca Nacional; José María Roa Bárcena, escritor de obras históricas como *Recuerdos de la invasión norteamericana a México en 1846-1847*; Justo Sierra, considerado como un historiador de renombre, Alfredo Chavero, por sus contribuciones al conocimiento de lo prehispánico o historia antigua como se le llamaba; Rafael Delgado, considerado también una muestra de la literatura nacional. Entre los poetas se incluían los nombres de Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y, por supuesto, Manuel Gutiérrez Nájera, fallecido en 1895.³³

La muerte del literato mexicano conocido como el Duque Job fue difundida en Cuba. El autor del artículo publicado en *El País*, de apellido Valdivia, hacía un recuento de las glorias del poeta, quién, junto con Sierra, Urbina, Díaz Mirón y otros, “resuenan sonoramente en Cuba y se repercuten majestuosos y altaneros sobre las murallas que forman el contrafuerte de Europa”.³⁴

³¹ Vérguez, *Recuerdos*, pp. 282, 283.

³² D. J. Figueroa Doménech, (coord.) *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, México, Centro de publicaciones D. Ramón de S.N. Araluce, 1899.

³³ Vérguez, *op. cit.*, pp. 288-293.

³⁴ *El País*, La Habana, 24 de febrero de 1895.

La difusión del quehacer literario en Cuba cobró auge en la primera década del siglo XX cuando, a la sombra del patrocinio oficial, se publicaron en México y en el extranjero varias obras laudatorias del régimen porfirista. En la isla se daban a conocer en forma de reseña. Leopoldo Cancio fue uno de los escritores que más dio a conocer este tipo de literatura. Por él, el público cubano se enteró de la publicación de un artículo intitulado, “Los Bancos en México”, publicado en la obra francesa *Biblioteque du monde economique*, de Jean Favre.³⁵ Cancio resaltaba la labor hacendaria de José Yves Limantour, mostrándolo como uno de los hombres prominentes de México. Más adelante, en septiembre de 1908, el mismo Cancio publicaba un artículo por entregas de *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, de Rafael de Zayas Enríquez.³⁶

En muchos de los artículos publicados en la prensa insular es posible identificar ciertas líneas de interpretación. La idea de una similitud o hermandad entre México y Cuba está presente como argumento, cimentado en factores de sobra conocidos, como los geográficos y los históricos. Sin embargo, también se denota una clara demarcación entre las similitudes y las diferencias existentes entre los pueblos continentales y la insularidad antillana. Hay una inclinación a señalar un proceso histórico diferente, y el lugar especial de Cuba en el imperio español. Estas líneas se discutirán de forma recurrente en el proceso independentista cubano al cerrar el siglo XIX, al debatirse el rumbo político que tomaría la isla y la conveniencia o no del protectorado norteamericano. En vista de la experiencia hispanoamericana, que había pasado por un turbulento periodo tras la independencia, la opinión cubana, una vez, más se desmarcaba del caso continental y señalaba frente a estos pueblos:

Han vivido por tanto tiempo estos países como encerrados en sus vastos territorios, por lo cual el comercio de ideas y de hábitos y costumbres y el trato de gentes de superior cultura y civilización a la de ellos les ha hecho suma falta para guiar sus pasos. En Cuba sucede todo lo contrario; su pueblo ha comerciado en ideas y hábitos con este país (Estados Unidos) y con Francia igualmente, y se ha rozado con gentes de mayor cultura y civilización desde hace mucho tiempo, y a éstas debe estar en el comercio intelectual y material

³⁵ Leopoldo Cancio, “Los bancos en México”, *Cuba y América*, 18 de marzo de 1908.

³⁶ Leopoldo Cancio, “Porfirio Díaz. La evolución de su vida”, *Cuba y América*, 10 y 17 de septiembre de 1908.

de los Estados modernos mucho más íntimamente que los pueblos sudamericanos durante la época de sus continuas revueltas. Así es que el elemento ilustrado y directivo de Cuba ha aprendido a vivir en cierto modo a la americana y a la europea, con gran ventaja para el porvenir de la patria.³⁷

Aunque era la idea general, se reconocían también diferencias en la realidad latinoamericana. México y Argentina eran modelos de modernidad, contrastantes con la barbarie y el atraso de Centroamérica. En este tono, Arturo R. de Carricarte, periodista habanero,³⁸ viajó en 1917 a México para analizar la situación revolucionaria. En esa ocasión hizo un extenso recuento de su experiencia como corresponsal en México de *El Fígaro*, revista calificada como "portavoz de la dependiente –y hasta cierto punto frágil- oligarquía criolla".³⁹ Estuvo en México entre 1905 y 1906; según su testimonio,

Me identifiqué con aquel pueblo sorprendente, admiré su labor histórica y gocé del deleite inefable de su maravillosa naturaleza; estreché vínculos de amistad con los más de sus escritores eminentes de aquellos días y estudié su compleja organización social; me percaté de sus necesidades económicas, políticas, de todo orden.⁴⁰

Sin embargo, consideraba que, si bien lo había llegado a conocer, México era un "pueblo distinto al suyo".

La cuestión indígena también estuvo presente en la imagen de México que se difundió en Cuba. El lugar de la población indígena dentro del proyecto nacional desde el juarismo hasta el porfiriato era claro: o el indígena "se convertía en un productor nacional y en un hombre económico moderno, o si no, remplazado, desplazado o al menos ignorado".⁴¹ De esta manera, el indígena no solamente fue

³⁷ *Cuba y América*, La Habana, 5 de octubre de 1899.

³⁸ Arturo R. de Carricarte. La Habana. (1880-1940). En 1902 visitó México. En 1909 fue cónsul de Cuba en Montevideo. Dirigió *Helios* (Marianao, 1904). Colaboró con revistas de México. Director de la edición en español de *The Havana Post* (1907). Colaboró en *El Fígaro*, *Bohemia*, *Gráfico*, *El Mundo*, *Diario de la Marina*, *Heraldo de Cuba*, *El Día* y *La Discusión*. Diccionario de la literatura cubana, www.cervantesvirtual.com

³⁹ Ricardo Quizá Moreno, "De lo típico a lo exótico: la asistencia "cubana" a la exposición de Buffalo (1901), en Mildred de la Torre Molina, (coord.), *La sociedad cubana en los albores de la república*, La Habana, Ciencias Sociales, 2002, p. 145.

⁴⁰ *El Fígaro*, La Habana, 4 de noviembre de 1917. Citado en Luis Ángel Argüelles Espinosa, "Cuba y la Revolución Mexicana de 1910, en *México y Cuba: dos pueblos unidos en la historia*, Tomo I, México, Instituto de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, (Documentos), pp. 467-472.

⁴¹ William D. Raat, "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena", *Historia Mexicana*, Vol. 15, Núm. 79, México, Colegio de México, enero-marzo de 1971, p. 414.

despojados de sus tierras, sino fue relegado en materia educativa y social, y ni qué decir de su pobre capacidad en lo político, donde su vínculo está mediado por la policía rural y los funcionarios locales, representantes de la autoridad central. Por ello, es obvio que el indígena del porfiriato no era parte de la imagen moderna de nación; su presencia sólo se notaba en el uso del México antiguo como parte fundante de la identidad mexicana, como lo demostraban profusamente los pabellones para las exposiciones universales, en los cuales se exaltaba el glorioso pasado mexicano y los héroes prehispánicos.⁴² Independientemente de la carga racista que subyacía detrás del discurso del progreso, carga que no ofendía las conciencias, para la mentalidad de la época había grupos raciales incapaces de entrar por la senda de la civilización.

El periodista José F. Triay dejó un testimonio de la condición del indígena de la época. Después de elogiar las virtudes físicas y morales del indio yucateco y de contrastarlas con la ferocidad del yaqui, describía la condición del indio en la realidad mexicana ahondando en sus debilidades y defectos, como la indolencia y la escasa capacidad intelectual para aceptar la ley del progreso, valores amparados en supuestos “científicos” muy en boga en el pensamiento moderno.⁴³ *Ad hoc* con estas ideas, el gobierno porfirista ejerció una abierta política en contra del indígena, la cual obligó al indio a deslindar la propiedad comunal para convertirlo en “agente de la modernización”, situación frustrada que más bien provocó la fragmentación de la comunidad y el acaparamiento de la tierra en manos de los latifundistas. Dicha política segregó al indio del proyecto modernizador con argumentos similares a los apreciados por el periodista cubano: el indio era biológicamente incapaz de entrar a la modernidad. Estos argumentos sustentaron las teorías racistas de los positivistas mexicanos, entre las cuales destaca sin duda el discurso determinista de Francisco Bulnes, para quien el indio debía quedar en la escala inferior de la humanidad.⁴⁴ De igual manera, hubo

⁴² Tenorio Trillo estudia a detalle la presencia de lo indígena en las exposiciones internacionales, mostrando cómo se enlazan con las ideas científicas en boga en Europa.

⁴³ Végez, *Recuerdos, op. cit.*, p. 263.

⁴⁴ William D. Raat en su clásico artículo ya citado, debatió la idea de las posiciones racistas de los positivistas mexicanos. Pero más allá del debate, lo interesante es que

también la postura de defensa del indígena representada por Justo Sierra y otros intelectuales, para quienes la inferioridad del indio no era genética sino sociocultural; mediante la inclusión del indio al sistema educativo nacional podría resolverse el problema e integrarlo al proyecto moderno de nación.

La cuestión del indio, como era conocido el problema de la población indígena, todavía generaba opiniones negativas, pese al papel atribuido por la revolución de 1910 a la población indígena, mayoritariamente campesina. Una vez derribado el régimen de Díaz y en pleno movimiento revolucionario comandado por Venustiano Carranza, Carricarte, corresponsal cubano en México, anotaba que una de las cuestiones más difíciles para el constitucionalismo era la cuestión del indio, de quien hacía una descripción general como “indolente, montaraz, propicio siempre a la “bola” y a la montonera”. Desde su punto de vista, la situación preponderante de la población indígena en México hacía muy difícil cualquier proyecto, porque el indígena era un lastre para la civilización contemporánea. Además, específicamente para el caso de México, pesaba el problema del alcoholismo el cual, amén de que la ciencia ya había señalado sus consecuencias sociales, siempre se le había asociado al desorden

Esos delitos de sangre que registra la estadística mexicana en los años de paz, lo implacable de los odios y la ferocidad en los combates; el espíritu díscolo; la volubilidad para defeccionar credos y banderas en las grandes masas indias, no son sino la consecuencia dolorosa y fatal de la herencia y del atavismo. Esas masas no podrán incorporarse íntegramente en una generación a la cultura contemporánea. Para asimilarlas a ella son necesarias una o dos generaciones de sobrios.⁴⁵

Una vez más, la idea de inferioridad del tipo que sea estaba presente como parte de la mentalidad de la época, más esta idea no era privativa de los porfiristas, por más que pese sobre ellos el estigma.

Los revolucionarios –especialmente aquellos que venían del norte progresista y mestizo- se suscribían a las ideas racistas y a las del darwinismo social, que entonces pasaban por pensamiento científico; menospreciaban a los inmigrantes

esta segregación o posición frente a ciertos grupos fue un parámetro usual para definir lo moderno de lo no moderno con base en argumentos raciales.

⁴⁵ *El Figaro*, La Habana, 4 de noviembre de 1917.

chinos y veían a la población indígena del centro y del sur de México como un conjunto de alcohólicos degenerados, listos para una abrupta redención.⁴⁶

3.3.1-José Martí y Manuel Márquez Sterling: lecturas sobre México

Dos fuertes personalidades de la intelectualidad cubana son imprescindibles para analizar la imagen de México desde horizontes antillanos. José Martí y Manuel Sánchez Sterling dejaron un importante testimonio, donde plasmaron su visión de México. Por diferentes razones, ambos residieron en el país en contextos bien particulares, y fueron testigos cercanos de la experiencia del gobierno porfirista. José Martí, admirador del momento restauracionista juarista, fue testigo del golpe de Estado de Porfirio Díaz en el levantamiento de Tuxtepec; suceso deplorado por Martí y, por ello, dejó el país para refugiarse en Guatemala. Ya en los noventa, al calor de la causa independentista de Cuba, hubo que modificar su postura frente a la dictadura en aras de conseguir apoyos internacionales para la guerra contra España. Por su parte, Márquez Sterling, ligado a la vida periodística y política, buscó en México la posibilidad de servir a su patria como ministro diplomático. Sin embargo, su actuación más importante se dio en la debacle porfirista y cobró ímpetu en tiempos maderistas, cuando fue un actor importante de las negociaciones a favor de esta administración. Márquez Sterling, en el furor de la oposición antiporfirista, fue uno de los escritores más críticos del régimen y del caudillo y defensor del movimiento revolucionario. Por ello, las interpretaciones que hicieron en su momento Martí y Márquez Sterling son paradigmáticas, tanto por el momento en que surgen como por sus escritores, con un fuerte amor por la tierra mexicana.

José Martí, muerto en Dos Ríos en mayo de 1895, a escasos meses de dar comienzo la guerra por la independencia, pronto se convirtió en héroe y símbolo nacional. En 1902, cuando nació la República de Cuba, Martí ya tenía varios monumentos y era parte medular de la cubanidad. De tal manera que la figura de Martí fue perdiendo peso terrenal para habitar el mundo de los mitos; se fue

⁴⁶ Knight, *Revolución, op. cit.*, p. 27.

perdiendo, así, la centralidad de su actuación política para encumbrarse como un ícono incuestionable de la nación cubana. En este sentido, Martí moldea la historia cubana del siglo XX, pues siempre hay argumentos para usar sus ideas de la forma que convenga a los intereses políticos del momento.⁴⁷

Para los estudiosos del pensamiento martiano, esa es una razón para obnubilar el pensamiento político de Martí en sus reales coordenadas; otra, quizá más profunda, es la ambigüedad de su discurso. Los textos del cubano otorgan esa flexibilidad; su falta de precisión dificulta mucho el análisis.⁴⁸ Para Rafael Rojas, un elemento central para ubicar el pensamiento de Martí es entenderlo como parte más del republicanismo clásico que del liberalismo decimonónico. “José Martí fue más parecido a un republicano neoclásico que a un liberal romántico”.⁴⁹ Las experiencias que sostienen las ideas políticas martianas son los ejemplos republicanos, como la Primera República Española de 1873, la República Restaurada en México con Juárez y Lerdo de Tejada, la Tercera República Francesa y, por supuesto, la República norteamericana, fortalecida tras la Guerra de Secesión. Esta defensa del republicanismo está presente en su legado. No le importan otras cuestiones debatidas acaloradamente por los liberales, como el bicameralismo legislativo, el sufragio o la pertinencia de los partidos políticos, perjudiciales estos últimos porque, en su opinión, dividían a la nación.⁵⁰

Estas bases del pensamiento martiano sirven para analizar la visión de México en el discurso del prócer insular. Es oportuno señalar que pese a la importancia del tema martiano en la historiografía mexicana que estudia los vínculos del pensador con nuestro país, la mayoría se ha dedicado a enaltecer la figura del intelectual cubano y ha fomentado con creces el aspecto mítico del personaje histórico; una minoría se ha interesado por ir más allá y mostrar el pensamiento martiano en todas sus dimensiones. Martí tuvo un sentimiento

⁴⁷ Ottmar Ette, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, UNAM-CCYDEL, 1995, pp. 40-42.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 43-45.

⁴⁹ Rafael Rojas, “Otro gallo cantaría. Ensayo sobre el primer republicanismo cubano”, Conferencia, Instituto José María Luis Mora, México, 2004.

⁵⁰ *Idem.*

profundo por México, se interesaba por lo que ocurriera en este país al que adoptó como segunda patria; muchos testimonios refieren dicho amor. Sólo pisó tierras mexicanas en dos momentos: al mediar la década de los setentas, en el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, y en 1894 cuando, de incógnito, buscó el apoyo moral y material de Porfirio Díaz para la guerra de independencia de su patria. Estancias que bastaron para que el cubano tendiera lazos fraternales muy fuertes con otras personalidades cubanas exiliadas en México y con prominentes hombres de las letras y de la política nacional, como Matías Romero, Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Mercado, con quienes mantuvo siempre un contacto estrecho.

En su primera estancia, de febrero de 1875 a enero de 1877, Martí vivió de cerca el esplendor de la República Restaurada bajo el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. Le maravilló el ambiente de tolerancia y la agitación política que había en el país. Pronto, su habilidad en la escritura le abrió las puertas del medio periodístico. Comenzó a escribir en la *Revista Universal*, en cuyas páginas hacía una defensa del gobierno lerdista. Si bien cuestionaba algunos aspectos de la administración, le parecía que el gobierno hacía bien su trabajo, a pesar de los constantes amagos de la prensa ultraliberal o conservadora, así como de las facciones opositoras en el poder Legislativo. El peor de los amagos, sin embargo, era el que provenía de los caudillos militares que amenazaban con romper el equilibrio de poder logrado desde el juarismo.⁵¹

Las rebeliones son el mayor mal al desprestigiar los cauces legales y recurrir a la violencia como modo de hacerse del poder. Los embates contra el lerdismo y la amenaza porfirista orillaron a Martí a ponerse de lado del gobierno. Con argumentos de una identidad cívica, -basada en la ley y el republicanismo- el intelectual responde al llamado del peligro de su segunda patria y aboga por el regreso a la legalidad. Más interesante es el tono cultural presente en la crítica: la causa profunda de los males mexicanos está en la cultura, es una cultura de la indolencia.⁵² Este interés por analizar la política desde la matriz cultural es el rasgo

⁵¹ Rojas, *Cuba, op. cit.*, p. 261.

⁵² *Ibid.*, p. 263.

más destacable que ve también don Daniel Cosío Villegas en el pensamiento de Martí respecto a México. Según él, el gran problema de México se resolvería en lo político educando a las masas indígenas, haciendo de ellas ciudadanos que supieran votar; sólo así era posible la democracia, y el otro aspecto era el material México debería valorar la riqueza de la tierra, su apropiación era sinónimo de progreso. Había que olvidarse de la minería, siempre fluctuante y azarosa, y dedicarse a la industria fabril. México debería fortalecerse en lo político, por medio de la democracia, y en lo económico, con el fomento al trabajo.⁵³

Esta esperanza en el porvenir de México está presente en varios de los artículos que Martí escribió en la prensa mexicana. En uno de ellos habló de las dos imágenes que había del país. Una, antes de la restauración juarista, y otra durante la República Restaurada. Para Martí, con Juárez y Lerdo se había terminado el ciclo de la anarquía y daba comienzo un periodo floreciente:

México era antes la tierra del cielo azul y de los bandoleros legendarios, de las montañas en la tierra, y de las rebeldías y abismos en lo humano. Decían que no tenía puertos porque el mar se negaba a proteger una tierra soberbia y salvaje. La mexicana era desconocida; el mexicano el atrevido lanzador. Vienen hoy lentamente las ondas de dos mares a refrescar con auras de comercio la tierra fértil y amiga...se va de la ciudad al puerto por camino de atrevimiento y maravillas. La mexicana es estimada, y el mexicano es el labriego, el minero, el industrial, el productor...⁵⁴

No era gratuita la idea de Martí sobre el porvenir de México. Era el fervor desatado desde la guerra contra el invasor francés y la recuperación de la soberanía con Benito Juárez los hechos que habían irradiado al continente americano. No en balde, Martí se asumía como un fervoroso admirador del oaxaqueño, a quien no conoció en persona, pero sí fue testigo de su obra. Esa admiración la hizo pública en 1889, frente a los delegados de la Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington:

Por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande

⁵³ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. La República Restaurada. Vida Política*, México, Editorial Hermes, 1955, p. 399. Citado en Rafael Rojas, *Cuba, op. cit.* p. 264.

⁵⁴ "México, antaño y hogaño", *Revista Universal*, México, 29 de septiembre de 1975. José Martí, *Obras completas*, Vol. 6, Cuba, Editora Nacional de Cuba, 1963, pp. 337-339.

porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez... Juárez ese gran hombre resplandece, porque el gran indio que lo llevó era de acero...⁵⁵

El gran reto para Martí y su compromiso con el México de la legalidad se dio en 1876. En enero volvió a la carga Porfirio Díaz, quien tras el fracaso del levantamiento de La Noria en 1871 se refugió en su natal Oaxaca. En 1876, con nuevos bríos y ante el crecimiento de la oposición antilerdista, lanzó el Plan de Tuxtepec con la bandera de la no reelección. En octubre de 1876 la reelección fraudulenta de Lerdo de Tejada agitó los ánimos en el centro del país, ya azuzado por la amenaza militar del caudillo oaxaqueño. Las fuerzas políticas rápidamente tomaron posición; unos, como el general Vicente Riva Palacio, apostaron a Tuxtepec; otros, como Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, siguieron la causa antireeleccionista de José María Iglesias. Los menos, como José Martí, se pusieron del arriesgado lado del presidente Lerdo.

En diciembre de 1876, Martí lanzó, quizá, la crítica más encendida contra el golpe de Tuxtepec, aunque no hace mención del alzado general. En el artículo “Alea Jacta Est”, escribe contra el recurso de la violencia como medio para llegar al poder. El sugerente título hizo referencia a la frase latina que significa “la suerte está echada”, usada en el mundo romano para señalar un hecho irrevocable, sin retorno.⁵⁶ La frase, aplicada a la realidad mexicana de 1876, aludía al hecho de estar la suerte de México en un hilo. Una vez más Martí habla desde un “nosotros”, asumiéndose como un mexicano más. Así comenzaba su crítica:

¿Con que al fin es verdad? ¿Con que se vuelven a matar los mexicanos? ¿Con que se ha violado una tradición, derrocado a un gobierno, ensangrentado un año a la patria, para volver de nuevo a ensangrentarla, para desacreditarnos más, para ahogar en germen el adelanto que alcanzábamos y el respeto que se nos iba teniendo, para hacernos más imposibles a nosotros mismos?⁵⁷

A la sublevación porfirista el intelectual insular no le encontraba ninguna razón justa, ni la razón necesaria que alimentó la guerra de independencia ni la

⁵⁵ José Antonio Bedia, “José Martí: impresiones del legado juarista en México, 1875-1876”, en Adalberto Santana y Sergio Guerra Vilaboy, *Benito Juárez en América Latina y el Caribe*, Cuadernos de Cuadernos, Núm, 11, México, UNAM_CCyDEL 2006, p. 162.

⁵⁶ <http://es.wikipedia.org/wiki>

⁵⁷ “Alea Jacta Est”, *El Federalista*, México, 7 de diciembre de 1876. Martí, *Obras, op. cit.*, pp. 359-360.

justa defensa de la patria humillada por la fuerza del invasor. El asunto no tenía más que la causa caudillista: “Es que una facción quiere a toda costa levantar a su caudillo a la presidencia definitiva de la república; es que una falange de partidarios azuza a su jefe y le extravía; es que un grupo de voluntades desordenadas han hecho garra en el corazón destrozado del país.”⁵⁸ Con severa irritación, Martí cuestionaba el método de la violencia cuando había canales directos para llegar al poder, y de nuevo hablaba desde un plural que no dejaba lugar a dudas de su convicción de ser mexicano:

Estas luchas nos cansan: ese militarismo nos irrita: esa falta de respeto a la patria exalta nuestra indignación. Tenemos leyes hechas, caminos precisos, vías directas para venir al gobierno de la patria: como los grandes afectos nuestro amor a la ley no se ha hecho sentir aquí sino en el momento en que la hemos visto irrespetada y vulnerada; cada hombre es un sacerdote de esa religión que no hemos querido respetar. ¡Ah! No volveremos a perderla luego que la volvamos a respetar.⁵⁹

“Y tú extranjero, ¿Por qué escribes” era la pregunta hecha por Martí ante el rechazo de otros a quienes molestaba su convicción de hablar como mexicano de los males de su patria adoptiva. Su defensa partió desde el mismo derecho humano de protestar contra toda injusticia; pero también se sustentó en la capacidad de analizar los males de un pueblo al que veía doblarse bajo el peso de la violencia. Por eso se declaró, “ciudadano amorosísimo de un pueblo que está sobre todos los pueblos de los hombres.” Ahora era el momento del reclamo, ahora era el momento para levantar la voz:

No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias porque no se queda en México para aguardar día de provecho; ahora yo reclamo mi parte, me ingiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimada, mi dignidad de soberbia. La conciencia es la ciudadanía del universo.⁶⁰

Martí buscó refugio, primero en Guatemala y posteriormente en Estados Unidos, donde en contacto con la emigración cubana comenzaría a organizar la

⁵⁸ *Idem.*

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ “Extranjero”, *El Federalista*, 16 de diciembre de 1876. En *Obras, op cit.*, pp. 361-363.

guerra necesaria, la guerra de independencia de Cuba, comenzada de nuevo en 1895. A pesar del sufrimiento producido por los sucesos de México no perdió el vínculo con sus amigos políticos e intelectuales. En Estados Unidos convivió mucho con el representante mexicano en Washington, Matías Romero. Continuó su preocupación por los asuntos de México y, como lo constatan muchos de sus escritos, opinó sobre los temas de actualidad. En los ochenta, sobre todo, da signos de modificar su idea del régimen de Díaz, pues nota un adelanto en el país. Se detiene en aquellos temas donde ve peligrar la soberanía mexicana bajo los amagos de los norteamericanos, opina sobre las relaciones comerciales y los problemas derivados de la frontera, como el caso Cutting, sin hacer a un lado las ambiciones expansionistas de los vecinos del norte; en su opinión el México porfirista avanza en el camino del progreso.

Por otra parte, no conocemos hasta la fecha cuál fue la reacción del gobernante ante la crítica del cubano, al que sólo vio una vez. Sin embargo, el general supo granjearse el favor de los prominentes cubanos presentes en la política mexicana como, Pedro Santacilia, Nicolás Domínguez Cowan y el diplomático cubano nacionalizado mexicano, Andrés Clemente Vázquez, y supo contenerlos al momento de la guerra de independencia en Cuba. La necesidad de apoyo fue la principal causa para que Martí regresara a México y buscara el favor presidencial, de quien opinó tan negativamente en 1876.

En la historiografía mexicana el tema de la entrevista de Martí y el general Díaz fue objeto de debate: para algunos nunca había ocurrido, mientras otros ampliaban de más el dato con tal de dar mayor veracidad al hecho. La entrevista, ocurrida en agosto de 1894, ayuda a fomentar la confusión. Martí llegó a México, se hospedó en el Hotel Iturbide con pseudónimo, y le solicitó una entrevista al presidente mexicano. La deseada entrevista fue novelesca. Se reunieron de manera muy discreta en el bosque de Chapultepec, y ahí Martí consiguió un apoyo de 20 000 pesos para la insurrección, aunque no el reconocimiento de la beligerancia para la guerra que comenzaría en febrero de 1895.⁶¹ Lo interesante

⁶¹ Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México*, México, CONACULTA, 1996, pp. 310-334.

es cómo, en vista de las circunstancias, Martí tuvo que buscar el apoyo del régimen que le había generado tanto recelo en 1876. Seguramente cambió su postura tras casi veinte años de paz y adelanto mexicanos, quizá tuvo que guardar sus verdaderos pensamientos en aras de los intereses de la isla. Ahora, el “cubano prudente”, como se presentaba en la carta para pedirle la entrevista a Díaz, “ha venido a México, confiado de la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano”, la necesidad de contribuir a la independencia de Cuba como el único remedio para lograr el equilibrio continental e impedir el expansionismo de Estados Unidos.

La temprana muerte de Martí le impidió ver el desarrollo de los acontecimientos en la guerra que tanto propició, así como la postura del gobierno mexicano favorable a la continuación del dominio hispano, y hasta interesado en la posesión de la isla.

Manuel Márquez Sterling⁶² fue testigo tanto del esplendor porfirista como del espectacular declive del dictador bajo la fuerza revolucionaria de 1910. El periodista cubano tuvo estancias breves en nuestro país desde los dieciocho años, cuando radicó en Mérida, Yucatán, donde entabló relaciones con importantes personalidades de la península, como Antonio Mediz Bolio. En 1890, ya en la capital mexicana, escribió algunos artículos para *El Diario del Hogar* del opositor Filomeno Mata. En esta estancia conoció a José Martí, probablemente cuando éste vino a entrevistarse con Porfirio Díaz.⁶³

Márquez era muy conocido en los escenarios mexicanos y cubanos por su amplia participación en los medios periodísticos, así como por sus actividades políticas. Se le reconocía como un escritor de gran talla, y hasta se le comparaba

⁶² Manuel Márquez y Loret de Mola nació en Lima, Perú en 1872. Fue hijo del cubano Manuel Márquez Sterling de quien tomó el segundo apellido para su vida profesional. Su vida transcurrió en Cuba. Se reconoce su labor en pro de la derogación de la Enmienda Platt. Murió en 1934 después de firmar el tratado que derogaba tan oprobiosa enmienda. (Contraportada) Manuel Márquez Sterling, *La Diplomacia en nuestra historia*, La Habana, Instituto del Libro, 1967.

⁶³ Gabriela Pulido Llano y Pedro Salmerón, “Un cubano entre la diplomacia y el maderismo. Manuel Márquez Sterling en México”, en - Camacho, Enrique y Margarita Espinosa Blas, (coords.), *México y Cuba, op. cit.*

con el escritor francés Anatole France por su sagaz e irónico estilo literario. En Cuba escribió para muchos periódicos, sin importarle en demasía la línea editorial, por eso fue frecuente su firma en órganos como *El Pueblo*, *El Camagüeyano*, *La Discusión* y *El País*, entre otros. En México, ligada a su actividad en pro de la independencia, fundó el periódico *La Libertad*. Después de 1902, tras el inicio de la vida republicana en Cuba, siguió su actividad periodística, pero comenzó a involucrarse de lleno en los asuntos diplomáticos de la joven nación. En 1904 regresó a México por asuntos particulares. Esta visita fue crucial para la toma de posiciones de Márquez Sterling frente al régimen del general Díaz.

En septiembre de 1904, García Vélez, ministro de Cuba en México, informaba de un asunto que parecía interesante para acrecentar el aura megalómana del presidente Díaz. El reconocido periodista Manuel Márquez Sterling deseaba entrevistarse con él para hacer posteriormente un trabajo como el que había realizado sobre Tomás Estrada Palma y Teodoro Roosevelt. A pesar de admitir que no tenía buenas relaciones con el periodista cubano, el ministro reconocía que “cumpló con dicho cubano mis deberes de representante de Cuba, ni más ni menos que si se tratara de cualquier otro de mis paisanos...”⁶⁴

Pero aún con el desagrado, el ministro le buscó la entrevista, de la cual hizo un exhaustivo relato. El presidente los alojó en el Salón Verde y los invitó a sentarse en el sofá, mientras él tomaba asiento en un sillón, “que siempre coloca de frente y de espaldas a la luz; pero esta vez hizo lo que no le he visto hacer nunca, pues lo echó a un lado, de manera que nos ofrecía un tres cuartos de perfil, y valga el término fotográfico...”⁶⁵ Además, el ministro reconocía que se notaba en extremo halagado de concederle la entrevista a Márquez Sterling, sabiendo de antemano que ésta serviría para un trabajo posterior. Vélez estaba asombrado por la actitud presidencial:

Pronto hará dos años que conozco y trato al Presidente, y le aseguro a usted que en ninguna otra ocasión lo he visto tan expansivo como hoy. Se habló de todo, y de todo dio su opinión sin ambages ni rodeos. A veces creía ver en su

⁶⁴ Carlos García Vélez a Carlos Ortiz y Coffigny, México, 20 de septiembre de 1904, Archivo Nacional de Cuba, (en adelante ANC) Exp. 525/leg. 18 ff. 1,2.

⁶⁵ Carlos García Vélez a Carlos Ortiz y Coffigny, México, 28 de septiembre de 1904, ANC, Exp. 525/leg. 18, ff. 3-5.

charla asaz imprudente, teniendo en cuenta que tenía delante un periodista que lo estaba atisbando en sus mejores detalles, una segunda intención, algún propósito o idea preconcebida, y que nosotros estábamos allí precisamente para servirle de instrumentos.⁶⁶

La entrevista duró una hora y cuarto, tiempo en el que el periodista preguntó todo lo que se le antojó y el presidente se engolosinó pensando en el futuro texto donde se haría elogio de su poder. Márquez regresó a La Habana y el día seis de octubre publicaba en *El Mundo* el famoso artículo que esperaba con ansias el presidente de México. Aunque no conocemos de primera mano el texto, sabemos que desagradó al presidente y a sus allegados, por lo que el ministro cubano se sintió responsable, y pidió una disculpa a nombre de su gobierno. Mariscal le dijo que no se preocupara, pero fue tajante al pedir no volver a tocar el tema del enfadoso artículo ni de su autor.⁶⁷ La molestia no podía ser menor en un régimen que cuidaba en extremo toda información que fuera a contracorriente de la línea oficial, y menos podía estar de acuerdo en un texto de Márquez Sterling, quien gozaba de mucha popularidad. Evidentemente, frente a este caso la seguridad del presidente se vio burlada en extremo, porque el general puso en charola de plata la información que sirvió posteriormente para atacarle.

El asunto pareció llegar a un término incendiario cuando hubo fuertes rumores de que el gobierno cubano nombraba a Manuel Márquez Sterling como primer secretario de la legación en México. Indignado, Ignacio Mariscal pidió una explicación convincente:

Yo me resisto a creer que sea verdad. No me parece que el Señor Márquez merezca la confianza de su Gobierno después de esos escritos difamatorios contra el Gobierno del Presidente Díaz y del país mexicano con el cual está Cuba en tan buenas relaciones; pero si desgraciadamente fuera correcta la noticia le ruego que informe a su Gobierno, que Márquez Sterling no es persona grata para nosotros, por el contrario, que no sería nunca recibido por el Gobierno de México. La conducta observada por dicho señor ha sido

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Carlos García Vélez a Carlos Ortiz y Coffigny, México, 22 de octubre de 1904, ANC, Exp. 525/leg. 18, ff. 7,8.

incalificable hacia nuestro país, cuando no tenía sino motivos de agradecimiento.⁶⁸

Finalmente, el periodista no fue nombrado para el cargo. Muchas preguntas quedaban por delante. En primer lugar, los motivos de Márquez Sterling para sacar a la luz pública un artículo que habría de cerrarle las puertas de la diplomacia –al menos mientras durara Díaz en el poder- y de granjearle la enemistad del gobierno mexicano. El escritor cubano no era un crítico del régimen, tan no lo era que pudo entrevistar al presidente. Al contrario, era un enlace importante en el circuito de información y circulación de la imagen positiva de México que dirigían en Cuba el ministro Crespo y Martínez y el cónsul Arturo Palomino; muchos artículos laudatorios eran de su autoría, o al menos se publicaban con la firma de Márquez Sterling.⁶⁹ Pero, además, éste conocía de sobra la dinámica que reinaba en el país, porque había vivido en México en décadas anteriores, y había participado activamente al lado del exilio cubano en el contexto de la guerra de independencia. Su fama de escritor se reconocía en México y en la isla, destacándose por su posición anti hispana, como lo dejó claro en sus escritos en el periódico *La Libertad* y en sus obras *Páginas libres* e *Ideas y sensaciones*.⁷⁰ Por ello, no deja de haber contradicciones en los sucesos generados a raíz del incendiario artículo sobre el presidente mexicano porque éste fue el argumento que le impidió ocupar el puesto de ministro cubano en México. No sabemos cómo se decidió marginarlo del cargo, es decir, si funcionó el enojo del ministro de relaciones Ignacio Mariscal o simplemente las autoridades cubanas decidieron cortar por lo sano un asunto que entrañaba dificultades con el gobierno del general Díaz.

⁶⁸ Carlos García Vélez a Carlos Ortiz y Coffigny, México, 28 de octubre 1904, ANC, Exp. 525/leg. 18, ff. 9,10.

⁶⁹ Márquez Sterling fue un asiduo escritor que colaboró con el consulado y se mostró siempre dentro de la línea editorial del mismo. Un artículo entre muchos fue “La ciudad triste” donde describe la capital mexicana, pero sin tratar los temas políticos o sociales. *Cuba y América*, La Habana, enero de 1901.

⁷⁰ Gabriela Pulido Llano, “Escritos cubanos: Una relación impresa entre la geopolítica y la cultura, 1868-1900”, en Muñoz Mata Laura, (coord.), *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, T. 2, 2002, pp. 74-75.

Extraña también fue la postura de la prensa mexicana que poco escándalo hizo del asunto. Quizá recibió instrucciones gubernamentales de no dar publicidad al escrito del cubano. *El Diario del Hogar*, en marzo de 1905, hacía una reseña del libro *Psicología profana* de Márquez Sterling, en el cual reunía sus artículos sobre los gobernantes. Se anunciaba que el periódico publicaría en números posteriores los trabajos del cubano; en esa edición publicaba el artículo sobre Teodoro Roosevelt.⁷¹ Sin embargo, no hemos encontrado más artículos del caribeño.

Unos años más tarde el tema volvería a la escena de debate. En 1909 el periodista cubano publicaba *La Diplomacia en nuestra historia*,⁷² donde, a través de los documentos acumulados por su padre, Manuel Márquez Sterling, cuando fuera embajador de Cuba en Lima; hacía un recuento de la postura latinoamericana frente a las luchas en pro de la independencia cubana. El juicio de Márquez Sterling fue demoledor:

...la conservación de buenas relaciones con España érales casi siempre de imperiosa urgencia; el laborioso peninsular enriquecido en la América libre influía y pesaba enérgicamente en los poderes; y el espíritu americanista de mediados de siglo XIX encontrábase degenerado en los políticos que todo lo sacrifican a los intereses del momento y al bienestar de las oligarquías...⁷³

Tan certeros comentarios describían a la perfección la actitud general de América Latina ante la guerra de los cubanos; sobre todo, aludían al gobierno de México, país de quien se esperaba que liderara el apoyo continental. Sin duda, el tiempo fue el mejor aliado de Márquez Sterling. En 1913 fue nombrado para ocupar el cargo de embajador de su país en México, puesto en que el cubano se reivindicó, apoyando a todo trance la causa revolucionaria, y marcó con ello la impronta de su propia historia, borrando los puntos dudosos de su paso por el porfirismo. La ocasión, además, fue perfecta para hacer público su rechazo al gobierno derrocado. Al llegar a México, según sus recuerdos, arregló ese asunto. Ante la pregunta de un periodista sobre el problema con Porfirio Díaz en 1904, respondió:

⁷¹ *El Diario del Hogar*, México, 23 de marzo de 1905.

⁷² Manuel Márquez Sterling, *La Diplomacia*, *op. cit.*

⁷³ Citado en Pulido, *Un cubano*, *op. cit.*

Se ha exagerado mucho eso que no fue sino un percance mío, sin trascendencia. Pero el periodista, que ha puesto su planta en firme, no se conforma. Hizo usted –añade– un estudio bastante conocido por nuestros literatos y especialmente por los prohombres del “porfirismo”, la prensa lo reprodujo; circuló, más tarde, en un libro; y el General no perdonó las ironías que en el escrito campean... Hoy mandan los que le derrocaron y puede hablarse con libertad absoluta del incidente...⁷⁴

Más adelante, reafirmaba el suceso de la trascendente entrevista y afinaba detalles no incluidos. Más allá de su impresión al estar frente al caudillo, le sobrecogió su poderío:

La rama no se movía en el árbol sin su permiso. Manejaba con destreza inverosímil los engranajes remotos de la maquinaria nacional. Su fluido llegaba a los confines del territorio. Y en la noche profunda se escuchaba su resuello alerta. Porfirio Díaz aplicó una curiosa variedad del “sistema” pretoriano; porque su pretorianismo reposaba en la causa de la civilización, rasgo de imponderable astucia que explica la calidad y la cantidad de los cómplices y el espantoso desenlace. Convenció a pensadores y estadistas europeos que abdicaron de sus teorías y de su ciencia; y, en América, próceres de muchas campanillas envidiaban a México *su* Porfirio.⁷⁵

Interesante retomar una nota inserta páginas más adelante del libro *Los últimos días* porque, según testimonio, de Márquez Sterling, otro artículo sobre México lo reconcilió con el gobierno porfirista. Después de escribir en el periódico gomecista *El Triunfo* un texto laudatorio para conmemorar el centenario de la independencia de México, Enrique Creel, secretario de Relaciones Exteriores de México, le envía una nota de agradecimiento y una copia del artículo reproducido en el periódico *El Imparcial de México*. El cubano contestó cortésmente: “Siempre he sido admirador de la heroica República Mexicana y, en mi larga consagración al periodismo y a las letras, procuré, con entusiasmo jamás interrumpido, robustecer el sentimiento de confraternidad que liga y estrecha a la patria de usted con la mía”.⁷⁶ De esta manera, el escritor insular dejaba en claro que siempre había guiado su labor procurando fortalecer los vínculos entre México y Cuba, más allá de su crítica al régimen de Díaz. También es interesante encontrar en las lecturas de Márquez una admiración donde resalta el poder del general Porfirio

⁷⁴ Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero, (Mi gestión diplomática en México)*, México, INHERM, 1985, p. 18.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁷⁶ Márquez Sterling, *Los últimos*, *op. cit.*, p. 92.

Díaz no sólo a nivel interno, sino que abarca también la gran proyección que logró el régimen internacional y continentalmente.

En 1921, José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional, en el discurso oficial para darle el grado de doctor *Honoris Causa* a Manuel Márquez Sterling, ponderaba la labor del periodista en tiempos porfiristas, al tiempo que señalaba

Hace más o menos veinte años llegasteis aquí, comisionado por un diario de La Habana para estudiar este país que la prensa asalariada presentaba como la obra de un genio omnipotente que se dignaba fomentar la industria, el comercio y las artes en vez de destruirlo todo con los rayos de su ira vengadora. Contemplasteis la majestad del falso Júpiter; supisteis resistir la tentación del oro y el halago de la vanidad, y en vez de cantar loores a Porfirio Díaz, contasteis en nuestra patria la verdad, y os sonreísteis del histrión sanguinario que paseaba por nuestras calles, cubierto el pecho de medallones como un rey bárbaro en día de fiesta.⁷⁷

⁷⁷ *El Fígaro*, La Habana, enero de 1921. Luis Ángel Argüelles Espinosa, "Cuba y la Revolución Mexicana de 1910", (Documentos), en *México y Cuba: Dos pueblos unidos por la historia*, México, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, T. 2, 1982, p. 502.

Capítulo IV

Porfirio Díaz desde Cuba

4.1- La construcción del héroe

El estudio de los héroes y su papel en la historia moderna ha tenido diversos altibajos, sin embargo en los últimos años se han logrado interesantes investigaciones sobre la centralidad de éstos, sobre todo en la historia decimonónica cuando su trayectoria política corre al parejo de la difícil construcción de los Estados nacionales. Para los interesados en el tema, si bien la figura mítica del héroe tiene referencias en tradiciones muy antiguas, pero fue con la Revolución Francesa cuando adquirió rasgos modernos y laicos asociados al problema de lo nacional.¹

Muchos de los estudios recientes sobre la figura de Porfirio Díaz coinciden en señalar los rasgos de personalidad como un factor importante para explicar su permanencia en la presidencia por más de treinta años. Sin obviar el peso de las medidas represivas propias de un poder dictatorial, se llega a la conclusión de que una parte importante de la historia del régimen descansó en la capacidad del caudillo para crearse una aura de misticismo y construirse un pasado que encajara con sus objetivos y ambiciones de poder; esto es: hacer uso de la personalidad como arma política. No en vano bien nos alertaba Daniel Cosío Villegas, que si había un rasgo para definir esta capacidad del caudillo, sólo había que detenerse en el hecho de que una época de la historia llevara su nombre, el porfiriato significa en esencia el gobierno de un hombre: Porfirio Díaz.²

Un fino sentido del uso del factor de la personalidad presente en el caudillo, le permitió echar a andar un complejo programa de propaganda, centrado en hacer de él el personaje protagónico de la historia nacional; el cual implicaba no solamente erigirlo como el hombre necesario, más allá de eso se pretendía una

¹ Michel Vovelle, "La Revolución francesa: ¿matriz de la heroización moderna? En Manuel Chust y Víctor Mínguez, (eds), *La construcción del héroe en España y México, (1789-1847)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2003, p. 19.

²Daniel Cosío Villegas, *"El porfiriato"*, *op. cit.*, p.130.

construcción del dirigente con rasgos heroicos. Esta presencia heroica de la historia mexicana hace decir a Enrique Krauze, a propósito de la idea de la historia del pensador inglés Thomas Carlyle: “Con todo, hay historias y países que se ajustan a ella casi tal como se formuló, y les queda como un traje a la medida. Uno de esos países, tal vez el más carlyleano de todos es México”.³ Estas ideas se inscriben, sobre todo, en las conferencias tituladas *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia* impartidas en Londres en los años cuarenta del siglo XIX.⁴

Para Carlyle los héroes jugaban un papel central en la historia, eran los hombres necesarios, motor del cambio. Éstos, en uso de una facultad extraordinaria e innata, entraban en el escenario de la historia cuando las circunstancias los llamaban y tendían a redimir al hombre de su existencia sombría. Pero al mismo tiempo, estos hombres mortales tenían como característica primordial un sentido providencial del deber y eran un dechado de virtudes morales y sociales; de esa manera eran representantes de la verdad, la justicia y la ley del mundo.⁵ Quizá el rasgo más sobresaliente en la tipología heroica de Carlyle sea la fuerza interior o fuerza espiritual manifiesta en la conciencia individual. “Cada héroe responde íntegramente a su vocación hacia aquello a que ha sido llamado convocado. No importan los sufrimientos, los tormentos, los sacrificios, las luchas que haya de librar contra los suyos, su país, su tiempo, el mundo mismo...”⁶

Esta cualidad ha estado presente, según Carlyle, en el devenir de la historia, y los héroes la han moldeado. Asimismo, estos hombres han dejado su huella en diversos campos de la actividad humana, tales como el religioso, el literario y, muy importante, el político, donde descuellan los nombres de Mahoma, Dante, Shakespeare, Lutero, Rousseau, Cromwell y Napoleón Bonaparte, entre otros. En la última conferencia, Carlyle analiza el papel heroico de Cromwell y

³ Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, 1994, p. 17.

⁴ Tomás Carlyle, *Los héroes*, Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes, México, Porrúa, 1976, (Sepan cuántos, núm. 307).

⁵ Raúl Cardiel Reyes, Estudio preliminar a *Los Héroes*, *op. cit.*, p. XIX.

⁶ *Ibid.*, p. XX

Napoleón Bonaparte y detalla cada acción vinculada a ese sentido de la necesidad y del deber de estos personajes de la política europea. Al examinar a Cromwell y su papel heroico en la historia inglesa, hacía énfasis en el poco valor que los contemporáneos daban a la figura política; hecho que desentonaba con la visión que él tenía y que le hacía ver en cada acción del político un rasgo heroico. En primer lugar había de reconocerse la llegada del héroe y la necesidad de entregarle poder: “Buscad en cualquier país el hombre más capaz, el más hábil que en él resida: elevadle a la suprema dignidad, reverenciadle lealmente, y habréis conseguido para aquel país un Gobierno perfecto”.⁷ Un aspecto muy importante es la disposición del héroe para la paz y el orden y el sacrificio que debe hacer al propiciar el cambio desde la revolución

Digamos también que con todo y haberse visto muchos de nuestros héroes y grandes hombres poco menos que forzados a trabajar como revolucionarios, son, por virtud de su misma naturaleza, hijos legítimos del orden y enemigos naturales del desorden. Un hombre verdadero ocupado en trabajos de revolución, cosa es que tiene en sí algo trágico. Preséntase a los ojos del mundo como anarquista; un elemento anárquico penoso en extremo le embaraza y le sale a cada instante al paso; y esto le acontece a él, cuya grande alma es hostil a la anarquía y se le hace odiosa. Como la de todo hombre ingenuo, su misión es el orden. Viene a restablecerlo en el mundo, dentro del caos y de la confusión...⁸

En resumen, para Carlyle las virtudes de los héroes se reconocen y el gran acierto de estos hombres es que saben convencer a los pueblos para que los sigan, tienen la virtud de ser admirados. En el caso específico de Cromwell, resalta que sus pocas habilidades discursivas y su reticencia a escribir sus ideas, si bien le ganaron enemigos y duras críticas como gobernante, lejos de ser considerados vicios son una prueba más del sentido de la acción de los héroes.⁹

Estos elementos esbozados nos permiten encontrar la coincidencia para el caso de Porfirio Díaz, porque hay un empeño evidente en hacer del presidente una figura heroica del panteón nacional, una figura que trascienda al propio

⁷ *Ibid.*, p. 159.

⁸ *Ibid.*, p. 165.

⁹ Will Fowler analiza la figura de Santa Anna y parte también de argumentos carlyleanos. Hill Fowler, “Antonio López de Santa Anna: El hombre visible por excelencia”, (México, 1821-1855), en Chusy y Mínguez, Eds., *op. Cit.*, pp. 357-380.

personaje. Elementos como la necesidad, lo heroico y hasta cierta intervención milagrosa, son los que Cosío Villegas encuentra como parte del formato de la literatura porfirista. En su bien logrado resumen, explica cómo existe un filón de explicación milagrosa cuando el autor no encuentra explicación terrena. De ahí que Nemesio García Naranjo se haya lamentado del pasado revolucionario del caudillo; sin embargo, en un giro sorprendente, achaca esa situación al destino “...obró empujado por el destino. No fue él quien prendió la Revolución, sino que esta lo envolvió en sus llamaradas”.¹⁰ La lectura de lo milagroso rodeaba la atmósfera mexicana y prevalecía en la explicación, porque todo encajaba si se entendía como parte del plan divino. Si el general no había tenido hijos con su esposa Carmen Romero Rubio, era porque “...Dios no quería distraer a aquellos dos seres con cuidados domésticos, a fin de que se pudieran dedicar por completo a reorganizar la despedazada sociedad mexicana”, porque su felicidad se concentraba en la felicidad de millones de mexicanos”.¹¹ Por supuesto que el héroe operaba como motor del cambio y era, a la vez, el centro de todo. En este sentido Porfirio Díaz no era un hombre común, sus facultades extraordinarias lo delataban. Esta era la esencia que describía el mismo García Naranjo:

Porfirio Díaz fue a la vez el pintor y el sujeto, el maestro y el discípulo. Se forjó en la imaginación el tipo físico, intelectual y moral que debía tener, y en seguida puso su voluntad, toda su prodigiosa voluntad en la tarea de corregirse y perfeccionarse... hasta realizar el milagro de ser igual al retrato físico y moral que se había trazado de sí mismo.¹²

La materia de lo milagroso y cómo opera en la escritura de Porfirio Díaz, sin duda, resulta atractiva y puede someterse a un análisis del discurso, sin embargo, nuestra intención analítica la ubicamos en un plano más terrenal. Nos interesa descifrar cómo se construye el mito de Díaz como héroe, qué mecanismos se

¹⁰ Citado por Cosío, “*El porfirato*”, *op. cit.*, pp. 131-132.

¹¹ *Idem.*

¹² *Ibid.*, p. 133. El libro de García Naranjo referido por Cosío Villegas es *Porfirio Díaz*, editado en San Antonio el año de 1930. Nemesio García Naranjo nació en Lampazos de Naranjo, Nuevo León, en 1883, y murió en la ciudad de México en 1966. Creció en pleno esplendor del gobierno de Díaz y fue un escritor comprometido con el régimen. Tras el estallido revolucionario y después de un breve exilio en Cuba, fue secretario de instrucción pública durante el gobierno de Victoriano Huerta. Fue un escritor y político polifacético y controvertido. *Rancaño, op. cit.*, p. 56.

utilizan, cuáles son los momentos de auge y declive y cuál es el nivel de fuerza que alcanza dicha construcción, o dicho de otra manera, cómo se convirtió Porfirio Díaz en *místico de la autoridad*.¹³

Sobre dos pilares descansó la tarea de construcción de Porfirio Díaz como héroe: una de producción de literatura sobre la vida y obra del presidente, y otra de difusión encargada de llevar el mito más allá de las fronteras nacionales. De la primera, sobresalen una afanosa literatura y una persistente prensa dedicadas a elaborar el discurso heroico; de la segunda, existió un eficiente mecanismo operado por agentes oficiales y oficiosos cuya actividad se centraba en difundir la obra porfiriana y, además, cuidar que las voces disidentes no opacaran su brillo.

Ahora bien, respecto a la literatura del periodo, ya hemos apuntado en otro capítulo el sentido de la publicidad y de la historia que tenía el presidente, sentido que fue el hilo conductor de una política de promoción literaria y difusión de su obra de gobierno, pero que también se explica por la imperiosa necesidad del dictador de crearse una aura de consenso que opacara en cierta medida una oposición que siempre señaló el carácter dictatorial del gobierno de México.

En esta tarea, el primer impulsor en el ejercicio de construcción del héroe fue el mismo Porfirio Díaz. El prototipo del héroe, sin duda, era Napoleón Bonaparte, con quien se comparaba y por quien mostraba el presidente una especial admiración. En 1889, en vísperas de la Exposición Internacional de París, le encomendó a Manuel Díaz Mimiaga, delegado mexicano para la Exposición Francesa, que le consiguiera una biografía de Napoleón. Díaz Mimiaga no encontró la obra en cuestión, pero “en cambio le envió una edición belga de la vida de Napoleón que sirviera de inspiración para *El Napoleón mexicano des tropiques*”.¹⁴ Quizá esa obra le sirvió de inspiración para sus memorias. El gobernante fue el primero en escribir sus *Memorias*, para lo cual se apoyó en alguien tan capaz como Matías Romero. Según Cosío Villegas, estas memorias del general, publicadas en 1892, más que un fin electorero o político llevaban el

¹³ Krauze, *Porfirio Díaz, op. cit.*

¹⁴ Correspondencia entre Porfirio Díaz y Díaz Mimiaga, Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, caja 5, leg. 15, docs. 2497-2499. Citado en Tenorio, *Artilugio, op. cit.*, p. 226.

ansia de posteridad. En un afán de la búsqueda de lo heroico Díaz detalló su pasado militar.¹⁵

La misma tendencia muestra toda la literatura apologética del periodo, la cual la hace una literatura pobre y desmerecida como fuente de análisis historiográfico. No obstante, este formato monótono y reincidente también obedece a una intención política y literaria, es decir, esta línea editorial presente en todos los libros y folletos busca precisamente ser repetitiva en el argumento para demostrar la fuerza y necesidad de la permanencia del gobernante en el poder.

Este empeño queda más demostrado en el género biográfico, tan privilegiado en la literatura porfiriana. Volvamos a las cifras. De la lista de 276 fichas consignadas como literatura política secundaria del porfiriato por Cosío Villegas, 61 biografías son dedicadas al caudillo, pero si se agregan a la cuenta todos aquellos libros que son de tinte laudatorio y que terminan girando en torno al gobernante oaxaqueño, sucede que se llega a la cifra de 126 obras centradas en su persona. Estas biografías narran sus primeros treinta y siete años de vida, cuando fue soldado en las guerras de Reforma e Intervención.¹⁶ Un dato de suma importancia en cuanto a las biografías lo señala el mismo Cosío Villegas:

...son en lo esencial, idénticas entre sí y a las *Memorias*, sin que pueda distinguirse mayormente entre el trabajo de una buena señora como doña María Antonia Z. De Blanco, el de un panfletista ligero como Ireneo Paz, el de un aficionado a la historia como don Bernardo Reyes, o el de historiadores profesionales extranjeros como Bancroft o nacionales como Genaro García.¹⁷

Los autores mencionados fueron entusiastas promotores de la obra del régimen, pero destaca el caso de Hubert Howe Bancroft, escritor americano que produjo varias obras sobre historia de México, y a quien se le ha calificado como el más aguerrido panegirista del porfiriato.¹⁸ Bancroft escribe en 1887 una extensa

¹⁵ Cosío, *"El porfiriato"*, op. cit., pp. 111-112.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 121, 122.

¹⁷ *Ibid.*, p. 122.

¹⁸ Bancroft está considerado como un pionero de la historia estadounidense; pero además de historiador se le reconoce su personalidad multifacética: hombre de negocios, publicista, ensayista y filósofo. Entre su extensa obra destacan los estudios de corte histórico y antropológico sobre la frontera de Estados Unidos y México, así como su análisis de la zona centroamericana. John Walton Caughey, "Hubert Howe Bancroft,

biografía titulada *Vida de Porfirio Díaz. Reseña histórica y social del pasado y presente de México*, en la cual reproduce el formato ya mencionado anteriormente; se trata de un detallado recuento de las virtudes morales de Porfirio Díaz y su papel benefactor en los destinos de México. De la primera a la última página son reincidentes los adjetivos del gobernante como el héroe, el hombre necesario, el salvador, así como también se insiste en su férrea voluntad y signado con altísimos designios providenciales. En la parte dedicada exclusivamente al estudio de la personalidad del biografiado, el autor estadounidense busca las cualidades morales del gobernante, encontrando desde su infancia rasgos heroicos que fueron trazando el camino para llegar al poder. Por ello, desde niño Porfirio Díaz había sido consciente de su papel en el mundo y así moldeó su carácter

El dominio de sí mismo que es otro nombre que se le da al valor, rayaba en lo heroico. Y esto es tanto más remarcable cuando consideramos sus antecedentes y la circunstancia de su vida...Había en él además un espíritu de verdad y conciencia del deber siempre presentes, abrazando lo que el hombre se debe a sí mismo, a su familia, a su país, y basado en una idea elevada y noble de la justicia...¹⁹

Tomamos el caso del escritor estadounidense, tanto porque se le considera como historiador profesional como por el año en que publica su obra. Si el libro tiene un sabor tan laudatorio podemos imaginar el tono de la literatura escrita por aficionados o políticos cercanos al presidente. Por otro lado, si en 1887 ya existía esta atmósfera cortesana en la literatura política ¿que se podría esperar de la producida y publicada a partir de la década siguiente cuando el lustro del gobierno porfirista era mayor y mayores los recursos y patrocinios de este tipo de literatura? Sólo con estas referencias temáticas y temporales es posible entender el nivel de adulación de la literatura; y solo con esta referencia se pueden entender y ubicar políticamente obras como las de Rafael de Zayas Enríquez o las de José Francisco Godoy, entre otras.²⁰

historian of western America”, *The American Historical Review*, Vol. 50, Núm. 3, American Historical Association, abril de 1945, pp. 461-470.

¹⁹ Hubert H. Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz. Reseña histórica y social del pasado y presente de México*, San Francisco California, The History Company, 1887, pp. 540-541.

²⁰ de Zayas, *Porfirio Díaz, op. cit.* Godoy, *Porfirio Díaz, op. cit.*

El segundo punto en la tarea consistió en difundir a gran escala esta imagen del general Díaz como héroe nacional. La mayoría de los libros fueron escritos a la sombra del patrocinio gubernamental y, muchos de ellos, publicados en ediciones de lujo. La circulación, aparte de comenzar por la clase política laudatoria al caudillo, comprendía también su venta o distribución fuera de México, aspecto que cubrían los consulados o las legaciones que el país tenía acreditados en el mundo.²¹ De ahí que no sea raro encontrar reseñas de las obras publicadas en México o en Estados Unidos en los lugares donde hay representación mexicana. Pero, además, estos funcionarios del servicio exterior también cubrieron con creces el objetivo propagandístico, porque crearon a su vez una red de información positiva del régimen, primordialmente alrededor del caudillo. Este punto es esencial, porque aborda y explica cuál es el papel de estos agentes en el campo de la opinión pública desde su trinchera diplomática o consular.

Como bien lo señala Duroselle, existe toda una gama de agentes visibles e invisibles que operan en el terreno de la propaganda, y si hablamos del siglo XIX cuando no existían los llamados medios masivos de comunicación como la televisión o la radio, este papel de comunicador lo cubrió la prensa, que no es un factor menor en las guerras propagandísticas, sobre todo en tiempos bélicos. Sin embargo, esta acción de los agentes sobre la prensa es activa todo el tiempo, aunque sus objetivos cambian: mientras en tiempos bélicos se trata de incidir en el derrotero y ganar adeptos a la causa de un país, en tiempos de paz el objetivo primordial es el “efecto de prestigio” donde se trata de influir para divulgar una imagen favorable de una nación determinada.²² Sin embargo, el proceso y los resultados de tales acciones dependen también en mucho del control y recursos que tengan los gobiernos.

²¹ Durante el gobierno de Porfirio Díaz, la presencia consular y diplomática creció. Había oficinas consulares, legaciones en distintos países como Francia, Inglaterra, Italia, Japón, España, El Salvador y Guatemala, entre otros y una embajada en Estados Unidos creada en 1898 a la cual fue nombrado Matías Romero como primer embajador, cargo que no ejerció porque murió antes. Espinosa, *Cuba, op. cit.*, p. 50.

²² Jean Baptiste, Duroselle, “El estadista”, en Renouvin, *introducción, op. cit.*, pp. 397-399.

Para nuestro estudio, es obvio que mucha de esta política fue posible gracias al gobierno dictatorial que permitió tener un control efectivo de la prensa para mantenerla a tono con las exigencias de la política; mientras que a nivel externo la tarea fue cubierta por los agentes diplomáticos y consulares, los que hicieron esta actividad con diferentes intensidades, dependiendo más que nada de su propia visión sobre el régimen, o del sentido de lealtad o admiración hacia el caudillo, hecho que sólo es posible cuantificarlo en el estudio particular de estos personajes.

Para analizar cómo operó esta producción y circulación de la imagen de Porfirio Díaz en el territorio insular cubano es preciso analizar la cuestión como un proceso enmarcado en circunstancias históricas —el cambio político ocurrido en la isla en el periodo de entre siglos- y particulares, es decir, mucho del éxito de la política de difusión dependió del celo con que el funcionario —cónsul o ministro- pusiera en práctica estos objetivos. Durante el largo periodo cubierto por el porfiriato, tres personajes coordinaron la vida exterior de México en Cuba: Andrés Clemente Vázquez, Gilberto Crespo y Martínez y José Francisco Godoy, los tres citados en el capítulo primero de esta investigación. Ellos tuvieron un papel importante en las decisiones en materia de política exterior, y fueron respaldados por un grupo de leales y eficaces agentes de las relaciones internacionales, donde destacó Arturo Palomino por su prolongada estancia en la isla, así como por sus actividades en pro de los intereses mexicanos. Quizá el más celoso en la tarea de promoción y difusión del país y de su gobierno fue el cubano nacionalizado mexicano Andrés Clemente Vázquez, y no sólo por su larga estancia de casi veinte años como cónsul en Cuba, sino porque fue un decidido servidor del régimen que, además, contaba con muchos recursos morales e intelectuales para darle realce a su labor. Su ejercicio de escritor y su labor intelectual lo volcaban a ejercer su oficio con un alto grado de reflexión crítica, presente en el rico legado documental que escribió. En esos textos, el cónsul transmite su esfuerzo constante por colaborar en la empresa difusora de una imagen positiva de México, y comparte convencido el afán megalómano del presidente mexicano. Pero, además, Clemente Vázquez hace teoría de la realidad que vive, y expresa una

concepción profunda sobre el derrotero de los pueblos latinoamericanos y sobre los movimientos revolucionarios. Consciente de la importancia de la historia, impele al gobierno mexicano a escribir la historia del régimen, mediante el puesto de un historiador profesional que sea el vocero de la postura gubernamental:

Me parece que México será la primera nación moderna y el Sr. General Díaz el primer gobernante americano que haya mandado escribir la historia oficial del país, día por día, y con la impresión exacta que dejan siempre los acontecimientos al testigo ocular que se decide narrar los sucesos a raíz de su consumación sin exponerse a los olvidos y omisiones de la memoria y la distancia...²³

La idea de posteridad que le mueve a don Andrés Clemente Vázquez, urge a crear un espacio en la Secretaría de Relaciones Exteriores donde se recabe toda la producción literaria sobre México y se haga una sección de artículos periodísticos referentes a México publicados de la prensa mundial. Más tarde, al mediar los años noventa, se mantenía firme en la importancia de crear un espacio publicitario que de manera continua promoviera la imagen del país y su gobernante. Con ello en mente, insistió mucho en emprender la publicación de una revista intitulada Cuba y México, en la cual se insertaría información benéfica a los intereses del régimen.²⁴

Por su parte, Gilberto Crespo y Martínez, nombrado ministro plenipotenciario en 1902, al crearse la legación mexicana en Cuba, comienza sus labores en otro clima político y social, ahora bajo un contundente dominio norteamericano. La misma situación de confusión que reina en la nueva nación incide para que los intelectuales se centren en el debate de los problemas más urgentes que enfrenta la nueva República. Crespo y Martínez, con otra visión más jerárquica, se ubica en un don de mando y deja las tareas “menores” en sus subalternos como Arturo Palomino, nombrado Cónsul General a la muerte de Andrés Clemente Vázquez. De tal manera que existen pocos testimonios de la visión del ministro en torno a la empresa de difusión, así como su posición frente

²³ Andrés Clemente Vázquez a la Secretaría de Relaciones Exteriores, La Habana, 5 de febrero de 1890. Archivo General de la Nación, (en adelante AGN) libros copiadore de la correspondencia de Andrés Clemente Vázquez. Exp. (L-729.1-5) 16, núm. 35. ff. 11-20.

²⁴ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 26 de noviembre de 1895, AHGE-SRE, Expediente personal de Andrés Clemente Vázquez, Exp. 40-2-111 (III), ff. 166-179.

al presidente. Sus actividades, sin embargo, se insertaron de lleno en los objetivos e instrucciones que le llegaban desde la cancillería.

Por último, José Francisco y Godoy, también ministro en Cuba, funge como tal del año de 1906 a 1912, y le toca enfrentar el convulso periodo del inicio de la Revolución. Fue un ministro que demostró apatía por la plaza habanera, y se esforzó poco por crear lazos con la clase política insular. Las actividades recayeron por completo en Arturo Palomino, quien le entregaba informes a su superior. Esto explica en parte la pobre capacidad que tuvo Godoy al tratar de detener la propaganda revolucionaria y la crítica reflexiva y soez que cayó como avalancha sobre el dictador. Estos matices nos permitirán ubicar cómo se produce la difusión de la figura heroica de Díaz, sus momentos de auge, las manifestaciones de apoyo y los momentos de declive en que comenzó a ganar fuerza la imagen del gobernante como dictador.

4.2- Del héroe al dictador

Las interpretaciones que se ganó México y, de manera particular, el presidente Porfirio Díaz en Cuba variaron en forma y contenido a medida que se prolongó su gobierno, y respondieron a los ritmos tanto del desarrollo interno de la dictadura como a la realidad cubana. Un corte temporal lo es sin duda el cambio político operado en Cuba a partir de 1902, tras tres años de guerra, cuando Estados Unidos fue a la guerra del 98 con el objetivo preciso de arrebatarle el control de la isla a España. Para nuestro tema este corte temporal es metodológicamente útil, porque la relación de México con la isla partió de la condición colonial de Cuba, lo que obligó a México a relacionarse por intermedio de la metrópoli, situación que de antemano condicionó la relación entre ambos. En cambio, después de 1902, el establecimiento de la República de Cuba abrió la posibilidad de entablar relaciones formales; sin embargo, había que cuidar el trato con el grupo insurrecto que quedó al frente del gobierno y, sobre todo, resguardar la postura de México frente al dominio informal de los estadounidenses.

De esta circunstancia histórica se tiene que partir para ubicar las coordenadas en que se emite una interpretación u opinión sobre México. En el caso de Andrés Clemente Vázquez, su postura en la plaza habanera, vista como ambigua, no es sino una muestra de la política exterior desplegada por el gobierno de México interesado en mantener excelentes relaciones con las autoridades españolas, pero cuidadoso de parecer poco solidario con el movimiento independentista, que ganaba fuerza a finales del siglo XIX. Esa sería la línea oficial de México hasta la entrada en escena de Estados Unidos, situación en la cual nuestro país jugaría con la carta de la mediación en pro de la independencia de Cuba, pero lo haría no en alianza con los cubanos insurrectos, sino buscando dicha alianza ya con España, ya con Estados Unidos. No obstante lo cuestionable que pudiera parecer esta política, le permitió mantener en buen nivel su relación con el vencido gobierno español, pero más importante, hizo posible un buen entendimiento con las autoridades norteamericanas de ocupación, trato que, posteriormente, le permitió sortear y arreglar las diferencias o fricciones con el grupo político revolucionario cubano. Estas coordenadas políticas e históricas son referentes para entender también los fines que persigue el gobierno mexicano en su empresa de crear difundir una imagen conveniente del país, y positiva aura del gobierno dictatorial.

Desde 1886, año en que llega a Cuba, hasta 1900 en que renuncia, Andrés Clemente Vázquez tiene un papel específico. Sin gozar de prerrogativas diplomáticas atiende todo asunto relacionado con las tareas consulares, como la defensa de los intereses de los ciudadanos mexicanos en Cuba, así como la promoción de los vínculos comerciales; además, tiene que ganarse el visto bueno de las autoridades coloniales; en primer lugar del capitán general de la isla, y de los grupos económicos y políticos peninsulares. Mientras que busca este objetivo, convive en un ambiente donde se desarrolla un fuerte movimiento intelectual en pro de la separación política, hecho que pone al cónsul en una situación difícil, pues lo hace enfrentarse con sus propias convicciones independentistas. A pesar de ello, Clemente Vázquez, guiado por un celo poco común, hace su labor con una lealtad y eficiencia que sorprenden.

En 1886 Porfirio Díaz se encuentra en su segundo mandato presidencial, al sustituir en la presidencia a su compadre Manuel González. Lo más importante entre los objetivos de política exterior era, una vez solucionado el problema de la reanudación o inicio de relaciones con las potencias europeas y Estados Unidos, poner en marcha el proyecto económico que encarrilaría al país por la vía del progreso, para lo cual había que mostrarlo como un territorio abierto a la inversión extranjera. Entonces fue cuando cobró brío la política de promoción nacional; en lo político el caudillo había sorteado el problema de su acceso al poder mediante un golpe de Estado, y la estrategia política de 1880 de darle la presidencia al general Manuel González aminoró el recelo que despertaba su personalidad levantisca. De ahí que en su segundo periodo presidencial el caudillo todavía no despertara la crítica abierta sobre el carácter dictatorial de su gobierno, por lo tanto no hay una preocupación por justificar su presencia en el poder; mas a medida que avanzaron los años y que se hicieron todas las reformas posibles para las continuas reelecciones, comienza a darse la crítica en torno al carácter dictatorial del régimen. Por otro lado, en Cuba se vivía un periodo crítico, porque a pesar de la firma del pacto del Zanjón que puso fin a la Guerra de los Diez Años y mantuvo el poder español en Cuba, la realidad era que el movimiento independentista estaba en lo que se conocería como la tregua fecunda, preludio de la guerra de 1895.

Andrés Clemente Vázquez opera en este escenario y busca por todos los medios ejecutar las tareas de política exterior. Pero a medida que pasa el tiempo, el cónsul se enfrenta con el hecho de que en Cuba, como en el resto de la opinión pública internacional, comienzan a aparecer lecturas antagónicas sobre México y Porfirio Díaz que amenazan competir con la imagen construida por el gobierno mexicano. Cada vez parece más difícil opacar el tinte dictatorial de su gobierno.

Entre las actividades desarrolladas por el cónsul, una de notable importancia era el envío continuo a la Secretaría de Relaciones Exteriores de toda información favorable y desfavorable que circulara en Cuba de México y de su gobierno, en particular las opiniones sobre su gobernante. No era trabajo menor, porque con esto Clemente Vázquez ofrecía un termómetro de la opinión insular y daba pautas para las siguientes acciones, al mismo tiempo que prevenía sobre los

autores de los artículos o actividades desfavorables al régimen. Desde los ochenta el cónsul fue muy cuidadoso en el ejercicio de este trabajo, en varias cartas denunció a no pocos escritores desafectos al régimen, como el caso del mexicano Adolfo Carrillo,²⁵ de quien pedía la expulsión por sus artículos “infamantes en contra del gobierno mexicano”.²⁶ Sin embargo, meses después Carrillo continuaba su labor antiporfirista, porque en 1889 escribió en el periódico *La Tarde* unos artículos titulados “Turquía en América”, en los cuales comparaba a México con Turquía y calificaba a Porfirio Díaz como un sanguinario sátrapa.²⁷ En tan burda comparación se hacía énfasis primero en el tipo de gobierno dictatorial propio del imperio otomano y, segundo, en la dependencia financiera respecto de Europa. En otro caso similar, el cónsul pidió la extradición del mexicano Francisco Ruiz Sandoval, relacionado después con el movimiento de Catarino Garza,²⁸ por ofender a México a través de la prensa habanera. Sin que hiciera ruido el tema de la hipotética libertad de expresión, sí importaba en cambio negociar con las autoridades españolas para que no permitieran las actividades periodísticas de estos escritores. Las buenas relaciones de Vázquez dieron fruto con la promesa del capitán general Manuel Salamanca y Negrete de poner cuidado en ello, porque Díaz siempre había sido “un leal colaborador de nuestros intereses y de nuestra política, sin menoscabo de la dignidad, de la independencia y del progreso de su patria...”²⁹

²⁵ Stanley R. Ross explica que Adolfo Carrillo (1865-1926) fue el autor de las *Memorias inéditas de Sebastián Lerdo de Tejada*, escritas en San Francisco y enviadas al periódico *El Mundo* de Laredo, donde se publicaron en forma de folleto. Carrillo era un periodista opositor a Porfirio Díaz. Estuvo exiliado en La Habana y posteriormente en Estados Unidos. Stanley R. Ross, “Prólogo a un prólogo”, *Historia Mexicana*, núm. 37, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 1960, pp. 110-116.

²⁶ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 7 de abril de 1888, AGN, Libros copiadores de la correspondencia de Andrés Clemente Vázquez a Relaciones Exteriores. Exp. L(729. 1-5)13, ff. 215-216.

²⁷ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 18 de julio de 1889, AHGE-SRE, Artículos referentes a México y sus gobernantes publicados en periódicos de La Habana, exp. 15-4-44, s/f.

²⁸ José Luis Navarro Burciaga, “Catarino Garza, periodista opositor a Porfirio Díaz en Tamaulipas”, en Friedrich Katz, (coord.) *Porfirio Díaz frente al descontento popular regional (1890-1893)*, México, Universidad Iberoamericana, 1986, pp. 59-96.

²⁹ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 28 de noviembre de 1889, AGN, Exp. (L 729. 1-5) 16, ff. 238-264.

Andrés Clemente Vázquez no se preocupaba en exceso por este discurso disidente, porque para contrarrestarlo había un enorme eco de publicaciones que reconocían la labor porfirista. Ahí estaban las páginas de *El Liberal* o *La República Ibérica* para elogiar los lazos entre España y México; o los periódicos como *La Lucha* o *La Habana Elegante*; en este último Alfredo M. Morales escribió sobre Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. "...Como debe usted suponer yo he tratado de inspirar esos artículos, procurando de propósito que en ellos hubiera pequeños errores de hechos, de nombres, o de fechas, para que así no se pudiera sospechar el lugar de donde emanaban las noticias que habían servido para su confección."³⁰ La franqueza del representante sólo deja al descubierto una práctica común en el quehacer diplomático, práctica que para nuestro tema resulta esclarecedora, porque nos da elementos para afirmar que esta política de promoción fue parte central en la política exterior del gobierno porfirista.

Esta actividad coordinada por el cónsul comprendía varios niveles, como el patrocinio directo del consulado de un grupo de hábiles periodistas que regularmente hablaban bien de México, prerrogativas o dispendios económicos a los directores de los periódicos para que de buena gana promovieran una imagen positiva y le dieran el barniz de "opinión pública", independiente de los intereses del consulado. Entre los periodistas asiduos registramos a Alfredo M. Morales, quien escribió en *La Lucha*; su tarea era hacer la replica a los artículos disidentes. Así refiere Vázquez su actividad en el periódico, desde donde contesta un artículo de *El Observador Ibero* publicado en Nueva Orleans, cuando se cuestionó la figura de Díaz.³¹ Por otro lado, entre los periódicos más interesados en difundir la imagen del México progresista y, sobre todo, del hombre que hizo posible el milagro, destacó *La Unión Constitucional*, órgano identificado con los intereses conservadores de filiación hispanista. Para los años noventa se registra como director a un personaje nombrado como el licenciado Corzo, quien pidió al consulado datos para escribir un artículo sobre el presidente mexicano. La razón

³⁰ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 29 de mayo de 1889, Artículos referentes a México y sus gobernantes publicados en periódicos de La Habana, exp. 15-4-44, s/f

³¹ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 15 de febrero de 1890, AGN, Exp. (L 729. 1-5) 17, ff. 95-97.

del inusitado interés por parte de esta prensa hispana, la atribuía el cónsul a la necesidad del gobierno español por mantener buenos lazos con México, pero más que nada a la obra lograda por el general oaxaqueño.³² Unos días después aparece en *La Unión Constitucional* el artículo firmado por Corzo que contenía favorables apreciaciones sobre el presidente Díaz, en el marco de su discurso presidencial del primero de abril de 1890.³³

Esta política marcada desde el consulado fue cobrando auge a medida que pasaron los años y crecía el mito del heroico caudillo. Vázquez, consciente de la importancia que el presidente atribuía a su imagen, le enviaba todo lo que sirviera para abonar su auto percepción. Con gran acierto le mandó decir que un periódico de La Habana, de nombre *La Justicia* estaba publicando una galería de “celebridades americanas” y, por supuesto, un número estaría dedicado a él, en el cual se publica un texto encomiástico y su retrato.³⁴ En otros despachos el cónsul informó de otras actividades encaminadas al mismo fin. Así, puso especial énfasis en el hecho de que una fábrica de cigarros tuviera la intención de patentar una marca con el nombre de “Porfirio Díaz”. Según el informe, la fábrica Villar y Villar, propiedad de la mexicana Adela Barquinero viuda del Villar, compró la concesión de la marca. El asunto cobró mayor atención, al reparar en el dato de que Adela Barquinero era nada menos que suegra de Arturo Palomino y García-Menocal, miembro del cuerpo consular de México en Cuba, quien contrajo nupcias con su hija.³⁵

Esta buena relación entre el consulado general de México y las autoridades coloniales, así como los nexos con los periodistas habaneros, permitió llevar a

³² Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 26 de febrero de 1890, *Ibid.*, ff. 136-142.

³³ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 29 de abril de 1890, ASHSREM, Correspondencia de esta secretaría con el consulado de México en La Habana, 1890. Exp. 3-3-4013 (I) s/f. Cfr. Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 21 de abril de 1890, AGN, Exp. (L-529. 1-5) 17, ff. 376-377,

³⁴ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 6 de agosto de 1892, AGN, Exp. (L- 729. 1-5) 19, ff. 262, 263.

³⁵ Andrés Clemente Vázquez a Relaciones Exteriores, La Habana, 7 de noviembre de 1889, AGN, Exp. (L-729.1-5)16, ff. 142-144. Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 23 de noviembre de 1888, AHGE-SRE, Expediente personal de Arturo Palomino y García Menocal, 4-8-10 (II), f.8.

buen término el objetivo de la promoción mexicana; sin embargo, los acontecimientos de 1895 modificaron esta conveniente relación y sacaron a flote cuestiones antagónicas a los planes de nuestra política exterior. Los pormenores del conflicto entre Cuba, España y Estados Unidos en el periodo de 1895 a 1902 han sido analizados desde diferentes puntos de vista, y casi todos se encuentran en la revisión historiográfica de nuestra introducción. En esta parte del trabajo el interés reside en señalar la incidencia de la guerra en la campaña de promoción de México y su presidente, y las argucias empleadas por Andrés Clemente Vázquez para hacer callar las voces detractoras. La posición ambivalente o poco clara del gobierno mexicano en pro de la independencia cubana, le valió recelos de todas las partes involucradas en el conflicto. Por una parte, los insurrectos desconfiaban de la actitud del gobierno y tildaban a Porfirio Díaz como desafecto a los intereses independentistas; por otro, las autoridades españolas abrigaban dudas respecto a los continuos rumores de una alianza de México con Estados Unidos; y por otro, la Casa Blanca temía que México adoptara una posición contraria a su política regional. Los temores fueron en ascenso, cuando en 1896, de manera extra oficial circuló la campaña para anexar la isla a México, hecho que atizó la ola de resquemores sobre nuestro país. Este estado de conflicto alteró en muchas formas la campaña desarrollada por el cónsul en tiempos de paz, porque muchos intereses estaban en juego y era imposible detener la ola de críticas alrededor de México y de su presidente, de quien se comenzaba a evidenciar su poder dictatorial. A pesar de la delicada situación, el representante mexicano supo controlar la crítica y mantuvo al país en la calidad de neutral que interesaba a su gobierno. De esta manera, tácitamente obtuvo el favor de los grupos políticos cubanos tanto pro peninsulares como insurrectos, de guardar la crítica en torno a Díaz. En los informes Vázquez parecía calmar las preocupaciones de Ignacio Mariscal, enviándole notas amables de las opiniones que reinaban en La Habana. En pleno conflicto le confiaba que los españoles le manifestaban su interés de radicar en México si la guerra se prolongaba o la ganaban los independentistas. Un español le compartía sus angustias y sus esperanzas:

Yo no podría quedarme aquí tengo hijas, a las cuales no quiero ver sometidas a la soberanía de los negros y mulatos de Maceo y de Quintín Banderas... los

españoles se llevarán sus familias y su dinero para la tierra democrática que tienen ustedes. Si el general Díaz fuese rey o presidente de España, nosotros conservaríamos estas florecientes provincias, y seríamos la envidia del orbe entero.³⁶

Frente a estas lecturas optimistas, el cónsul fue consciente de la serie de rumores que circulaban en la sociedad habanera alrededor de la postura del Ejecutivo mexicano y más de una vez se consternó al enterarse de la opinión que había entre los grupos insurrectos respecto a la pobre respuesta del gobernante a la causa mambí. Le reprochaban continuamente que olvidara el papel que México debió asumir en el contexto latinoamericano; mientras, los grupos hispanos también lo cuestionaban. Era un rumor de fuerza mayor el que consideraran al gobierno de México sostenido por un hombre con facultades dictatoriales. Pese a ello, los rumores no lograron convertirse en una opinión generalizada, y al término del conflicto el cónsul mexicano logró el objetivo de mantener, si no a la alza, sí en un terreno estable la imagen presidencial que interesaba al dictador y al grupo político que lo apoyaba. Importante también fue el visto bueno que obtuvo el gobierno en el plano nacional; la opinión pública en su mayoría favoreció la política desplegada en el diferendo regional y se manifestó como defensora de los intereses mexicanos, sobre todo, ante las constantes quejas de la prensa cubana de matiz independentista.

Pese al reiterado apoyo de cierto sector de la prensa mexicana a la causa independentista cubana hubo serios recelos, sobre todo, ante los juicios que involucraban la crítica a México emitidos por cubanos. De este tenor fue el problema suscitado con la visita de Mario García Kholy³⁷ y Francisco Varona Murias,³⁸ quienes estuvieron en nuestro país entre 1894 y 1895. Considerados

³⁶ Andrés Clemente Vázquez a Ignacio Mariscal, La Habana, 3 de febrero de 1896, AHGE-SRE, Correspondencia de Andrés Clemente Vázquez a Relaciones Exteriores. Exp. L-E-2266, s/f.

³⁷ Francisco Varona Murias junto con Mario García Kholy, estuvieron en México entre 1894 y 1895, según los datos del archivo de Relaciones Exteriores de México. AHGE-SRE, Exp. 42-2-16. García Kholy escribió en 1897 el libro *En la patria de Juárez*, el cual es una recopilación de paisajes mexicanos. *Cuba y América*, La Habana, 5 de abril de 1899.

³⁸ Francisco Varona Murias fue un periodista y escritor cubano. Datos de diversa procedencia indican que escribió en 1895 un libro intitulado *Los duelos*, donde explicaba las características de los duelos de honor en La Habana. Como periodista escribió en

periodistas de renombre en La Habana, los cubanos fueron recibidos por una comisión de colegas mexicanos y se organizó una fastuosa cena para halagar a los visitantes. Entre los asistentes resaltaban periodistas como Apolinar Castillo de *El Partido Liberal*, Gregorio Aldasoro de *El Nacional*, J. Juliet de Elizalde de *El Correo Español*, Arturo Paz de la *Revista de México* y F. J. Gaxiola de *La Patria*, directores de las publicaciones mencionadas.³⁹ La cena se celebró en el salón Maison Doré y ahí se hicieron brindis por el fortalecimiento de los lazos entre cubanos y mexicanos. Sin embargo, unos días después, el cubano Varona Murias, de regreso en La Habana, publicó un largo artículo en el periódico *La Unión Constitucional*, en el cual emitía soeces críticas sobre México. Fue la llama que prendió la mecha. Este periodista fue involucrado de manera directa en un asunto judicial al relacionársele con el duelo entre el general y diputado Francisco Romero y el señor José C. Verástegui, llevado a cabo en agosto de 1894, y en cual perdió la vida el último.⁴⁰ Según José Ferrel, director de *El Demócrata*, había testigos a quienes Varona les había comentado su compromiso con Ramón Prida, director de *El Universal*, de matar a Romero si salía vivo del duelo. Ante esto, Prida demandó por injuria a Ferrel y Varona Murias regresó de La Habana para declarar.⁴¹

Fuera del penoso suceso judicial, la prensa mexicana se fue contra Varona Murias por el artículo publicado en La Habana, el cual no se reprodujo completo argumentando los periodistas mexicanos ser tal la cantidad de infamias que resultaba ofensivo para los lectores. Pero hicieron una selección de los párrafos más indignantes. En el artículo, Varona prometía hacer un libro sobre su estancia

distintos periódicos como *La Unión Constitucional* y la *República Ibérica*. Sus colaboraciones también las firmaba con el seudónimo de *Guy de la Havane*. Se destaca también su participación en el ejército libertador de Cuba; murió en 1896, peleando por la libertad cubana. 2002 Mariela Fernandez & Ed Elizondo, Webmaster of CubaGenWeb.org. <http://cubagen.org/mil/mambi/>

³⁹ *El Demócrata*, México, 15 de enero de 1895.

⁴⁰ Elisa Speckman ha dado seguimiento a este duelo. Aunque ella lo fecha en agosto de 1894. Consigna también que, después del juicio, Romero fue desaforado encontrándosele culpable, aunque pasó muy pocos meses en prisión gracias a una amnistía. Elisa Speckman, "Los jueces, el honor y la muerte. Un análisis de la justicia. (Ciudad de México, 1871-1931)" ", *Historia Mexicana*, núm. 220, México, El Colegio de México, abril-junio de 2006, p. 1438.

⁴¹ *El Demócrata*, 18 de enero de 1895. *El Demócrata*, 25 de enero de 1895.

en México y comentaba que el artículo publicado sólo era un adelanto de sus primeras impresiones. En ellas reseñó la condición urbana de la capital del país y calificó a los gendarmes de retrasados; para poder comunicarse, el cubano asentaba que primero hubo que “imitar el acento mexicano –conjunto de voces contraídas del cual solo se escucha el prolongado silbido de las eses-“. Después expuso su opinión sobre la República mexicana: “República he dicho y he dicho una herejía en derecho político. Esta república es una monarquía autocrática, al lado de la cual Rusia es el país de las instituciones liberales.”⁴² Por su parte, *La Patria* también mostró su indignación por el artículo del periodista, sobre todo, por la crítica al primer magistrado. Aprobaba así la defensa hecha por *El Nacional*, que publicaba una airada respuesta a las impertinencias del cubano. Varona reseñaba una visita de Emilio de León, ministro de Guatemala en México:

Cuando el embajador de Guatemala terminó de leer su discurso, se oyeron algunos silbidos y otras inequívocas señales de desagrado, *que nada limpias, por cierto, y que olían a ámbar*. Nunca he sentido más en mi corazón la necesidad de amar la nacionalidad española, *viendo estos ejemplos de civilización apache. Don Porfirio con mirada de indio salvaje y ademanes de bravo, mal contenidos por el Frac, replicó al de Guatemala.*⁴³

Asimismo, las páginas de *El Monitor Republicano* condenaban los juicios de Varona Murias, sobre todo, por el encono y el mal gusto al referirse al presidente. “Por ejemplo, la descripción de la recámara de aseo del General Díaz, en donde hace figurar con toda burla entre otros adminículos, un vaso de pulque, constituye una ofensa; ofensivo porque todos saben que el presidente no es dado a la bebida.”⁴⁴ El periódico contestaba cortésmente, pero asestaba un buen golpe al afirmar que poco peso tenían las opiniones del cubano, porque debería importar más la opinión de franceses, norteamericanos o ingleses, porque ellos sí podían incidir en el progreso mexicano; pero “... un cubano, un periodista, que ha declarado solemnemente su inconformidad con la manumisión de la patria no puede alabar, ni comprender siquiera, el movimiento enérgico y patriótico de un

⁴² *Ibid.*, 15 de enero de 1895.

⁴³ *La Patria*, 26 de enero de 1895. Las cursivas son del texto.

⁴⁴ Reproducido en *El Partido Liberal*, México, 29 de enero de 1895.

pueblo que ve mancillada su dignidad nacional. El que vive entre esclavos es incapaz de aplaudir ciertos actos...”⁴⁵

Para otros periódicos, como *El Correo Español*, el caso Varona Murias les daba argumentos para defender su política filo hispana. Además de reseñar favorablemente la obra *Mis Duelos* publicada en La Habana,⁴⁶ opinó que los periodistas mexicanos exageraban la nota. Sobre todo los de oposición, que se quejaban de la crítica soez cuando ésta era asunto cotidiano en sus páginas. Los primeros en hablar mal del presidente eran los mismos mexicanos que pedían el linchamiento de un cubano que repetía las mismas críticas.

El asunto Varona Murias pronto quedó en el pasado, máxime cuando varios periódicos rumoraron que el periodista había sido asesinado por grupos insurrectos.⁴⁷ No obstante, el caso dejaba tras de sí un expediente que confirmaba, por una parte, el carácter dictatorial del régimen y la imagen negativa de un país atrasado, y por otra, hacía tambalear el tan defendido valor de la solidaridad entre mexicanos y cubanos. No era atrevido pensar que más de un cubano se uniera a la opinión de Varona Murias. Las aguas, sin embargo, tomaron cauce tranquilo después de 1902.

La política exterior de México frente al conflicto caribeño se tradujo en una sana relación con los diferentes actores implicados. En 1902, al entrar Cuba a la vida republicana, el gobierno porfirista adaptó sus vínculos diplomáticos a las nuevas condiciones políticas. Los referentes nuevos fueron la entrada al poder de

⁴⁵ *El Partido Liberal*, México, 26 y 29 de enero de 1895. El comentario de Varona Murias lo registró la prensa entre aquellos “indeseables” que a lo largo de la historia habían injuriado al país, como Adolfo Llanos y Alcaraz y otros, para quienes se exigía que se aplicara el artículo 33 constitucional. *El Hijo del Ahuizote*, 4 de mayo de 1902. “...el artículo 33 de la Constitución de 1917 tiene su antecedente inmediato en el mismo artículo de la Constitución de 1857, que establecía sin más “la facultad que el gobierno tiene para expeler al extranjero pernicioso”. Las adiciones que sufrió este texto, como la prohibición expresa de participar en asuntos políticos, así como la facultad de expulsar sin necesidad de juicio previo, fueron introducidas teniendo como base el proyecto constitucional que Venustiano Carranza sometió al pleno de la Asamblea Constituyente en diciembre de 1916.” Pablo Yankelevich, “Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional”, *Historia Mexicana*, núm. 211, México, El Colegio de México, enero-marzo de 2004, p. 694.

⁴⁶ La reseña es de Eduardo López Bago, *El Correo Español*, México, 11 de enero de 1895.

⁴⁷ *El Tiempo*, México, 24 de junio de 1896.

ala revolucionaria proclive a los intereses norteamericanos, y Estados Unidos con su poder informal en Cuba. México inició esta nueva relación con bríos mejorados que se tradujeron en la creación de una legación diplomática y la permanencia del consulado general, coordinador de los consulados portuarios de México en la isla.⁴⁸ Los cargos respectivos de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, así como el de Cónsul General, quedaron a cargo de Gilberto Crespo y Martínez y Arturo Palomino.

En Cuba la transformación política y la manera especial en que se logró la independencia generó una atmósfera específica en el escenario insular. A la par del acalorado debate antes y después de 1902, centrado en el tipo de gobierno que deseaban los grupos insurrectos, se generó también una interesante posición de la opinión pública interesada en justificar la situación de dependencia política y económica de la nueva república al poderoso país del norte; opinión que convivía con otra postura que reclamaba la absoluta soberanía de la isla y el respeto al proyecto martiano de independencia, calificada como radical, y defendida por hombres como Bartolomé Masó, entre otros. En el marco de esta discusión, los escritores e intelectuales cubanos que participaron en el debate público comenzaron a hacer ejercicios comparativos entre su realidad y la situación de los países latinoamericanos, como forma de justificarse a sí mismos el trance político que atravesaban. En este contexto se dio un auge de publicaciones de diverso cariz político que articularon el debate. Por otra parte, la diplomacia mexicana siguió activa en la política de difusión del país y en enaltecer la obra del régimen. Con este fin nuestro representante diplomático, auxiliado por el eficaz aparato consular, logró mantener y mejorar los nexos con las autoridades revolucionarias, al mismo tiempo que permaneció abierto el diálogo con los norteamericanos, consciente del papel que jugaban en los destinos cubanos. El representante mexicano fue aprobado por la opinión pública cubana, resaltándose sobre todo sus virtudes políticas y sus relaciones con la isla.⁴⁹ Por su parte, el presidente

⁴⁸ Gilberto Crespo y Martínez a Ignacio Mariscal, La Habana, 7 de junio de 1902, AHGE-SRE, exp. 1-19-11 (II), f. 45.

⁴⁹ *El Fígaro*, La Habana, 6 de julio de 1902.

cubano Tomás Estrada Palma nombró como su representante en México a Carlos García Vélez, quien emitió un caluroso y sentido discurso al tomar su cargo:

Unidas en la historia de este continente desde los albores de la edad moderna, con azarasas leyendas semejantes, con parecidos procesos de solidaridad nacional, análogas en sus costumbres, teniendo igual origen, hablando el mismo idioma: México y Cuba son dos tiernas hermanas que el porvenir ha de estrechar cada vez más en un cariñoso abrazo.⁵⁰

Una vez que las relaciones diplomáticas se normalizaron, la tarea siguiente fue la de continuar la labor realizada durante la gestión de Andrés Clemente Vázquez. Dato interesante es que en la isla sólo cambia el ministro, pues el mismo equipo que colaboró con el fallecido y eficaz cónsul se mantuvo durante el cambio político, y fue quien hizo la mayor labor en la campaña propagandística. A la cabeza de este grupo resaltó el papel de Arturo Palomino. Después de 1902, al quedar al frente del Consulado General, Palomino coordina todas las actividades de propaganda, información y difusión, actividades que siempre son autorizadas por el ministro Crespo y Martínez. A tenor con la tradición, este funcionario busca todo espacio periodístico y cultural para dar a conocer la obra del caudillo; también se preocupó por mantener en secreto el hecho de que mucha de la información y opiniones de la prensa habanera tuvieran un sello oficial, por lo que buscó periodistas dispuestos a hablar bien de México y Porfirio Díaz a cambio de prerrogativas económicas o políticas. Esta política era recurrente, tal como lo informaba el Cónsul General:

Tengo el gusto de remitir a Usted dos recortes de *El Comercio* conteniendo un hermoso artículo dedicado a estudiar la situación de México. Apenas lo leí, traté de saber quién era su autor, y me he enterado que es debido a la galante pluma del sr. Wilfrido Fernández, director del periódico. Con esta misma fecha le escribo dándole las gracias más expresivas por su artículo, y someto a la consideración de Usted la conveniencia de que se le obsequie con alguna obra valiosa que trate de nuestro país, no enviándosela yo ahora porque no tengo ninguna que valga la pena...⁵¹

⁵⁰ Carlos García Vélez a Porfirio Díaz, México, 30 de octubre de 1902, AHGE-SRE, exp. 45-4-28, f.29.

⁵¹ Arturo Palomino a Gilberto Crespo y Martínez, La Habana, 24 de junio de 1904, AHGE-SRE, exp. L-2239, f. 46.

En las distintas notas fue recurrente la intención de Palomino de ganarse a los órganos cubanos con el fin de poder usar el espacio de opinión a su favor, pues podía mandar artículos o recortes de periódicos mexicanos para que fueran reproducidos, con el compromiso de que no se supiera que el consulado era el emisor. Con esto en mente, no sorprende que al revisar la prensa insular del periodo sean habituales las notas y los artículos positivos sobre México. Abundan las reseñas del progreso mexicano y los triunfos de los egregios hombres públicos, destacándose una marcada admiración por el gobernante mexicano. Los periodistas o escritores se daban a conocer por medio de las publicaciones, tal como era el caso de Antonio Zaragoza y Escobar, mexicano radicado en La Habana, de quien se publicaba:

Incansable propagandista mexicano y vocero entusiasta de los admirables progresos realizados por su país... Ha dado a la luz esbozos de todos los personajes de México que tomaron parte contra el imperio, y los de los antiguos reformistas. Ha vertido al inglés y reproducido en español muchas estadísticas sobre minería y hacienda del Dr. Antonio Peñafiel. Ha dado a conocer en diferentes países a todos los literatos mexicanos. Y es, finalmente, un escritor galano y de exquisita cultura.⁵²

Fue común, pues, el subsidio informal de medios impresos cubanos para difundir una imagen nacional positiva de México y del presidente Díaz. La revista *Cuba y América*, de forma cotidiana ensalzó la política del presidente mexicano. En los comentarios no se veía error alguno en el gobierno mexicano:

Los progresos de la república mexicana, débense en gran parte, justo es consignarlo, a la larga era de paz que viene disfrutando bajo la presidencia del general Porfirio Díaz. La paz es el mejor factor para el desenvolvimiento de un pueblo, porque estimula el capital, protege el trabajo, excita al estudio, tiende al desarrollo de las ciencias, de las artes, y en fin, contribuye al natural crecimiento del organismo social.⁵³

La revista *El Fígaro* fue otro espacio de promoción utilizado por la diplomacia mexicana. También en sus fue clara la política pro mexicana. Los comentarios benevolentes se unían a los de *Cuba y América* donde escritores como A. J. Arazoza echaban campanas al vuelo augurando siglos y siglos de esplendor mexicano. Parecía un milagro pero era un hecho real: México se había

⁵² *Cuba y América*, La Habana, diciembre de 1903.

⁵³ *Cuba y América*, febrero de 1903.

convertido en una potencia, por ello, el reeleccionismo del general no era mal visto: “La administración del General Porfirio Díaz que ha tenido el alto honor de merecer repetidas veces el sufragio de sus conciudadanos para la alta Magistratura de la nación, es acertada y honradísima.”⁵⁴ Con ese tono consideraba al general como el político necesario para la estabilidad mexicana.

La cordial y conveniente relación establecida entre la revista *Cuba y América* y el equipo diplomático y consular de México en la isla se hizo más evidente al finalizar el año de 1903, cuando con bombo y platillo se anunció la publicación de un número monográfico sobre México. Este número decembrino fue preparado por Crespo y Martínez y el mismo Arturo Palomino, quienes invitaron a varios intelectuales mexicanos para que escribieran sobre los adelantos materiales del país, mientras que a ellos correspondió ahondar en el tema de las relaciones estrechas entre Cuba y México, también se incluyeron fotografías de políticos mexicanos.⁵⁵ En la parte editorial explicaron las razones del número monográfico:

Cuba y América, como su nombre indica y su historia abona, tiene siempre especial interés en evidenciar y fomentar dentro de su esfera de acción, todas las manifestaciones de adelanto de esta nuestra joven América, que tanto ha realizado y tanto promete realizar para el porvenir. Por esto hoy nos complacemos en dedicar este número a México, la gloriosa república que ocupa uno de los primeros rangos entre los pueblos de la América Latina...⁵⁶

Se debe señalar que el eje medular de este discurso es la figura de Porfirio Díaz, porque en el argumento sólo fue posible el progreso y todos los adelantos del país gracias a su sombra benefactora y su guía. Por supuesto, el caudillo, junto con su amada esposa, engalanaron las páginas centrales del número dedicado a México. En la foto, el general Díaz está vestido de traje militar de gala, en posición de tres cuartos. Le sirve de fondo una pared y un tapete, ambos de estilo francés. El mismo escenario lo usó Carmelita, quien posó con un elegante

⁵⁴ *Cuba y América*, mayo de 1903.

⁵⁵ *Cuba y América*, La Habana, diciembre de 1903. Agustín Aragón, Ezequiel Ordóñez, Felipe Valle y Aurelio Leyva, fueron algunos de los colaboradores de este número especial.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 287.

vestido de gala y un discreto ramito de flores. Las fotos corresponden a C. B. Wite, C:A: y fueron tomadas en 1900.⁵⁷

En ese sentido, sí existe un afán de erigirlo como el constructor y salvador de México; pero también se quiere presentarlo como el hombre eterno; el milagro mexicano se sostendrá mientras viva don Porfirio. De ahí que se pida como oración la continuidad del presidente, como se hacía en *El Fígaro*, en 1904, al calor de un nuevo periodo presidencial en México, evento que servía para hacer un recuento de la labor modernizante del caudillo:

En 1876, ocupó por primera vez dicho puesto hasta 1880. Elegido otra vez en 1884, ha venido siendo reelecto, por periodos de cuatro años, hasta el presente, en que modificada la Constitución, durará el periodo presidencial seis años, que terminarán en 1910, año en el cual ha de celebrarse el centenario de la independencia de aquella nación. Durante los distintos periodos de su presidencia, se ha desarrollado el país en todos sentidos, hasta alcanzar un grado de prosperidad envidiable, debido a la paz y al trabajo, haciendo bueno su lema de “poca política y mucha administración.”⁵⁸

El papel benefactor del caudillo se extendía más allá de las fronteras nacionales; países como El Salvador reconocían su labor y erigieron un busto del general en una de las plazas más importantes de la capital, inaugurado por el presidente Tomás Regalado el día 25 de diciembre de 1902.⁵⁹ En 1905, la revista española *Por Esos Mundos*, publicaba en primera plana un artículo firmado por la famosa viajera anglosajona de la era victoriana Alicia Tweedie, con el sugerente título de “Porfirio Díaz, el Pacificador”, el cual incluía fotografías de gran tamaño, para alabar el progreso mexicano y enaltecer la talla del general que hizo posible tal proeza. La escritora decía en el texto que estuvo seis meses en México como huésped distinguida, hecho que propició el artículo. En las nueve páginas del texto laudatorio el discurso se centra en la figura del caudillo. Elogiaba el poder de Díaz, pues aunque era presidente de una república, “ha gobernado con todo el poder de

⁵⁷Krauze, Zerón-Medina, *op. cit.*, pp. 38, 72.

⁵⁸*El Fígaro*, 27 de noviembre de 1904.

⁵⁹ Carlos García Vélez a Carlos de Zaldo, México, 8 de enero de 1903, ANC, Informes y Correspondencia cursada entre el representante en México y esta secretaría, Fondo Estado y Justicia, Exp. 504, Leg. 17, ff. 28, 29.

un rey, de un papa y de un czar, por más de un cuarto de siglo”.⁶⁰ Alababa sus cualidades como la sencillez y la humildad para marcar su extracción indígena y popular, pero hizo hincapié de su visión de estadista moderno interesado en los adelantos científicos y tecnológicos para implantarlos en México. Las fotos son parte de este discurso laudatorio; Díaz posa de frente con traje de gala, mostrándose a Europa con la talla de los gobernantes europeos y, en página parte, Carmen Romero Rubio, noble compañera del gobernante amada por el pueblo. Las fotos publicadas son las más difundidas en la prensa y literatura nacionales e internacionales.⁶¹

Esta campaña intensa de difusión encontró un espacio óptimo en las sociedades creadas por la colonia de mexicanos radicados en la isla.⁶² En 1904 se creó la Sociedad Mercantil Mexicana, la Sociedad de Beneficencia y un Comité Patriótico, todos ligados a la Legación y al Consulado General de México en Cuba. Entre sus actividades destacaba la publicación mensual de un boletín, con un tiro de 500 ejemplares, donde se informaba de los asuntos de México, los cuales se mandarían a distintos medios financieros y políticos.⁶³ A la par de la continua circulación de obras editadas en México, como la titulada *México: ayer y hoy*, de la

⁶⁰ *Por Esos Mundos*, Madrid, Año VI, Núm., 126, Julio de 1905. Cfr. Paul Garner, “Porfirio Díaz, ¿héroe o villano?” en *Letras Libres*, Núm. 57, México, Septiembre de 2003.

⁶¹ Las fotos son las mismas publicadas en 1903 en la revista *Cuba y América*, citada líneas arriba. Los créditos son de C. B. Wite, C:A: y fueron tomadas en 1900. Krauze, Zerón-Medina, *op. cit.*, pp. 38 y 72.

⁶² Entre los mexicanos que estaban en Cuba podemos citar a: Carlos García Peñalver, M. Romero Palafox, Eusebio Hernández, Carlos L. Peters, L. Herrera, Francisco Manresa, José María Herrera, Gustavo J. Bernal, Enrique L. Galán, F. Gutiérrez Alanís, F. Crespo, Ignacio Perea, Miguel J. Márquez, José Lago Posada, Rafael Fiscer, Eligio Guerrero y Méndez, Francisco Valverde, Dr. Diego Urdaniva, Martín Jasso, Juan B. Ubago, Alberto Vivas, Jorge J. Crespo de la Serna, Gilberto Crespo de la Serna, Arturo Palomino y Villar, Evaristo Rebollar y Loria, Francisco A. Roviroso, Felipe Valdés, Joaquín Requena, Antonio Zaragoza y Escobar, Gustavo Escalante, Antonio Fiol, Joaquín Fernández, Arturo Palomino y Gilberto Crespo y Martínez.

⁶³ Arturo Palomino a Gilberto Crespo y Martínez, La Habana, 3 de octubre y 10 de diciembre de 1904, AHGE-SRE, Exp. Informes políticos del consulado general a la legación de México en Cuba, L-E-2239, f. 178, 215.

cual se mandaron a Cuba cien ejemplares, repartidos a distintos periodistas habaneros y mexicanos.⁶⁴

La línea promovida desde la representación mexicana en las publicaciones cubanas chocaba de lleno con las opiniones de Carlos García Vélez, representante cubano en México, quien en cartas reservadas, daba cuenta de su visión de los hechos mexicanos. García Vélez, al reseñar los cambios constitucionales ocurridos en México en 1904, al crearse la vicepresidencia y el periodo presidencial extendido a seis años, no tuvo problema en mandar a Cuba una reseña especial sobre el acto de las presentaciones de las candidaturas de Ramón Corral para la vicepresidencia y de Porfirio Díaz para la presidencia. Por supuesto que su papel diplomático no fue obstáculo para mandar una opinión sin censuras; de ahí que se haya extendido en la nota.

En estos momentos México se puede comparar a una monarquía electiva, que desde luego no es verdadera monarquía; pues República no es, porque aquí prevalece el principio de autoridad que repudia la elección usándola simplemente de simulacro. Triste y bochornoso es este estado de cosas y causa asombro el contemplar a un pueblo de catorce millones de habitantes, que se halla galvanizado bajo la mirada de un hombre que frisa en los setenta y cuatro años, y que ahora se dispone a legar su puesto a ... otro, que a su juicio, habrá de seguir su misma política y sus mismos procedimientos de gobierno autoritario y personal.⁶⁵

Sin embargo, la opinión antagónica del representante insular se quedaba en los pasillos diplomáticos, porque tampoco había interés en Cuba de abrir una discusión con un vecino como México; al contrario, se deseaba mantener las relaciones en un nivel estable, por ello no se abrían los espacios de la opinión pública a ese tipo de críticas. Este hecho demuestra cómo se congeniaron los intereses de ambos gobiernos, y cómo se beneficiaron los objetivos de la diplomacia mexicana, en el sentido de que supo controlar los circuitos en donde se movía la información, y sirvió de contenedor que amortiguaba con diversos diques la información antagónica a los deseos oficiales. Así, lo que se vendía a la opinión pública cubana eran imágenes positivas que elogiaban la política del dictador

⁶⁴ Arturo Palomino a Gilberto Crespo y Martínez, La Habana, 4 y 20 de febrero de 1904, AHGE-SRE, Exp. Informes políticos del consulado general a la legación de México en Cuba, L-E-2239, ff. 267, 280-282.

⁶⁵ Carlos García Vélez a Carlos de Zaldo, México, s/f, ANC, Exp. 522/leg. 18, ff. 12-17.

porque, aún cuando se señalaban las duras medidas aplicadas, las justificaban como medios para llegar a la paz y el progreso.

Mientras este ambiente se ofrecía en La Habana, en el terreno de lo privado los documentos ofrecen otro punto de vista. Desde México llegaba la opinión de Carlos García Vélez, quien comenzó a analizar las fallas del sistema político mexicano. Sus críticas más incisivas surgieron a raíz de la política exterior desplegada en Centroamérica, y en especial la ríspida relación con Guatemala. En vista de constantes rumores de guerra entre los países de la región centroamericana, alentados por este último país, Estados Unidos decide intervenir mediando en el conflicto, decisión que avala el gobierno de Porfirio Díaz, ofreciéndose como mediador en el problema e instando a la búsqueda de la paz.⁶⁶ En 1903, el representante cubano denunciaba como excesos las acciones poco comedidas del gobierno mexicano en tierras centroamericanas, calificándolas como un tremendo abuso porque México alimentaba en buena medida los rencores centroamericanos. En medio de un telegrama que a petición del ministro de Guatemala en Washington, Antonio Lazo Arriaga, el general Díaz envió a los gobiernos centroamericanos pidiéndoles cordura para evitar una guerra que traería “descrédito sobre nuestra raza”, García Vélez se mostró indignado ante un acto que llamó impertinente:

...la forma en que está redactado el mensaje resulta chabacana, por no decir impertinente... No se necesita ser diplomático viejo ni nuevo para darse cuenta del fracaso del Presidente Díaz por su intrusión en los asuntos de aquellas Repúblicas, amén de que la situación de ilegitimidad de origen y de continuidad del Gobierno Mexicano le vedaba de hacer esa clase de recomendaciones. La prensa ministerial no se detiene a estudiar lo ridícula e inconsistente que resulta la actitud del gobierno de México a los ojos de la opinión sana del país y del extranjero, y abre sus baterías de elogios llenando las columnas de los periódicos de artículos a cual más disparatados incensando el acto del Presidente Díaz.⁶⁷

La postura contraria de García Vélez se hizo patente frente a otros asuntos, donde continuamente hacía serias críticas del modo de operar de la política

⁶⁶ Cosío Villegas, *Historia moderna, op. cit., El Porfiriato, La vida política exterior*, Primera Parte, pp. 623-625.

⁶⁷ Carlos García Vélez a Carlos de Zaldo, México, 25 de febrero de 1903, ANC, Exp. 509/leg. 17 ff. 94, 100-101.

porfirista, críticas que por supuesto se quedaban en el terreno de lo confidencial, pero que nos indican que la opinión del ministro era compartida por más de uno en Cuba. El representante diplomático hacía gala de comentarios irónicos como el siguiente: “Como muestra de la hinchazón que sufre en estos días la prensa oficiosa de México, tengo el honor de enviarle a usted, adjunto, en recorte, un artículo que *El Mundo* ha publicado hoy referente a la creciente importancia de este país, y a su envidiable crédito y respetabilidad en el exterior como potencia.”⁶⁸ Pero, acorde con su puesto diplomático, guardaba la fórmula del protocolo, y por los comentarios de sus misivas al gobierno cubano, llevaba buenas relaciones con la clase gobernante, comenzando por supuesto con el presidente y el canciller Ignacio Mariscal⁶⁹, con quien mantenía una buena relación de amistad, que se profundizaba con las visitas que hacía éste a la casa de Cuernavaca propiedad del diplomático cubano. En estas pláticas García Vélez se cuidaba de no externar su verdadera posición frente al régimen del caudillo.

La situación bonancible en cuanto a la imagen de México y su gobernante se mantuvo todavía durante la gestión de José Francisco Godoy como ministro plenipotenciario, quien sustituyó al ingeniero Crespo y Martínez en 1906. El nuevo ministro contó también con el apreciable apoyo del cónsul Arturo Palomino y su equipo de colaboradores, visibles e invisibles, que asiduamente visitaban las redacciones habaneras para insertar artículos favorables o para desmentir aquellos que ofendieran al país y a su presidente. Y esto no era un secreto diplomático, era una estrategia bien planteada, como lo reconocía Palomino al explicarle al ministro mexicano la labor de Antonio Zaragoza y Escobar:

⁶⁸ García Vélez a Carlos de Zaldo, México, 10 de febrero de 1904, ANC, Exp. 516/leg. 17, f. 42.

⁶⁹ Ignacio Mariscal fue secretario de Relaciones Exteriores desde 1880 hasta su fallecimiento a inicios de 1910. Prácticamente hizo mancuerna con el dictador y fue, sin duda, el artífice de los ejes rectores en política internacional. Con una trayectoria política intachable, Mariscal se rodeó de un equipo de intelectuales y políticos para administrar la vida exterior. Laura Muñoz Mata, “El más experto de nuestros diplomáticos”. Ignacio Mariscal, artífice de la diplomacia mexicana”, en Agustín Sánchez Andrés, Rosario Rodríguez Díaz, Fernando Alanís Enciso, Enrique Camacho Navarro (Coords.), *et. al. Artífices y operadores de la diplomacia mexicana. Siglos XIX y XX*, México, Porrúa, UMSNH, CSL, CCYDEL-UNAM, 2004, pp. 111-132.

...ha seguido ocupándose con frecuencia en hacer reproducir en los periódicos habaneros artículos y noticias referentes a nuestro país, en los que se pusiera de relieve algún nuevo adelanto obtenido, o que de algún modo se tratase de dar a conocer actos u obras de las personalidades más prominentes. Es el Sr. Zaragoza, en efecto, un propagandista de todo aquello que tienda a enaltecer a nuestro país...⁷⁰

El papel de Antonio Zaragoza y Escobar no era menor si consideramos que el autor fue un escritor apologista considerado como uno de los teóricos del régimen que ha sido poco valorado. En particular sus obras *La reelección en México* y *El monroísmo y el general Porfirio Díaz*, publicadas las dos en La Habana en 1896 demuestran el carácter apologista del escritor y sobre todo, su labor en la construcción de un imaginario oficial. Daniel Cosío Villegas considera el libro sobre la reelección como una de las pocas obras en que el autor trató de explicar la situación mexicana con una teoría política. “El libro es inteligente y poco demagógico, aún cuando no puede tenerse como una reflexión completa sobre las dificultades con que México había luchado, y luchaba todavía, para alcanzar una vida democrática más acorde con la Constitución vigente. Para Zaragoza y Escobar, es recomendable admitir con franqueza que en México la primera magistratura debe entenderse como un patronato, una especie de tutela que se ejerce durante la minoría republicana y democrática y en tanto que el país todo no alcance la mayoría de edad.”⁷¹ En ese mismo año el autor mexicano da a conocer el libro *El monroísmo y el general Porfirio Díaz*, obra cuyo objetivo central era legitimar la Doctrina Díaz, declaración que hizo el presidente mexicano al congreso en 1896 en donde a raíz de la disputa limítrofe entre Inglaterra y Venezuela, Porfirio Díaz hacía extensiva la doctrina Monroe para llamarla americana y proponer a México como el salvaguarda de los intereses latinoamericanos frente a los apetitos expansionistas no solo de Europa, sino de los mismos países americanos. Sin embargo, Díaz nunca denunció el expansionismo norteamericano; Zaragoza y Escobar ampliaría la explicación desde La Habana.

⁷⁰ Arturo Palomino a José Francisco Godoy, La Habana, 22 de marzo de 1906, AHGE-SRE, exp. L-2239, ff. 487,488.

⁷¹ En Enrique Krauze (compilador), *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 258-259.

El discurso sostenido por Zaragoza y Escobar tiene la intención de demostrar que la Doctrina Díaz no hace sino ajustar espacial y políticamente a la situación finisecular la enunciación que hiciera Monroe en 1823 y legitimar que, dado el ascenso de México en el escenario continental, justo es que Porfirio Díaz asuma un papel protagónico en la puesta en marcha de la doctrina con proyección continental.

Por otro lado, si Díaz había esquivado hablar explícitamente de Estados Unidos como el destinatario del mensaje alusivo a la doctrina Monroe, el discurso de Zaragoza y Escobar era frontal: si de alguien deberían cuidarse las naciones hispanoamericanas, era de la potencia del norte que históricamente había demostrado una política agresiva y encaminada a dominar el continente. A México correspondía, por vivir en carne propia la agresión reiterada de los norteamericanos, el deber de emitir una doctrina con tinte latinoamericanista y convertirse en protector y defensor de los intereses de los pueblos latinos.⁷² Más allá de esgrimir argumentos a favor de la causa venezolana y cuestionar la política monroista, el autor enfatiza la cuestión cubana como la prueba fehaciente de las pretensiones expansionistas de los norteamericanos sobre la isla de Cuba. La política de Estados Unidos, era clara, estaban esperando que los insurrectos se debilitaran y España se cansará y así poder establecer el dominio como mejor corresponda a sus intereses.

México, aparte, reunía las condiciones idóneas para asumir su papel de potencia continental. El largo camino de inestabilidad antes del ascenso del general Díaz forjó el carácter de la nación mexicana. Con enfáticas explicaciones desde el positivismo el autor hacía una síntesis de los rasgos de modernidad mexicana y el rango que había alcanzado en el mundo civilizado. Más allá de eso, Antonio Zaragoza y Escobar concluía:

El Destino Manifiesto de que otros alardean es patente en ti y en los tuyos, en ti y en los que como tu hablan la lengua hermosa que primero trajo a la América la civilización moderna y con ello el genio épico del mundo moderno y de los salvadores de Europa y del cristianismo! Grande cuando perdías parte de ti

⁷² Antonio Zaragoza y Escobar, *El monroísmo y Porfirio Díaz*, La Habana, El Comercio Tipográfico, 1896, p. 43.

<http://www.archive.org/stream/elmonroismyelgeneral Diaz>

misma, grande cuando desdeñosamente lanzabas a Europa los restos inanimados de un príncipe suyo, símbolo del despotismo medioeval, y salvabas así de tentativas siniestras de la tiranía toda una constelación de naciones, y grande cuando, a despecho de tanta sangre, te levantabas robusta y sonriente ¡oh patria! Tú eres, tu serás el portaestandarte de la libertad, de la democracia y de la civilización en América.⁷³

Como puede observarse los argumentos de Zaragoza y Escobar reafirman la creencia compartida por la élite gobernante en el aumento de poder que ha logrado el país bajo el mando de Porfirio Díaz, aun cuando por cuestiones políticas el gobierno se cuidó en extremo de parecer adoptar una política ofensiva frente a al Casa Blanca, en lo privado sí manifestaban sentimientos de superioridad. Por otro lado, es difícil medir el impacto que pudo tener la obra de Zaragoza y Escobar al no existir datos de la circulación y difusión así como tampoco se han encontrado reseñas sobre el libro. Las opiniones y notas de la prensa habanera demuestran, sin embargo, poca atención por las declaraciones del autor mexicano.

Para 1906, en el contexto de una nueva intervención militar norteamericana en la isla, se dio espacio a un interesante debate sobre las dictaduras y las revoluciones. Si bien no se atacaba directamente a México, entre líneas se hacía una dura crítica a los gobiernos dictatoriales; ello se dio porque en Cuba había una discusión en torno al reeleccionismo. Pero estos juicios ocuparon un porcentaje mínimo frente al de los artículos intencionados patrocinados desde las instancias diplomáticas.

En tanto, junto a la labor periodística la labor diplomática seguía dando a conocer las novedades en la literatura sobre Porfirio Díaz. Así, se conoció en la prensa el trabajo *Moral en acción. Porfirio Díaz y su obra*, bajo la firma del seudónimo “Un soldado de la vieja guardia”,⁷⁴ al cual se le reconocían sus fines morales y patrióticos; pero cuyo objetivo era: “... enseñar cómo se vencen en la juventud las tentaciones de la vida, cómo se desprecian las sugerencias de la pasión y cómo se salvan los primeros obstáculos de la áspera senda del deber;

⁷³ Idem., p. 66.

⁷⁴ Un soldado de la vieja guardia, (pseu.) *Moral en acción. Porfirio Díaz y su obra*. México, Talleres Tipográficos de *El Tiempo*, 1907.

que si no siempre lleva a la gloria, conduce infaliblemente a la suprema felicidad que estriba en la paz de la conciencia...”⁷⁵

En contraparte, una de las pocas críticas al presidente mexicano se originó al conocerse la obra *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, de Rafael de Zayas Enríquez. Leopoldo Cancio⁷⁶ hace una reseña de la obra y cuestiona los argumentos del escritor. Primero, cuestiona que el libro haya sido publicado en Nueva York, como si en México “hubiera una sombra que estorbara la libre expresión del pensamiento”. Segundo, Zayas ensalza una pretendida formación académica de Porfirio Díaz, cuando “No fue precoz ni se distinguió como estudiante... y la mejor prueba de ello, por más que hoy se publiquen certificados en que se afirme lo contrario, consiste en que el General Díaz, ni escribe bien y es mala su ortografía”⁷⁷. Tercero, arguye que es falso que el general haya sobresalido por sus méritos intelectuales; más bien fue hábil en el terreno militar y supo aprovechar la coyuntura, pero...

Lo cierto es que en México la situación y el sistema que se elevaron por sus servicios, caen o por lo menos están minados por sus abusos, como ha sucedido siempre cuando la solución de los problemas sociales y políticos se inspira en las exigencias de un momento, de la hora presente sin preparar la que ha de seguir, y como si se quisiera detener el cuerpo social en su marcha. El general Díaz ha sido un hombre muy útil a su país como buen administrador y guardián severo del orden público, pero un mediocre estadista.⁷⁸

A partir de 1906, sin embargo, se empezaron a ventilar, gracias a la prensa internacional, los diversos eventos ocurridos en México, tales como las huelgas de Cananea y Río Blanco, así como las reincidentes voces de descontento de la oposición. Por su parte, el representante cubano abordó la serie de fricciones que existieron al interior del grupo porfirista y alarmó sobre una posible crisis política. A pesar de ello, pervive la idea de la fortaleza de la dictadura y se le ven pocas probabilidades a una revolución. Pero la imagen del caudillo principió a dar señales de debilitamiento, porque a la luz de los acontecimientos de fines de 1910

⁷⁵ *Cuba y América*, La Habana, 2 de noviembre de 1907.

⁷⁶ Leopoldo Cancio Luna, Economista cubano, fundador del Partido Liberal Autonomista. Escribió *Sobre el libre cambio y la protección*, publicado en 1892. Beatriz Bernal, “Dos siglos de pensamiento liberal cubano” en *Cuba, op. cit.*, p. 23.

⁷⁷ *Cuba y América*, La Habana, 10 de septiembre de 1908.

⁷⁸ *Ibid.*, 17 de septiembre de 1908.

resulta imposible sostener una imagen positiva y gana fuerza la idea e imagen del general Díaz como dictador.

4.3- La Revolución Mexicana: primeras impresiones

En 1907 se creó la Comisión Nacional del Centenario con el propósito de organizar los eventos para celebrar los cien años de la independencia nacional. La celebración debería ser la suma histórica del país y el ejemplo de su lucha para lograr la estabilidad; pero, sobre todo, debería mostrar cómo el régimen de Porfirio Díaz era la culminación de la independencia total. Además de ello, se quería mostrar la modernidad del Estado-nación, modernidad entendida como desarrollo económico, estabilidad política, una identidad nacional, y cierto cosmopolitismo. Pero, además, “La celebración del Centenario de la Independencia en septiembre de 1910 vino a ser la coronación del imaginario nacionalista forjado por los políticos e intelectuales del Porfiriato”.⁷⁹

Con esta idea todos los eventos deberían estar en la lógica de la modernidad. Para las fiestas se hizo un complejo plan que incluyó festividades políticas, inauguración de monumentos, congresos científicos y culturales, nueva toponimia de la ciudad, etc. Entre los más importantes estuvieron la inauguración del Ángel de la Independencia en la avenida Reforma y la reunión del Décimo Séptimo Internacional Congreso of Americanists. Los festejos principales tuvieron lugar los días 15 y 16 de septiembre de 1910, los que iniciaron con un gran desfile militar al que prosiguió el grito de independencia dado en el Zócalo por el presidente; al día siguiente hubo una faustosa celebración donde las representaciones diplomáticas felicitaron al presidente por el progreso alcanzado en México.⁸⁰

Un punto importante en la agenda de la conmemoración tenía que ver con la impresión y opiniones que generaría en el exterior, por lo cual los diplomáticos

⁷⁹ Florescano, *op. cit.*, p. 172.

⁸⁰ Mauricio Tenorio Trillo, “Mexico city: space and nation in the city of the Centenary”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 28, núm. 1, Cambridge University Press, febrero de 1996, pp. 75-104.

acreditados fueron invitados de honor en la faustosa celebración. De las treinta y seis representaciones destacó la presencia diplomática cubana, al ser la única de la región del Caribe. La impresión general de los representantes diplomáticos fue que el gobierno de Porfirio Díaz se encontraba fortalecido, por lo cual parecía imposible pensar que pudiera existir un movimiento violento que sumiera al país en una crisis.⁸¹

Sin embargo, paulatinamente se comenzó a cambiar de idea en vista de los acontecimientos y, sobre todo, los representantes diplomáticos se alarmaron ante un posible cambio político que lesionaría los intereses de los gobiernos que representaban. Aunque se esperaba una pronta y agresiva respuesta y se deseaba la continuación del régimen, lo cierto es que comenzó a reinar el pesimismo. A mediados de 1910, el representante de Francia, Paul Lefaivre, país que tenía considerables intereses financieros en México, sobre todo en la banca, fue muy claro en sus apreciaciones:

Madero ha llegado a ser, en el transcurso de los dos últimos años, el promotor y el director de una agitación de tendencia demagógica, de la cual se reprocha a las autoridades haber observado sus progresos con excesiva tolerancia. Muy recientemente, en la capital, un grupo formado por miles de personas, afiliadas a clubes antirreeleccionistas, ha desfilado, con sus estandartes al viento, por las principales vías públicas, sin encontrar ninguna oposición... Nada más natural que semejantes "mítines" en los países que tienen una constitución que proclama el sufragio popular. Pero ese no es el caso de México, al menos en la realidad de los hechos, y este liberalismo original desconcierta la opinión al alentar las más peligrosas reivindicaciones cuyas fórmulas se enseñan a un proletariado semisalvaje.⁸²

El representante francés reconocía que a pesar de las ventajas que representaba el régimen para los inversionistas extranjeros, no se podía obviar que los acontecimientos pronosticaban un cambio:

...por seductor que sea el panorama, por fuerte que sea la impresión de optimismo que de ahí se deriva, ¿es posible aislarla de la situación general del país en la que ciertos elementos de orden político no dejan de justificar algunas preocupaciones? ¿la edad de Díaz, el personaje que lo vaya a reemplazar?...

⁸¹ Friederich Katz, *La guerra secreta en México*, Vol. 1. Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana, Era, 1982, p.19.

⁸² Pierre Py, *Francia y la Revolución Mexicana, 1910-1920 o la desaparición de una potencia mediana*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991, p. 43.

La Constitución es un organismo del que nunca se ha hecho un verdadero uso. Su aparente implantación no ha hecho otra cosa que materializar las inspiraciones de un poder dictatorial. Es prudente esperar, para una época que no puede estar muy alejada, un periodo de incertidumbre y de inquietud.⁸³

En 1908 los informes enviados por Antonio Marín Rivero, sucesor de Carlos García Vélez, ya preveían una seria crisis política en el país, aunque se señalaba la tendencia gubernamental y de la opinión pública de restarle importancia a los movimientos sediciosos de la frontera norte. El diplomático cubano ofrecía un detallado informe de la actividad política de la oposición floresmagonista organizada en el Partido Liberal Mexicano, e informaba de los sucesos bélicos en Viesca y el ataque cerca del poblado de Las Vacas, en el estado de Coahuila. Sucesos que forzaron al gobierno mexicano a pedir el apoyo norteamericano para reprimir los movimientos sediciosos armados en la frontera norte.⁸⁴ En sus juicios el representante coincidía en señalar la explotación en las haciendas y la inmovilidad gubernamental como las causas principales del descontento. Sin embargo, insistía en la poca importancia concedida a los sucesos:

No faltan personas cultas que tengan la franqueza de declarar que se desea un cambio de régimen, que viene como anunciándose, pero que no se materializa; pero debo confesar que son muy pocas las que así se expresan, y que aun a la vista de los sucesos que se desarrollan en la frontera, ni en tertulias ni en la intimidad coméntanse las noticias y más interés parece haber despertado el “Concurso de simpatía” que promovió el periódico *El Herald*...⁸⁵

Los informes de los meses siguientes continuaron con la reseña de los acontecimientos y la línea gubernamental impuesta a la opinión pública, en el

⁸³ *Loc. cit.*

⁸⁴ Práxedes G. Guerrero, Las Vacas, *Regeneración*, Los Ángeles, California, 10 de septiembre de 1910. “Viesca”, *Regeneración*, Los Ángeles, California, 17 de septiembre de 1910. http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/prax/indice.html. Las acciones revolucionarias del PLM fueron en su mayoría en el norte del país. Los días 24 y 25 de junio los revolucionarios entraron en Viesca, Coahuila y lograron tomarla. El día 26 de junio entran a Las Vacas cuarenta combatientes retirándose con numerosas bajas. Torres Parés, *op. cit.*, p.62. Javier Torres Parés, *La revolución sin fronteras, el Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos, 1900-1923*, México, Ediciones Hispánicas, 1990, p.23.

⁸⁵ Antonio Marín Rivero a Justo García Vélez, México, 8 de julio de 1908, ANC, Informes y correspondencia sobre hechos revolucionarios ocurridos en México, según notas del ministro en ese país, Fondo Estado y Justicia, Exp. 534, leg. 19.

sentido de que no dieran espacio a la información de los acontecimientos ocurridos en el norte mexicano, con el fin de restarle importancia.

Mientras, la prensa cubana siguió reseñando los acontecimientos principales sucedidos en México como el deceso de Ignacio Mariscal en abril de 1910, quien recibió una merecida felicitación *pos mortem* por su papel al frente de la Secretaría de Relaciones de México:

Era el señor Mariscal uno de los estadistas más eminentes de México a quien el mundo diplomático respetaba por sus prestigios intelectuales, gran sagacidad política y extraordinario don de gentes. Había nacido en Oaxaca, La Atenas de México, y desempeñó desde la edad temprana los más altos puestos en la carrera jurídica y en la diplomacia. Antes de ocupar la cartera de Estado – a cuyo frente ha estado más de veintiséis años consecutivos- se había preparado en altos puestos de la carrera, entre ellos, los de ministro plenipotenciario de México ante los gobiernos de Londres y Washington.⁸⁶

En 1910, tras las fiestas del centenario, la censura del gobierno alrededor del creciente descontento y los constantes rumores de una sublevación no pudieron detener el impulso desatado por el movimiento maderista. La suerte estaba echada. El inicio de la Revolución activó a los grupos opositores del interior y aquellos que se encontraban en el exilio. Una impresionante campaña de propaganda se puso en marcha para incidir en la opinión pública internacional y ganar adeptos a la causa revolucionaria.⁸⁷ Entre los escenarios preferidos estuvieron los países vecinos como, Estados Unidos y los del área del Circuncaribe. De ésta, en Cuba fue donde más se polemizó y se vivió el evento revolucionario, y ni qué decir de su papel de escenario para los detractores y defensores del movimiento.⁸⁸

La estrategia de la diplomacia mexicana consistió en negociar la persecución de los opositores por medio de tratados de extradición o simplemente por acuerdos informales, tal como lo demuestra la política desplegada frente al gobierno norteamericano. En el caso de la gran Antilla, el

⁸⁶ *El Fígaro*, La Habana, 24 de abril de 1910.

⁸⁷ Pablo Yankelevich, "En la retaguardia de la revolución mexicana: propaganda y propagandistas mexicanos en América Latina, 1914-1920", *Estudios Mexicanos*, Vol. 15, núm. 1, University of California Press, invierno de 1999, pp. 35-71.

⁸⁸ Salvador Morales, *Relaciones interferidas, México y el Caribe 1813-1982*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, p. 213.

gobierno porfirista rápidamente buscó el diálogo con sus pares para que controlaran a sus enemigos disidentes en la isla. La táctica no era nueva. Si bien no existía un tratado de extradición, sí había una tradición diplomática de cuidar que dentro de los territorios no proliferaran movimientos sediciosos. Lo inédito era la parca, sino ofensiva, respuesta de las autoridades insulares a los deseos de la diplomacia mexicana. Al amparo de una defensa retórica de la libre expresión, el gobierno liberal dio pie a una agresiva e impetuosa campaña en contra del gobierno porfirista y alentó la difusión de la causa revolucionaria de Madero. La situación ponía en evidencia dos cosas: primero, la debilidad de un régimen transparentada en la pérdida de negociación de la diplomacia y, segundo, el cambio de postura de las autoridades cubanas, que sin mostrarse abiertamente favorables a la revolución, manifestaron poco interés por entrar en componendas con la diplomacia mexicana dada la nueva situación. La debilidad de la diplomacia cobró mayor contundencia porque el ministro en turno, José Francisco Godoy, poco se había ocupado de mantener abierto el diálogo con las autoridades de la isla, y tampoco se había interesado por conocer el escenario donde operaba. Así, la crisis de 1910 encontró a un ministro aislado de la dinámica cubana y con pocos recursos para reactivar la campaña de promoción patrocinada desde la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Las notas insertadas en la prensa cubana eran producto de las noticias cablegráficas que llegaban a la isla, o bien era información que se filtraba por medio de los mexicanos anti porfiristas que estaban en Cuba. Independientemente del sesgo que tuviera la información, las opiniones de los medios son ricas en interpretaciones y análisis de las causas revolucionarias. En noviembre, cuando se consideraba que las fuerzas militares del gobierno podían poner coto a la rebelión maderista, *El Mundo* ya adelantaba que aquello no era una simple rebelión.

Esta revolución podrá ser vencida, “ahogada en sangre” como dicen los porfiristas, pero, en definitiva, la revolución triunfará. Ya prendió la semilla. Ya se rompió “el encanto” porfirista. Ya llegaron para México los nuevos tiempos... Mientras Porfirio Díaz baja precipitadamente la cuesta de la vida, empieza a subirla ahora el pueblo mexicano, exuberante de fuerzas. ¡Que contraste entre ese gran anciano, entre ese octogenario, cuyo espíritu esta pronto a desencarnarse, y ese pueblo mexicano inteligente y rico, que tiene derecho a ser libre!

Desde una perspectiva organicista, de tono espenceriano, el autor del artículo comparaba la muerte de la dictadura con la de un organismo vivo y le parecía que lo que se anunciaba en la lucha de Madero eran los últimos movimientos agónicos de la dictadura. El futuro de las dictaduras era la muerte, puesto que no se correspondían con los vientos nuevos.⁸⁹ La esencia de la crítica era extensiva y permitía cuestionar marginalmente las intenciones reeleccionistas del gobierno de José Miguel Gómez.

En el mismo mes *El Fígaro*, una publicación que en los años anteriores había sido fiel aliada de las estrategias de difusión de la diplomacia mexicana, entregaba también su visión de los hechos. En primer lugar, elogiaba los avances logrados en el país gracias a las medidas políticas y económicas del gobierno de Díaz; sin embargo, era de la opinión que la causa principal de la revolución era el rechazo a la reelección. El error del viejo general había sido perpetuarse en el poder y negar los ideales democráticos, porque si en un principio el argumento para estar en la silla presidencial era que había que llegar al orden y a la paz para el buen funcionamiento de la vida nacional, negarse al relevo fue el gran error. En palabras del autor, todavía había esperanzas de que la revolución no avanzara

Afortunadamente, el cable nos transmite la noticia de que el general Díaz piensa reforzar su gabinete llamando a su seno a estadistas jóvenes empapados de ideas modernas y modificar en consecuencia la línea de conducta de su gobierno. Una rectificación sabia y oportuna como esa podría conjurar el conflicto salvando a México del caos. Si el general Díaz cumpliera tal propósito se haría acreedor al aplauso de la humanidad y a la gratitud de su patria y de América.⁹⁰

A pesar de los anhelos y deseos para que el gobierno mexicano controlara la supuesta revuelta, tan temprano como en diciembre de 1910 la diplomacia mexicana comenzó a padecer los embates de una activa oposición porfirista avecindada en la isla, la cual, en alianza con la prensa habanera, protagonizó el primer encontronazo diplomático con signo revolucionario. En este grupo de refugiados o exiliados sobresalió la figura de Heriberto Barrón, controvertido político del grupo de Bernardo Reyes, secretario de guerra del gobierno nacional.

⁸⁹ *El Mundo*, La Habana, 30 de noviembre de 1910.

⁹⁰ *El Fígaro*, La Habana, noviembre de 1910.

Las primeras manifestaciones antiporfiristas pusieron en alerta a la legación y al consulado. La tarea primordial del ministro Godoy fue negociar directamente con las autoridades para que controlaran a la prensa y dejaran de ventilarse los discursos pro revolucionarios. Tal práctica era común y había funcionado durante los años anteriores; sin embargo, las pretensiones del ministro fueron conocidas por la opinión pública y se armó un gran lío, acusando al representante mexicano de intervenir en la política cubana. El conflicto llegó al grado de poner en riesgo las relaciones entre ambos países.

Todo empezó porque la prensa habanera hizo eco de la petición que hiciera al gobierno mexicano Heriberto Barrón de regresar a México. Barrón tenía varios años exiliado en la isla, y el régimen se negaba a permitir su entrada al país.⁹¹ La defensa de la prensa cubana ocultaba alevosamente el pasado político de Barrón. Turner señala a Barrón como un periodista cuya oposición al general le valió el exilio.⁹² En sociedad con Rodolfo Reyes, hijo del general Reyes, fundó el periódico llamado *La Protesta*, en cuyas páginas desprestigiarían a los científicos, en especial a José Yves Limantour, de quien se sospechaba era el favorito para la sucesión presidencial. El periódico enaltecía sin reservas las capacidades militares y políticas de Bernardo Reyes, proponiéndolo como sucesor del dictador; finalmente, la publicación fue suprimida. A Barrón también se le identifica como reyista por el asunto de la Segunda Reserva, un ejército informal organizado por el general Reyes con el fin de servir a la defensa del régimen. La composición de dicho ejército era de 30 000 efectivos. El enfrentamiento de Reyes con los positivistas le causó enemistades serias que le acusaban de tener un ejército personal. Díaz arregló el diferendo, enviando a Reyes a la gubernatura de Nuevo León, pero desapareció a la Segunda Reserva y envió a los líderes reyistas como Barrón a prisión.⁹³ El asunto de la Reserva y las ambiciones políticas de Reyes levantó una oleada de críticas. *El Hijo del Ahuizote* fue uno de los más aguerridos críticos de la cuestión reservista, hecho que provocó el encarcelamiento de los

⁹¹ Anexo. *La Prensa*, José Francisco Godoy a Relaciones Exteriores, La Habana, 10 de diciembre de 1910, AHGE-SRE, exp. 10-21-1 (IV), f. 262.

⁹² John Kenneth Turner, *México Bárbaro*, México, Editorial Época, 1998, pp. 155-156.

⁹³ Knight, *La Revolución*, *op. cit.*, p. 73.

periodistas y la clausura de la publicación.⁹⁴ Las referencias sobre Barrón lo pintan como un político gris, oportunista, poco afortunado y con un carácter mediocre y oscuro. Para la prensa de la época, la actividad de Barrón fue tema para la burla política. *El Hijo del Ahuizote*, donde hemos encontrado información, le llamaban jocosamente “Burrón”, y fue personaje cotidiano en las caricaturas referentes al asunto. A pesar del carácter opositorista de este semanario, pide que se aplique la ley contra los reyistas y que Barrón sea obligado a dejar el país.⁹⁵

En 1908, después de la entrevista Díaz-Creelman, Barrón publicó en *El Imparcial* un artículo efusivo, donde aplaudía la decisión del presidente de dejar el camino libre a la presidencia; propuso nada menos que a Bernardo Reyes para la primera magistratura, candidatura que nunca aceptó públicamente el ex ministro de Guerra, quien ante todo hizo patente su lealtad porfirista. Con su anuencia o sin ella, los reyistas siguieron maniobrando políticamente y crearon en 1909 el Partido Democrático, con el fin de preparar el terreno para las elecciones de 1910. Esta organización era una amalgama de posturas políticas; figuraban entre sus miembros hombres cercanos al gobierno, como Manuel Calero y Querido Moheno, pero también los había más inclinados a la oposición, como Juan Sánchez Azcona y Francisco Sentíes. “Por último había simpatizantes como Heriberto Barrón, oportunistas que buscaban el beneficio personal”.⁹⁶ Inesperado fue el triunfo del reyismo en esta segunda etapa, proliferaron los clubes a su favor y creció el entusiasmo por su candidatura; sin embargo, el presunto candidato nunca dejó la barricada porfirista y fue presa de la misma situación. Porfirio Díaz, en alianza con los líderes de los científicos, emprendió una caza de brujas contra Reyes y sus seguidores. Tras esta persecución, Barrón llegó nuevamente a Cuba para comenzar otro movimiento anti porfirista, pero ya en el marco revolucionario.⁹⁷ En este exilio cubano abogó también por el regreso de Reyes al país, enviado en

⁹⁴ Javier Torres Parés, *La revolución sin fronteras, el Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos, 1900-1923*, México, Ediciones Hispánicas, 1990, p.23.

⁹⁵ *El Hijo del Ahuizote*, México, 23 de noviembre de 1902, 14 de diciembre de 1902, 28 de diciembre de 1902.

⁹⁶ Knight, *La Revolución, op. cit.*, pp. 75-76.

⁹⁷ Manuel González Ramírez, *La Revolución social de México*, Tomo I, Las ideas-La violencia, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 116-118, 124.

misión diplomática a Europa poco antes del estallido revolucionario de noviembre de 1910. A mediados de 1911 difunde en la prensa cubana el alejamiento del general Reyes de la política; finalmente, éste regresó en junio de 1911 y fue recibido con júbilo, pero no hay registros si en la comitiva venía Barrón.⁹⁸ A su regreso a México Barrón se unió a las fuerzas carrancistas, cuando organizó la resistencia en Yucatán. Fue un hábil propagandista en Cuba y Estados Unidos, principalmente.⁹⁹

Gracias a sus contactos políticos Barrón se granjeó la simpatía de la prensa y las autoridades de Cuba, los que, por otro lado, ya no se mostraban tan interesadas en seguirle el juego a la cancillería mexicana. Recordemos que desde 1909, tras la intervención militar y el gobierno provisional de Charles E. Magoon, Cuba fue gobernada por una coalición auto nombrada liberal con José Miguel Gómez y Alfredo Zayas a la cabeza.¹⁰⁰ Para este gobierno era importante presentarse con amplias credenciales liberales y reafirmar retóricamente su repulsa a las ambiciones reeleccionistas. El principal argumento para negar su apoyo a los propósitos mexicanos era la amplia libertad de expresión que había en Cuba. Libertad bastante controversial, si se tiene presente la ley de 1910 llamada de Defensa Nacional, la cual tenía la intención de amordazar a la prensa,¹⁰¹ sobre todo aquella anti gomecista. Quizá la apertura mostrada frente a los sucesos mexicanos fue una especie de válvula de escape para controlar la oposición interna.

En este marco, durante los primeros días de diciembre de 1910 el ministro Godoy informaba la actitud hostil de la prensa hacia el gobierno de México, y daba por hecho la participación de Barrón en esos sucesos,¹⁰² sin dejar de señalar

⁹⁸ La Discusión, La Habana, 21 de mayo de 1911. Citado en Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, Tercera edición, México, Siglo XXI, 1984, p. 101. (América Nuestra, 6)

⁹⁹ Yankelevich, *op. cit.*, pp. 39, 40.

¹⁰⁰ Riverend, *República*, *op. cit.*, 1975, p. 97.

¹⁰¹ Thomas, *Cuba*, *op. cit.*, p. 372.

¹⁰² La importancia de este cambio en la prensa insular se refleja en el empeño de la Legación por enviar a México una relación detallada de todos los artículos publicados en esos primeros días de diciembre, los cuales, afortunadamente están resguardados en el archivo "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

cómo el ambiente político de Cuba alentaba la crítica contra las prácticas continuistas del gobierno porfirista

Además al atacar a México y a su Gobierno esta prensa, y sobre todo la del Partido Conservador, y la que apoya la candidatura del Vicepresidente Zayas, creen atacar el principio de reelección, y así indirectamente hostilizar al Sr. Presidente Gómez, quien, a pesar de sus declaraciones en *La Discusión* que ya he tenido la honra de poner en conocimiento de usted en nota ostensible, estiman estar deseoso de permanecer en la silla presidencial por un periodo de cuatro años más.¹⁰³

La participación de Barrón era más que evidente en la prensa que defendía abiertamente su causa. Varios periodistas cubanos enviaron una carta pública al presidente Díaz, en la que encarecidamente pedían el perdón político para el refugiado; la ausencia de respuesta oficial envalentonó a los periodistas, y al mismo Barrón, para subir de tono las críticas al dictador.¹⁰⁴ Además de ello, los periodistas instaron al refugiado mexicano a dirigir una carta a José Miguel Gómez donde relatará su caso, la respuesta de éste, aunque bordeaba el asunto, defendía a Barrón y hacía una tímida crítica a la reelección. Sin embargo, fue ampliamente difundida por la prensa habanera como una muestra más de las simpatías que gozaba la causa del exiliado.¹⁰⁵

La primera reacción del representante mexicano fue comunicarse con las autoridades cubanas y pedir su intervención para que cesaran los ataques. Con tal intención buscó el acercamiento con el secretario de Estado, Manuel Sanguily,¹⁰⁶ quien le envió una carta confidencial donde, con un discurso retórico, le explica que a pesar de sus esfuerzos para aminorar la crítica a nuestro país, no ha podido hacer mucho, ya que los periodistas se escudan en la amplia libertad de prensa

¹⁰³ José Francisco Godoy a Relaciones Exteriores, La Habana, 3 de diciembre de 1910, AHGE-SRE, Exp. 10-21-1 (IV) ff. 288-290.

¹⁰⁴ *La Discusión*, La Habana, 1 de diciembre de 1910.

¹⁰⁵ La carta está fechada el 30 de noviembre de 1910. *La Discusión*, La Habana, 4 de diciembre de 1910.

¹⁰⁶ Manuel Sanguily fue un ferviente defensor de la independencia de Cuba y se le ha considerado como un liberal. Después de la guerra del 98 formó parte de la Asamblea Constituyente cubana y mostró rechazo a la injerencia norteamericana en los asuntos de su país. Durante el gobierno de José Miguel Gómez, Sanguily fue designado secretario de Estado de una administración considerada por vez primera liberal porque los miembros de gabinete eran todos liberales; mientras que Estrada Palma se rodeó de conservadores. Salvador Bueno, *Figuras cubanas*, La Habana, Comisión Nacional de la UNESCO, 1964, pp. 54-68.

defendida por el mismo presidente Gómez. Para Godoy era claro que el gobierno cubano no deseaba hacer mucho en torno al asunto, y por ello aconsejaba acudir a los tribunales como última medida, no sin intentar ganarse la buena voluntad de los periodistas.¹⁰⁷

La situación se desbordó porque las negociaciones del ministro mexicano con Sanguily fueron conocidas por la prensa y dejaron de ser un asunto diplomático para ser sujeto de debate en una opinión pública totalmente contraria a los intereses de la diplomacia mexicana. La crítica fue desde posiciones mesuradas de periódicos que insistían en mantener las relaciones en un nivel cordial, hasta aquellos aferrados como *La Prensa*, que pedía el retiro inmediato del representante mexicano por inmiscuirse en asuntos de política interior y mezclarse de tal manera en el asunto de Barrón:

Tal inquina muestra el sr. Godoy contra don Heriberto Barrón que ha hecho comprender, aunque embozadamente, con cuánto gusto vería el gobierno mexicano que se le expulsara de Cuba o se le redujera a prisión. Nada más que eso nos faltaba. Nos vemos obligados con frecuencia a soportar las intromisiones del gobierno americano y del robusto mr. Taft, gracias a los estrechos vínculos que nos ligan con la República del Norte y a la ayuda que nos prestaron los Estados Unidos para consolidar nuestra independencia y ahora nos vemos obligados también a soportar la intromisión de los impertinentes ministros de don Porfirio...¹⁰⁸

Los cuestionamientos también atacaban sin freno la propia capacidad de Godoy para el cargo diplomático, lo que es un síntoma de las nulas o tirantes relaciones que había creado el ministro mexicano

Si el señor Godoy ha recibido instrucciones del señor secretario de relaciones de Méjico [*sic*] para obrar como lo ha hecho, francamente no hace honor su conducta a la habilidad diplomática de don Enrique Creel, si ha procedido de motu propio, entonces el señor Godoy debería ir a una escuela de diplomacia, para venir después a desempeñar un cargo tan delicado como el de representante de una nación amiga.¹⁰⁹

En ese mismo tono se hizo hincapié en el poco tacto diplomático de Godoy, y de alguna manera se omitía la posibilidad de que su actitud respondiera a la línea impuesta por el gobierno mexicano. Al contrario, se creía que el ministro

¹⁰⁷ José Francisco Godoy a Relaciones Exteriores, La Habana, 7 de diciembre de 1910, AHGE-SRE, exp. 10-21-1 (IV), ff. 281-283.

¹⁰⁸ "Exigencias diplomáticas", *La Prensa*, La Habana, 1 de diciembre de 1910.

¹⁰⁹ *Loc. cit.*.

actuaba a contracorriente de su gobierno. Asimismo, se cuestionaba su petición, puesto que ningún diplomático en Cuba había recurrido a tal demanda de hacer callar a la prensa. Las cosas no paraban ahí, porque el asunto además sirvió para criticar la obra *Porfirio Diaz, president of Mexico, the master builder of a great commonwealth*,¹¹⁰ escrita en 1910 al calor del centenario independentista

Pero lo más curioso es que el señor Godoy ha ejercitado libremente sus derechos de escritor público en Cuba sin que nadie lo moleste. El señor ministro de Méjico [*sic*] ha escrito en efecto, en inglés y castellano un voluminoso libro en que pretende demostrar que don Porfirio es la Santísima Trinidad y a nadie le ha ocurrido criticar al señor Godoy por su trabajo encomiástico, no obstante las exageraciones que el contiene.

¿Y así pretende el señor Godoy tener libertad absoluta para el elogio y que los demás no la tengan para la crítica? ¿olvida el señor Godoy la máxima de su coterráneo el ilustre Benito Juárez: “el respeto al derecho ajeno es la paz”?¹¹¹

Unos meses antes, en marzo de 1910, *El Fígaro* presentaba la obra de Godoy como uno de los libros mas ecuánimes al analizar la obra política del militar oaxaqueño, a la par que resaltaba su cualidad como escritor.¹¹²

La ola de agitación y animadversión contra el régimen de Porfirio Díaz y su ministro en Cuba, opacó en mucho las voces aisladas que pedían respeto a las buenas relaciones que existían entre ambos países, voces que seguramente hicieron caso de las amonestaciones de la Secretaría de Estado dirigida por Manuel Sanguily. Estos escasos artículos resaltaban el mal proceder de la prensa y pedían calma frente al tema; al mismo tiempo, aconsejaban mantener las relaciones con México como un medio para que Cuba no se quedara aislada de los países latinoamericanos; en ello el quehacer periodístico jugaba su papel:

La prensa puede contribuir poderosamente a que el sentimiento de solidaridad interamericana sea fecundo. A ese fin su conducta debe ajustarse a la mayor discreción; y en vez de atacar a los ministros hispanoamericanos acreditados en Cuba –como se ha hecho en estos días con el de México por un periódico que no toma en cuenta los deberes mas elementales de la hospitalidad- está en la obligación de atenderlos y respetarlos, no solo por cortesía y urbanidad, y porque en ningún pueblo culto se ataca por la prensa a los diplomáticos extranjeros acreditados en el país, inmunes hasta para eso, sino para hacer mas cordial la amistad entre Cuba y las naciones hermanas de la América,

¹¹⁰ Godoy, José Francisco, *Porfirio Diaz, president, op. cit.*

¹¹¹ *La Prensa*, La Habana, 1 de diciembre de 1910.

¹¹² *El Fígaro*, La Habana, 6 de marzo de 1910.

impidiendo, que entre nosotros, no se crean garantizados, como lo están siempre los diplomáticos, en el seno de toda sociedad organizada. Es una verdadera insensatez, y una falta muy grave en perjuicio de la patria, colocar a Cuba al nivel de los pueblos bárbaros, que no se contienen dentro de los preceptos del derecho internacional. Cuba debe ser unos de los países más agradables para un diplomático latinoamericano. Quien procure lo contrario conspira contra la República.¹¹³

Después de estos sucesos ya poco restó por hacer respecto a la prensa cubana, que se vio alentada por el cúmulo de noticias sobre la revolución que llegaban por el cable y por la prensa nacional que circulaba en la isla. Entre los muchos aspectos retomados y analizados en los periódicos cubanos, resalta el análisis de las causas de la revolución. Hay un consenso generalizado que ve en la permanencia del caudillo en el poder la razón principal del alzamiento, así como la falta de libertades políticas. Un error muy señalado es la elección de Ramón Corral como vicepresidente en las elecciones de 1910. Contrario a lo que se creía de Díaz, que pese a su pasado militar se le reconocían diferentes cualidades de estadista, se opinaba que con Corral se avecinaba la imposición de una dictadura mucho más dura y sangrienta,¹¹⁴ sobre todo porque Corral carecía de todo apoyo político.

Otro punto interesante dentro de la discusión trajo a la luz cómo el gobierno de Díaz se había esforzado porque en el exterior se conocieran sólo los aspectos bonancibles, de ahí que se tuviera una imagen de México que era deslumbrante, y hasta se opinaba que en muchos países hacía falta un Porfirio. La revolución terminaba con la fantasía o artilugio del porfiriato y lo mostraba como una oprobiosa dictadura.¹¹⁵ Todo ello en medio de una guerra de declaraciones de Enrique Creel, secretario de Relaciones Exteriores del decadente régimen, declaraciones que alentaban la ironía de la prensa:

Dicen que la paz reina en Varsovia... o en México que es lo mismo. Claramente lo anuncia el cable y, sobre todo, el Sr. Creel, ministro de relaciones exteriores de la República Mejicana, [*sic*] siendo necesario creer a pies juntillas cuanto él declara, porque para eso se es siempre Ministro de Relaciones Exteriores para defender los fueros de la verdad. Nada hay tan claro, tan diáfano, tan puro

¹¹³ *El Triunfo*, La Habana, diciembre de 1910.

¹¹⁴ *La Prensa*, La Habana, 4 de diciembre de 1910.

¹¹⁵ *Loc. cit.*

como la diplomacia. Nada resulta tan edificante y tan sugestivo, como un parte oficial, cuando de guerra o revolución se trata. Los gobiernos son de tal madera, que no deben, no pueden mentir, y mucho menos por la vía de Relaciones Exteriores.¹¹⁶

En vista de tan lamentables sucesos, poco restó por hacer a la diplomacia mexicana, y de forma particular a José Francisco Godoy, quien al parecer optó por guardar silencio frente a la caída inevitable de su gobierno. Los sucesos de la política nacional en México y la renuncia del viejo general en mayo de 1911 cerraron para siempre la posibilidad de seguir defendiendo los intereses de un régimen ya muerto. El ministro recibió al presidente derrotado cuando pasó por La Habana en el Ipiranga con destino a Francia.¹¹⁷ Suceso del que tampoco hemos encontrado referencias precisas que den cuenta de las impresiones del diplomático. Por otra parte, la retirada de Díaz de la política mexicana no significó el corte abrupto de la diplomacia porfiriana, ya que muchos diplomáticos porfiristas se pusieron al servicio del gobierno de Madero. Godoy siguió en funciones en la plaza habanera hasta su renuncia voluntaria a fines de 1912, cuando ofreció sus servicios para operar en tierras norteamericanas.¹¹⁸ Sin embargo, los informes de la prensa cubana dieron la noticia del lamentable asesinato de Madero en febrero de 1913, confirmando la triste verdad el mismo Godoy, que todavía se encontraba en la isla.¹¹⁹ Después regresaría a México; alejado de la diplomacia, ejerció la función de publicista de México en los foros y exposiciones universales. De esta manera, la Revolución mexicana cerró un ciclo importante de las relaciones entre México y Cuba, las cuales entraron en un periodo de relajamiento tanto por las situaciones internas como por la coyuntura de la Primera Guerra Mundial. Entre

¹¹⁶ *Diario de la Marina*, La Habana, 4 de diciembre de 1910.

¹¹⁷ Vid, Carlos Tello, *El exilio, retrato de una familia*, México, Cal y Arena, 1990. El viaje hacia Francia fue detallado por el periódico madrileño *La Epoca*. En éste se narró el paso del general por Gijón y Santander así como las diversas muestras de simpatías y vitoreos que recibió de españoles y mexicanos con cargo diplomático o consular. "Porfirio Díaz en España", *La Epoca*, Madrid, 18 de Junio de 1911, p. 2. En tanto, en La Habana en 1914, el periódico *La Lucha* publicó una caricatura de Díaz en su exilio a Francia. *La Lucha*, La Habana, 4 de junio de 1914. Citado en Claudia González Gómez, "intelectuales, exilio y periodismo, *op. cit.*, p.29.

¹¹⁸ José Francisco Godoy a Secretaría de Relaciones Exteriores, La Habana, 2 de diciembre de 1912, AGHE-SRE, Leg. 10.21-1 (IV), ff. 364, 365.

¹¹⁹ *El Triunfo*, La Habana, 24 de febrero de 1913. Citado en Argüelles "Cuba y la Revolución Mexicana de 1910", en *México y Cuba, op. cit.*, (Documentos), pp. 456-457.

1913 y 1919, México mantuvo su representación en la isla en un bajo perfil, reduciéndose la representación al nombramiento de encargados de negocios. Hasta 1919 se acreditó a Heriberto Jara como ministro.¹²⁰

A fines de 1910, para la opinión pública, el régimen había fracasado. No había marcha atrás: el gobierno del general Díaz, junto con el poder, había perdido el control de las redes de información. Finalmente, los mismos medios y avances tecnológicos fueron los encargados de dar a conocer la crónica de su derrumbe.

Porfirio Díaz maldecirá sin duda, en estos momentos la invención del telégrafo, del cable y de la prensa que los emplea. Desde que comenzó la revolución hubiera deseado, sin duda, cortar de un tajo lo hilos endemoniados de esa red inmensa que hace vibrar a millares y millares de leguas las palpitations del mundo. Hubiera querido detener con sólo una señal de su mano soberana el impulso de todas las rotativas, del mismo modo que Josué detuvo el sol. Mas Porfirio Díaz no es Josué. Y los hilos cablegráficos y telegráficos siguen vibrando, a pesar suyo. Y las grandes rotativas continúan su movimiento, del cual va brotando tenaz, impávida, la verdad de los hechos.¹²¹

Los mismos medios usados intensivamente para promocionar una imagen positiva de México y su gobernante, a partir de los eventos desatados de 1910 derrumbaron dicha imagen construida y alimentada por más de dos décadas. Las promesas democráticas, los sueños de modernidad y modernización se iban por la borda. 1910, fue así el año crucial que no hizo más que confirmar la gestación de una fuerte convulsión social en México, la cual fue anunciada por varios sucesos, huelgas y revueltas sociales durante toda la primera década del siglo XX. Estos sucesos finalmente cuestionaban la paz porfiriana y presagiaban el despertar del México bronco y levantisco; otra vez el escenario internacional volvía a inundarse con imágenes negativas del país. El mismo proceso revolucionario alimentaría ese estereotipo nacional. Los eventos de la Decena Trágica, el violento ascenso de Victoriano Huerta y la lucha de facciones, darían pie a muchísimas imágenes que circularon por el mundo; la paz sólo había sido un leve respiro porfirista.

En Cuba, los asesinatos de Madero y Pino Suárez merecieron la atención de Mario Guiral Moreno, quien en abril de 1913 publicaba un artículo en la revista

¹²⁰ Morales, *Relaciones, op. cit.*, p. 234.

¹²¹ *Diario de la Marina*, 1 de diciembre de 1910.

Cuba Contemporánea, el cual, a petición de Teodoro A. Dehesa, ex gobernador de Veracruz y exiliado en La Habana, se publicó en 1920 en forma de folleto en la casa editorial de El Siglo XX.¹²² En el prólogo a la obra, Guiral hizo hincapié en la importancia de la administración porfirista:

...el heroico caudillo oaxaqueño conserva aún, después de muerto, leales amigos y entusiastas admiradores que procuran reivindicar su memoria y enaltecer su obra como gobernante y estadista, juzgada por algunos con tanta ligereza como injusticia. Hechos posteriores a su caída y expatriación, algunos muy recientes, se han encargado de hacer resaltar el mérito, la importancia y trascendencia de esa obra, a la cual debió México su prosperidad y grandeza pasadas, prosperidad y grandeza que es de desear se restablezcan en la patria de Hidalgo y Juárez para bien de los nacionales y extranjeros.¹²³

El discurso de Guiral, quien estuvo en México tres años, reconstruía la historia mexicana para demostrar por qué el derrocado presidente había ejercido un poder total; sólo así era posible establecer la paz y alcanzar el progreso. Él, como otros cubanos, había admirado de cerca la grandeza de la nación mexicana en tiempos porfiristas.

¹²² Guiral Moreno, *El régimen op. cit.* Cfr. González Gómez, “intelectuales”, *op. cit.*, pp. 175,176.

¹²³ *Idem.* p.6.

Conclusiones

En un reciente recuento historiográfico se hizo énfasis en la capacidad de Porfirio Díaz para erigirse como el gobernante necesario y el único capaz de darle estabilidad al país. El reconocimiento internacional que logró en países de Europa y en Estados Unidos fue genuino considerándosele como uno de los grandes estadistas de principios del siglo XX, fenómeno que no ha sido estudiado a profundidad. Junto con la grandeza o beneplácito obtenido por el general-presidente se experimentó también un cambio en la percepción del país al cual se le ubicó como una nación que cumplía los requisitos necesarios para calificarse de moderna. Estas ideas o percepciones sobre el gobernante y el país fueron construidas por el gobierno mexicano que hizo posible la construcción de un imaginario oficial de México. Este imaginario se difundió como medio para lograr objetivos prácticos en el terreno económico y político. En esta tesis se estudió cómo operó este imaginario en los escenarios cubanos, principalmente habaneros, de fines de siglo XIX y la primera década del XX y cómo convivió con otro tipo de imaginarios contruidos al calor de la lucha imperial desatada en la región del Caribe y particularmente en Cuba en los años noventa del siglo decimonónico y que culminaría en 1898 año en que Estados Unidos se erigió como poder hegemónico de la región.

Si consideramos *grosso modo* a los imaginarios nacionales como construcciones colectivas formadas a golpe de la historia entre colectividades nacionales o en proceso de consolidación, para el caso de las relaciones entre Cuba y México es innegable que al menos, desde el periodo colonial y luego durante el siglo XIX, se fueron construyendo diversos imaginarios que fueron alimentados en virtud de diversos procesos, como los vínculos generados por la administración española en tierras americanas y luego, tras la obtención de la independencia en México, se fueron tejiendo nuevos hilos alrededor de un imaginario construido en tierras mexicanas alrededor de Cuba. Este imaginario cobra dimensiones en los escenarios políticos sobre todo porque durante todo el siglo XIX grupos de insurrectos cubanos, apoyados por inmigrantes insulares

asentados en el país, buscarán el apoyo formal e informal de México en su lucha por liberarse de la metrópoli. Así se generó un rico imaginario que giraba alrededor de la libertad cubana y de la obligación moral de México y los mexicanos de colaborar con esa lucha. Sin embargo, ese imaginario también tuvo otras facetas que tendieron a ir a contracorriente abogando por el derecho imperial de España y que respondían a los intereses de una floreciente e influyente inmigración española en tierras mexicanas apoyada en un fuerte sector conservador favorable a España. Este imaginario fue construido en diferentes espacios y alentó diversos intereses y objetivos que no siempre respondieron a los intereses del grupo en el poder. De esta manera, durante el porfiriato el éxito del proyecto modernizador tuvo repercusiones importantes en la agenda política de la vida exterior. El fortalecimiento del Estado trajo aparejada una inusitada atmósfera de optimismo que hizo posible pensar en una modificación radical en la política exterior, sobre todo en el plano regional. Este fenómeno fue alentado además por la coyuntura propiciada por la guerra de independencia cubana iniciada en febrero de 1895 y que culminó en 1898 con la entrada apabullante de Estados Unidos, logrando con la victoria, la indiscutible hegemonía en tierras caribeñas. La superioridad y dominio de Estados Unidos en la escena continental obligaron al gobierno mexicano al regreso de una política exterior con tintes menos ofensivos, sin embargo, será necesario estudiar las conexiones que tuvo la proyección en Cuba y los consecuentes eventos desplegados por México en tierras centroamericanas que desafiaban la política norteamericana, particularmente la actuación frente al gobierno nicaragüense de José Santos Zelaya en 1909.

Las circunstancias señaladas incidieron en un cambio operado en el plano del imaginario nacional. Durante la gestión del general Díaz hubo una política de difusión y divulgación de un renovado imaginario nacional que girara alrededor del fortalecimiento del Estado y de la capacidad del país para convivir como invitado en el banquete de las naciones modernas. Entender los contornos en que se enmarca esta política era necesario para explicar la importancia de Cuba en dicho plan de política exterior y explicar que características adoptó el imaginario destinado a esa región. Así una primera tarea de esta investigación fue analizar la

política de promoción internacional perseguida por el gobierno porfirista, puesta en marcha en distintos planos y escenarios mundiales la cual generó un imaginario nacional de tipo oficial que tuvo diverso impacto acorde con las reacciones provocadas en los lugares donde se implementó. El estudio de la geografía de la difusión del imaginario nacional nos muestra una centralidad de objetivos económicos, pero también hubo objetivos políticos. Tal proyecto político solo cobró visos de viabilidad con el fortalecimiento político y económico alcanzado por el régimen en la década de los años noventa del siglo XIX. La proyección de México y su impacto en Europa y Estados Unidos han sido estudiados desde hace unas décadas por Paolo Riguzzi y Mauricio Tenorio Trillo, pero todavía no ha sido analizado el fenómeno en otras regiones donde se llevó a la práctica la difusión de este imaginario, como en los casos de Centroamérica y la isla de Cuba en el Caribe, espacios considerados importantes en el plan de promoción que cubrieron objetivos distintos a los perseguidos en Europa y Estados Unidos.

De esta manera, la pregunta central de la investigación enlazó diversos cuestionamientos en torno a las razones por las cuales Cuba fue considerado un territorio importante en la política promocional del gobierno encabezado por Porfirio Díaz. En un principio las razones parecían de una obviedad mayúscula, producto del apogeo de una historiografía que resalta los vínculos históricos y solidarios entre ambas entidades; sin embargo, en la búsqueda de hechos y explicaciones en torno al problema estudiado las conclusiones difieren de los argumentos establecidos historiográficamente.

Los objetivos particulares de la promoción de un imaginario en Cuba, si bien no fueron establecidos como un plan especial sí se infieren de las diversas actividades realizadas en la isla por los “agentes” promocionales. Un objetivo central era medir el grado de aceptación o rechazo que merecía el gobierno porfirista en la opinión pública, para de ahí diseñar otro tipo de acciones de política exterior hacia la Gran Antilla en la posibilidad de que ésta se independizara de España y se convirtiera en una nación independiente, como sucedió en 1902, lo cual generó otro tipo de expectativas para el gobierno mexicano. Otro objetivo relacionado con el anterior era conocer el grado de influencia que tenía México

entre la clase política cubana, si existía una conciencia de pertenencia histórica, si nuestro país era visto como un referente importante de la historia cubana, si había interés por fortalecer los vínculos políticos y económicos entre México y Cuba y, finalmente, si se había construido un imaginario sobre México en la isla y cuáles eran sus referentes.

Con ello en mente, la primera conclusión del trabajo es que en la campaña de promoción de tinte internacional dirigida hacia la isla caribeña es posible desglosar y explicar los principales aspectos o variables que fueron racionalmente jerarquizados para construir un imaginario nacional, cuya fuerza principal radicó en la figura presidencial de Porfirio Díaz como orquestador por antonomasia del proyecto de modernidad a la mexicana. Estos elementos son los ejes rectores que se promovieron hacia el exterior; no obstante, para el caso de Cuba, la campaña adquirió rasgos propios debido al significado que tuvo en la historia mexicana decimonónica. De esta manera, la isla fue engarzada también a la política promocional del régimen y fue vista como un buen escenario para difundir el orden y el progreso alcanzado en el país. Esta afirmación se sustenta también en la elección de los funcionarios en quienes el gobierno mexicano delegó la importante tarea de dar a conocer el imaginario patrocinado desde el gobierno. No son funcionarios menores los que operan en Cuba. Como pudimos observar, los ministros elegidos para el cargo operaban en el mundo de la diplomacia y fueron miembros del selecto grupo encargado de dar a conocer internacionalmente el arribo de México al concierto de naciones modernas por gracia y obra del gobernante Porfirio Díaz.

En una compleja red de relaciones y negociaciones informales, los funcionarios mexicanos dieron cauce y fuerza al artilingio nacionalista y, así, entre los ejes más importantes del imaginario exportado hacia Cuba, distinguimos en orden de importancia los siguientes:

La centralidad del gobernante. La hegemonía de la figura del gobernante en Cuba se enlaza con la política apologética y megalómana del régimen sustentada en una profusa literatura y en la difusión iconográfica de su persona, en primer lugar, y de sus allegados más cercanos en segundo término. La publicidad sobre

la obra del dictador se reflejó en una constante publicación y difusión de las obras más importantes del periodo, las cuales fueron reseñadas positivamente por estos “agentes” cubanos y mexicanos, que legitimaban así la labor gubernamental del porfiriato y daban cuerda al aura mística del gobernante y argumentaban la necesidad de su permanencia. También fue recurrente un discurso iconográfico del presidente que explotó al máximo la última etapa del gobernante rodeado de laureles.

Los logros del proyecto modernizador. El paisaje moderno de las naciones estaba dominado por el triunfo del desarrollo material: vías férreas surcando los caminos, puertos remozados y en movimiento permanente, eran parámetros determinantes para apreciar el nivel de modernidad de los pueblos. Ello era el escenario idóneo para fortalecer otros aspectos de la modernidad, como el artístico, el arquitectónico y el cultural; mundos abigarrados, mezcla de cosmopolitismo y nacionalismo. En esta lógica se entiende el afán porfirista de exportar los logros materiales de su larga administración, entre ellos, el tendido de vías férreas ocupó un lugar importante, al ser usado como ícono de la modernidad y del adelanto mexicanos. Asimismo, la actividad portuaria también fue ensalzada como medio del engrandecimiento comercial del país, al mismo tiempo como puerta de entrada del turismo internacional, como según predecía Bancroft. La llegada del turismo y los visitantes distinguidos –hombres de Estado y funcionarios del mundo de la política y la diplomacia- eran bienvenidos para atestiguar el desarrollo portentoso de México, el esplendor de la capital mexicana y el adelanto intelectual y artístico y, muy importante, la consolidación de una identidad mexicana anclada en su pasado prehispánico, pero reconciliada también con la herencia hispana. Todo esto fruto de la estabilidad económica y política. Este imaginario moderno de la nación mexicana fue admirado por viajeros cubanos y españoles que dejaron valiosos testimonios que fueron reproducidos en forma de libro, o como colaboraciones en la prensa insular.

Los lazos históricos entre México y Cuba. Un aspecto muy manido en la política promocional enfocada en Cuba fue el de las relaciones históricas de México y Cuba y la necesidad de fortalecerlas. Sin embargo, la tendencia fue a

verlas en un continuum armónico exento de conflictos y signado por un entendimiento saludable y un futuro promisorio. Esta idealización de la historia entre México y Cuba negaba la realidad de dos entidades insertas en una problemática histórica muy compleja por la injerencia y dominio de Estados Unidos, convertido desde tiempos tempranos en el poder hegemónico de la región y referente insoslayable de la historia y cultura cubanas; hegemónica también ha sido la centralidad estadounidense en la construcción del imaginario nacional cubano. Sin embargo, la difusión de tal idealización no fue gratuita, al ser el pretexto ideal para llevar a la práctica objetivos de materia exterior en beneficio de México, como adquirir mayor ascendencia política y encaminar posibles tratados o convenios en materia comercial y en otras áreas como la de los intercambios culturales y la búsqueda de acuerdos que resguardaran las fronteras y detuvieran posibles movimientos sediciosos en territorio insular.

En esta primera parte de las conclusiones, se ha puesto la atención en los factores que articularon la construcción del imaginario nacional difundido internacionalmente, pero particularizado en esta investigación en el caso de Cuba. Un segundo aspecto se centró en explicar el impacto y la recepción que tuvo la propagación del imaginario nacional en los escenarios cubanos. La conclusión fue que la política puesta en marcha por el gobierno y la diplomacia de nuestro país en la isla tuvo poco impacto en los escenarios insulares. Es decir, a pesar de la ardua difusión del imaginario oficial profusamente proyectado en una plataforma de información y opinión, tuvo poca resonancia en los círculos de opinión. Sin embargo, a pesar del pobre impacto, sí fue posible encontrar apreciaciones sobre ese cuerpo de ideas propagado por México. Si bien estas críticas y lecturas no estuvieron estructuradas ni responden a intereses concretos ligados con el poder, sí muestran rasgos que nos permiten encontrar argumentos para explicar las razones para la débil respuesta ante la promoción mexicana y, por ende, apreciar que en la Cuba del periodo la imagen que había acerca de México fue difusa en relación con la hegemonía de Estados Unidos y su influencia en la construcción del imaginario en la isla.

El factor de los lazos históricos entre México y Cuba se convirtió en eje de interpretación que articuló las ideas paralelas a la difusión del imaginario oficial. En diferentes interpretaciones, opiniones y lecturas con matiz cubano se pudo notar una tendencia contraria a la mexicana, pues mientras en ésta última se enfatizaron los aspectos que brindan unidad, en la realizada por voces cubanas hubo un empeño en mostrar a ambos territorios –Cuba y México- señalando varios factores que los distanciaban antes que unirlos; entre esos factores destacó el cultural, al señalar la diferencia entre Cuba y los países continentales. La isla había forjado una identidad e historia modernas gracias a la influencia europea pero sobre todo norteamericana, de donde se nutrió intelectual y materialmente, mientras el resto de los países americanos habían crecido en medio del caos político y el atraso económico; México no era la excepción. En ese sentido, este país fue para los cubanos “un pueblo distinto”. Detrás del discurso pesaron valores y prejuicios propagados por el discurso moderno. Sólo en esta lógica es posible entender que en esta imagen de naciones modernas se reproduzcan aún juicios deplorables de la población indígena, calificándola como “retardadora” y “atávica” frente a la exigencia de la modernidad.

También en ese tenor se insertaron las imágenes de México presentes en los discursos de José Martí y Manuel Márquez Sterling. El primero dejó un legado importante donde se puede rastrear la imagen de México. Para el pensador insular, era necesario hacer del país una tierra de posibilidades y explotar al máximo el caudal de riquezas y construir un país moderno y civilizado donde el caos y la violencia política fueran cosa del pasado, ambiciones rotas con el golpe de Estado de 1876 comandado por el general Díaz. Otro aspecto interesante del pensamiento martiano, ya en el marco del proceso independentista cubano de 1895, se relaciona con la importancia que adquiere México en la política regional, convirtiéndose en un actor de peso en el proceso diplomático de la guerra de independencia cubana, pero en este discurso es muy difícil reconstruir la imagen que Martí tenía de México, más bien la información es útil para el estudio de las estrategias diplomáticas informales tejidas alrededor del proceso independentista.

Por su parte, el caso de Manuel Márquez Sterling adquirió un cuidado especial porque la imagen que ofrece de México es más rica en matices debido tanto a la personalidad del escritor-periodista-diplomático como a las circunstancias en que emite estas ideas o imágenes en torno a México porque ejerció su quehacer durante el gobierno de Díaz y tuvo una activa participación diplomática durante el maderismo convirtiéndose en pionero testimonial de la gesta revolucionaria de 1910. En términos del imaginario nacional de México, Márquez Sterling tuvo una influencia paradójica: colaboró en la difusión del imaginario nacional rubricando artículos periodísticos favorables al régimen, pero al mismo tiempo fue crítico de la figura presidencial, lo que le obstaculizó su desenvolvimiento diplomático en México y para el periodo revolucionario y pos revolucionario colaboró también en el derrumbe de ese imaginario y en la construcción de la historia negra de la dictadura promovida por la ideología revolucionaria; papel que lo haría merecedor del grado de doctor Honoris Causa entregado en 1921 por José Vasconcelos. La compleja actividad política e historiográfica de Márquez Sterling mostrada de manera somera en esta investigación está en espera de un estudio más detallado que particularice en esta línea de investigación.

Finalmente debo decir que toda investigación es en cierto sentido un final y un inicio. Un final porque es el resultado de un proceso de investigación de largo aliento que no comienza con la hechura de la tesis doctoral, en la mayoría de los casos son inquietudes que fueron surgiendo en el camino. Y es un principio porque al llegar a este punto se abren infinidad de puertas y nuevas rutas de investigación. Esta primera experiencia con el tema del imaginario tendrá que ser continuada abriendo el arco temporal y espacial para ubicar en esa larga historia de más de dos siglos las construcciones imaginarias tejidas en la región caribeña, donde una serie de actores con referentes “nacionales” —españoles, estadounidenses, insulares y mexicanos- de diverso calado han hecho posible su construcción.

FUENTES CONSULTADAS

I. Documentales

Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México (AHGE-SRE)
 Archivo General de la Nación. México. (AGN)
 Archivo Nacional de Cuba, Cuba (ANC)
 Biblioteca Nacional José Martí, Sección Fondo Reservado, Cuba

II. Hemerográficas: periódicos

Cuba y América, La Habana, 1899-1913.
El Correo Español, México, 1895.
El Demócrata, México, 1895.
El Fígaro, La Habana, 1902-1910.
El Hijo del Ahuizote, México, 1895-1903.
El Mundo, La Habana, 1910.
El País, La Habana, 1895.
El Triunfo, La Habana, 1910, 1913.
Diario de la Marina, La Habana, 1910.
La Discusión, La Habana, 1910.
La Prensa, La Habana, 1910.
Por Esos Mundos, Madrid, 1905.

III. Bibliográficas

- _____, “Cuba, c. 1860-1934”, en F, Moya Pons, et. al., *Historia del Caribe*, Barcelona, Crítica, Cambridge, 2001.
- Argüelles Espinosa Miguel Ángel, *Temas Cubanomexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- Arnal, Ariel “Construyendo símbolos. Fotografía política en México. 1865-1911”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 9, núm., 1, Universidad de Tel Aviv, Israel, enero-junio de 1998.
- Bancroft, Hubert, *History of Mexico*, Seis vols., San Francisco, The Historical Co., 1885-1893.
- _____, *Vida de Porfirio Díaz, reseña histórica y social del pasado y del presente*, San Francisco, The History Co., Publicaciones, 1887.
- Barros, Carlos, “Historia de las mentalidades, posibilidades actuales”, en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993.

- Bedia, José Antonio, "José Martí: impresiones del legado juarista en México, 1875-1876", en Adalberto Santana y Sergio Guerra Vilaboy, *Benito Juárez en América Latina y el Caribe*, Cuadernos de Cuadernos, Núm, 11, México, Ccydel, UNAM, 2006.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1988.
- Bernal, Beatriz, (compiladora y estudio introductorio), *Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX*, España, Fundación Liberal José Martí, 1994.
- Bobadilla González, Leticia, "La opinión pública en México frente a la guerra hispano-cubano-americana de 1899", Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- _____, *La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México*, México, SRE, 2001.
- Bobbio, Norberto, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, Tomo II, 2000.
- Buchenau, Jürgen, *In the shadow of the giant The making of Mexico's Central America policy, 1876-1930*, Tuscaloosa, Alabama, The Alabama University Press, 1996.
- Bueno, Salvador, *Figuras cubanas*, La Habana, Comisión nacional de la UNESCO, 1964.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1920.
- Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Calderón, Francisco, "Los ferrocarriles", en Luis Nicolau d'Olwer, F. Rosenzweig, Francisco R. Calderón, *et. al.*, *El Porfiriato. La vida económica*, (t. I), en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México*, México, Hermes, Vol. VIII, 1974.
- Callahan, James, *American Foreign policy in mexicans relations*, New York, 1967.
- Camacho Navarro y Margarita Espinosa Blas, "José Francisco Godoy (1851-1930). Obra escrita y diplomacia", *Memoria del 1er. Encuentro Nacional de Investigación Biobibliográfica 2003*, *Nueva Gaceta Bibliográfica*, Año 6, núms. 23-24, julio/diciembre 2003. Número Especial, pp. 218-226. México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

- Camacho, Enrique y Margarita Espinosa Blas, (coords.), *México y Cuba: del porfiriato a la revolución. Diplomáticos, diplomacia e historia política 1900-1920*, México, CIALC-UNAM, 2009.
- Cancino, Hugo (coord.) *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, AHILA / Iberoamericana / Vervuert, Francfort, 2004.
- Cancino, Hugo, *Modernidad y tradición en el pensamiento latinoamericano en los siglos XIX y XX, Sociedad y Discurso*, Departamento de Español y Estudios Internacionales, Instituto de Lenguas y Estudios Interculturales, Universidad de Aalborg, núm. 3 (39), 2003.
- Carlyle, Tomás, *Los héroes*, Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes, México, Porrúa, 1976, (Sepan cuántos, núm. 307).
- Coatsworth, John Henry, *El impacto de los ferrocarriles en el porfiriato*, México, SEP, 1976.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 2003.
- Cosío Villegas, Daniel, (coord.) *Historia Moderna de México*, 10 vols., México Editorial Hermes, 1955-1972.
- Cosío Villegas, Daniel, "El porfiriato: su historiografía o arte histórico", en *Extremos de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Couto, José Ferrer de, *Cuba puede ser independiente*, Folleto político de actualidad, Nueva York, El Cronista, 1872.
- Covarrubias, José Enrique, *Visión Extranjera de México, 1840-1867. I El estudio de las costumbres y la situación social*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, UNAM, 1998.
- Cumberland, Charles C., *Madero y la Revolución Mexicana*, Tercera edición, México, Siglo XXI, 1984, p. 101. (América Nuestra, 6)
- Chávez Orozco, Luis, (comp.) *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1971.
- _____, *El comercio de la Nueva España y Cuba: 1809-1811*, México, Banco Nacional de Comercio Exterior, 1960, (Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México, núm. 5).
- Dávalos Orozco, Federico, "La primera función de cine en México y las primeras películas filmadas en México", <http://hyperlab.politicas.unam.mx>. 2002, hh. 3

- Deger Jr., John Robert, "Porfirian foreign policy and mexican nationalism. A study of cooperation and conflict in Mexican-American relations. 1884-1904" Tesis de doctorado, Indiana, University of Indiana, 1974.
- Díaz, Porfirio, *Informe del ciudadano general Porfirio Díaz presidente de los Estados Unidos Mexicanos. A sus compatriotas. Acerca de los actos de su administración en los periodos constitucionales comprendidos entre el 1° de diciembre de 1884 y 30 de noviembre de 1896*, México, Imprenta del gobierno, 1896.
- Dovgiallo, Evgueni Dik, "La percepción que el gobierno imperial ruso tenía del México porfirista: 1890-1911", *Signos Históricos*, Universidad Autónoma Metropolitana, Núm. 5, enero-junio de 2001, pp. 195-212.
- Duarte, María de Jesús, *Frontera y diplomacia. Las relaciones México-Estados Unidos durante el porfiriato*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.
- DUBY, George, "Historia de las mentalidades" en *Obras selectas de Georges DUBY*, presentación y compilación de Beatriz Rojas, México, FCE, 1999.
- Duroselle, Jean Baptiste, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1990.
- Elias, Norbert, *The History of manners. Civilizing Process*, Vol. I, Pantheon Books, New York, 1982.
- Espinosa Blas, Margarita *La política exterior de México hacia Cuba, 1890-1902*, México, SRE, 2003.
- _____, *El Nacional y El Hijo del Ahuizote: dos visiones de la independencia de Cuba. 1895-1898*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1998, (Alborada Latinoamericana, núm. 12).
- Ette, Ottmar, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, CcyDEI, 1995.
- Figueroa Doménech, D. J., (coord.) *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, México, Centro de publicaciones D. Ramón de S.N. Araluce, 1899.
- Flores Hernández, Benjamín, "Las letras y las armas en México: su evolución social", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 9, 1983, pp. 35-95

- Florescano, Enrique, "Patria y Nación en la época de Porfirio Díaz", en *Signos Históricos*, Núm. 13, México, Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, núm. 13, enero-junio de 2005, pp. 152-157.
- Foner S., Phillip, *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2 vols., 1978.
- _____, *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, Tomo 2, La Habana, Ciencias Sociales, 1973.
- Fowler, Hill, "Antonio López de Santa Anna: El hombre visible por excelencia", (México, 1821-1855), en Chusy y Mínguez, Eds., *op. Cit.*, pp. 357-380.
- Franco, José Luciano, "Introducción al 68", Cuadernos de la Revista *Casa de las Américas*, Año IX, núm. 50, La Habana, septiembre-octubre, 1975.
- _____, *Documentos para la historia de México*, La Habana, Archivo Nacional de Cuba, 1961, (Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, núm. 53).
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1989.
- García Kohly, Mario, *En la patria de Juárez*, México, Imprenta de Juan Buxó y Cía. 1897.
- García Naranjo, Nemesio, *Porfirio Díaz*, San Antonio, Lozano, 1930.
- Garner, Paul, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2003.
- _____, "Porfirio Díaz, ¿héroe o villano?" en *Letras Libres*, Núm. 57, México, Septiembre de 2003.
- Giddens, Anthony, *The consequences of modernity*, Cambridge, Polity press, 1990.
- Girón, Nicole, "Altamirano diplomático", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 9, núm. 6, California, University of California Press, verano de 1993, pp. 161-185.
- Godoy, José Francisco, *La ciudad de Chicago y la Exposición Universal de 1893*, Chicago, Cía. Panamericana, 1892.
- _____, *México en París. Reseña de la participación de la República Mexicana en la Exposición de París en 1889*, México, Tipografía de Alfonso E. López, 1890.

- _____, *México en Sevilla. Breves apuntes acerca de la Feria o Exposición Iberoamericana que se verificará en el año de 1929 en la ciudad de Sevilla, y de lo que se está haciendo para que nuestro país sea dignamente representado*, México, Papelería Nacional, 1928.
- _____, *Porfirio Díaz, president of Mexico, the master builder of a great commonwealth*, New York and London, G.P. Putnam's Sons, 1910.
- _____, *Porfirio Díaz, presidente de México. El fundador de una gran república*, México, Muller, 1910.
- González Arriaga, Verónica, *La política exterior de México hacia Centroamérica, 1890-1906*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000, (Alborada Latinoamericana, núm. 13)
- González Gómez, Claudia, "Intelectuales, exilio y periodismo en Cuba durante la Revolución mexicana", Tesis de doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2009.
- González y González, Luis, "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, tomo 2, México, Colegio de México, 1994.
- _____, "La dictadura de Díaz", en Julio Labastida Martín del Campo, (coord.), *Dictadores y dictaduras*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 161-178.
- González Ramírez, Manuel, *La Revolución social de México*, Tomo I, Las ideas-La violencia, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Goyeneche, Gabriel Antonio, *Biografías de hombres notables, El General Porfirio Díaz*, La Habana, Rambla, Bouza y Cía., 1927.
- Granados, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005.
- Guadarrama, Pablo, *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana, Ciencias Sociales, 2004.
- Guerra y Sánchez, Ramiro, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1976.
- Guerra, Francois Xavier, *México del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 Tomos, México, FCE, 1988.
- _____, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, FCE, 1992.

- *Guía diplomática y consular*, México, 2 edición, Francisco Díaz Impresor, 1902.
- Guiral Moreno, Mario, *El régimen porfirista: su apoteosis*, La Habana, El Siglo XX, 1920.
- Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.
- Halperin Donghi, Tulio, "Economía y sociedad", en Leslie Bethell, (ed.) *Historia de América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, Tomo 6, 1991, p. 32.
- _____, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1990.
- Harvey, David, *Paris, capital of modernity*. New York and London: Routledge, 2003.
- Herrera Barreda, María del Socorro, *Inmigrantes hispanocubanos en México durante el porfiriato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Porrúa, 2003.
- Herrera Franyutti, Alfonso, *Martí en México*, México, CONACULTA, 1996.
- *Historia del movimiento obrero en Cuba*, La Habana, Política, Vol., 1, 1982.
- Hobsbawm, Eric, *La era del imperio*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, Estudio introductorio de Miguel Ángel Puig Samper, Consuelo Naranjo, Armando García González, Madrid, Doce Calles, Junta de Castilla y León, 1998
- Juan Bosch, *El Caribe: frontera imperial. De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, La Habana, Ciencias Sociales, 1983.
- Katz, Friedrich, "México: La restauración de la república y el porfiriato, 1867-1910", en Leslie Bethell (ed.) *Historia de América Latina, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, Tomo 7, 1990, pp. 13-77.
- _____, *La guerra secreta en México*, Vol. 1. Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana, Ediciones Era, 1982.
- Knight, Alan, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución. (una interpretación)", *Historia Mexicana*, núm. 137, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 1985, pp. 59-61.

- _____, *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Vol. 1, Porfiristas, liberales y campesinos, México, Grijalbo, 1996.
- Krauze Enrique, (compilador), *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- _____, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, 1994.
- _____, *Porfirio Díaz, místico de la autoridad*, México, FCE, 1987, (Col. Biografía del poder)
- Krauze Enrique y Zerón-Medina Fausto, *Porfirio. El poder, (1884-1900)*, México, Clío, Tomo IV, 1993.
- _____, *Porfirio. El derrumbe, (1900-1911)*, México, Clío, Tomo V, 1993
- Lajous, Roberta, *México y el mundo. Historia de sus relaciones internacionales*, México, Senado de la República, Tomo IV, 1990.
- Le Riverend, Julio, *La República*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975.
- _____, "Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518-1820), en *Revista de Historia de América*, núms. 37 y 38, México, Instituto Panamericano de Historia, 1954, pp. 45-108.
- _____, *Historia económica del azúcar*, La Habana, Ediciones Revolucionarias, 1971.
- Leguineche, Manuel, "*Yo pondré la guerra*" (W. R. Hearst) *Cuba 1898: la primera guerra que se inventó la prensa*, Madrid, Aguilar, 1998.
- Lizama Silva, Gladys, (coord.), *México y Cuba, siglos de historia compartida*, México, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2005
- Macedo, Pablo, *La evolución mercantil. Comunicaciones y obras públicas y La Hacienda pública. Tres monografías que dan idea de una parte de la evolución económica de México*, México, J. Ballescá y Cía, 1905.
- MacGregor, Josefina, *México y España. Del porfiriato a la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.
- Mañach, Jorge, *Martí, el apóstol*, La Habana, Ciencias Sociales, 1990.
- Márquez Sterling, Manuel, *La Diplomacia en nuestra historia*, La Habana, Instituto del Libro, 1967.

- _____, *Los últimos días del presidente Madero, (Mi gestión diplomática en México)*, México, INHERM, 1985
- Martí, José, *Obras completas*, Vol. 6, Cuba, Editora Nacional de Cuba, 1963.
- Martínez Assad, Carlos, *La patria en el Paseo de la Reforma*, México, FCE, UNAM, 2005.
- Marx, Carlos “Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, Tomo I, Madrid, Editorial Fundamentos, 1977.
- Matute Álvaro, y Trejo, Evelia, “La historia antigua en *México: su evolución social, Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. 14, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, pp. 89-106.
- Matute, Álvaro, “A cien años de Porfirio Díaz”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol.,7, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1979, pp. 189-193.
- Merino, Mauricio, *Gobierno local poder nacional. La contienda por la formación del Estado mexicano*, México, Colegio de México, 1988.
- *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, 2 vols., México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, A. C. 1982.
- Monal, Isabel y Miranda Olivia, “Bosquejo de las ideas en Cuba hasta finales del siglo XIX”, en *Filosofía e ideología de Cuba (siglo XIX)*, México, CCyDEL-UNAM, 1994, (Panoramas de Nuestra América), pp. 11-58.
- Morales Pérez Salvador y Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto. España y Cuba en el horizonte latinoamericano de 1898*, México, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1998.
- Morales Pérez, Salvador, *Espacios en disputa. México y la independencia de Cuba*, México, SRE, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1998.
- _____, *Relaciones interferidas, México y el Caribe 1813-1982*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002.
- Moreno Fraginalls, Manuel, *El Ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964.
- _____, *Cuba/España, España/Cuba*, Barcelona, Crítica, 1995.

- Morse, Richard M., *Las ciudades latinoamericanas*, México, Sep-Setentas, 2 tomos, 1973.
- Muñoz Mata, Laura, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.
- _____, “El más experto de nuestros diplomáticos”. Ignacio Mariscal, artífice de la diplomacia mexicana”, en Agustín Sánchez Andrés, Rosario Rodríguez Díaz, Fernando Alanís Enciso, Enrique Camacho Navarro (Coords.), *et. al. Artífices y operadores de la diplomacia mexicana. Siglos XIX y XX*, México, Porrúa, UMSNH, CSL, CCYDEL-UNAM, 2004, pp. 111-132.
- Naranjo Orovio, Consuelo, “Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, Vol. 58, núm. 2, octubre-diciembre 2003, pp. 511-540.
- Navarro Burciaga, José Luis, “Catarino Garza, periodista opositor a Porfirio Díaz en Tamaulipas”, en Friedrich Katz, (coord.) *Porfirio Díaz frente al descontento popular regional (1890-1893)*, México, Universidad Iberoamericana, 1986, pp. 59-96.
- Navarro García, Luis, *La independencia de Cuba*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- Optrny, Josef (coord.) *Cuba algunos problemas de su historia*, Praga, Universidad Carolina de Praga, 1995.
- Ortega y Medina, José A., *México en la conciencia anglosajona II*, México; Antigua Librería Robredo, 1955.
- _____, *La idea colombina del descubrimiento de México (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, (Colección Nuestra América, núm., 21).
- Paz, Ireneo, *Datos biográficos del General de División Porfirio Díaz*, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1884.
- _____, *Los hombres prominentes de México*, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1888.
- Pereira Castañares, Juan Carlos, “El estudio de la sociedad internacional contemporánea”, en Juan Carlos Pereira, (coord.) *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Barcelona, Ariel, 2001.
- Pérez Guzmán, Francisco, “La revolución del 95. De los alzamientos a la campaña de invasión” en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, Editora Política, 1966.

- Pérez Jr, Louis A., *Cuba*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1988.
- Pérez-Cisneros, *En torno al "98" cubano*, Madrid, Verbum, 1997.
- Pisanni, Miguel Antonio, *Cuba en lo internacional (1510-1898)*, La Habana, Ciencias Sociales, 1988.
- Pombo, Luis, *México 1876-1892*, México, Siglo XIX, 1892.
- Portell Vilá, Herminio, *La guerra de Cuba y Estados Unidos contra España*, La Habana, Jesús Montero Editor, 1941.
- Pulido Llano, Gabriel y Salmerón Pedro, "un cubano entre la diplomacia y el maderismo. Manuel Márquez Sterling en México", en Enrique Camacho y Margarita Espinosa, (coords.) *Del porfiriato a la revolución. México y Cuba, diplomacia y política*, En prensa.
- Pulido Llano, Gabriela "Aproximaciones a la política exterior del porfiriato. La gestión diplomática de Andrés Clemente Vázquez en Cuba", Unam, Tesis, Licenciatura en Historia, 1997.
- _____; "Escritos cubanos: Una relación impresa entre la geopolítica y la cultura, 1868-1900", en Muñoz Mata Laura, (coord.), *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, T. 2, 2002, pp. 74-75.
- _____, "Representaciones de Lo cubano en los escenarios culturales de la Ciudad de México", Tesis de maestría, UNAM, 2005.
- Py, Pierre, *Francia y la Revolución Mexicana, 1910-1920 o la desaparición de una potencia mediana*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991.
- Quizá Moreno, Ricardo, "De lo típico a lo exótico: la asistencia "cubana" a la exposición de Búfalo (1901)", en Mildred de la Torre Molina, (coord.), *La sociedad cubana en los albores de la república*, La Habana, Ciencias Sociales, 2002.
- Raat, William D., "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena", *Historia Mexicana*, Vol. 15, núm. 79, México, El Colegio de México, enero-marzo de 1971, pp. 412-427.
- Rabasa, Emilio, *La Revolución política de México*, México, Librería de la Vda. De Ch Bouret, 1920.
- Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Porrúa, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2002.

- Renouvin, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1990.
- Reyes, Aurelio de los, *Medio siglo de cine mexicano. (1896-1947)*, México, Trillas, 1987.
- Riguzzi, Paolo, "Las dimensiones de la imagen nacional en el Porfiriato", en Enrique Montalvo (coordinador), *El águila bifronte. Poder y liberalismo en México*, México, INAH-CNCA, 1995.
- _____, "México próspero: Las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato", *Historias*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, número 20, abril-septiembre, 1988, pp. 137-157.
- Rivera Carbajal, Evangelina, "México y Cuba. Sus relaciones políticas, económicas y sociales durante los siglos XVIII y XIX", Tesis de Maestría en Historia Universal, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1968.
- Rodríguez Díaz, Rosario, *El destino manifiesto en el discurso político norteamericano (1776-1849)*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1997. (Alborada Latinoamericana, 10).
- Rodríguez Pedro Pablo y de Armas, Ramón, "El inicio de una nueva etapa del movimiento patriótico de liberación nacional, en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, Editora Política, 1966.
- Rodríguez Piña, Javier, *Cuba*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.
- Rodríguez, Miguel, "El 12 de octubre: entre el IV y el V centenario", en Roberto Blancarte, (coord.) *Cultura e identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1994. pp. 127-131.
- Rodríguez, Rolando, *Cuba. La forja de una nación*, La Habana, Ciencias Sociales, Tomo II, 1998.
- Roeder, Ralph, *Hacia el México moderno*, México, FCE, 2 vols., 1973.
- Roig de Leuchsenring, Emilio, *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana*, La Habana, Ciencias Sociales, 1973.
- Rojas, Rafael, "Otro gallo cantaría. Ensayo sobre el primer republicanismo cubano", Conferencia, Instituto José María Luis Mora, México, 2004

- _____, "Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98" en *Historia Mexicana*, núm., 4, México, El Colegio de México, abril-junio de 2000, pp. 593-629.
- _____, *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*, México, SRE, 2001.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, Argentina, Siglo XXI, 2001.
- Ross, R. Stanley "Prólogo a un prólogo", *Historia Mexicana*, núm. 37, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 1960, pp. 110-116.
- Santovenia Emeterio S., *Armonías y conflictos en torno a Cuba*, México, FCE, 1956.
- Scott, Rebeca, *La emancipación de los esclavos en Cuba. La transformación del trabajo libre. 1860-1899*, México, FCE, 1989.
- Scobie James R., "El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930", en Leslie Bethell, (ed.) *Historia de América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, Tomo 6, 1991.
- Sierra, Justo, (coord.), *México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas, en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc. etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, 2 t. en 3 v., México/Barcelona, J. Ballezá y Compañía, 1900-1902.
- Speckman, Elisa, "Los jueces, el honor y la muerte. Un análisis de la justicia. (Ciudad de México, 1871-1931)" ", *Historia Mexicana*, núm. 220, México, El Colegio de México, abril-junio de 2006, pp. 1411-1466.
- Tello, Carlos, *El exilio, retrato de una familia*, México, Cal y arena, 1990.
- Tenorio Trillo Mauricio y Gómez Galvarriato Aurora, *El Porfiriato*, México, FCE, CIDE, 2006.
- Tenorio Trillo, Mauricio, "Hannover 2000", en Günter Maihold, (comp.), *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, México, Porrúa, Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina, H. Cámara de Diputados LIX Legislatura, 2004.

- _____, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- _____, "Mexico city: space and nation in the city of the Centenary", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 28, núm. 1, Cambridge University Press, febrero de 1996, pp. 75-104.
- Thomas, Hugh, *Cuba. La lucha por la libertad*, Barcelona, Debate, 2004.
- _____, "La colonia española de Cuba", en F, Moya Pons, et. al., *Historia del Caribe*, Barcelona, Crítica, Cambridge, 2001,
- Torre, Mildred de la, "El partido liberal autonomista: estructura y etapas, 1878-1898", en Carmen Almodóvar, (comp.), *Cuba España. En torno al 98*, La Habana, Editorial Ciencia Sociales, Centro Cultural de España, 1996.
- Torres-Cueva, Eduardo, et. al., "La revolución del 68 fundamentos e inicio" en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, La Habana, Editora Política, 1966.
- Torres Parés, Javier, *La revolución sin fronteras, el Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos, 1900-1923*, México, Ediciones Hispánicas, 1990.
- Touraine, Alain, *Crítica de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Turner, John Kenneth, *México Bárbaro*, México, Editorial Época, 1998.
- Un soldado de la vieja guardia, (pseu.) *Moral en acción. Porfirio Díaz y su obra*. México, Talleres Tipográficos de *El Tiempo*, 1907.
- Vázquez, Andrés Clemente, *El ilustre mexicano Manuel Romero Rubio*, La Habana, El Fígaro, 1896.
- Vérguez, José F., *Recuerdos de México*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cia. En Comandita, 1902.
- Villegas, Abelardo, *Positivismo y porfirismo*, Secretaría de Educación Pública, 1972, Sep-Setentas.
- Vitier, Medardo, *Las ideas en Cuba: proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba, principalmente durante el siglo XIX*, 2 vols., La Habana, Trópico, 1938.
- Von Mentz de Boege, Brígida Margarita, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1982.

- Vovelle, Michel, "La Revolución francesa: ¿matriz de la heroización moderna? En Manuel Chust y Víctor Mínguez, (eds), *La construcción del héroe en España y México, (1789-1847)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2003, pp. 19-30.

- Walton Caughey, John, "Hubert Howe Bancroft, historian of western America", *The American Historical Review*, Vol. 50, Núm. 3, American Historical Association, Abril de 1945.

- Yankelevich, Pablo "En la retaguardia de la revolución mexicana: propaganda y propagandistas mexicanos en América Latina, 1914-1920", *Estudios Mexicanos*, Vol. 15, núm. 1, University of California Press, invierno de 1999, pp.35-71.

- _____, "Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional", *Historia Mexicana*, núm. 211, México, El Colegio de México, enero-marzo de 2004, pp. 693-744.

- Yeager, Gene, "Porfirian commercial propaganda: Mexico in the world industrial expositions" *The Americas*, Nueva Orleans, Academia of american franciscan history, vol. 4, núm. 2, octubre de 1997, pp. 234-235.

- Yglesia Martínez, Teresita, *Cuba, primera república segunda ocupación*, La Habana, Ciencias Sociales, 1976.

- Zanetti Lecuona, (coord.) *Historia de Cuba. La neocolonia, organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, La Habana, Instituto de Historia de Cuba-Editora Política, 1998.

- Zanetti, Oscar "El factor comercial en la crisis colonial", en Carmen Almodóvar, (comp.), *Cuba España. En torno al 98*, La Habana, Editorial Ciencia Sociales, Centro Cultural de España, 1996.

- Zaragoza y Escobar, Antonio, *El monroísmo y Porfirio Díaz*, La Habana, 1896.

- _____, *La reelección en México*, La Habana, El Fíguro, 1896.

- Zarate Toscano, Verónica, "El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, Vol. 58, núm. 2, octubre-diciembre 2003, pp. 417-446.

- Zayas, Rafael Enríquez de, *Porfirio Díaz. La evolución de su vida*, Nueva York, Appleton, 1908.

- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

- _____, Filosofía y cultura latinoamericana, México, UNAM, 1976. Ver mejor el pensamiento latinoamericano.
- Zermeño, Guillermo, "El concepto *intelectual* en Hispanoamérica: Génesis y evolución", en *Historia Contemporánea*, No. 27, Bilbao, Universidad del país Vasco, 2003, pp. 777-798.

Internet

- http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/prax/indice.html
- <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras>
- <http://www.archive.org/stream/elmonroismyelgeneraldiaz>
- <http://cubagen.org>